

Gordon R. Dickson

LA ESTRATEGIA DEL ERROR

Cielo Dorsai IV



FUTUROPOLIS

se

Lectulandia

La toma de Margaretha, en Freilandia, fue el último de una serie de compromisos que libraron con buena fortuna los nuevos mercenarios Dorsai bajo el mando de Cletus. Más de un año había transcurrido desde la captura de las minas de Newton, y durante quel tiempo efectuaron campañas que acabaron en limpias victorias en planetas como el mundo hermano de Newton, Cassida, Santa María, un planeta más pequeño que orbitaba alrededor del sol de Procyón junto con Mará y Kultis y, últimamente, Freilandia, que, junto con Nueva Tierra, eran los mundos habitados de la estrella Sirio. Margaretha era una isla situada a cuatrocientos kilómetros al noreste del principal continente de Freilandia. Fue invadida por la colonia más próxima del continente. El gobierno en el exilio reunió fondos para contratar Dorsai que recuperaran su hogar de los invasores.

Lectulandia

Gordon R. Dickson

La estrategia del error

Futurópolis 17: Ciclo Dorsai - 4

ePub r1.0

XcUiDi 17.05.18

Título original: *The tactics of mistake*

Gordon R. Dickson, 1970

Traducción: Elías Sarhan

Editor digital: XcUiDi

Digitalización y OCR: Grupo de digitalización de exvagos

ePub base r1.2

Este libro se ha maquetado siguiendo los estándares de calidad de www.epublibre.org. La página, y sus editores, no obtienen ningún tipo de beneficio económico por ello. Si ha llegado a tu poder desde otra web debes saber que seguramente sus propietarios sí obtengan ingresos publicitarios mediante archivos como este.

más libros en lectulandia.com

Colección Futurópolis

En 1987 una pequeña librería madrileña se lanza al mundo editorial inaugurando una colección de fantasía y ciencia ficción. Con un formato de 195×130 mm, encuadernación en rústica, y un diseño general en el que en un color de tapa en azul-morado, se inserta una ilustración referida a la novela. La que inaugura la colección es *Almuric* de Robert E. Howard, el creador de Conan el bárbaro, con una portada de Frank Frazzetta.

Desde el año 1987, y durante 8 años hasta 1995, la colección Futurópolis publicó un número total de 40 títulos encuadrados en los géneros de la ciencia ficción y el fantástico más general. Ese primer año son sólo tres títulos los que se publican, pero a partir de 1988 ya se editan 7 libros y en el siguiente año 10. La cadencia de salida es variable y no siempre se mantiene en torno a la media docena de volúmenes al año. La colección fue dirigida en un primer momento por Francisco Arellano, que actuó también de traductor en muchos de los títulos.

Futurópolis cuenta entre sus autores a plumas tan conocidas como las Roger Zelazny, Michael Moorcock, Gordon R. Dickson, Philip J. Farmer, Jack Vance o Poul Anderson. En muchas ocasiones se publican sagas como la de Dorsai de Dickson o la serie de Ambar de Zelazny que entre las dos suman la cantidad de once títulos. Títulos más que interesantes se publican en estos años: *Los clanes de la Luna Alfana* de Philip K. Dick, *Por el tiempo* de Robert Silverberg o *La gran cruzada* de Poul Anderson, son una muestra de los contenidos publicados. En el año 91, y hasta el final, se editan casi exclusivamente a autores españoles. Aquí debutaría, por ejemplo, Rodolfo Martínez con su libro de ámbito cyberpunk *La sonrisa del gato*. Estos autores son los que en esos años están en plena actividad creadora: Rafael Marín, que publica cuatro títulos, Ángel Torres Quesada que vé su continuación de *las Islas del infierno* con *Whiarga*, Elia Barceló con la controvertida *Consecuencias naturales*, Saiz Cidoncha y su space opera *Memorias de un merodeador estelar*, Gabriel Bermúdez también publicará dos títulos y finalizará la colección en el número 40 Juan Carlos Planells con su primera novela *El enfrentamiento*, una ucronía de excelente factura.

Títulos que forman la colección:

1. *Almuric (Almuric)* de Robert E. Howard (1939).
2. *Criaturas de luz y tinieblas (Creatures of Light and Darkness)* de Roger Zelazny (1969).
3. *El perro de la guerra y el dolor del mundo (The War Hound and the World's Pain)* de Michael Moorcock (1981).
4. *Los nueve príncipes de Ámbar (Nine Princes in Amber)* de Roger Zelazny

(1970).

5. *Las armas de Avalón (The Guns of Avalon)* de Roger Zelazny (1972).
6. *Emphyrio (Emphyrio)* de Jack Vance (1969).
7. *El signo del Unicornio (Sign of the Unicorn)* de Roger Zelazny (1975).
8. *El caballero de espadas (The Knight of the Swords)* de Michael Moorcock (1971).
9. *La reina de las espadas (The Queen of Swords)* de Michael Moorcock (1971).
10. *El rey de espadas (The King of the Swords)* de Michael Moorcock (1971).
11. *La mano de Oberon (The Hand of Oberon)* de Roger Zelazny (1976).
12. *Las cortes del Caos (The Courts of Chaos)* de Roger Zelazny (1978).
13. *Dorsai (Dorsai!)* de Gordon R. Dickson (1959).
14. *Soldado no preguntes (Soldier, Ask Not)* de Gordon R. Dickson (1967).
15. *Nigromante (Necromancer)* de Gordon R. Dickson (1962).
16. *Las ballenas volantes de Ismael (The Wind Whales of Ishmael)* de Philip José Farmer (1971).
17. *La estrategia del error (The Tactics of Mistake)* de Gordon R. Dickson (1970).
18. *La estrella escarlata (The Ginger Star)* de Leigh Brackett (1974).
19. *Los perros de Skaith (The Hounds of Skaith)* de Leigh Brackett (1974).
20. *Piratas de Skaith (The Reavers of Skaith)* de Leigh Brackett (1973).
21. *Las máscaras de los illuminati (Masks of the Illuminati)* de Robert Anton Wilson (1981).
22. *Pesadillas y Geezenstacks (Nightmares and Geezenstacks)* de Fredric Brown (1961).
23. *Por el tiempo (Up the Line)* de Robert Silverberg (1969).
24. *El espíritu de los dorsai (The Spirit of Dorsai)* de Gordon R. Dickson (1979).
25. *Los clanes de la Luna Alfana (Clans of the Alphan Moon)* de Philip K. Dick (1964).
26. *El dorsai perdido (Lost Dorsai)* de Gordon R. Dickson (1980).
27. *La gran cruzada (The Great Crusade)* de Poul Anderson (1960).
- 28.
29. *Eterno oscuro (Eterno oscuro)* de Miguel Ángel Lladó (1991).
30. *El síndico (The Syndic)* de C. M. Kornbluth (1993).
31. *Crisei (Crisei)* de Rafael Marín Trechera (1992).
32. *Arce (Arce)* de Rafael Marín Trechera (1992.)
33. *Génave (Génave)* de Rafael Marín Trechera (1992).
34. *Salud mortal (Salud mortal)* de Gabriel Bermúdez Castillo (1993).
35. *Wyharga (Wyharga)* de Ángel Torres Quesada (1993).
36. *Instantes estelares (Instantes estelares)* de Gabriel Bermúdez Castillo (1994).
37. *Consecuencias naturales (Consecuencias naturales)* de Elia Barceló (1994).

38. *Memorias de un merodeador estelar (Memorias de un merodeador estelar)* de Carlos Saiz Cidoncha (1995).
39. *La sonrisa del gato (La sonrisa del gato)* de Rodolfo Martínez (1995).
40. *El enfrentamiento (El enfrentamiento)* de Juan Carlos Planells (1996).

1

Aparentemente el joven teniente coronel estaba borracho y dispuesto a lanzarse hacia el desastre.

Entró cojeando en el comedor de la nave espacial —era la primera noche tras su partida de Denver en el vuelo que se dirigía a Kultis— con unas relucientes condecoraciones por actos de servicio en la chaqueta de su uniforme verde, y miró a su alrededor. Se trataba de un oficial alto y delgado, joven para el rango que ostentaba en las Fuerzas Expedicionarias de la Alianza Occidental Terrestre; a primera vista su rostro abierto parecía alegre hasta el punto de resultar inofensivo.

Recorrió el salón con los ojos durante unos pocos segundos mientras el camarero trataba infructuosamente de llevarle hasta una cabina cercana que estaba dispuesta para un único comensal. Luego, ignorando al camarero, giró y se encaminó decidido hacia la mesa de Dow deCastries.

El pequeño hombre de cara blanca e irascible llamado Pater Ten, que siempre se hallaba al lado de deCastries, se incorporó de su silla cuando el oficial se aproximó y se dirigió hacia el camarero sin apartar su mirada de desmayo del teniente coronel. Cuando Pater Ten se acercó, el camarero frunció el ceño y se inclinó hacia adelante para hablar con él. Los dos intercambiaron unas palabras durante un momento en voz baja, a la vez que miraban al teniente coronel; luego salieron juntos rápidamente del comedor.

El teniente coronel llegó hasta la mesa, acercó un flotador libre de la mesa de al lado sin esperar que le invitaran a hacerlo y se sentó enfrente de la hermosa muchacha de cabello leonado que tenía a su izquierda deCastries.

—Tengo entendido que es el privilegio de la primera noche de vuelo —les comentó con voz agradable a todos los presentes—, que podemos sentarnos a cenar donde nos plazca y conocer a nuestros compañeros de viaje. Encantado de conocerles.

Durante un segundo nadie pronunció palabra. DeCastries sólo sonrió, una sonrisa cortante con la que apenas movió los labios en su atractivo rostro, enmarcado por unas sombras grises que jaspeaban su cabello negro alrededor de las sienes. Llevaba cinco años siendo el Secretario de Asuntos Planetarios para la Coalición de Naciones Orientales de la Tierra, y era bien conocido por su éxito con las mujeres; sus oscuros ojos se habían centrado en la muchacha de cabello leonado desde el mismo momento en que la había invitado —junto con su padre, un mercenario, y el Unificador Exótico, que era el tercero de su grupo— a acompañarle a su mesa. Su sonrisa no reflejaba ninguna amenaza abierta; pero, de manera reflexiva cuando la notó, la muchacha frunció el ceño ligeramente y posó una mano en el brazo de su padre, que se había adelantado en su asiento con la intención de hablar.

—Coronel...

El mercenario llevaba en el bolsillo frontal de su chaqueta la insignia de oficial

del Mundo Dorsai, que indicaba que se hallaba contratado por los exóticos de Bakhalla y que ostentaba el grado de coronel. Su rostro, profundamente bronceado con su rígido bigote engominado, podría haber parecido ridículo si no hubiera permanecido tan inexpresivo y duro como la culata de un rifle de agujas. Se interrumpió cuando notó la mano en su brazo, y giró la cabeza para mirar a su hija; pero la atención de ella se centraba en el intruso.

—Coronel —le dijo ella a su vez, y su voz joven sonó enojada y preocupada al mismo tiempo, a diferencia del tono contenido y mesurado de su padre—, ¿no cree que debería retirarse a descansar un poco?

—No —respondió el teniente coronel mirándola. Ella contuvo la respiración, sintiéndose repentinamente como un pájaro atrapado en la mano de un gigante, al notar la extraña y penetrante atención de sus ojos grises... en total contradicción con el aspecto inofensivo que él ofreciera cuando entró en el salón. Esos ojos momentáneamente la inmovilizaron; indefensa, y sin ninguna advertencia previa ella fue consciente de ser el centro exacto de su visión, desnuda bajo el foco de su juicio —... no lo creo —le escuchó decir.

Ella se reclinó contra el respaldo del asiento y encogió sus bronceados hombros en su verde vestido de noche a la vez que lograba apartar sus ojos de los de él. Por el rabillo del ojo notó que él paseaba su mirada alrededor de la mesa, desde el Exótico de bata azul en un extremo, pasando de nuevo por la figura de su padre y la suya, hasta llegar a un deCastries que sonreía levemente.

—Por supuesto, a usted le conozco, señor Secretario —continuó, dirigiéndose a deCastries—. Para ser franco, elegí este vuelo en particular con destino a Kultis de manera que pudiera encontrarme con usted. Me llamo Cletus Grahame... y hasta el mes pasado era el jefe del Departamento de Estrategia en la Escuela Militar de la Alianza Occidental, momento en el que pedí un traslado a Kultis... a Bakhalla, en Kultis. —Posó sus ojos en el Exótico—. Un oficial de la nave me ha dicho que usted es Mondar, Unificador de Kultis, y que viaja usted con rumbo hacia el Enclave, en St. Louis —comentó—. Bakhalla es su ciudad.

—Es la capital de la Colonia de Bakhalla —repuso el Exótico—; ya ha dejado de ser una simple ciudad, coronel. Estoy seguro de que todos estamos encantados de conocerle, Cletus. ¿Pero cree usted que demuestra buen juicio el que un oficial de las fuerzas armadas de la Alianza trate de relacionarse con gente de la Coalición?

—¿Por qué no... aquí a bordo? —inquirió Cletus Grahame sonriéndole despreocupadamente—. Usted mismo se encuentra con el secretario, y es la Coalición la que le suministra a Neulandia armas y material bélico. Además, como ya he dicho, es la primera noche del viaje.

Mondar sacudió la cabeza.

—Bakhalla y la Coalición no están en guerra —dijo—. Además, el hecho de que la Coalición le haya brindado cierta ayuda a la Colonia de Neulandia no tiene nada que ver con este asunto.

—La Alianza y la Coalición tampoco están en guerra —contestó Cletus—, y el hecho de que apoyen a diferentes bandos en la guerra de guerrillas que mantienen ustedes y Neulandia no tiene nada que ver con este asunto.

—Creo que se equivoca... —comenzó Mondar. Pero entonces fue interrumpido.

Se produjo un repentino descenso en el volumen de la conversación del salón. Mientras ellos hablaban, el camarero y Pater Ten habían regresado, acompañados por un hombre uniformado impresionantemente grande y que llevaba los galones de primer oficial de la línea espacial, que en ese momento llegó hasta la mesa y dejó caer una enorme mano sobre el hombro de Cletus.

—Coronel —dijo el oficial en voz alta—, ésta es una nave suiza con registro de neutralidad. Transportamos a gente de la Alianza y de la Coalición sin ningún tipo de discriminación, pero no nos gusta que se produzcan incidentes políticos a bordo. Esta mesa pertenece al Secretario de Asuntos Planetarios de la Coalición, Dow deCastries. Su mesa se encuentra allí, al otro lado del salón...

Pero Cletus desde el principio no le prestó la menor atención. Por el contrario, volvió a mirar a la muchacha —sólo a ella— y sonrió, enarcando las cejas como si dejara toda la situación en sus manos. No hizo ningún gesto para levantarse de su asiento.

La muchacha le devolvió una mirada furiosa, pero esto no ayudó a que él se moviera. Durante un largo segundo la ira de la joven se mantuvo... luego se diluyó hasta desaparecer. Se volvió hacia deCastries.

—Dow... —comentó, interrumpiendo al oficial de la nave, que ya había comenzado a repetir sus palabras.

La fina sonrisa de deCastries se ensanchó levemente. Él también enarcó las cejas, no obstante su expresión fue diferente de la de Cletus. Dejó que el deseo que había en la mirada de la muchacha se prolongara un buen rato antes de volverse al oficial de la nave.

—Todo está en orden —dijo, su profunda voz musical acalló instantáneamente la del otro hombre—. El coronel sólo hace uso del privilegio que le otorga la primera noche de viaje para sentarse donde desee.

El rostro del oficial enrojeció. Con lentitud quitó su mano del hombro de Cletus. De repente, su tamaño ya no le proporcionaba aspecto impresionante y grande, sino torpe y conspicuo.

—Sí, señor Secretario —aceptó con rigidez—. Ya veo. Lamento haberles interrumpido a todos ustedes...

Lanzándole una mirada de puro odio a Pater Ten, la cual afectó al hombrecito de la misma manera que la sombra de una nube de lluvia afectaría al brillante resplandor de un lingote de acero al rojo vivo, y evitando con cuidado los ojos de los otros pasajeros, dio media vuelta y se encaminó hacia la salida. El camarero se había evaporado apenas escuchar las palabras de deCastries. Pater Ten se deslizó en el asiento que había abandonado anteriormente mirando a Cletus con el ceño fruncido.

—Con respecto al Enclave Exótico de St. Louis —le dijo Cletus a Mondar... no parecía perturbado por lo que acababa de ocurrir—, han sido muy amables prestándome material de biblioteca para investigación.

—¿Oh? —El rostro de Mondar mostró un diplomático interés—. ¿Es usted escritor, coronel?

—Un especialista —respondió Cletus. Sus ojos grises se centraron en el Exótico—. Ahora mismo estoy escribiendo el cuarto volumen, de un trabajo de veintiún tomos que comencé hace tres años, que trata temas estratégicos y tácticos. Pero dejemos eso a un lado ahora. ¿Sería tan amable de presentarme al resto de las personas presentes?

Mondar asintió.

—Como ya dijo usted, yo soy Mondar. Coronel Eachan Khan —volviéndose, se dirigió al Dorsai que había a su derecha—, permita que le presente al teniente coronel Cletus Grahame, de las fuerzas de la Alianza.

—Es un honor, coronel —respondió Eachan Khan con un arcaico y cortante acento británico.

—Es un placer conocerle, señor —replicó Cletus.

—Y la hija del coronel Khan, Melissa Khan —continuó Mondar.

—Hola —Cletus le sonrió otra vez.

—¿Cómo está usted? —dijo ella con frialdad.

—A nuestro anfitrión, el Secretario Dow deCastries, usted ya lo ha reconocido —comentó Mondar—. Señor Secretario... el coronel Cletus Grábame.

—Me temo que ya es un poco tarde para que le invitemos a cenar, coronel —dijo deCastries con voz profunda—, todos nosotros ya lo hemos hecho. —Llamó al camarero con un gesto—. Sí podemos ofrecerle algún vino.

—Y por último, el caballero que se encuentra a la derecha del secretario —prosiguió Mondar—, el señor Pater Ten. El señor Ten posee una memoria eidética, coronel. Descubrirá que tiene conocimientos enciclopédicos sobre casi todos los temas.

—Encantado de conocerle, señor Ten —dijo Cletus—. Quizá debiera conseguir que me lo prestaran a usted en vez del material bibliográfico que he solicitado para mi próxima investigación.

—¡No se moleste! —exclamó Pater Ten de manera inesperada. Tenía una voz aguda y chillona que, sin embargo, llegaba con claridad—. Leí sus tres primeros volúmenes... no eran más que un conjunto de teorías descabelladas apoyadas por una historia militar demasiado exaltada. Seguro que si usted no hubiera pedido el traslado de la Academia le habrían echado. De todos modos, ya no pertenece a ella. ¿Ahora quién le leerá? Nunca acabará un cuarto tomo.

—Ya se lo dije —comentó Mondar en la pausa que siguió a esta explosión verbal. Cletus contemplaba al hombrecito con una ligera sonrisa que se parecía a la que había exhibido antes deCastries—. El señor Ten posee una verdadera fuente enciclopédica

de conocimientos.

—Ya veo —repuso Cletus—. Pero el conocimiento y las conclusiones son dos cosas diferentes. Y ésa es la razón por la que completaré los dieciséis volúmenes restantes a pesar de las dudas del señor Ten. De hecho, ése es el motivo por el que me dirijo ahora a Kultis... para asegurarme de que sean escritos.

—Eso es... para arrebatarle una victoria a la derrota que se vive allí —graznó Pater Ten—. Ganará la guerra en Bakhalla en seis semanas y se convertirá en un héroe de la Alianza.

—Sí, no es una mala idea —concedió Cletus al tiempo que el camarero colocaba con discreción una copa de vino delante suyo y la llenaba con líquido de un color amarillo canario que había en una botella sobre la mesa—. Sólo que no serán ni la Alianza ni la Coalición los que vencerán con el tiempo.

—Ésa es una declaración fuerte, coronel —dijo deCastries—. Y suena un poco a traición que un oficial de la Alianza hable así de ella ¿no cree?

—¿De verdad piensa eso? —preguntó Cletus y sonrió—. ¿Hay alguien aquí que piense informar sobre ello?

—Posiblemente —y de repente hubo algo frío en la profunda voz de deCastries—. Mientras tanto, es interesante escucharle hablar. ¿Qué es lo que le hace pensar que no serán ni la Alianza ni la Coalición las que acabarán consiguiendo la influencia hegemónica entre las colonias que existen en Kultis?

—Las leyes del desarrollo histórico —contestó Cletus— trabajan para que así ocurra.

—Leyes —intervino Melissa Khan con enfado. La tensión que había sentido bajo la tranquila conversación se hizo insoportable—. ¿Por qué todo el mundo piensa... —Miró durante un momento, casi con amargura, a su padre—... que existe una serie de principios, teorías o códigos ideales por los que la gente debería regirse? ¡La gente práctica es la que hace que ocurran los acontecimientos! Hoy en día uno tiene que ser pragmático, de lo contrario más le valdría estar muerto.

—Melissa —dijo deCastries sonriendo— respeta al hombre práctico. Me temo que tengo que darle la razón. Lo que funciona es la experiencia práctica.

—En oposición a las teorías, coronel —se burló Pater Ten—, en oposición a las teorías que hay en los libros. Espere hasta que se vea entre oficiales veteranos en la jungla de Neulandia-Bakhalla en una lucha real. ¡Entonces descubrirá lo que de verdad es la guerra! Espere hasta escuchar el crepitar de un rayo de energía pasando por encima de su cabeza y averiguará...

—Lleva la Medalla de Honor de la Alianza, señor Ten.

La súbita intervención de Eachan Khan con su tono cortante y medido atravesó la perorata del otro hombre como si fuera un hacha. En el nuevo silencio reinante Eachan señaló con un dedo índice firme y marrón la condecoración roja, blanca y dorada que había en el extremo derecho de la chaqueta de Cletus.

2

El silencio continuó durante un rato en la mesa.

—Coronel —preguntó Eachan—, ¿qué le ocurre a su pierna?

Cletus esbozó una sonrisa irónica.

—Parte de la rodilla es ahora una prótesis —respondió—. Es muy cómoda, pero se nota cuando camino. —Miró de nuevo a Pater Ten—. En realidad, el señor Ten tiene bastante razón en lo que se refiere a mi experiencia militar práctica. Sólo estuve en activo tres meses una vez que se me dio un destino... fue durante la última escaramuza entre la Alianza y la Coalición en la Tierra, siete años atrás.

—Sin embargo, después de esos tres meses acabó con la Medalla de Honor —comentó Melissa. La expresión con la que lo contemplara antes había cambiado por completo. Se volvió hacia Pater Ten—. Supongo que ésa es una de las pocas cosas que usted desconoce, ¿verdad?

Pater Ten le devolvió una mirada llena de odio.

—¿Es verdad, Pater? —murmuró deCastries.

—Hubo un teniente Grábame condecorado por la Alianza hace siete años —escupió Pater Ten—. Su división lanzó un ataque y aterrizó en una isla del Pacífico que mantenía guarniciones nuestras. La división fue localizada y diezmada, pero el teniente Grábame logró reunir un pequeño grupo que actuó como fuerza guerrillera y tuvo éxito en arrinconar a nuestra gente en sus propias zonas fortificadas hasta que los refuerzos de la Alianza llegaron un mes después. Pisó una mina el día antes de que fuera relevado. Lo destinaron a su Academia debido a que después de ese incidente no pudo cualificarse físicamente.

Surgió otro momento, éste más breve, de silencio alrededor de la mesa.

—Por lo que se ve, coronel —dijo deCastries con un extraño tono pensativo, haciendo girar entre sus dedos la copa de vino a medio llenar que tenía sobre el mantel—, el especialista fue un héroe.

—No, por Dios que no —repuso Cletus—. Aquel teniente era un temerario, eso es todo. Si hubiera entendido entonces las cosas tan bien como ahora, nunca habría pisado aquella mina.

—Y sin embargo se encuentra aquí... ¡de regreso al frente de batalla! —exclamó Melissa.

—Es cierto —dijo Cletus—, pero como ya he dicho, ahora soy un hombre más sabio. No deseo más medallas.

—¿Qué es lo que *desea*, Cletus? —inquirió Mondar desde el extremo de la mesa. El Unificador había estado observando a Cletus durante unos minutos con una intensidad muy poco Exótica.

—Quiere escribir dieciséis volúmenes más —se mofó Pater Ten.

—En realidad, el señor Ten tiene razón —le respondió Cletus a Mondar con tranquilidad—. Lo que de verdad deseo es acabar mi trabajo sobre estrategia. Pero he

descubierto que primero tendré que crear las condiciones en las que puedan ser aplicadas.

—¡Ganar la guerra en Neulandia en sesenta días! —afirmó Pater Ten—. Tal como ya dije antes.

—Creo que en menos tiempo —corroboró Cletus, y miró con calma a su alrededor ante los repentinos cambios de expresión que surgieron en los rostros de todos menos en los de Mondar y Pater Ten.

—Debe tener mucha confianza en usted como experto militar, coronel —comentó deCastries. Al igual que Mondar, los ojos con los que miraba a Cletus mostraron un creciente interés.

—Yo no soy un experto —dijo Cletus—. Soy un especialista. Hay una diferencia: el experto es un hombre que conoce bastante sobre el tema elegido; el especialista domina todo lo que concierne a su especialidad.

—Siguen siendo teorías —interpuso Melissa. Le miró intrigada.

—Sí —le contestó—, pero el teórico efectivo posee una ventaja sobre el hombre práctico.

Ella sacudió la cabeza, mas no pronunció palabra... reclinándose de nuevo contra el cojín de su asiento, observándole a la vez que se mordía el labio inferior.

—Me temo que otra vez debo estar de acuerdo con Melissa —repuso deCastries. Durante un momento su mirada fue inescrutable, como si estuviera contemplando su interior y no a los allí reunidos—. He visto a demasiados hombres que sólo poseían teorías pisoteados cuando se aventuraron al mundo real.

—Los hombres son reales —dijo Cletus—. Al igual que las armas... ¿Pero y las estrategias? ¿Y las consecuencias políticas? No son más reales que las teorías. Y un teórico seguro, acostumbrado a tratar con las cosas irreales, las manipula mejor que el hombre habituado a tratar sólo con las herramientas reales que en realidad únicamente son productos acabados... ¿Conoce algo de esgrima?

DeCastries negó con la cabeza.

—Yo sí —intervino Echan.

—Entonces tal vez usted reconozca la táctica que se utiliza en esgrima y que yo uso como ejemplo para explicar algo que llamo las *estrategias del error*. Está en el volumen que estoy escribiendo ahora —Cletus se volvió hacia él—. Esa táctica de esgrima consiste en lanzar una serie de ataques, cada uno de los cuales invita a su vez a un contraataque, por lo que se produce un esquema que hace que la propia espada y la del oponente se aproximen y se separen. Sin embargo, el propósito de estos ataques preliminares no es dar en el blanco, sino conseguir que la espada del oponente quede fuera de línea con cada separación, de manera que, poco a poco, éste no se dé cuenta de lo que estás haciendo. Entonces, después de la última aproximación, cuando su espada ya ha sido desviada totalmente de la línea de ataque, te lanzas a la última embestida hacia lo que, esencialmente, es un hombre desprotegido.

—Requeriría un espadachín endemoniadamente bueno —aceptó Hachan

llanamente.

—Por supuesto —concedió Cletus.

—Sí —dijo deCastries con lentitud, y esperó hasta que Cletus le miró—. Pero parece que es una táctica totalmente restringida a la sala de esgrima, donde todo se lleva a cabo de acuerdo con reglas ya establecidas.

—Oh, pero se puede aplicar casi a cualquier situación —comentó Cletus.

Había tazas de café que aún no habían sido utilizadas alrededor de la mesa. Extendió el brazo, reunió tres y las alineó, colocándolas entre deCastries y él en posición invertida. Luego alargó la mano hacia unos terrones de azúcar y colocó su puño dejando caer un terrón sobre el mantel enfrente de la taza del centro. Cubrió el terrón de azúcar con esta taza y movió las otras dos, cambiando su posición con rapidez. Luego se detuvo.

—Supongo que está al tanto de este viejo juego —le dijo a deCastries—. ¿Bajo cuál de estas tazas diría que se encuentra el terrón de azúcar?

DeCastries observó las tazas pero no hizo ningún movimiento hacia ellas.

—En ninguna —respondió.

—Sólo para ayudarme a ilustrar mi ejemplo... escoja alguna —le pidió Cletus.

DeCastries sonrió.

—¿Por qué no? —aceptó.

Extendió la mano y alzó la taza del centro. Su sonrisa se desvaneció durante un segundo y luego retornó. A la vista de todos apareció un terrón de azúcar sobre el blanco del mantel.

—Por lo menos —comentó deCastries—, usted es un manipulador honesto del juego.

Cletus cogió la taza del centro, que deCastries había invertido, y cubrió el terrón de azúcar. Una vez más cambió las posiciones de las tazas con rapidez.

—¿Lo intenta de nuevo? —le preguntó a deCastries.

—Si lo desea.

Esta vez deCastries eligió alzar la taza del extremo derecho de la fila. Otro terrón de azúcar quedó al descubierto.

—¿Una vez más? —pidió Cletus.

De nuevo cubrió el terrón y mezcló las tazas. DeCastries cogió la taza que ahora se encontraba en el centro y la apoyó con cierta fuerza cuando vio el terrón de azúcar que había destapado.

—¿Qué es esto? —inquirió. Su sonrisa por entonces ya se había desvanecido—. ¿Cuál es su propósito?

—Por lo que parece, cuando yo controlo el juego usted no puede perder, señor Secretario —respondió Cletus.

DeCastries le escrutó penetrantemente durante un segundo, luego tapó el terrón y se reclinó contra su asiento, mirando a Pater Ten.

—Esta vez mueve tú las tazas, Pater —dijo.

Sonriéndole con maldad a Cletus, Pater Ten se incorporó y movió las tazas... de manera tan lenta que todo el mundo en la mesa pudo seguir con facilidad la última taza que había descubierto deCastries. Ésa en particular acabó una vez más en el centro. DeCastries miró a Cletus y extendió la mano a la taza de la derecha de aquella que claramente contenía el terrón. Su mano dudó, permaneció inmóvil durante un momento en el aire y luego retrocedió. La sonrisa retornó a su rostro.

—Por supuesto —comentó mirando a Cletus—. No sé cómo lo hace, pero sé que si alzo esa taza debajo de ella habrá un terrón de azúcar. —Su mano se dirigió a la taza que había en el otro extremo de la línea—. Y si escojo ésta, ¿también habrá un terrón debajo?

Cletus permaneció en silencio. Sólo le devolvió la sonrisa.

DeCastries asintió. Había recuperado la habitual afabilidad de su trato.

—De hecho —prosiguió—, la única taza de la que puedo estar seguro que no contiene un terrón de azúcar es la que todos sabemos que debe tenerlo... la del centro. ¿Tengo razón?

Cletus continuó con su sonrisa.

—La tengo —respondió deCastries. Alargó la mano hacia la taza del centro un segundo, a la vez que observaba los ojos de Cletus, pero luego la retiró—. Y esto era lo que usted se proponía con su demostración de las tazas y los terrones de azúcar, ¿no es cierto, coronel? Su objetivo era que yo dedujera la situación tal como lo he hecho... al mismo tiempo que hacía que me sintiera inseguro de mí mismo después de equivocarme tres veces seguidas, de que aún tuviera que alzar la taza del centro para probarme que realmente se hallaba vacía. Su verdadero propósito era minar la seguridad de mi propio juicio de acuerdo con esas *estrategias del error* suyas, ¿verdad?

Alargando la mano golpeó la taza central con la uña para que produjera un sonido apagado y breve como el de una campanilla.

—Pero no pienso alzarla —continuó sin apartar la mirada de Cletus—. Como ve, una vez que deduje la situación he ido un paso más adelante, descubriendo el propósito que usted perseguía al intentar que yo la levantase. Quiso impresionarme. Bien, le reconozco que estoy impresionado... pero sólo un poco. Y como un detalle ante ese reconocimiento, ¿qué le parece si dejamos la taza tal como está? ¿Qué me dice?

—Que su razonamiento es excelente, señor Secretario —Cletus alargó las manos y cogió las otras dos tazas colocándolas correctamente, tapándolas durante un breve momento con su mano antes de volverlas y exponer su contenido vacío—. ¿Qué más podría decir?

—Gracias, coronel —respondió deCastries con voz suave. Se había reclinado en su asiento y entrecerró los ojos hasta que parecieron dos rendijas. En ese momento alargó su mano derecha y cogió el borde de su copa de vino. La hizo rotar una vez más con sus dedos pulgar e índice en perfectos giros de cuarenta y cinco grados; daba

la impresión de que la estaba atornillando con delicadeza en el blanco mantel—. Si no recuerdo mal, usted comentó antes que su viaje a Kultis sólo se debía al hecho de que yo me encontraba en esta nave. ¿Se tomó tantas molestias simplemente para mostrarme su juego táctico con las tazas?

—Sólo en parte —contestó Cletus. La tensión que reinaba en la atmósfera alrededor de la mesa se había incrementado de repente, aunque tanto las voces de Cletus como la de deCastries seguían con un tono agradable y relajado—. Quería conocerle, señor Secretario, ya que me hará falta que usted propicie los acontecimientos que me permitan acabar mi trabajo sobre estrategia.

—¿Sí? —preguntó deCastries—. ¿Y cómo espera que le ayude?

—Estoy convencido de que las oportunidades se nos presentarán a los dos, señor Secretario... —Cletus empujó su silla hacia atrás y se incorporó—... ahora que nos hemos conocido y que está al tanto de mis metas. Una vez conseguido todo esto, creo que es el momento de que me disculpe por haberles impuesto mi presencia y me marche...

—Aguarde un segundo, coronel... —susurró deCastries.

El ruido apagado de un cristal al romperse les interrumpió. La copa de vino de Melissa yacía derramada y rota ante su plato y ella se ponía de pie tambaleante a la vez que se llevaba una mano a la frente.

3

—No, no... estoy bien —le dijo a su padre—. Lo que ocurre es que de repente me he mareado, eso es todo. Iré a acostarme... ¡No, papá, tú quédate aquí! Coronel Grábame, ya que usted se marcha, podría acompañarme hasta mi camarote, ¿verdad?

—Por supuesto —respondió Cletus.

Con un rápido movimiento rodeó la mesa y la tomó del brazo. Era alta, y apoyó el considerable peso de su joven y saludable cuerpo contra él. Casi con irritación hizo un gesto con el cual les indicó a su padre y a deCastries que volvieran a sentarse.

—¡No me ocurre nada! —exclamó. Su voz se endureció—: Me encuentro bien. Sólo quiero recostarme un rato. Por favor, no saquen la situación de lugar. Coronel...

—Cuando quiera —contestó Cletus.

Se alejaron juntos lentamente de la mesa, ella todavía recostada contra él a medida que atravesaban el salón y salían al corredor, donde giraron a la izquierda.

Ella continuó apoyada en él hasta que el pasillo dio un giro que los ocultó de la entrada del salón; entonces, y de manera abrupta, ella se irguió apartándose de él, y se volvió para mirarle.

—Estoy bien —comentó—. Tuve que inventarme algo para sacarle a usted de ahí. ¡No está borracho!

—No —replicó Cletus de buen humor—. Y se nota que tampoco soy un buen actor.

—¡Aunque lo fuera, no hubiera podido engañarme! Puedo distinguir... —Alzó la mano a medias con los dedos entendidos como si fuera a tocarle el pecho; luego la bajó con brusquedad al sentir la mirada curiosa de él—. Puedo ver a través de gente como usted. Pero olvídalo. Hubiera sido bastante malo si de verdad se *encontrara* borracho. ¡Así que sólo intentaba jugar con Dow deCastries!

—En realidad no estaba haciendo ningún juego —dijo Cletus serio.

—¡Oh, no me diga! —exclamó ella—. ¿Acaso piensa que no sé la clase de idiotas que pueden ser los soldados profesionales cuando tratan de relacionarse con gente ajena a su entorno militar especial? ¡Pero una Medalla de Honor para mí significa algo, aunque la mayoría de los civiles no sepan lo que es! —Sus ojos habían vuelto a fijarse en los de él otra vez. Ella estuvo a punto de apartarlos con un gesto brusco—. Y ése es el motivo de que le ayudara a alejarse de él hace un momento. ¡La única razón!... ¡Y no pienso volver a hacerlo!

—Ya veo —repuso Cletus.

—¡Así que ahora regrese a su camarote y permanezca allí! A partir de este momento manténgase alejado de Dow deCastries. Y también de papá y de mí... ¿me está escuchando?

—Por supuesto —dijo Cletus—. Pero lo menos que puedo hacer es acompañarla todo el camino hasta su camarote.

—No, gracias. Puedo ir yo sola.

—¿Qué ocurriría si alguien la viera sola y el Secretario se enterara de que su mareo había pasado tan rápidamente una vez fuera del salón?

Le miró con furia, dio media vuelta y comenzó a andar por el corredor. Cletus, con dos largas zancadas, la alcanzó y se acopló a su paso.

—Con respecto a los soldados profesionales —comenzó él con suavidad—, uno no tiene porqué ser igual al otro...

Ella se detuvo de repente y se encaró ante él, obligándole también a detenerse.

—Supongo —dijo de manera sombría— que usted piensa que mi padre nunca fue nada más que un mercenario.

—Claro que no —replicó Cletus—. ¿No fue hasta hace unos diez años teniente-general del Ejército Real de Afganistán?

Ella le miró con ojos centelleantes.

—¿Cómo lo sabe? —Su voz era acusadora.

—La historia militar —incluida la más reciente— es parte de mi profesión. —Contestó él—. La Revolución de la Universidad de Kabul, hace doce años, que acabó haciéndose con el gobierno, forma parte de ella. No creo que el ejército afgano tuviera a más de un General Eachan Khan. Debió haber emigrado de la tierra al cabo de un par de años después de la toma del poder.

—¡No estaba obligado a marcharse! —le espetó ella—. Aún querían que él permaneciese en el ejército, incluso después de que Afganistán cediera su independencia para convertirse en un sector de área de la Coalición. Pero había más razones... —se interrumpió.

—¿Otras razones? —preguntó Cletus.

—¡Usted no lo entendería! —Dio media vuelta y de nuevo comenzó a andar por el corredor. Pero, después de unos pasos, las palabras surgieron de ella como si no pudiera contenerlas—. Mi madre había muerto... y... *Salaam Badshahi Daulat Afganistán*... cuando empezaron a imponer la pena de muerte para cualquiera que cantara el viejo himno afgano fue cuando él dimitió. Por lo que emigró... al mundo Dorsai.

—Según tengo entendido, es un mundo lleno de soldados —dijo Cletus—. No debió haber sido muy...

—Le encontraron un trabajo como capitán... ¡capitán en un batallón de mercenarios! —llameó ella, mirándole—. Y desde ese momento, en sólo diez años, consiguió volver a ascender hasta coronel... pero ahí se estancará. Todo porque los mercenarios Dorsai no pueden conseguir trabajo para nada que sea más grande que un pequeño regimiento... y una vez que pague sus gastos, no nos quedará siquiera suficiente con lo que él gana como para volver de visita a la Tierra, y menos aún para establecernos de nuevo allí, a menos que los exóticos o algún otro nos pague el viaje en categoría de visita oficial.

Cletus asintió.

—Ya veo —dijo—. Pero es un error por su parte intentar que las cosas se arreglen

a través de deCastries. Es imposible manipularlo de la manera que usted espera.

—Arreglar las cosas... —Ella volvió la cabeza y le miró a los ojos con ira, pero esta vez con cierta sorpresa espontánea dibujada en su pálido rostro.

—Por supuesto —confirmó Cletus—. Me he estado preguntando qué hacía usted a su mesa. Usted debía ser menor de edad cuando su padre emigró al mundo Dorsai, por lo que posee la doble nacionalidad Coalición-Dorsai. Tiene todo el derecho de regresar y vivir en la Tierra en el momento que decida recuperar la nacionalidad de la Coalición. Sin embargo, su padre no puede ser repatriado salvo por un decreto político especial, que es casi imposible de obtener. Es él o usted quien cree que puede conseguir la ayuda de deCastries en este asunto...

—¡Papá no está involucrado en esto! —Su voz sonó con un tono feroz—. ¿Qué clase de hombre cree que es?

Él la observó.

—No. Usted tiene razón, por supuesto —aceptó—. Fue idea suya. Este asunto no encaja con su padre. En la Tierra yo crecí en medio de una familia de militares, y me recuerda a algunos de los generales con los que estoy emparentado. De hecho, si yo no hubiera deseado ser pintor...

—¿Pintor? —Ella parpadeó asombrada ante el súbito cambio de tema.

—Sí —dijo Cletus con una sonrisa irónica—. Comenzaba a ganarme la vida con la pintura cuando me llamaron para el servicio militar; entonces decidí entrar en la Academia Militar de la Alianza, tal como mi familia había deseado desde el principio. Poco después fui herido, como ya sabe, momento en el que descubrí que me gustaba la teoría del arte militar. De esa forma la pintura quedó atrás.

Mientras él hablaba ella se había detenido de manera automática ante una de las puertas de los camarotes que se alineaban a lo largo del estrecho corredor. Sin embargo, no hizo ningún intento de abrirla. Permaneció allí erguida, contemplándole.

—¿Por qué dejó la enseñanza en la Academia? —preguntó.

—Alguien —repuso con buen humor— tiene que hacer que los mundos sean seguros para especialistas como yo.

—¿Convirtiendo a Dow deCastries en un enemigo personal? —inquirió incrédula—. ¿No le enseñó nada ver la forma en que él descubría su juego con las tazas y los terrones de azúcar?

—Pero es que no lo hizo —dijo Cletus—. Oh, reconozco que realizó un buen trabajo ocultando el hecho de que no había podido descubrirlo.

—¿Él se inventó esa historia?

—Ciertamente —respondió Cletus—. Alzó la primera taza con un exceso de confianza, creyendo que podría controlar cualquier cosa que surgiera de mi juego. Cuando apareció el primer terrón, pensó que había sido una torpeza por mi parte y no por la suya.

Con el segundo terrón se vio obligado a revisar sus hipótesis, mas aún no había disminuido tanto su exceso de confianza como para no intentarlo una vez más.

Finalmente, cuando destapó el tercer terrón, se dio cuenta del hecho de que el juego estaba totalmente controlado por mí. Por lo que tuvo que buscar una excusa para detenerse, negándose a escoger una cuarta vez.

Ella sacudió la cabeza.

—Ha invertido todo el asunto —comentó incrédula—. Tergiversa lo que ocurrió para que aparezca como usted lo desea.

—No —dijo Cletus—. DeCastries fue el que lo tergiversó con su explicación tan inteligente de porqué no alzaría la taza una cuarta vez. El único problema es que era una explicación falsa. Sabía que encontraría un terrón de azúcar bajo cualquier taza que levantara.

—¿Cómo?

—Está claro, porque yo coloqué un terrón debajo de cada una de las tazas —respondió Cletus—. En el instante en que cogí un terrón del azucarero, escondí otros dos en la palma de mi mano. Cuando llegó al momento de la cuarta elección, deCastries posiblemente ya lo había descubierto. El hecho de que el juego se convirtiera en evitar encontrar un terrón, en vez de localizarlo, al principio le desconcertó. Pero si entonces lo exponía públicamente habría sido demasiado tarde para no quedar como un tonto por haber caído tres veces en el juego. La gente como deCastries no se puede permitir el lujo de quedar como tontos.

—¿Y por qué lo hizo usted? —Melissa casi gritó—. ¿Por qué desea crearse un enemigo tan poderoso?

—Necesito que su vida se vea involucrada con la mía —contestó Cletus—, para poder utilizarlo. A menos que pueda enfurecerle lo suficiente como para que lance su ataque, yo no podré bloquearlo. Y la única manera que tengo de conseguir toda su atención es deteniendo cada uno de sus ataques... Ahora ya sabe —continuó él con un poco más de suavidad— el motivo por el que debe preocuparse de su propia relación con Dow deCastries y no de la mía. Yo puedo manejarlo. Por el contrario, usted...

—*Usted...* —Repentinamente ella estalló de ira, volviéndose para abrir la puerta—. Usted, ser absoluto... vaya a mezclarse con Dow. Haga que lo mastique hasta que lo convierta en papilla. Espero que así sea. Pero manténgase alejado de mí... ¡Y de mi padre! ¿Me oye?

Él la contempló, y una ligera sombra parecida al dolor le atravesó.

—Por supuesto —repuso, retrocediendo un paso—, si eso es lo que desea.

Ella entró en el camarote y cerró de un portazo. Él permaneció allí un segundo, mirando la superficie lisa de la puerta. Durante un momento, con ella delante, la barrera de aislamiento con la que se había rodeado hacía muchos años, cuando descubrió que los demás no le entendían, casi pareció derretirse. Pero ahora se elevaba de nuevo.

Respiró breve y hondamente, casi fue un suspiro. Dando media vuelta, bajó por el corredor en dirección a su propio camarote.

Durante los siguientes cuatro días Cletus puntualmente evitó a Melissa y a su padre... y a su vez fue ignorado por deCastries y Pater Ten. Sin embargo, Mondar casi se convirtió en un amigo íntimo, circunstancia que Cletus encontró no sólo agradable sino interesante.

Al quinto día de la partida desde la Tierra, la nave espacial entró en órbita estacionaria alrededor de Kultis. Al igual que Mará, su planeta hermano, Kultis era un mundo cálido y verde, con casquetes de hielo en movimiento y sólo dos masas continentales de importancia, al norte y al sur, tal como había sucedido en la Tierra durante el período de Gondwanalandia en el pasado geológico del planeta madre. Las lanzaderas de las ciudades más importantes de las diversas colonias de Kultis se iban aproximando para transportar a tierra a los pasajeros.

Con una especie de presentimiento, Cletus intentó telefonar a los Cuarteles Generales de la Alianza en Bakhalla para presentarse y pedir información. Pero los circuitos de espacio-tierra se encontraban todos ocupados por el grupo de Neulandia, que se hallaba en la sala delantera de evacuación. Esto significaba, descubrió Cletus después de formular algunas preguntas discretas, que Pater Ten estaba hablando en nombre de Dow deCastries. Este hecho, por supuesto, constituía un descarado favoritismo por parte de una nave que supuestamente navegaba bajo bandera neutral. El presentimiento de Cletus se convirtió en sospecha. Una de esas llamadas bien podía estar hablando de él.

Al apartarse del teléfono, Cletus miró a su alrededor y vislumbró la túnica azul de Mondar, de pie al lado de la escotilla del salón situado en el centro de la nave, a unos pocos pasos de Melissa y Eachan Khan. Cletus avanzó cojeando con energía hacia donde se encontraba el Exótico.

—Los teléfonos están todos ocupados —comentó Cletus—. Quería llamar a los Cuarteles Generales de la Alianza para pedir instrucciones. Dígame, ¿hay mucha actividad en las proximidades de Bakhalla por parte de las guerrillas de Neulandia estos días?

—Hasta nuestras propias puertas —respondió Mondar. Observó a Cletus con astucia—. ¿Qué ocurre? ¿Acaso está recordando la forma en que impresionó a Dow la primera noche a bordo durante la cena?

—¿Eso? —Cletus enarcó una ceja—. ¿Me quiere dar a entender que deCastries se toma el trabajo de hacer que cada coronel anónimo que conoce se convierta en un blanco para las guerrillas especiales?

—Obviamente, no todos —replicó Mondar con una sonrisa—. No obstante, no hay ningún motivo de alarma. Usted hará el viaje a Bakhalla con Melissa, Eachan y yo mismo en un coche militar.

—Es reconfortante oír eso —dijo Cletus.

Pero sus pensamientos ya se encontraban en otro sitio. Estaba claro que, fuera el

que fuere el efecto que le había producido a Dow deCastries, en parte no le había pasado desapercibido a Mondar. Lo cual le parecía bien. El sendero que había expuesto hacia su anunciada meta estaba marcado en toda su longitud sólo para la clase de mente sutil que pudiera imaginar fuerzas en movimiento invisibles para hombres menos perceptivos. Ésa era la clase de mente que poseía deCastries, y la de Mondar, en su propio estilo, era lo suficientemente compleja y profunda como para servir de útil sujeto de control.

Un sonido metálico resonó a lo largo de toda la sala, atravesando los sonidos de las conversaciones.

«*La lanzadera con destino a Bakhalla está acoplándose a la nave en este mismo instante*», retumbó la voz del primer oficial a través del altavoz situado en la pared. «*La lanzadera con destino a Bakhalla está acoplándose a la escotilla de la sala intermedia de la nave. Que todos los pasajeros con destino planetario se apresten a abordarla...*».

Cletus se vio arrastrado hacia adelante cuando la escotilla se abrió, mostrando el resplandeciente túnel metálico que la unía a la lanzadera. Él y Mondar fueron separados por la multitud.

La lanzadera era poco más que un pequeño e incómodo autobús de recorrido atmósfera-espacio-atmósfera. Rugió y cayó, avanzando con bruscos tirones hasta que finalmente se detuvo en un círculo de cemento quemado que se encontraba rodeado por un follaje de enormes hojas: un telón de fondo orlado por lo que parecían hebras de color escarlata y un brillante amarillo.

Atravesando la puerta de la lanzadera hacia un cegador resplandor solar, Cletus se apartó del gentío para recoger su equipaje. Aparte de un edificio pequeño que hacía las veces de terminal, situado a unos treinta metros, no se percibía ninguna señal directa del hombre exceptuando la lanzadera y la plataforma de cemento. La vegetación se alzaba unos veinticinco metros a su alrededor. Era un día normal, más bien agradable, pensó Cletus. Buscó con la mirada a Mondar... y abruptamente fue golpeado por algo parecido a un trueno emocional y silencioso.

Incluso en el mismo momento de sentir la sacudida, supo lo que era por lo que le habían contado. Era un *shock de reorientados*... el súbito impacto de un total y nuevo espectro de diferencias tan ajeno al familiar y cotidiano y que se experimentaba de una sola vez. Su distracción cuando emergió hacia esta escena casi terrestre hizo que su efecto se viera aumentado en él.

Al poco, cuando el *shock* había pasado, percibió de inmediato que el cielo no era de color azul sino de un verde azulado. El sol era más grande y de un amarillo dorado más intenso que el de la Tierra. Las hebras rojas y amarillas que destacaban en la selva no estaban producidas por las flores o los viñedos, sino por venas reales de color que recorrían el interior de las hojas. Y el aire era pesadamente húmedo, impregnado de aromas que se fundían para crear un olor como el de la mezcla de la nuez moscada al ser rallada con los tallos de hierba molidos. También vibraba con un

bajo pero firme coro de gritos de insectos o animales que iban desde los sonidos altos, parecidos a una flauta de juguete, hasta el suave retumbar de un barril vacío de madera que estuviera siendo aporreado... no obstante, todo ello envuelto por un sonido ajeno al de las voces de la Tierra...

La totalidad del impacto de luz, color, aromas y sonidos, incluso cuando el primer *shock* hubo pasado, mantuvo a Cletus en una momentánea inmovilidad, de la cual se recuperó para hallar la mano de Mondar en su codo.

—Aquí viene el coche militar —le decía Mondar al tiempo que le hacía avanzar. El vehículo que señaló emergía en ese momento del edificio de la terminal seguido por la forma más grande de un autobús aéreo de pasajeros—. ¿O prefiere usted viajar en el autobús con el equipaje, las esposas y los civiles?

—No, gracias. Iré con ustedes —replicó Cletus.

—Entonces, acompáñeme —dijo Mondar.

Cletus fue con él hasta que los dos vehículos se aproximaron y se detuvieron. El coche militar era un transporte alimentado por plasma y con colchón de aire, aunque también estaba equipado con cadenas de tierra para el caso de que tuviera que atravesar regiones con zonas irregulares. Su aspecto general era el de una versión acorazada de los coches deportivos que se usaban para la caza mayor. Eachan Khan y Melissa ya se hallaban en su interior y ocupaban uno de los dos pares de asientos opuestos. En el asiento delantero se encontraba ante los mandos un joven soldado de cara redonda, a su lado había una pistola múltiple.

Cletus contempló con interés esa torpe arma de mano cuando subió ayudándose en las cadenas del lado derecho. Era la primera pistola múltiple que veía en uso activo... aunque había manejado e incluso disparado una en la Academia. Era un cruce —no, era una descarada arma mestiza— originalmente diseñada para el control de manifestaciones, completamente inútil en el campo de batalla, donde una insignificante mota de tierra podía paralizar alguna parte necesaria de su complejo mecanismo en la primera media hora de combate.

Su nombre se debía al hecho de que, con el ajuste adecuado, podía disparar cualquier cosa: desde una posta de perdigones del calibre 29 hasta un cilindro explosivo de búsqueda de ocho onzas. Era tan poco práctica que hizo que la imaginación táctica de Cletus se lanzara con alegría al descubrimiento de usos poco ortodoxos del arma para situaciones inesperadas.

Él y Mondar ya habían subido al coche. Con un silbido del compresor, la pesada carrocería del vehículo militar se alzó veinticinco centímetros del cemento y se deslizó apoyada en su colchón de aire. Una abertura en el muro de la jungla apareció ante ellos; un momento después descendían por un estrecho y sinuoso camino de tierra que estaba bordeado por dos zanjas profundas y llenas de malas hierbas que infructuosamente trataban de mantener a raya los muros de selva que se elevaban a ambos lados, arqueándose y juntándose, por fin, sobre sus cabezas.

—Me sorprende que ustedes no quemén o fumiguen para abrir un trecho a cada

lado del camino —le dijo Cletus a Mondar.

—En las rutas militares importantes, lo hacemos —replicó el Exótico—. Sin embargo, últimamente estamos justos de mano de obra y la flora local vuelve a crecer con mucha velocidad. Ahora intentamos mutar un grano o hierba de la Tierra que sirva para expulsar a las formas nativas y poder plantarlo en el costado de los caminos... pero también andamos escasos de gente en los laboratorios.

—La situación de los servicios y suministros está muy difícil —intervino Eachan Khan, acariciando el extremo derecho de su engominado bigote con aire protector, cuando el coche se topó de forma inesperada con una gigantesca enredadera que había podido atravesar la tierra por debajo del muro que bordeaba el camino. El conductor se vio obligado a bajar las cadenas para pasar por encima de ella.

—¿Qué piensa de la pistola múltiple? —le preguntó Cletus al mercenario Dorsai de manera entrecortada debido a las sacudidas del vehículo.

—Que representa un tipo de dirección equivocada para el desarrollo de las armas manuales... —Una vez que dejó a la enredadera atrás, el coche volvió a alzarse sobre su colchón de aire—. Pistolas múltiples... o de ultrasonido para que bloqueen o destruyan los mecanismos del arma del enemigo... todo se está volviendo demasiado complicado. Y cuanto más complicadas son las armas, más difícil se vuelve el suministro, lo que hace que sea más arduo que tus fuerzas de combate sean rápidas y maniobrables.

—¿Cuál sería su idea, entonces? —inquirió Cletus—. ¿Un retorno a las ballestas, cuchillos y espadas cortas?

—¿Por qué no? —sugirió Eachan Khan con un tono que, sorprendentemente, poseía un nuevo deje de entusiasmo en su contenida voz—. Un hombre con una ballesta en la posición adecuada y en el momento preciso vale más que un cuerpo de artillería pesada media hora más tarde a quince kilómetros de distancia de donde debería estar. ¿Cómo era aquello... «por un clavo se perdió una herradura...»?

—«Por una herradura se perdió un caballo. Por un caballo se perdió un jinete...» —citó Cletus hasta el final; los dos hombres se contemplaron con un extraño, silencioso pero mutuo, respeto.

—Ustedes seguro que tienen algunos problemas de adiestramiento —comentó Cletus pensativamente—. Me refiero en el mundo de los Dorsai. Estarán recibiendo a hombres con todo tipo de educaciones, y lo que obviamente desean es tener a un soldado entrenado para que pueda participar en tantas situaciones militares diferentes como sea posible.

—Nos concentramos en los fundamentos —repuso Eachan—. Más allá de eso, nuestro programa es desarrollar unidades pequeñas, móviles y veloces, y luego conseguir gente que las contrate para ser empleadas de la manera en que han sido entrenadas —con la cabeza indicó a Mondar—. Hasta ahora el único éxito real que hemos obtenido ha sido con los Exóticos que hay aquí. La mayoría de la gente que nos contrata quiere encasillar a nuestros profesionales en sus organigramas clásicos.

Funciona, pero no se consigue el uso eficiente de los hombres o de las unidades. Ésa es una de las razones por las que ya hemos discutido con los militares de la vieja escuela. Su oficial al mando aquí, el General Traynor... —Eachan se detuvo—. Bueno, no me concierne a mí hablar de ello.

Repentinamente abandonó el tema; entonces se irguió y escudriñó la jungla a través de los espacios abiertos de la ventana en los costados metálicos del vehículo militar. Luego se volvió y alzó la voz, dirigiéndose al conductor en el asiento exterior.

—¿Ve algún indicio de algo extraño ahí afuera? —le preguntó—. Desde aquí dentro no me gusta la sensación que tengo.

—¡No señor, coronel! —le contestó el conductor—. Tranquilo como un paseo domini...

Un huracán de sonidos explotó repentinamente a su alrededor. El coche militar se vio sacudido en el mismo instante y Cletus sintió que volcaba cuando el aire que los rodeaba se llenó de tierra. Apenas pudo vislumbrar al conductor, que aún sujetaba la pistola múltiple aunque su cuerpo estaba decapitado, cuando caía en la zanja de la derecha. Entonces el coche completó su caída y quedó de costado; hubo un momento borroso en el que nada tuvo sentido.

De súbito todo se aclaró otra vez. El vehículo yacía sobre su costado derecho, y lo único que los dejaba expuestos era su base acorazada y los espacios de las ventanas izquierda y trasera. Mondar ya estaba bajando la persiana de magnesio de la ventana de atrás y Hachan cerraba el espacio abierto de la ventana de la izquierda que ahora se hallaba situada sobre sus cabezas. Quedaron encerrados en una oscura caja metálica con sólo unas pocas aberturas estrechas y que apenas permitían la entrada del sol en la parte delantera y alrededor de la sección acorazada que había detrás del asiento del conductor.

—¿Está armado, coronel? —preguntó Eachan Khan, a la vez que extraía una pequeña y lisa arma lanzadora de dardos de debajo de su túnica y le acoplaba un tambor.

Perdigones sólidos provenientes de armas deportivas —en teoría civiles, pero lo suficientemente mortales en las distancias que permitía la jungla— rebotaban ya contra el coche, llevándose partes de la lámina acorazada del vehículo.

—No —respondió Cletus sombríamente.

El aire ya se hallaba viciado en el coche y el olor a hierba aplastada y a canela era abrumador.

—Es una lástima —comentó Eachan Khan.

Acabó de atornillar el tambor, sacó el cañón por una de las aberturas y entrecerró los ojos ante la luz del día. Abrió fuego... y un hombre fuerte y de barba rubia, vestido con un traje de camuflaje, se desplomó más allá de la pared que formaba la jungla en la parte más alejada del camino, quedando inmóvil en el suelo.

—El autobús escuchará los disparos en el momento que se aproxime a nosotros —dijo Mondar en la penumbra detrás de Cletus—. Se detendrán y pedirán ayuda por

radio. Un escuadrón aerotransportado de rescate puede llegar hasta aquí, una vez que Bakhalla conozca la situación, en unos quince minutos.

—Sí —repuso Eachan Khan con calma, y disparó de nuevo. Se escuchó cómo otro cuerpo, invisible esta vez, caía desde un árbol hacia el suelo—. Tal vez lleguen a tiempo. Qué extraño que estas guerrillas no nos dejaran pasar y esperaran al autobús en primer lugar. Es más grande, menos protegido, y con más piezas en su interior... Yo mantendría la cabeza baja, coronel.

Esa última frase estaba dirigida a Cletus, quien se esforzaba con furia por arrancar la persiana del lado del coche que quedaba contra el suelo. Apoyado a medias sobre la superficie del camino, al abrir la persiana gradualmente apareció un espacio que daba a la zanja en la cual había caído el conductor muerto... un espacio lo suficientemente grande como para que Cletus pudiera atravesar a rastras.

Los francotiradores ocultos en la selva se percataron de su intención, y una andanada de disparos sonó contra la base acorazada del coche. No obstante, y debido al cerrado ángulo que formaba con el suelo, ninguno atravesó la abertura que había creado Cletus. Melissa, dándose cuenta en un instante de lo que tenía en mente, le cogió del brazo cuando iba a salir por el agujero.

—No —dijo—. ¡Es inútil! No puede ayudar al conductor. Murió cuando explotó la mina...

—Al infierno... con eso... —jadeó Cletus, ya que el ser blanco de un fuego cruzado no ayuda a los buenos modales—. La pistola múltiple cayó con él.

Liberando su brazo de la mano de ella se escabulló por debajo del coche militar, se puso en pie de un salto y se lanzó a toda velocidad hacia la zanja donde yacía oculto el cuerpo del conductor. Una lluvia de disparos surgió de la selva que le rodeaba; él se tambaleó cuando llegó al borde de la zanja, tropezó y giró, y se lanzó a ella, desapareciendo. Melissa contuvo el aliento cuando escuchó el sonido de unas convulsiones que provenían de la zanja, y entonces vio surgir un brazo que tembló en el aire unos segundos para luego quedar inmóvil a la vista de todos, como en un último gesto con el que desesperadamente pidiera ayuda. Como respuesta a ello, un único disparo salió de la jungla y una posta destrozó la mitad de la mano y la muñeca. La sangre saltó a chorros de la herida pero la mano no cayó; casi al instante el fluir de la sangre decreció, cesando por completo el flujo regular que hubiera indicado que detrás aún existía un corazón que todavía latía, que seguía vivo.

Melissa tuvo un escalofrío mientras contemplaba el brazo, con el aliento entrecortado. Miró en derredor suyo durante un minuto, hasta que su padre colocó su mano libre sobre su hombro.

—Tranquila, hija —le dijo. Apretó con suavidad el hombro durante un segundo y luego se vio forzado a retornar a su tronera cuando una nueva andanada de disparos chocó contra la carrocería del vehículo. Entonces murmuró—: En cualquier momento lanzarán su ataque.

Sentado en la penumbra con las piernas cruzadas como una figura remota y

pensativa, Mondar extendió el brazo y cogió una de las manos de la muchacha, que miraba con la vista perdida. Sus ojos no se apartaron del brazo que había en la zanja, pero su propio apretón se intensificó en la mano de Mondar con una fuerza que resultó increíble. No emitió ningún sonido, no obstante su mirada nunca se apartó de aquella escena y su rostro estaba tan blanco e inmóvil como una máscara.

Los disparos que surgían de la jungla repentinamente cesaron. Mondar se volvió para mirar a Hachan.

El Dorsai le devolvió la mirada por encima del hombro y sus ojos se encontraron.

—Será de un momento a otro —comentó Hachan con tono profesional—. Sería tonto por su parte si les permite que le atrapen vivo, Unificador.

—Cuando no haya ningún motivo para seguir vivo, asumiré la opción de morir —respondió Mondar con serenidad—. Nadie, exceptuándome a mí, ejerce algún poder sobre este cuerpo.

Hachan volvió a disparar.

—El autobús —dijo Mondar con calma— debería haberse aproximado lo suficiente ya como para oír los disparos y haber radiado una petición de socorro.

—Sin ninguna duda —expuso el Dorsai—. Pero la ayuda debería estar encima nuestro ahora mismo si ha de servirnos para algo. En cualquier momento, como ya he dicho, dejarán de disparar desde sus escondites y se lanzarán hacia nosotros. Y una pistola no podrá mantener a raya a una docena de hombres... ¡Aquí vienen!

A través del claro, por encima del hombro del soldado, Mondar pudo ver las dos olas de figuras vestidas con trajes de camuflaje que surgieron de repente desde ambos lados del sendero de la selva y que avanzaban como una marea sobre el coche. La pequeña arma en la mano de Eachan hablaba rítmicamente y, de forma mágica —ya que su voz casi era inaudible en el ruido y caos generales—, las figuras que marchaban en la vanguardia del ataque estaban cayendo.

Sin embargo, los atacantes sólo tenían que cubrir unos quince metros; de pronto la jungla y el pequeño espacio de luz que Mondar podía ver fueron dominados por los trajes de batalla.

La pistola en la mano de Eachan se vació... y en ese segundo, justo en el momento en que las siluetas del primer grupo guerrillero oscurecían el agujero por el cual Cletus había salido, el estruendoso sonido de la pistola múltiple rugió por detrás de los atacantes, que se deshicieron como figuras de arena bajo el golpe de una pesada ola.

La pistola múltiple rugió un segundo más y luego se detuvo. La quietud fluyó sobre la escena como agua que cubre el vacío producido por una piedra que cayera en la tranquila superficie de un lago situado en la montaña. Eachan se abrió paso más allá de las congeladas siluetas de Mondar y Melissa y se arrastró fuera del vehículo. Atontados, los dos le siguieron.

Cojeando sobre la articulación artificial de su rodilla izquierda, Cletus salía de la zanja arrastrando la pistola múltiple detrás suyo. Se puso de pie en el camino en el

momento en que Eachan llegaba hasta él.

—Muy bien hecho —dijo el Dorsai con una extraña nota de calidez en su voz habitualmente controlada—. Gracias, coronel.

—De nada, coronel —respondió Cletus con cierto temblor en la voz.

Una vez que la excitación hubo acabado, la rodilla que todavía era de carne y sangre temblaba en reacción a lo que había acontecido, invisible pero perceptiblemente bajo el uniforme.

—Realmente muy bien hecho —repuso Mondar con su acostumbrada calma cuando se unió a ellos.

Melissa se había detenido y contemplaba la zanja donde yacía el conductor muerto. Era su brazo el que había surgido por encima del borde, obviamente empujado por Cletus, mientras él se revolcaba como un hombre mortalmente herido, oculto en la zanja. Melissa tuvo un escalofrío y se apartó, dirigiéndose hacia donde estaban los demás.

Observó a Cletus con el rostro blanco todavía, en el cual se reflejaba una extraña mezcla de emociones. Mondar habló:

—Aquí vienen nuestras tropas de rescate —comentó el exótico, alzando la vista al cielo. Un par de naves de combate, con un escuadrón de infantería en cada una, se posaba en el sendero. El silbido de un *jet* aéreo al frenar sonó detrás de ellos y se volvieron para ver al autobús que se deslizaba, ya a la vista, por un giro del camino —. Al igual que los que pidieron esa ayuda —añadió con una ligera sonrisa.

Dejaron el coche militar atrás, ya que su compresor había sido dañado por los disparos de la guerrilla. Una de las naves de combate aéreas cubrió con sus cuatro pasajeros supervivientes el resto del camino hacia la ciudad portuaria de Bakhalla. La nave dejó a los cuatro en la sección de transporte del Cuartel General de la Alianza en Bakhalla. Eachan Khan y Melissa se despidieron para marcharse en un taxi aéreo hacia su propia residencia en la ciudad. Mondar abrió la puerta de otro taxi y le hizo un gesto a Cletus para que entrara.

—Como usted tiene que ir al Cuartel General de la Alianza para recibir sus órdenes y obtener alojamiento, le dejaré allí ya que queda en mi camino.

Cletus entró en el taxi; Mondar extendió la mano para teclear su destino en el panel de control del autotaxi. El vehículo se alzó sobre su colchón de aire y se deslizó suavemente entre las hileras de los edificios militares pintados de blanco.

—Gracias —dijo Cletus.

—No hay porqué darlas —replicó Mondar—. Usted acaba de salvar nuestras vidas en la selva. Desearía demostrarle mi agradecimiento con algo más que palabras. Creo que a usted le gustaría volver a hablar con Dow deCastries, ¿verdad?

Cletus miró al Unificador con curiosidad. Toda su vida había disfrutado observando a la gente que se proponía metas poderosas y trataba de alcanzarlas; en los cinco días transcurridos desde que conociera a Mondar se había dado cuenta de que había una determinación en el exótico que bien podría ser tan intensa como la suya propia.

—Pensé que deCastries se había dirigido a Neulandia capital.

—Lo hizo —respondió Mondar cuando al autotaxi giró a la derecha para entrar en una avenida un poco más ancha y comenzó a acercarse a un gran edificio de cemento blanco con la bandera de la Alianza ondeando en su parte superior—. Sin embargo, Neulandia sólo se encuentra a veinticinco minutos por aire desde aquí. La Coalición no mantiene ninguna relación diplomática directa con nuestro gobierno Exótico aquí en Kultis, y nuestra gente, así como la de Dow, no desean dejar pasar una oportunidad como ésta para mantener algunas conversaciones. Después de todo, en realidad estamos luchando contra la Coalición... Neulandia no duraría más de seis semanas sin su ayuda. Así que he organizado una pequeña reunión, nada oficial, en mi casa esta noche... con una cena fría y charla general. Eachan y Melissa estarán presentes. También me agradecería su presencia.

—Será un placer asistir —dijo Cletus—. ¿Puedo llevar a mi ayudante?

—¿Ayudante?

—Un teniente segundo llamado Arvid Johnson, si es que tengo la suerte de que aún no lo hayan destinado a algún otro departamento —explicó Cletus—. Fue alumno mío en la Academia. Nació aquí, y vino a visitarme en sus vacaciones hace un par de meses. Lo que él me contó entonces provocó mi interés por Bakhalla.

—¿Sí? Bien, por favor, llévelo con usted —el autotaxi se detuvo ante un camino que conducía hasta la entrada de un gran edificio blanco. Mondar oprimió un botón y la puerta del autotaxi del lado de Cletus se abrió—. Traiga a cualquiera que usted crea que pueda disfrutar de la velada. A las ocho de la noche.

—Allí estaremos —repuso Cletus.

Dio media vuelta y dejó que el sendero le llevara hasta el edificio del Cuartel General.

—¿Coronel Cletus Grahame? —repitió el joven teniente segundo de cara estrecha que estaba detrás del atiborrado escritorio más allá de la puerta de cristal de la oficina de destinos y alojamientos cuando Cletus se detuvo ante él—. Tiene que presentarse ante el General Traynor inmediatamente... *inmediatamente* después de llegar usted al Cuartel General.

Poseía una alta voz de tenor y sonrió desagradablemente al hablar. Cletus le devolvió la sonrisa con educación, preguntó la dirección hacia el despacho del general y se marchó.

Finalmente encontró una puerta de cristal en la que se leía *Brigadier General John Houston Traynor* que le condujo primero hacia la sala exterior del despacho, donde un coronel que tendría unos cincuenta años, de mandíbula cuadrada y casi calvo, se encontraba dándole unas direcciones a un capitán de unos treinta años y con exceso de peso que se hallaba detrás de la única mesa que había en la habitación. Cuando acabó, el coronel se volvió y contempló a Cletus.

—¿Es usted Grábame? —preguntó bruscamente.

—Así es, coronel —contestó Cletus con amabilidad— y usted...

—Dupleine —dijo el otro groseramente—. Soy el jefe del Estado Mayor del General Traynor. ¿Supongo que no vendrá a engrosar las filas de los oficiales?

—Vengo en una misión especial desde Ginebra, coronel —dijo Cletus.

Dupleine gruñó, giró rápidamente y salió por la puerta que Cletus acababa de atravesar. Cletus miró al gordo capitán que estaba detrás de la mesa.

—Señor —saludó el capitán. Su voz dejaba entrever una nota de simpatía. Su rostro no era desagradable, e incluso poseía inteligencia, a pesar de la marcada doble papada que lo sostenía—. Si tiene la amabilidad de sentarse un momento, le comunicaré al general Traynor su presencia.

Cletus se sentó y el capitán se inclinó hacia adelante para hablar por el intercomunicador de su escritorio. La réplica que recibió fue inaudible para Cletus, no obstante el capitán alzó la vista y asintió.

—Puede pasar, coronel —le indicó con un gesto la otra puerta que había detrás de la mesa.

Cletus se incorporó y obedeció... Al cruzar la puerta hacia el despacho, se encontró directamente ante un escritorio mucho más grande, detrás del cual se sentaba un hombre con aspecto de toro que rondaría los cincuenta años, y rostro de amplios huesos decorado por un sorprendente par de densas y negras cejas. “Bat”

Traynor, ése era el apodo por el que se conocía al general, recordó Cletus, y el motivo no era otro que sus cejas. Bat Traynor le miró, fijamente ahora, las cejas fruncidas de manera ominosa a medida que se aproximaba al escritorio.

—Se presenta el coronel Cletus Grahame, señor —dijo Cletus y dejó sus órdenes de viaje sobre la mesa. Bat las hizo a un lado con una mano de enormes nudillos.

—Muy bien, coronel —dijo. Su voz era de bajo. Señaló una silla enfrente suyo a la izquierda del escritorio—. Siéntese.

Cletus se dirigió a ella cojeando con gratitud y se dejó caer. Comenzaba a darse cuenta de que había sobrecargado uno o más de los ligamentos que le quedaban en su rodilla mala durante el ataque en la zanja. Alzó la vista y vio que Bat aún le observaba con fijeza.

—Tengo su *dossier* aquí, coronel —comentó Bat pasado un momento. Abrió al azar la carpeta de plástico gris que yacía ante él sobre la mesa y la miró—. Aquí dice que usted proviene de una familia con tradición en la Academia. Su tío fue General Jefe del Estado Mayor en los Cuarteles Generales de la Alianza en Ginebra hasta el momento en que se retiró, hace ocho años. ¿Es eso correcto?

—Sí, señor —contestó Cletus.

—¿Y usted... —Bat pasó unos papeles con un grueso dedo índice y los observó ceñudo—... recibió esa herida en la rodilla en la Guerra de los Tres Meses en Java siete años atrás?... ¿También la Medalla de Honor?

—Sí —dijo Cletus.

—Desde entonces... —Bat cerró la carpeta y alzó los ojos para posarlos fijamente una vez más en el rostro de Cletus—... usted ha estado destinado en la Academia. Para resumir, salvo por tres meses de servicio activo, no ha hecho nada en el ejército excepto meter tácticas en las cabezas de los cadetes.

—También soy autor —repuso Cletus con cuidado— de un extenso tratado sobre «Teoría de la Táctica y Consideraciones Estratégicas».

—Sí —comentó Bat sombríamente—. Esa información también se encuentra en su *dossier*. Tres meses en acción y usted ya piensa escribir veinte volúmenes.

—¿Señor? —inquirió Cletus.

Bat se reclinó pesadamente en su sillón.

—De acuerdo —dijo—. Se supone que su presencia aquí se debe al cumplimiento de una misión especial para que sea mi consejero táctico —las negras cejas se fruncieron y ondularon como estandartes de batalla ante el viento—. Supongo que no me lo habrán mandado debido a que usted oyó algunos rumores sobre la limpieza que iba a hacer la Academia con la gente que no le servía, lo que hizo que usted tocara algunos contactos para conseguir un destino agradable y suave donde no tuviera mucho trabajo, ¿verdad?

—No, señor —replicó Cletus con calma—. Tal vez haya utilizado uno o dos contactos para conseguir que me enviaran aquí. No obstante, y con el permiso del general, no fue porque yo pensara que éste sería un trabajo suave. Tendré que hacer

muchas cosas en este destino.

—Espero que no, coronel. Espero que no —dijo Bat—. Ocurre que pedí una docena de tanques especiales para la selva hace tres meses... Y usted es lo que he recibido a cambio. Ahora bien, me importa un bledo lo que la Academia quiera hacer con su Departamento de Táctica. De todos modos, los muchachos tienen que venir aquí, al campo de batalla, y aprenderlo todo de nuevo en la práctica. Pero yo necesitaba esos tanques. Y todavía los necesito.

—Posiblemente —comentó Cletus—, tal vez a mí se me ocurra algo para que el general no note su ausencia.

—No lo creo —repuso Bat sombríamente—. Lo que creo es que usted se quedará aquí un par de meses sin que pueda demostrar su utilidad. Entonces mencionaré ese hecho a los Cuarteles Generales de la Alianza en la Tierra y de nuevo solicitaré mis tanques especiales. Los conseguiré, y usted será destinado otra vez a la Tierra... aunque sin ninguna recomendación por mi parte, al menos su historial no tendrá ninguna marca negativa... dependiendo de que la situación transcurra plácidamente, coronel. Sin embargo... —Bat extendió un brazo hasta una esquina de su escritorio y cogió una hoja de papel que acercó—, hablando de cómo marchan las cosas, aquí tengo un informe en el que se indica que usted se emborrachó en su primera noche de viaje, en la nave que le conducía a Bakhalla, y que hizo el ridículo delante del Secretario para los Planetas Exteriores de la Coalición, que se hallaba a bordo.

—Eso sí que es informar con velocidad —dijo Cletus— si consideramos que, cuando el grupo que se dirigía a Bakhalla abandonó la nave, los teléfonos de a bordo estaban aún todos ocupados por gente de la Coalición. Supongo que este informe dirigido a usted proviene de uno de ellos, ¿cierto?

—¡No es asunto suyo quién hizo redactó este informe! —tronó Bat—. De hecho, proviene del capitán de la nave. Cletus se rió.

—¿Cuál es la broma, coronel? —La voz de Bat se alzó.

—La idea, señor —replicó Cletus—, de que el comandante de una nave civil pueda informar acerca del estado de un oficial de la Alianza.

—Este asunto no le resultará tan gracioso si hago que esta información sea trasladada a su expediente, coronel —dijo Bat. Observó a Cletus con mirada turbia primero, y luego con un ligero desconcierto cuando Cletus no pareció amedrentarse ante su amenaza—. Mas no se preocupe por la Coalición o por cualquier civil al mando de una nave. Yo soy su oficial superior, y soy yo quien le pide una explicación por su borrachera.

—No hay ninguna explicación... —comenzó Cletus.

—¿Oh? —interrumpió Bat.

—Iba a decir que no existe ninguna explicación —continuó Cletus—, ya que ninguna es necesaria. Jamás en mi vida he estado borracho. Me temo que el capitán de la nave recibió unos datos equivocados... o llegó a una conclusión incorrecta.

—Oh, sólo cometió un error —repuso Bat con ironía.

—De hecho —dijo Cletus—, creo que tengo un testigo que declarará que yo no estaba borracho. Se encontraba a la mesa con nosotros. Es Mondar, el antiguo Unificador en el Enclave de St. Louis.

La boca de Bat, que estaba abierta para contestar a Cletus antes de que éste hubiera acabado, se cerró. El general permaneció sentado en silencio unos segundos. Luego sus cejas vibraron y la arruga del ceño fruncido se suavizó un poco.

—¿Entonces cuál es el motivo de este informe? —preguntó con una voz más neutral.

—Por lo que pude observar —comentó Cletus—, la tripulación de la nave parecía bastante inclinada en favor de la gente de la Coalición que había a bordo.

—¡Maldición! —explotó Bat—. Si vio que sacaban una conclusión errónea, ¿por qué no aclaró la situación?

—Por una cuestión de estrategia elemental —respondió Cletus—. Creí que no nos haría ningún daño dejar que la gente de la Coalición tuviera una opinión lo más baja posible... de mí, y de la utilidad que yo pudiera tener para usted como consejero táctico.

Bat le miró siniestramente.

—De todos modos, la opinión que ellos tengan de usted no puede ser más baja que la mía —expresó—. Usted no me sirve para nada, coronel. Ésta es una guerra pequeña y sucia, como un simple agujero en un muro, y en ella no hay sitio para misterios estratégicos. Esta colonia Exótica posee cerebros, dinero, desarrollo técnico y una costa. Los neolandeses no tienen costa ni industria, y sí demasiada población como para que pueda ser alimentada por sus granjas... todo debido al culto religioso que les permite tener varias esposas. No obstante, ese mismo exceso de población les brinda la posibilidad de suministrar continuamente hombres a sus guerrillas. Motivo por el cual los neolandeses quieren lo que tienen los Exóticos y la Coalición les está ayudando a conseguirlo. Nuestra presencia aquí es para evitar que eso ocurra. Ésa es toda la situación. Lo que las guerrillas de Neulandia tratan de realizar, y lo que nosotros hacemos para impedirselo, es bastante obvio. Tengo tanta necesidad de un estratega de libro y un experto en táctica como de una orquesta sinfónica de cien personas. Y estoy seguro de que deCastries y el resto de la gente de la Coalición que le acompañaba en aquella nave lo sabían tan bien como yo.

—Quizá no resulte yo tan inútil como el general cree —dijo Cletus con parsimonia—. Por supuesto, tendré que estudiar y analizar la situación, empezando por establecer una trampa para capturar a las guerrillas que se infiltrarán a través del Paso Etter, en la parte alta del país, en los próximos días.

Las cejas de Bat salieron disparadas hacia arriba hasta recuperar nuevamente su símil con las banderas.

—¿Nuevas guerrillas? ¿Quién le comentó algo sobre el Paso Etter? —Chasqueó—. ¿Qué clase de conejo es el que intenta sacar de su sombrero?

—No es ningún conejo —comentó Cletus—, me temo que ni siquiera se trata de

un juicio profesional. Es simple sentido común. Con Dow deCastries aquí, los neolandeses deben intentar dar un golpe espectacular durante su visita... ¿Tiene algún mapa a mano?

Bat golpeó un botón en la superficie de su escritorio y la pared de la habitación, a la izquierda de Cletus, se iluminó súbitamente con la proyección de un gran mapa que mostraba el largo y estrecho territorio de línea costera de la colonia Exótica y la cadena montañosa interior que la separaba de la colonia neolandesa tierra adentro. Cletus se acercó a la proyección, la observó y extendió la mano para señalar con su dedo índice izquierdo un punto en medio de la cadena montañosa que descendía por la parte izquierda del mapa.

—Aquí se encuentra el Paso Etter —le dijo a Bat—. Un corte bastante ancho a través de las montañas que baja desde Neulandia hasta Bakhalla... aunque de acuerdo con los informes, no es demasiado utilizado por los neolandeses, simplemente porque no hay gran cosa que saquear en un radio de ciento cincuenta kilómetros de ese lado de los Exóticos. Por otra parte, es un paso lo suficientemente accesible como para atravesarlo sin dificultad. No existe nada salvo el pequeño pueblo de Dos Ríos, aquí abajo. Por supuesto, desde un punto de vista práctico, para los neolandeses es mucho más rentable enviar a sus guerrillas a través de pasos más próximos a los grandes centros de población. Sin embargo, si lo que persiguen es más el espectáculo que el beneficio, les compensaría infiltrar una fuerza de bastantes hombres por ahí en los próximos días, para que, aproximadamente dentro de una semana, pudieran atacar masivamente una de las pequeñas ciudades costeras... tal vez incluso capturarla y retenerla durante unos días.

Cletus dio media vuelta, regresó cojeando a su silla y se sentó. Bat miraba el mapa con el ceño fruncido.

—De cualquier forma —comentó Cletus—, no sería demasiado difícil establecer una red en la cual cayeran la mayoría de ellos cuando intenten *cruzar* Dos Ríos. De hecho, yo mismo podría hacerlo. Si me diera un batallón de paracaidistas...

—¡Un batallón! ¡Paracaidistas! —Bat se sobresaltó repentinamente y salió del estado cercano al trance en el que se encontraba y se volvió para mirar con ojos llameantes a Cletus—. ¿Qué cree que es esto? ¿Una clase donde usted puede soñar con el tipo de fuerzas que necesita para realizar un trabajo? No hay paracaidistas en Kultis. Y con respecto a darle a usted un batallón de cualquier tipo de tropas... incluso si su idea tuviera alguna verosimilitud... —Bat bufó.

—Las guerrillas pasarán por ahí. Apostaría mi reputación —replicó Cletus impertérrito—. Incluso se puede decir que ya lo he hecho, ahora que pienso en ello. Recuerdo que hablé con algunos compañeros míos, miembros de la Academia, y con uno o dos amigos en Washington, a los que les anticipé esta infiltración de fuerzas enemigas tan pronto como Dow deCastries llegara a Neulandia.

—Usted anticipó... —El tono de Bat se hizo pensativo, casi astuto, de repente. Se reclinó contra su sillón considerando a Cletus con las cejas entrelazadas. Entonces sus

oscuros ojos se endurecieron—. Así que apuesta su reputación en esto, ¿verdad, coronel? No obstante, lo que no tengo son tropas libres y, de cualquier forma, usted se encuentra aquí como consejero técnico... Le diré lo que voy a hacer. Movilizaré una compañía que está en descanso, reentrenándose, y la enviaré allí con un oficial de campo al mando. Por supuesto, tendrá menor rango que el suyo, y, si quiere usted, también puede ir. Oficialmente sólo como observador, sin embargo le diré al oficial que esté al mando que deberá tener en cuenta sus consejos... ¿Le parece bien?

Las últimas tres palabras fueron como un ladrido agudo dirigido a Cletus, en un tono de voz que decía: acéptelo-o-cállese.

—Ciertamente —aceptó Cletus—. Si ése es el deseo del general.

—¡Muy bien! —Bat repentinamente resplandeció, mostrando sus dientes en una cálida sonrisa de lobo—. Puede marcharse para instalarse en sus habitaciones, coronel. Pero manténgase preparado ante cualquier llamada. Cletus se puso de pie.

—Gracias, señor —dijo, y pidió permiso para marcharse.

—De nada, coronel. No hace falta que las dé. —Escuchó que decía la voz de Bat casi riéndose cuando cerró la puerta del despacho detrás suyo.

Cletus abandonó el edificio del Cuartel General y fue a ver su alojamiento. Una vez instalado en los cuarteles de los oficiales solteros, fue dando un paseo hasta la sala de oficiales con una copia de sus órdenes y comprobó si ese teniente segundo llamado Arvid Johnson, de quien había hablado con Mondar, se encontraba aún sin destino fijo. Cuando se le informó que así era, Cletus cursó una solicitud para que el teniente le fuera asignado como oficial de investigación y pidió que se pusiera en contacto con él en los COS inmediatamente.

Regresó a los cuarteles de los oficiales solteros. En menos de quince minutos, la señal que había en el exterior de su habitación sonó anunciando a un visitante. Cletus se incorporó de la silla en la que estaba sentado y abrió la puerta.

—¡Arvid! —exclamó, haciendo que el visitante entrara y cerrando la puerta detrás suyo.

Arvid Johnson pasó, dio la vuelta y le sonrió con alegría a Cletus cuando se estrecharon las manos. Cletus era alto, pero Arvid parecía una torre, desde los tacones de sus negras botas de uniforme hasta los extremos de su cabello de un rubio blanquecino cortado a cepillo.

—Después de todo, ha venido, señor —dijo Arvid con una sonrisa—. Sé que comentó que vendría, pero no pude creer que dejaría la Academia por este lugar.

—Aquí es donde están ocurriendo todos los acontecimientos —repuso Cletus.

—¿Señor? —Arvid pareció incrédulo—. ¿En este sitio perdido de Kultis?

—No es la localidad lo que importa tanto —le informó Cletus— sino la gente que hace que las cosas tengan lugar. En este mismo momento tenemos entre nosotros a un hombre llamado Dow deCastries y lo primero que quiero de ti es que vengas conmigo a una fiesta que se celebra en su honor esta noche.

—¿Dow deCastries? —preguntó Arvid, y sacudió la cabeza—. No creo que le

conozca...

—Es el Secretario para los Planetas Exteriores de la Coalición —replicó Cletus—. Vino desde la Tierra en la misma nave en la que vine yo... Es un jugador.

Arvid asintió.

—Oh, uno de los jefes de la Coalición —comentó—. No me asombra que diga que éste es el lugar donde comenzarán los acontecimientos... ¿Qué quiso decir al referirse a él como un jugador, señor? ¿Le gustan los deportes?

—No en el sentido habitual de la palabra —repuso Cletus. Entonces citó—: «*Cuyo juego eran los imperios y cuyas apuestas eran los tronos. Su mesa, la tierra... sus dados, huesos humanos...*».

—¿Shakespeare? —inquirió Arvid con curiosidad.

—Byron —contestó Cletus—, en «La Edad de Bronce», refiriéndose a Napoleón.

—Señor —preguntó Arvid—, ¿no querrá decirme que este deCastries es otro Napoleón?

—No —respondió Cletus—, de la misma forma que Napoleón no fue un primer deCastries. Pero tienen puntos en común.

Arvid esperó un rato más, pero Cletus había concluido. El joven alto asintió de nuevo.

—Sí, señor —dijo—. ¿A qué hora debemos ir a esa fiesta, coronel?

6

El trueno, más profundo que el de la Tierra, sonó más allá de la cadena de colinas que se alzaba en el interior de Bakhalla como si se tratara de un retumbar de gigantes, en el momento en que Cletus y Arvid llegaban a la residencia de Mondar. No obstante, el cielo sobre la ciudad estaba despejado. Por encima de los techos de los edificios que conducían al puerto, el sol amarillo de Kultis comenzaba a llenar el cielo y el mar con un color dorado de tonalidades rosas.

El hogar de Mondar, rodeado de árboles y florecientes arbustos, nativos y variformes de la Tierra, se erigía solitario sobre una pequeña colina en los suburbios orientales de la ciudad. La casa misma estaba hecha con una variedad de unidades básicas de construcción, originalmente unidas por una estética dirigida más hacia la comodidad que a la apariencia. Sin embargo, la comodidad sólo controlaba las formas básicas de la casa. En todo lo demás, se notaba el trabajo de una influencia delicada y artística.

Los sólidos bloques blancos de las unidades de construcción, ahora teñidos por el sol poniente, no acababan abruptamente en el verde césped, sino que se extendían hacia los cenadores, patios y salas partidas por la mitad cubiertas por enrejados llenos de parras. Una vez que Cletus y Arvid dejaron su vehículo y atravesaron la primera de estas estructuras exteriores de la casa, les resultó difícil distinguir si ya se hallaban totalmente en su interior o si aún seguían en el exterior.

Mondar les recibió en una de estas grandes y aireadas habitaciones abiertas que sólo tenía paredes sólidas en tres de sus lados, siendo el cuarto un delicado entrelazado de parras. Les condujo al interior de la casa, a una sala larga y amplia, de techo bajo, que estaba gruesamente enmoquetada y con confortables y mullidos sillones dispersos por ella. Un grupo de gente ya se hallaba presente, incluyendo a Melissa y a Eachan Khan.

—¿Y deCastries? —le preguntó Cletus a Mondar.

—Está aquí —repuso Mondar—. Él y Pater Ten se encuentran finalizando una conversación con algunos colegas míos exóticos —a medida que hablaba conducía a los dos hombres hacia un pequeño bar situado en una esquina de la habitación—. Tecleen cualquier cosa que deseen beber. En este momento tengo que ver a ciertas personas... aunque me gustaría hablar con usted más tarde, Cletus. ¿Le parece bien? Le buscaré tan pronto como acabe.

—Aguardaré ese momento —repuso Cletus.

Cuando Mondar se marchó se volvió hacia el bar. Arvid ya se hallaba recogiendo la jarra de cerveza que había pedido.

—¿Señor? —preguntó Arvid—. ¿Puedo pedirle...?

—Ahora mismo nada, gracias —declinó Cletus. Miraba en derredor suyo y sus ojos se posaron sobre Eachan Khan, de pie y solo, con una copa en la mano, al lado de un amplio ventanal—. Quédate por aquí, Arvid, ¿quieres? Así podré encontrarte

con facilidad cuando te necesite.

—Sí, señor —dijo Arvid.

Cletus se encaminó hacia donde se hallaba Eachan Khan. Mientras se acercaba, el hombre mayor le miró con ojos que reposaban en un rostro pétreo, como si no quisiera alentar ninguna conversación. Instantes después, sin embargo, reconociendo quién era, el rostro de Eachan se relajó... hasta el punto en que tal cosa era posible en su rostro.

—Buenas noches —saludó Eachan—. Tengo entendido que ya ha conocido a su oficial de mando.

—Las noticias viajan deprisa —comentó Cletus.

—Después de todo, somos un puesto militar —dijo Eachan. Su mirada fue más allá de Cletus durante un segundo, luego volvió a posarse en él—. También tengo entendido que sugirió algo acerca de una nueva infiltración de guerrillas neolandesas a través del Paso Etter, ¿es verdad?

—Así es —corroboró Cletus—. ¿Usted no cree que sea factible?

—Ahora que usted lo ha señalado... creo que es muy factible —reconoció Eachan—. Ah... conseguí los tres primeros tomos sobre estrategia que usted ya ha publicado. La biblioteca Exótica local cuenta con algunas copias. Sólo he tenido tiempo de echarles una ojeada de momento... —De repente sus ojos se clavaron en los de Cletus—... sin embargo, aún no estoy muy seguro de que entienda su estrategia del error. Como dijera deCastries, el combate no es una sesión de esgrima.

—No —aceptó Cletus—, aunque de todas formas el principio es aplicable. Por ejemplo, suponga una simple trampa táctica que usted prepara contra un hipotético enemigo y que consiste en tentar a sus fuerzas para que ataquen lo que parece ser una parte débil de su línea. Sin embargo, cuando lo hacen, su línea retrocede y los atrae hacia una especie de bolsillo, donde usted los rodea y los acosa con fuerzas tuyas superiores que han permanecido ocultas.

—No hay nada nuevo en ello —dijo Eachan.

—No —convino Cletus—, pero aplique la estrategia del error a lo que esencialmente es la misma situación. Sólo que esta vez, en una serie de contactos con el enemigo, usted lo conduce a un determinado número de, en apariencia, pequeñas y fáciles victorias. Mientras tanto, lo que usted hace es que éste involucre un número cada vez más elevado de sus fuerzas disponibles con cada contacto. Luego, cuando finalmente hace intervenir al grueso de sus tropas en lo que él considera que será otra victoria fácil... usted convierte el contacto en una trampa y su enemigo descubre que gradualmente ha sido arrastrado a una posición en el campo donde se encuentra superado por los flancos y completamente a su merced.

—Es arriesgado —Eachan frunció el ceño pensativo—. Tal vez demasiado arriesgado...

—No necesariamente —dijo Cletus—. Tanto la China imperial como Rusia usaron una versión más tosca de esta táctica, atrayendo a los invasores cada vez más

al interior de sus territorios, hasta que éstos repentinamente se daban cuenta de que se encontraban demasiado alejados de sus bases de suministro y apoyo, y totalmente rodeados por el enemigo nativo... Napoleón y la retirada de Moscú.

—Aún así... —Eachan se interrumpió de golpe. Su mirada se había dirigido más allá de Cletus; éste, volviéndose, vio que Dow deCastries ya se hallaba en la habitación. El alto, oscuro y elegante Secretario de la Coalición para los Planetas Exteriores se encontraba ahora conversando de pie con Melissa en el otro extremo de la sala.

Volviendo su mirada de las dos figuras hacia Eachan, Cletus observó que el rostro del hombre mayor se había vuelto frío y estaba tan inmóvil como si fuera la primera capa de hielo en la superficie de un profundo estanque en un día de invierno donde no soplara ni una brizna de viento.

—¿Hace tiempo que conocen a deCastries? —preguntó Cletus—. Me refiero a usted y Melissa.

—Les cae bien a todas las mujeres —la voz de Eachan sonaba sombría. Su mirada aún reposaba sobre Melissa y Dow.

—Sí —concedió Cletus—. De paso... No continuó; esperó. A regañadientes, Eachan apartó los ojos de la pareja que había al otro lado de la habitación y de nuevo volvió a mirarle.

—Iba a decirle —continuó Cletus— que el general Traynor me comentó algo extraño cuando hablé con él. Dijo que no tenía ninguna unidad de paracaidistas en Bakhalla. Eso me sorprendió. Leí algo sobre ustedes, los Dorsai, antes de venir aquí, y pensé que los cursos de salto formaban parte del entrenamiento de sus mercenarios, ¿es verdad?

—Sí lo hacemos —replicó Eachan secamente—. Sin embargo, el general Traynor es como la mayoría de sus comandantes de la Alianza y la Coalición. No considera que nuestro entrenamiento sea lo suficientemente bueno como para cualificar a los hombres en trabajos de saltos o de infantería... u otros deberes de combate en el campo.

—Hmm —meditó Cletus—. ¿Estarán celosos? ¿O piensa que miran a los mercenarios como si se tratara de la competencia?

—Yo no he dicho eso —contestó Eachan de forma gélida—. Por supuesto, usted puede sacar sus propias conclusiones.

Sus ojos, una vez más, mostraron el deseo de desviarse al otro extremo de la habitación, al lugar donde se hallaban Melissa y Dow.

—Oh, quería preguntarle algo más —dijo Cletus—. En las listas de los destinos a Bakhalla que pude consultar en la Tierra había apuntados algunos oficiales de la marina, destacados como ingenieros marinos... algo acerca de un trabajo en el río y en el puerto; mas no he visto a nadie de la marina por los alrededores.

—Allí está el comandante Wefer Linet —indicó Eachan rápidamente— vestido de civil, en la esquina del sofá que hay al otro lado del salón. Venga conmigo. Se lo

presentaré.

Cletus siguió a Eachan, que atravesó la habitación en diagonal, lo que les condujo hasta un sofá y varias sillas donde media docena de hombres estaban sentados conversando. En esa parte de la sala, se encontraban a menos de un cuarto de la distancia en la que se hallaban Dow y Melissa... pero aún demasiado lejos como para captar las palabras que intercambiaban.

—Comandante —dijo Eachan cuando llegaron hasta el sofá, y un hombre bajo y de cara cuadrada, que andaría por los treinta y cinco años, se puso de pie rápidamente hacia el extremo del sillón; tenía una copa en la mano—. Me gustaría presentarle al coronel Cletus Grábame, recién llegado de la Tierra y que está destinado al personal del general Traynor... como experto táctico.

—Encantado de conocerle, coronel —repuso Wefer Linet estrechando la mano de Cletus con un apretón firme y amistoso—. Encomiéndenos alguna tarea aparte de dragar las bocas de los ríos y los canales y mis hombres le adorarán.

—Lo haré —prometió Cletus con una sonrisa—. Se lo garantizo.

—¡Bien! —aceptó Wefer con energía.

—Cuenta usted con esos enormes *bulldozers* submarinos, ¿verdad? —preguntó Cletus—. Leí algo sobre ellos en el Diario de las Fuerzas de la Alianza, creo que hace siete meses.

—Sí, los Mark V —el rostro de Linet se iluminó—. Aquí hay seis. ¿Le interesaría dar una vuelta en uno de ellos algún día? Son unas preciosas piezas mecánicas. Bat Traynor quiso sacarlos del agua y usarlos para que le limpiaran la jungla. Por supuesto, lo harían mucho mejor que lo que su gente del ejército podría con las máquinas de que disponen en la actualidad; aunque no están diseñados para el trabajo en tierra. Yo personalmente no pude decirle que no al general, pero insistí en ver las órdenes directas desde la Tierra, y mantuve los dedos cruzados. Afortunadamente, no aceptaron su petición.

—Le tomo la palabra para ese paseo —dijo Cletus.

Eachan una vez más contemplaba a Melissa y Dow con una concentración pétrea. Cletus echó un vistazo alrededor de la habitación y descubrió a Mondar, que estaba de pie y hablando con un par de mujeres que parecían ser esposas del personal diplomático.

Como si la mirada de Cletus poseyera un toque físico, el exótico se volvió hacia él en ese mismo momento, sonrió y asintió. Cletus le devolvió el gesto y una vez más se concentró en Wefer, que se había lanzado a una explicación de cómo sus Mark V funcionaban, ya fuera en profundidades de tres mil metros o ante las dentelladas de corrientes y oleajes con velocidades de treinta nudos.

—Creo que durante los próximos días estaré fuera de la ciudad —le expuso Cletus—. Sin embargo, a mi regreso, y si no tengo que abandonar de nuevo la ciudad...

—Llámeme, en cualquier momento —dijo Wefer—. Ahora mismo nos

encontramos trabajando en el puerto principal de Bakhalla. Puedo recogerle en el muelle y tenerlo a bordo de mi unidad de mando en diez minutos; basta con que me telefonee con una media hora de anticipación para que pueda arreglarlo... Hola, Unificador. El coronel vendrá a dar un paseo conmigo uno de estos días en un Mark V.

Mondar se había aproximado mientras Wefer hablaba.

—Bien —comentó el exótico con una sonrisa—. Lo encontrará bastante interesante. —Su mirada se dirigió a Cletus—. Creo que usted quería hablar con Dow deCastries, Cletus. Las conversaciones con mi gente ya han acabado por esta noche. Puede verlo allí, justo en el otro extremo de la habitación, junto a Melissa.

—Sí... ya le veo —indicó Cletus. Miró a Wefer y a Eachan—. Pensaba dirigirme allí en este instante. Caballeros, si me disculpan.

Dejó a Wefer con la promesa de llamarle a la primera oportunidad que tuviera. Cuando se volvía, vio que Mondar tocaba ligeramente a Eachan en el brazo y lo apartaba a un lado para hablar con él.

Cletus se dirigió cojeando hasta donde Dow y Melissa aún se encontraban de pie. Cuando Cletus se aproximó, los dos volvieron la cabeza para mirarle; Melissa con un repentino y ligero fruncimiento de sus oscuras cejas. Pero Dow sonrió con alegría.

—Vaya, coronel —dijo—. Me han dicho que sufrieron ustedes cierto percance esta mañana al venir del espaciopuerto.

—Supongo que no fue más de lo que se podía esperar aquí en Bakhalla —repuso Cletus.

Ambos rieron relajados, y la leve línea en el ceño de Melissa desapareció.

—Excúseme —le dijo a Dow—. Creo que mi padre quiere hablar conmigo. Me está llamando. Vuelvo enseguida.

Se marchó. Las miradas de los dos hombres se buscaron.

—Así que —comentó Dow— pasó la prueba con honores... derrotó a un grupo guerrillero usted solo.

—No exactamente. Resultaron de gran ayuda Eachan y su pistola —Cletus observó al otro hombre—. Sin embargo, Melissa pudo perder la vida.

—Así es —reconoció Dow—, y eso hubiera sido lamentable.

—Ciertamente —corroboró Cletus—. Merece algo mejor que eso.

—La gente usualmente obtiene lo que se merece —dijo deCastries—. Incluida Melissa. No pensé que los especialistas se preocuparan por los individuos.

—Nos preocupamos por todo —repuso Cletus.

—Ya veo —aceptó deCastries—. Y con presteza. ¿Sabe que después de todo encontré un terrón de azúcar en aquella taza del centro? Se lo mencioné a Melissa y me dijo que usted le comentó que tenía terrones debajo de las tres tazas.

—Me temo que así es —declaró Cletus. Ambos se miraron.

—Es un buen truco —concedió deCastries—. Pero no funcionaría una segunda vez.

—No —contestó Cletus—. La segunda vez siempre ha de ser distinto.

DeCastries sonrió, una sonrisa animal.

—Usted no se parece a un hombre encerrado en su torre de marfil, coronel —dijo—. No puedo evitar el pensar que a usted le gusta menos la teoría y más la acción de lo que usted mismo admite. Dígame... —Sus ojos se ocultaron divertidos bajo sus cejas rectas—... si se redujera a una simple elección, ¿no se sentiría usted tentado a elegir la práctica en vez de la prédica?

—Sin ninguna duda —contestó Cletus—. Sin embargo, una de las desventajas de ser un especialista es que es muy probable que también se sea un idealista. Y a la larga, cuando estos nuevos mundos se vean libres para labrarse sus propios destinos sin la influencia de la Tierra, las teorías de un hombre puede que tengan un efecto más útil y duradero que la práctica de un hombre.

—Ya mencionó eso en la nave —recordó deCastries—. Habló de la extirpación de la influencia de la Alianza y la Coalición en planetas como Kultis. ¿Aún se siente tan seguro hablando así en un lugar como éste, que está lleno de oficiales de la Alianza de más rango que usted?

—Lo suficientemente seguro —repuso Cletus—. Ninguno de ellos lo creería factible... no más de lo que lo cree usted.

—Sí. Me temo que así es —deCastries cogió una copa de vino de una pequeña mesa que había al lado suyo y la alzó levemente ante la luz, girándola con lentitud entre sus dedos. Bajó la copa y miró de nuevo a Cletus—. Pero me interesaría escuchar cómo cree usted que sucederá.

—Pienso ayudar un poco a que se produzca ese cambio —dijo Cletus.

—¿De verdad? —inquirió deCastries—. No veo que usted disponga de fondos, ejércitos o influencia política de la que pueda valerse para impulsar su idea. Por ejemplo, analicemos mi propia situación; yo sí poseo todo eso, lo que me concede una posición mucho más fuerte. Si yo creyera que se podría conseguir un cambio importante —y que me beneficiara, claro—, estaría interesado en alterar el futuro.

—Bueno —comentó Cletus—, los dos podemos intentarlo.

—Me parece justo —deCastries sostuvo la copa de vino, mirando por encima de ella a Cletus—. Pero aún no me ha dicho cómo piensa hacerlo. Yo le acabo de contar cuáles son mis medios: el dinero, tropas armadas y poder político. ¿De qué dispone usted? ¿Sólo de teorías?

—A veces con las teorías basta —dijo Cletus.

DeCastries sacudió lentamente la cabeza. Posó de nuevo la copa de vino sobre la mesita y levemente se limpió los dedos que la habían sostenido, como si quisiera deshacerse de algo pegajoso.

—Coronel —repuso con calma—, o es usted una clase nueva de agente que la Alianza trata de utilizar conmigo —en cuyo caso averiguaré todo lo que deba saber sobre usted tan pronto como me ponga en contacto con la Tierra— o es una especie de loco interesante; si fuera así, los acontecimientos mismos se encargarán de usted

en menos tiempo de lo que me tomará descubrir si es usted realmente un agente.

Observó a Cletus durante un segundo. Cletus le devolvió la mirada con cara inexpresiva.

—Lamento decir, sin embargo, —continuó deCastries— que a cada instante su actitud y sus palabras parecen corroborar la idea de que es usted sólo un loco. Si hubiera sido un agente, pensaba ofrecerle un trabajo mejor que el que tenía con la Alianza. Sin embargo, no deseo contratar a un loco... sería demasiado impredecible. Lo siento.

—Pero —dijo Cletus—, ¿y si resulta que soy un loco con éxito...?

—En ese caso, sería distinto, por supuesto. No obstante, sería pedir demasiado. Ésa es la razón por la que sólo puedo decir que lo lamento. Tenía la esperanza de que no me defraudara.

—Parece que tengo la costumbre de defraudar a la gente —repuso Cletus.

—¿Como cuando en un principio decidió pintar en vez de ir a la Academia para luego, irónicamente, abandonar la pintura y dedicarse a una carrera militar? —murmuró deCastries—. Yo también defraudé a mucha gente en mi vida de esa manera. Tengo un número bastante elevado de tíos y primos en el círculo de la Coalición... todos ellos ejecutivos y empresarios triunfadores, igual que lo fue mi padre. Sin embargo, yo elegí la política... —se interrumpió cuando Melissa se le unió.

—No era nada... Ah, Cletus —dijo ella—, Mondar me comunicó que si usted deseaba encontrarle podía hacerlo en su estudio. Es un edificio separado de la casa, en la parte posterior.

—¿Por dónde tengo que ir? —inquirió Cletus. Ella le señaló una entrada con forma de arcada en la pared más alejada de la habitación.

—Siga recto cuando salga y luego gire a la izquierda —explicó—. El corredor por el que irá conduce a una puerta que da a un jardín. Su estudio se halla justo detrás.

—Gracias —comentó Cletus.

Encontró el corredor que le había indicado Melissa y lo siguió hasta el jardín: una pequeña zona con una terraza y senderos que llevaban hasta una hilera de árboles cuyas copas se agitaban debido a un cálido y húmedo viento, recortándose contra un cielo en el que flotaba una luna llena semioculta entre algunas nubes. No había señales de ningún edificio.

Sin embargo, en ese momento, justo cuando Cletus dudaba, vislumbró una parpadeante luz a través de los árboles delante suyo. Cruzó el jardín y llegó al otro lado de los árboles. Más allá del estrecho cinturón que formaban, salió a un claro donde una estructura de techo bajo y parecida a un garaje, que encajaba perfectamente con la vegetación que la rodeaba, daba la impresión de encontrarse cómodamente hundida hasta media altura en la tierra. Bajas ventanas con pesados cortinajes dejaban salir la breve luz que él acababa de ver. Había una puerta enfrente

suyo; al aproximarse, ésta se deslizó silenciosamente a un costado. La atravesó y volvió a cerrarse a su espalda. Instintivamente se detuvo.

Había entrado en una habitación suave pero claramente iluminada, que en apariencia era más una biblioteca que un estudio, aunque se percibía una mezcla de ambos en el ambiente. El aire parecía escaso, seco y limpio como el de una cima montañosa. Estaba rodeada de librerías empotradas en las cuatro paredes que contenían una colección sorprendentemente grande de viejos volúmenes impresos. Una consola de estudio y un sistema de obtención de datos bibliográficos ocupaban una esquina de la habitación. No obstante, Mondar, que era la única persona que había en la habitación además de Cletus, se encontraba sentado a bastante distancia de estos aparatos en una especie de sillón ancho y sin apoyabrazos, con las piernas cruzadas ante sí, lo que le daba un aspecto muy similar al de un Buda en la posición del loto.

Tal actitud era lo único que marcaba el momento y el lugar como algo fuera de lo corriente... pero cuando Cletus atravesó la puerta, una advertencia profunda e instintiva rugió en su interior, haciendo que se detuviera justo en el umbral. Sintió una tensión viva e impalpable que inmovilizaba el propio aire del cuarto... una sensación como la de una fuerza masiva e invisible en un equilibrio temporal y delicado. Durante un segundo su mente retrocedió.

Luego se despejó. Durante un etéreo y atemporal momento él vio aquello que se encontraba en la habitación... y aquello que no estaba.

Lo que sus ojos registraron fue como dos versiones de la misma escena, sobreimpresionadas una encima de la otra, y sin embargo, y al mismo tiempo, distintas y separadas. Una era la visión del cuarto normal con Mondar sentado en su silla y el entorno tal como se percibía a simple vista.

La otra versión era la misma sala, aunque impregnada con una diferencia. En ella, Mondar no estaba sentado sobre su silla sino que flotaba, en la posición del loto, a unos cuantos centímetros del almohadón del sillón. Extendiéndose ante él y detrás suyo había una sucesión de imágenes duplicadoras, semitransparentes pero claramente identificables... y así como las más próximas a él eran duplicados de sí mismo, las más apartadas reproducían diferentes rostros... todas caras Exóticas pero de hombres distintos, de otros Unificadores. Ante él y detrás suyo estas figuras se extendieron hasta perderse de vista.

También Cletus notó que proyectaba sus propias imágenes. Podía ver a las que tenía delante y de alguna manera era consciente de las que había detrás suyo. Ante él había un Cletus con dos rodillas sanas; mas delante de éste y de otros dos Cletus, había hombres diferentes, más grandes. Sin embargo un eslabón directo los recorría a todos, uniendo las pulsaciones de sus vidas con la suya, y continuando hacia atrás, atravesándole, hasta llegar a un hombre que no tenía brazo izquierdo y así sucesivamente, recorriendo las vidas de todos aquellos que tenía detrás hasta que por fin acababa en un poderoso anciano a medias cubierto por una armadura y que

montaba sobre un caballo blanco con un bastón en la mano.

Pero esto no era todo. La habitación estaba atestada de fuerzas y corrientes de presiones vivas procedentes de vastas distancias y que convergían en este punto focal, como hebras de luz dorada que tejieran hacia atrás y hacia adelante, uniéndose entre sí, conectando algunas de las imágenes de Cletus con las de Mondar, e incluso al mismo Cletus con el Mondar real. Ellos dos, sus precursores y sus seguidores, pendieron atrapados en un tapiz de este esquema de luz que se interconectaba durante ese único momento en el cual la visión de Cletus registró la doble escena.

Luego, súbitamente, Mondar posó sus ojos sobre Cletus y tanto el tapiz como las imágenes desaparecieron. Sólo permaneció la habitación normal.

Sin embargo, los ojos de Mondar, al mirar a Cletus, resplandecieron como dos zafiros iluminados desde el interior por una luz idéntica en color y textura a las hebras que parecieron llenar el aire del cuarto en la distancia que separaba a los dos hombres.

—Sí —murmuró Mondar—. Lo supe... casi desde el primer instante en que le vi por primera vez en el comedor de la nave espacial supe que tenía potencial. Si tan sólo formara parte de nuestra filosofía hacer proselitismo o reclutar a la gente en un estilo normal, lo hubiera intentado con usted desde aquel momento. ¿Habló con Dow?

Cletus escrutó la tersa cara del hombre, sus ojos azules, y lentamente asintió.

—Gracias a su ayuda —comentó—. ¿Fue realmente necesario apartar a Melissa? DeCastries y yo podríamos haber hablado sin que ella se enterara de nuestra verdadera conversación.

—Quise que él tuviera todas las ventajas —explicó Mondar con ojos brillantes—. Deseaba despejar cualquier duda en su mente de que él le tentaría hasta donde él mismo trazara el límite máximo hasta donde estuviera dispuesto a llegar... Le ofreció un trabajo, ¿verdad?

—Me dijo —repuso Cletus— que no podía ofrecérselo... a un loco interesante. De lo cual deduje que tenía un interés extremado en contratar a uno.

—Por supuesto que lo tiene —corroboró Mondar—. Pero sólo busca en usted aquello que pueda ofrecerle a él. A él no le interesa el progreso que usted consiga... Cletus, ¿sabe usted cómo surgimos los Exóticos?

—Sí —contestó Cletus—. Me informé sobre ustedes antes de pedir mi traslado aquí. La Asociación para la Investigación y el Desarrollo de las Ciencias Exóticas... mis fuentes indican que ustedes surgieron de un culto de magia negra de principios del siglo veintiuno que se llamaba la Hermandad del Chantre.

—Correcto —dijo Mondar—. La Hermandad del Chantre fue la creación de un hombre llamado Walter Blunt. Era un hombre brillante, Cletus, pero como la mayoría de la gente de su época, su reacción estaba dirigida contra el hecho de que su medio ambiente repentinamente había sobrepasado la superficie de un mundo para trasladarse a la de un cierto número de planetas extendidos en años luz por el espacio

interestelar. Probablemente usted conoce ese período tan bien como yo... como aquel primer miedo, instintivo y racial, hacia el espacio exterior a nuestro sistema solar creció y explotó en una serie de sangrientos disturbios sociales. Aquello produjo muchas sociedades y cultos para la gente que trataba de adaptarse psicológicamente a la sensación de vulnerabilidad e insignificancia que tenían arraigada en un profundo nivel inconsciente. Blunt era un luchador, un anarquista. Su respuesta fue la revolución...

—¿Revolución? —inquirió Cletus.

—Sí. Literalmente... revolución —respondió Mondar—. Blunt quería destruir también parte de la realidad física objetiva... utilizando una fuerza psíquica primitiva. Llamó a su deseo «destrucción creativa». Reunió a la gente con el lema «¡*Destruir!*!». No obstante, no consiguió que ni siquiera los neuróticos profundos de su época traspasaran ese umbral emocional. Y luego fue depuesto como guía de la Hermandad por un joven ingeniero de minas que había perdido un brazo en un accidente en una mina...

—¿Perdió un brazo? —preguntó inquieto Cletus—. ¿Qué brazo?

—El izquierdo..., sí, creo que fue el brazo izquierdo —repuso Mondar—. ¿Por qué?

—Por nada —dijo Cletus—. Continúe.

—Se llamaba Paul Formain...

—¿Fort-Mayne? —interrumpió Cletus una segunda vez.

—Sin la t —contestó Mondar—, F-o-r-m-a-i-n —lo deletreó mirando con curiosidad a Cletus—. ¿Hay algo en particular que le interese, Cletus?

—Sólo las coincidencias —susurró Cletus—. Dijo que únicamente tenía un brazo, por lo que tendría el otro más desarrollado como compensación por el esfuerzo realizado. Y su nombre casi suena como *fort-mayne*, que son las palabras usadas por los normandos para explicarles su política a los ingleses una vez que conquistaron Inglaterra en el siglo once. *Fort-mayne*... literalmente quiere decir «mano-fuerte». Describía la política que admitía el uso de cualquier fuerza necesaria para mantener a los ingleses nativos bajo control. ¿Y dice que él se hizo cargo de la Hermandad del Chantre, quitándole el poder a este Blunt?

—Sí —Mondar frunció el ceño—. Ya veo las coincidencias, Cletus, pero lo que no veo es la importancia que tienen.

—Quizás no la tengan —comentó Cletus—. Continúe. ¿Formain se hizo con el poder de la Hermandad del Chantre e inició su Asociación Exótica?

—Casi tuvo que destruir la Hermandad para conseguirlo —explicó Mondar—. Sin embargo, lo logró. Cambió el lema, de la revolución pasó a la evolución. La evolución del hombre, Cletus.

—Evolución —Cletus repitió la palabra pensativo—. ¿Así que no cree que la especie humana ya se haya detenido en su evolución? ¿Cuál es el paso siguiente, entonces?

—Obviamente, lo desconocemos —le dijo Mondar cruzando las manos sobre su regazo—. ¿Puede un simio imaginar a un hombre? Sin embargo, estamos convencidos de que las semillas de la próxima evolución están latentes en el hombre, estacionarias... si es que no se encuentran germinando en este momento. Nosotros, los Exóticos, dedicamos nuestras vidas a la búsqueda de esas semillas, para protegerlas cuando las hallemos, para que de esa manera puedan florecer y crecer hasta que el hombre evolucionado forme parte de nuestra comunidad.

—Lo siento —Cletus sacudió la cabeza—. Yo sería un Exótico deficiente, Mondar. Tengo que realizar mi propio trabajo.

—Pero esto es parte de su trabajo... ¡y su trabajo forma parte de ello! —Mondar se inclinó hacia adelante y sus manos se separaron—. No existe ninguna compulsión sobre nuestros miembros.

Cada uno busca y trabaja para y por el futuro que él cree que es el mejor. Lo único que pedimos es que cuando las habilidades de cualquiera sean requeridas por la comunidad, estén disponibles. A cambio, la comunidad le ofrece sus propias habilidades para mejorarle, física y mentalmente, de manera que así pueda ser mucho más efectivo en su trabajo personal. Usted sabe cuáles son sus capacidades ahora, Cletus. ¡Imagine lo que sería capaz de hacer con lo que podemos enseñarle!

Cletus sacudió la cabeza de nuevo.

—Si nos rechaza —dijo Mondar—, creará un peligro para usted, Cletus. Indicará un deseo inconsciente por su parte para emprender el mismo camino que deCastries... para dejarse atrapar por el anhelo de manipular directamente a la gente y la situación en vez de trabajar con lo que es más valioso, aunque emocionalmente menos estimulante: la lucha con las ideas para hallar principios que en algún momento eleven a la gente por encima y más allá de la manipulación.

Cletus rió de forma un poco sombría.

—Dígame —inquirió—, ¿no es verdad que ustedes, los Exóticos, se niegan a llevar o a utilizar armas personalmente, incluso como defensa propia? Y ése es el motivo por el que contratan a mercenarios como los Dorsai, o por el que llegan a acuerdos políticos con grupos como la Alianza para defenderse.

—Sí... mas no por las razones que cree la mayoría de la gente, Cletus —repuso Mondar rápidamente—. No sentimos ninguna objeción moral hacia la lucha. Lo que ocurre es que las emociones generadas por ella interfieren con el pensamiento claro, de modo que gente como yo prefiere no tocar ningún arma. Pero no existe ninguna obligación sobre nuestra gente para ello. Si usted desea escribir su obra sobre estrategia militar, o incluso portar armas...

—No creo que me esté comprendiendo —dijo Cletus—. Eachan Khan me contó algo. ¿Se acuerda cuando se encontraba en el coche militar que volcó esta mañana, y él le sugirió que, por razones obvias, no permitiera que las guerrillas neolandesas le apresaran vivo? Su respuesta fue que siempre podía morir. «Nadie, exceptuándome a mí», son sus propias palabras, «ejerce algún poder sobre este cuerpo».

—Y usted cree que el suicidio es una forma de violencia...

—No —cortó Cletus—. Intento explicarle porqué nunca sería un buen Exótico. En su calma ante la posibilidad de la tortura y la necesidad de suicidarse, usted mostró una particular forma de crueldad. Era una crueldad hacia sí mismo... pero eso sólo es el reverso de la moneda. Ustedes los Exóticos esencialmente son seres implacables hacia todos los hombres, ya que son filósofos, y éstos son gente implacable.

—¡Cletus! —Mondar sacudió la cabeza—. ¿Se da cuenta de lo que está diciendo?

—Por supuesto —respondió Cletus con calma—. V usted se da cuenta tan bien como yo. La enseñanza inmediata de los filósofos tal vez sea apacible, mas la teoría que reside detrás de su enseñanza carece de escrúpulos... ése es el motivo por el que tanto derramamiento de sangre y miseria ha estado presente en el sendero de sus seguidores, aquellos que dicen vivir bajo tales enseñanzas. Ha sido derramada más sangre por los militantes de los profetas del cambio que por cualquier otra gente de distinta facción a lo largo de la historia del hombre.

—Ningún Exótico vierte sangre —comentó Mondar en un susurro.

—Directamente, no —aceptó Cletus—. Pero para conseguir el futuro que ustedes sueñan se requiere la desaparición total del presente tal como lo conocemos ahora. Puede decirme que su meta se transformó de la destrucción a la evolución, mas su objetivo aún es la destrucción de lo que ahora tenemos para que haya espacio para algo distinto. Ustedes trabajan para borrar lo que actualmente existe... y para ello hace falta una implacabilidad que no va con mi forma de ser, y con la que no estoy de acuerdo.

Dejó de hablar. Mondar le miró a los ojos durante un largo tiempo.

—Cletus —habló finalmente Mondar—, ¿puede estar en verdad tan seguro de sí mismo?

—Sí —contestó Cletus—. Me temo que puedo.

Se volvió hacia la puerta. Cuando llegó hasta ella y puso su mano en el mecanismo de apertura, se dio la vuelta.

—De todas maneras, gracias, Mondar —dijo—. Usted y sus Exóticos tal vez acaben siguiendo mi camino. Pero yo nunca seguiré el de ustedes. Buenas noches.

Abrió la puerta.

—Cletus —escuchó a Mondar detrás suyo—, si usted nos rechaza ahora, aténgase a los riesgos que correrá. Hay fuerzas en juego mucho más poderosas en lo que intenta hacer de lo que creo que comprende.

Cletus sacudió la cabeza.

—Buenas noches —repitió, saliendo de la habitación.

De regreso a la sala donde había dejado a Arvid, encontró al joven teniente y le comunicó que se marchaban. Cuando llegaron a la zona de aparcamiento y Cletus abría la puerta de su coche aéreo, el cielo se abrió encima de ellos en una salvaje explosión de relámpagos y truenos, con gotas de lluvia que caían como guijarros.

Se apresuraron a entrar al interior del coche. La lluvia era helada y los pocos segundos que estuvieron expuestos a ella habían dejado sus chaquetas empapadas, haciendo que éstas colgaran pesadamente de los hombros. Arvid transmitió poder al vehículo y lo alzó del suelo.

—Parece que el infierno se ha desatado esta noche —murmuró cuando giraba el coche y ponía rumbo a la ciudad. Entonces, como asustado, miró a Cletus que se encontraba sentado a su lado—. Me pregunto porqué he dicho eso.

Cletus no le respondió, pero después de un segundo lo hizo él mismo.

—Es igual —comentó, a medias para sí mismo—, lo ha hecho.

Cletus se despertó con la sensación de que su rodilla izquierda estaba siendo aplastada lentamente bajo un pesado torno. El apagado e incesante dolor le había sacado de su sueño, y durante un momento fue su prisionero... la sensación del dolor llenaba todo el universo de su consciencia.

Luego, y de manera práctica, se puso en acción para controlar la mutilante sensación. Poniéndose de espaldas, miró el blanco techo que había a dos metros encima suyo. Uno por uno, comenzando por los muslos, les ordenó a los músculos largos de sus brazos y piernas que eliminaran las tensiones y se relajaran. Entonces continuó hacia los músculos del cuello y la cara, con los del estómago, y, finalmente, logró un estado de relajamiento que le inundó en su totalidad.

Su cuerpo ahora estaba pesado y flácido. Sus párpados caían, cerrándose a medias. Permaneció allí tendido en la cama, indiferente a los leves ruidos que se filtraban hasta él desde otras partes del edificio. Vagó a la deriva, deslizándose con mucha suavidad, como un hombre que flotara sobre la superficie de algún cálido océano.

El estado de relajamiento que había logrado inducir ya mitigaba el implacable dolor que atenazaba su rodilla. Lentamente, como para no despertar esa consciencia siempre alerta que permitiría que la tensión creciera nuevamente en él, echó la almohada hacia atrás y se incorporó en la cama. Sentado a medias, apartó la sábana de su pierna izquierda y la contempló.

La rodilla estaba hinchada y rígida, mas no se veía ningún moratón a su alrededor... no obstante se hallaba inflamada hasta el punto de resultar imposible moverla. Concentró su mirada con firmeza sobre ella, y se preparó para la ardua tarea de hacer que regresara a su tamaño normal y recuperara el movimiento.

Aún a la deriva, todavía en ese estado mental más primitivo conocido como regresión, conectó la respuesta del dolor en su rodilla con el mensaje de dolor en su mente, y comenzó a convertir el mensaje en un equivalente mental de esa misma relajación y paz física que dominaba su cuerpo. Flotando con ella, sintió como el mensaje de dolor perdía su color. Fue desapareciendo poco a poco, como una orden escrita con tinta evaporadora, hasta que finalmente se hizo invisible.

Sintió que lo que antes había reconocido como dolor aún seguía presente en su rodilla. Sin embargo, sólo era una sensación, no había ni dolor ni presión sino una especie de mezcla de ambos. Ahora que había logrado identificar este primer dolor como una sensación-entidad separada, comenzó a concentrarse sobre la verdadera sensación de presión dentro de su sangre, ya que los vasos sanguíneos se encontraban hinchados hasta el punto de inmovilizar su pierna.

Formó una imagen mental de los vasos sanguíneos tal como se encontraban. Luego, con lentitud, los fue visualizando a medida que se relajaban, encogiéndose, devolviendo su contenido líquido a través del sistema de irrigación de su pierna.

Durante unos diez minutos aproximadamente no vio ninguna respuesta visible en la zona de su rodilla. Luego, de forma gradual, fue consciente de que la presión disminuía y de una ligera sensación de calidez en el interior mismo de la rodilla. Pasados otros cinco minutos pudo ver que la hinchazón decrecía notablemente. Diez minutos más tarde, tenía una rodilla que aún estaba hinchada, pero que podía doblar en un ángulo de sesenta grados. Era bastante aceptable. Sacó las dos piernas, la buena y la mala, por encima de la cama, se puso de pie y comenzó a vestirse.

Se hallaba abrochándose un cinturón de armas sobre su traje de campaña cuando escuchó un golpe en su puerta. Cletus miró el reloj que había al lado de su cama. Eran las cinco menos ocho minutos de la madrugada.

—Pase —respondió. Arvid entró en el dormitorio.

—Te has levantado pronto, Arv —comentó Cletus, ajustándose el cinturón y alargando el brazo para coger la pistola que había sobre la mesita de noche. Guardó el arma en la cartuchera que pendía del cinturón—. ¿Conseguiste lo que te pedí?

—Sí, señor —replicó Arvid—, el altavoz y las minas están guardadas y ocultas en sacos personales. No pude meter el rifle en el saco, sin embargo está con ellos, sujeto al caballo eléctrico que me pidió.

—¿Y el caballo?

—Lo tengo fuera, en la parte trasera del vehículo mensajero... —Arvid vaciló—. Pedí permiso para ir con usted, señor, pero las órdenes sólo le autorizaban a usted y al oficial de campo a cargo de la compañía. Quiero hablarle de él. Le han asignado a un teniente primero llamado Bill Athyer...

—Y este Bill Athyer es un inútil, ¿verdad? —preguntó Cletus divertido mientras cogía su casco de comunicaciones y se encaminaba hacia la puerta del cuarto.

—¿Cómo lo sabía? —Arvid bajó la vista, mirando a Cletus y le siguió por el largo pasillo central del edificio de alojamientos.

Cletus le brindó una sonrisa a la vez que continuaba cojeando, mas retrasó su respuesta hasta que hubieron atravesado la puerta principal y salido a la neblinosa oscuridad que antecede al amanecer, donde el vehículo mensajero esperaba a Cletus. Los dos entraron en el coche, Arvid detrás de los controles. Cuando el gigante y joven teniente colocó el coche sobre su colchón de aire, Cletus continuó:

—Supuse que el general me asignaría a alguien de esas características. No te preocupes por ello, Arv. De todas formas, estarás bastante ocupado durante el día. Quiero que me encuentres unas oficinas y que me busques algunos nombres para mi personal... un oficial de mando, si es que puedes conseguirme algún administrativo, un par de oficinistas de nivel cinco y un especialista de archivos con nivel dos que posea una especialidad en investigación. ¿Puedes dedicarte a ello de inmediato?

—Sí, señor —replicó Arvid—. No sabía que tuviéramos autoridad para algo así...

—Aún no la tenemos —dijo Cletus—. Pero te la conseguiré. Tú encuéntrame el lugar y a la gente para que sepamos dónde ponerlos a trabajar tan pronto como consigamos la autorización.

—Sí, señor —repuso Arvid.

Cuando llegó a la zona de transportes, Cletus encontró a su compañía, bajo el mando del teniente primero William Athyer, en posición de descanso, con sus equipos, armados y, en apariencia, dispuestos a emprender la marcha. Cletus asumió que los hombres ya habían desayunado... al no ser el oficial al mando no era su tarea comprobar que lo hubieran hecho; y no podía preguntárselo a Athyer ya que esto habría resultado poco educado, por no decir insultante. Cletus salió con cierta rigidez del vehículo y observó mientras Arvid descargaba el caballo eléctrico junto con el equipo.

—¿Coronel Grahame? —preguntó una voz detrás suyo—. Soy el teniente Athyer, al mando de esta compañía. Estamos listos para partir...

Cletus dio media vuelta. Athyer era un hombre bajo y de oscura piel, bastante delgado y que rondaría los treinta y cinco años, con una nariz en forma de pico. Una vaga expresión amarga marcaba sus facciones, como si la costumbre la hubiera hecho permanente. Sus frases eran abruptas, incluso agresivas, pero las palabras al final de cada frase tendían a convertirse en un gemido.

—Ahora que usted por fin ha llegado, señor —añadió.

Ese comentario adicional e innecesario rayaba en la impertinencia. Sin embargo Cletus lo ignoró, mirando más allá del hombro de Athyer a los hombres que había detrás del teniente. Sus pieles bronceadas y la mezcla de equipo nuevo y viejo, junto con sus trajes, sugerían experiencia. No obstante, se encontraban más silenciosos de lo normal; y a Cletus no le cabía la menor duda sobre la razón que motivaba dicho silencio. El ser llamado para empuñar las armas y llevado a una zona de combate en medio de un descanso y un período de reentrenamiento no era algo que hiciera feliz a un soldado. Miró de nuevo a Athyer.

—Entonces supongo que comenzaremos a cargar inmediatamente, ¿verdad, teniente? —inquirió suavemente—. Dígame dónde quiere que vaya yo.

—Utilizaremos como medio de transporte dos naves atmosféricas de apoyo —gruñó Athyer—. Mi sargento mayor irá en la segunda. Será mejor que usted venga conmigo en la primera nave, coronel...

Se detuvo para contemplar el caballo eléctrico cuando sus paletas superiores se pusieron en movimiento con un leve gemido. Arvid acababa de accionar su turbina, y el vehículo unipersonal se había elevado en el aire para que pudiera ser trasladado con más facilidad a la nave de apoyo utilizando su propia energía. Evidentemente, Athyer no había relacionado el caballo con Cletus hasta este momento. En realidad, no era el vehículo más apropiado para una expedición como esa... había sido diseñado principalmente para trabajos de inspección en el espacio, y tenía el aspecto del esqueleto de una bicicleta sin ruedas, suspendida en ambos extremos por varillas metálicas que bajaban desde unas paletas acanaladas, situadas a ambos lados, que rotaban en sentido contrario, alimentadas por una turbina nuclear situada justo debajo de ellas. El rifle de Cletus y sus bolsas personales colgaban a los lados de la

montura sobre la barra metálica.

No era algo hermoso, mas tampoco era motivo para que Athyer pusiera tan mala cara.

—¿Qué es eso? —exigió.

—Es para mí, teniente —repuso Cletus con buen talante—. Lo que ocurre es que mi rodilla izquierda es a medias protésica. No deseaba que usted y sus hombres tuvieran que reducir la velocidad de la marcha si llegaba el caso de tener que ocultarnos urgentemente.

—¿Oh? Bueno... —Athyer continuó con el ceño fruncido. Sin embargo, el hecho de que la frase que había comenzado quedara sin terminar era suficiente evidencia de que su imaginación le estaba fallando en la búsqueda de una excusa válida que le permitiera prohibir el traslado del caballo eléctrico. Después de todo, Cletus era un teniente coronel. Athyer se volvió y le ladró a Arvid—: ¡Entonces súbala a bordo! ¡Deprisa, teniente!

Se alejó para ocuparse de que su compañía, que esperaba en la zona de transporte a unos ciento cincuenta metros, y que estaba compuesta por unos ochenta hombres, subiera a las dos naves atmosféricas de apoyo.

Esta tarea se desarrolló suave y rápidamente. Veinte minutos más tarde se deslizaban con rumbo norte por encima de las copas de los árboles en dirección hacia el Paso Etter... al tiempo que el cielo más allá de la distante cadena montañosa comenzaba a aclararse con el amanecer.

—¿Cuáles son sus planes, teniente? —comenzó Cletus cuando él y Athyer estuvieron sentados uno enfrente del otro en el pequeño compartimento delantero de la nave y que estaba destinado a los pasajeros.

—Sacaré el mapa —dijo Athyer, apartándose con resentimiento de la mirada de Cletus.

Metió la mano en el maletín metálico que llevaba entre sus botas y extrajo un mapa del terreno Exótico del lado montañoso alrededor del Paso Etter. Extendió el mapa apoyándolo en sus propias rodillas y en las de Cletus.

—Estableceré un piquete a lo largo de esta línea —comunicó Athyer, su dedo trazó un arco a través de la jungla que había en las laderas de las montañas debajo del paso—, que abarque unos trescientos metros. También colocaré un par de grupos de reserva en lo alto, detrás de la línea del piquete a ambos lados de la boca del paso. Cuando los neolandeses atraviesen el paso y se adentren lo suficiente por el sendero hasta casi llegar al piquete, los grupos de reserva podrán avanzar detrás de ellos y los tendremos rodeados... siempre y cuando algún grupo guerrillero cruce de verdad el paso.

Cletus ignoró la declaración con que el teniente finalizó su explicación.

—¿Y si las guerrillas no vienen directamente por el sendero? —preguntó Cletus—. ¿Qué ocurrirá si giran, ya sea a la izquierda o a la derecha, justo hacia la jungla en el mismo momento en que se encuentren de este lado de las montañas?

Athyer escrutó a Cletus primero sin comprender y luego con resentimiento, como un estudiante al que se le hace una pregunta injusta en un examen.

—Mis grupos de apoyo pueden retroceder hasta colocarse delante de ellos —replicó después de un rato de forma descortés—, alertando al resto de la línea que forma el piquete a medida que avanzan. El resto de los hombres todavía tendrá tiempo de situarse detrás de ellos. Sea cual fuere el camino que tomen, los tendremos rodeados.

—¿Cuál es la visibilidad en esta parte de la selva, teniente? —inquirió Cletus.

—Quince... veinte metros —contestó Athyer.

—Entonces el resto de su línea de piquete va a tener algunas dificultades para mantener la posición mientras ascienden por la pendiente en un ángulo en el que puedan encerrar a las guerrillas, que probablemente habrán comenzado a dividirse en grupos de dos y tres, extendiéndose como un abanico en su ruta hacia la costa. ¿No le parece?

—Tendremos que hacer lo que podamos —repuso Athyer hoscamente.

—Sin embargo, existen otras posibilidades —explicó Cletus. Señaló el mapa—. Las guerrillas tendrán al Río Whey a su derecha cuando salgan del paso, y el Río Azul a la izquierda... y esos dos ríos se unen más abajo, en el Pueblo de los Dos Ríos. Lo que significa que, sin importar qué camino tomen los neolandeses, siempre habrán de cruzar agua. Observe el mapa. Sólo existen tres puntos buenos sobre el pueblo para vadear el Río Azul, y únicamente dos en el Whey... a menos que deseen atravesar directamente el pueblo mismo, lo que no harán. De manera que pueden usar cualquiera, o incluso todos, de esos cinco puntos.

Cletus dejó de hablar, a la espera de que el oficial de menor rango captara la sugerencia implícita. Mas Athyer, obviamente, era uno de esos hombres que necesita que se les muestre con toda claridad sus oportunidades.

—La cuestión es la siguiente, teniente —explicó Cletus—, ¿por qué intentar coger a esas guerrillas en la selva que rodea el paso, donde tienen toda clase de oportunidades para pasar entre nuestras líneas desapercibidos, cuando usted podría esperarles en estos puntos de cruce, acorralándolos entre sus tropas y el río?

Athyer frunció sin querer el ceño, no obstante luego se inclinó para estudiar los cinco puntos que Cletus había mencionado.

—Los dos cruces del Río Whey —continuó Cletus— son los más próximos al paso. También se encuentran en la ruta más directa hacia la costa. Cualquier guerrilla que tomara los vados del Río Azul tendría que dar un gran rodeo para llegar sin ser vistos hasta el pueblo de abajo. Los neolandeses saben que ustedes están al tanto de esto. Por lo que creo una apuesta casi segura que ellos contarán con que sus tropas intenten detenerlos —si es que piensan que alguien los detendrá— en esos dos pasos. Razón por la que creo que fingirán ir en esa dirección para realizar el cruce verdadero por estos tres vados que hay encima del Río Azul.

Athyer contempló el dedo de Cletus a medida que éste se dirigía de punto a punto

en el mapa al ritmo de sus palabras. El rostro del teniente se tensó.

—No, no, coronel —dijo cuando Cletus finalizó—. Usted no conoce a estos neerlandeses como yo. En primer lugar, ¿por qué tendrían que creer que nosotros estamos esperándoles? Y en segundo lugar, no son tan inteligentes. Saldrán del paso, romperán en formaciones de dos y tres nombres y atravesarán la jungla para volver a reunirse de nuevo en uno, quizá dos, de los cruces del Río Whey.

—No creo que sea así... —comenzó Cletus, pero esta vez Athyer literalmente le interrumpió.

—¡Acepte mi palabra, coronel! —aseveró—. Cruzarán por estos dos puntos del Río Whey. —Se frotó las dos manos. Luego prosiguió—: Yo me apostaré en el vado más bajo con la mitad de los hombres, y mi sargento mayor lo hará en el cruce superior con la mayoría de los que queden. Pondremos a unos cuantos hombres detrás de ellos para cortarles la retirada, y de esta forma me aseguraré de capturar un buen puñado de guerrilleros.

—Usted es el oficial al mando —repuso Cletus—, razón por la que no quiero discutir con usted. Sin embargo, el general Traynor dijo que yo debería ofrecerle mis consejos, y supongo que usted no querrá cometer ningún error en el Río Azul. Si dependiera de mí... Cletus dejó que su voz se perdiera. Las manos del teniente, con el mapa ya medio doblado, cesaron en su movimiento. Cletus, mirando la cabeza baja del otro, casi pudo ver cómo se movían los mecanismos en su interior. Athyer ya había dejado atrás todas las dudas acerca de su propio juicio militar. No obstante, las situaciones en las que estaban involucrados generales y coroneles siempre eran delicadas para que se viera envuelto en ellas un teniente, sin importar quién pareciera estar en posesión de todos los ases.

—Sólo podría prescindir de una escuadra al mando de un cabo —murmuró Athyer por fin ante el mapa. Dudó, mostrando claramente que se hallaba pensando. Luego alzó la cabeza y sus ojos brillaron con astucia—. Esto es sugerencia suya, coronel. ¿Tal vez si usted quisiera asumir la responsabilidad de desviar parte de mis tropas hasta el Río Azul...?

—Claro, por supuesto que estoy dispuesto a hacerlo —aceptó Cletus—. Pero, como usted mismo ha señalado, yo no soy un oficial de campo, y no puedo asumir el mando de tropas en condiciones de combate...

Athyer sonrió con una mueca.

—¡Oh, eso! —exclamó—. Aquí no seguimos todas las reglas al pie de la letra, coronel. Le diré al cabo a cargo del escuadrón que deberá hacer todo lo que usted indique.

—¿Lo que yo diga? ¿Quiere decir... *exactamente* lo que yo diga? —preguntó Cletus.

—Exacto —repuso Athyer—. Ya sabe que existe ese tipo de autoridad para esta clase de emergencias. Como oficial al mando de una unidad aislada yo puedo hacer un uso de emergencia de todo el personal militar en la forma que yo crea necesaria.

Le diré al cabo que temporalmente le he concedido a usted el rango de oficial de campo pues, por supuesto, su graduación además lo permite.

—¿Y si las guerrillas aparecen por los vados del Río Azul? —inquirió Cletus—. Sólo tendré un escuadrón.

—No lo harán, coronel —aseguró Athyer y terminó de doblar el mapa con gesto ostensible—. No lo harán. Mas si algunos neolandeses perdidos *aparecieran*... usted tendría que poner en práctica su mejor juicio. Un experto en estrategia como usted, señor, tendría que ser capaz de controlar una situación tan pequeña como ésta y que puede llegar a producirse.

Dejando entrever una mueca despectiva flotando en el aire, se puso de pie y se dirigió con el mapa al compartimento trasero para pasajeros donde viajaban la mitad de los soldados que estaban a su mando.

La nave de apoyo en la que viajaban posó a Cletus con su escuadrón en el extremo superior de los tres puntos de cruce del Río Azul y volvió a despegar hacia las sombras del amanecer, que aún oscurecían esta zona occidental de la cadena montañosa que separaba a Bakhalla de Neulandia. Athyer había elegido a un esmirriado cabo de diecinueve años llamado Ed Jarnki y a seis hombres que compondrían el escuadrón a su mando. En el momento en que bajaron de la nave, los siete automáticamente se dejaron caer a tierra y apoyaron cómodamente las espaldas contra unos troncos próximos de árboles y unas rocas que sobresalían de la densa alfombra del suelo selvático. Se encontraban en un pequeño claro rodeado por altos árboles en el lecho más cercano del río; los hombres miraron con cierta curiosidad a Cletus cuando éste se dio la vuelta para encararlos.

No dijo nada. Sólo les devolvió la mirada. Después de un segundo, Jarnki, el cabo, se incorporó deprisa. Uno detrás de otro, el resto del escuadrón se puso de pie, hasta que todos estuvieron erguidos de cara a Cletus, en una línea irregular, más o menos en posición de firmes.

Cletus sonrió. Ahora parecía un hombre completamente diferente del oficial que los siete vislumbraron antes, cuando subieron y bajaron de la nave de apoyo. El buen humor no se había desvanecido de su rostro. Mas se le había añadido una expresión de poder, algo firme e intenso en la forma en que les miraba, por lo que una especie de electricidad humana fluía de él hacia ellos y les ponía todos sus nervios en tensión a pesar de sí mismos.

—Eso está mejor —dijo Cletus. Incluso su voz había cambiado—. Muy bien, ustedes son los hombres que ganarán el día por todos, aquí mismo en el Paso Etter. Si siguen mis órdenes adecuadamente, lo harán de tal forma que ni siquiera se lastimarán la piel de los nudillos o sudarán.

Todos le contemplaban.

—¿Señor? —dijo Jarnki después de un momento.

—¿Sí, cabo? —respondió Cletus.

—Señor... No entiendo lo que nos quiere decir —Jarnki, pasado un segundo de lucha interior, por fin lo soltó.

—Quiero decirles que van a capturar a un montón de neolandeses —repuso Cletus—, y sin siquiera sufrir un rasguño. —Esperó mientras Jarnki abría la boca una segunda vez para luego cerrarla lentamente de nuevo—. ¿Bien? ¿Responde eso a su pregunta, cabo?

—Sí, señor.

Jarnki se rindió, pero sus ojos y los del resto de los hombres, se posaron en Cletus con un aire de sospecha que rayaba en el miedo.

—Entonces pongámonos a trabajar —dijo Cletus.

Comenzó a situar a los hombres... uno en el extremo del vado poco profundo del río, que en esta parte giraba en una curva abierta perdiéndose más allá del claro; dos hombres debajo del banco a cada lado del claro, y a los cuatro restantes ocultos en árboles apartados del río y sobre la pendiente en la dirección desde la cual tendrían que venir las guerrillas que cruzaran el vado.

Al último hombre que apostó fue a Jarnki.

—No se preocupe, cabo —le tranquilizó flotando sobre el caballo eléctrico a unos pocos centímetros de donde Jarnki oscilaba sobre la copa de un árbol, agarrando con fuerza su rifle de agujas—. Ya verá como los neolandeses no le harán esperar mucho. En el momento en que los vea, dispáreles unas cuantas agujas desde aquí y luego baje a tierra, allí estará protegido de su fuego. Le han disparado antes, ¿no?

Jarnki asintió. Su rostro se encontraba un poco pálido y su posición en la rama abierta de suave corteza, un roble variforme de la Tierra, en la que se hallaba era un poco estrecha para ser cómoda.

—Sí, señor —corroboró. Su tono de voz denotaba muchas cosas no dichas.

—Sin embargo, fue en condiciones mucho más seguras, con el resto de la compañía de hombres a su alrededor, ¿verdad? —preguntó Cletus—. No permita que la diferencia le atemorice, cabo. Ya no importará cuando se abra fuego. Voy a ir a comprobar los dos vados de más abajo. Regresaré pronto.

Dio la vuelta al caballo eléctrico, apartándolo del árbol, y se dirigió río abajo... El vehículo en el que marchaba era casi silencioso, sólo producía el tipo de vibración que causaría el extractor de una habitación. En condiciones de tranquilidad normal podría ser oído a una distancia de quince metros. Pero esta selvática tierra alta de Kultan reverberaba con los sonidos de aves y animales. Entre ellos se percibía un grito como el sonido de un hacha chocando contra la madera y que sonaba a intervalos; y había otro ruido que se parecía a un ronquido, que se escuchaba durante

unos segundos para cesar inmediatamente, y luego, tras una pausa, comenzar otra vez. Aunque la mayoría de los ruidos de la selva no eran sino simples gritos de diferentes tonos, volúmenes y características musicales.

En conjunto esto producía un esquema de sonidos impredecibles, entre los cuales la baja vibración del caballo eléctrico fácilmente se perdería para oídos que no buscaran escuchar específicamente ese ruido... oídos como los de las guerrillas de Neulandia que, con toda probabilidad, no estaban familiarizados con ese sonido ni tampoco lo esperaban.

Cletus voló río abajo e inspeccionó los dos vados, encontrándolos vacíos de todo movimiento humano. Giró en el vado más bajo para avanzar por el aire en dirección de la jungla, alejándose del río y subiendo la pendiente de la montaña que le conduciría hacia el paso. Con suerte, pensó, lo conseguiría, ya que ellos tendrían que recorrer la distancia más larga para cubrir los varios cruces que utilizarían. Indudablemente habrían establecido un punto de encuentro y una hora para todos los grupos que se hallaran en el otro extremo del río.

Continuó su avance aéreo al nivel de las copas de los árboles, a una velocidad que no rebasaba los seis kilómetros por hora. Debajo suyo, la flora de la tierra alta de la selva apenas mostraba aquellas hebras amarillas que había visto en el follaje cerca de la zona de aterrizaje del transbordador; mas las finas hebras escarlatas se veían por todas partes, incluso en las enormes hojas de los árboles variformes de la Tierra — robles, arces y fresnos— con los que Kultis había sido repoblado veinte años atrás.

La flora terrestre se había adaptado con más fuerza en estas altitudes más elevadas. No obstante, aún existía un predominio de plantas y árboles nativos: desde matas de algo parecido a los helechos que se alzaban diez metros en el aire, a un tipo de árbol que se extendía horizontal mente, con frutas púrpuras que eran perfectamente comestibles pero que emitían un ligero aroma enfermizo a través de sus peludas pieles una vez que maduraban.

Cletus se hallaba a unos ochocientos metros de distancia del cruce del río cuando vislumbró la primera señal de movimiento, un ligero oscilar en el extremo de los helechos debajo suyo. Frenó su impulso hacia adelante y comenzó a descender suavemente.

Un segundo más tarde, detectó la figura de un hombre con un traje de campaña salpicado por motas marrones y verdes debajo de los helechos.

El hombre que se infiltraba no llevaba ningún equipo salvo una mochila a su espalda, una suave gorra de tela de camuflaje sobre la cabeza y el rifle deportivo de perdigones que colgaba guardado en su estuche del hombro, lo cual era lógico en lo concerniente a las guerrillas. La regla que había surgido en los mundos nuevos durante cincuenta años de disputas intercoloniales decía que, a menos que un hombre cargara con equipo y armas militares, sólo estaría sujeto a la ley civil... y la ley civil tenía que probar el daño a la propiedad o a la vida antes de poder emprender alguna acción contra un hombre armado, incluso si pertenecía a otra colonia. Un guerrillero

que fuera atrapado sólo con una pistola deportiva usualmente era deportado o encerrado. Sin embargo, si capturaban a alguien que llevara cualquier tipo de equipo militar —aunque sólo fuera un expediente militar— podía ser llevado ante los tribunales castrenses, que habitualmente lo declaraban un saboteador y lo condenaban a prisión o a muerte. Si este hombre que se encontraba debajo suyo era un ejemplo típico de los infiltrados de su grupo, entonces Jarnki y sus hombres tendrían una ventaja enorme en lo referente a las armas que les compensaría su reducido número, lo cual era un alivio.

Cletus continuó vigilando al hombre durante varios minutos. Se abrió camino a través de la jungla sin ningún sigilo o intento por ocultarse. Tan pronto como Cletus calculó una línea de marcha para este individuo, se apartó con la intención de localizar al resto de los miembros de la misma fuerza guerrillera.

El sol que se alzaba velozmente en el cielo, atravesando con sus rayos las escasas hojas que había al nivel de las copas de los árboles, calentó la nuca de Cletus. Sus axilas, su pecho y espalda, recubiertos por el traje de campaña, estaban bañados en sudor, y su rodilla amenazaba con revivir el dolor otra vez. Se tomó un momento para obligar a sus músculos a relajarse y desterrar la incomodidad de su rodilla. No había tiempo para más... aún no. Continuó su escrutinio a través de la jungla en busca de más guerrilleros.

Casi de inmediato encontró al segundo hombre, que avanzaba en línea paralela y a unos treinta metros de distancia del que Cletus viera primero. Cletus continuó su rastreo visual y en los siguientes veinte minutos en que recorrió los dos extremos de la franja de ataque que avanzaba por la selva debajo suyo, contó a veinte hombres que se movían en un frente de unos trescientos metros de ancho. Si los neolandeses habían dividido sus fuerzas parejamente entre los tres cruces, como precaución militar elemental, eso daba una fuerza total de infiltración de sesenta hombres. Asumiendo que de esos sesenta hombres se perdiera un veinte por ciento de la fuerza de su grupo al atravesar la selva desde aquí hasta la costa, quedarían unos cuarenta y ocho hombres disponibles para el asalto que los neolandeses planeaban como celebración de la visita de deCastries.

Cuarenta y ocho hombres podían encargarse perfectamente de la toma y mantenimiento de la pequeña villa costera de pesca. Sin embargo, se podría hacer mucho más con el doble de efectivos. Quizás hubiera una segunda línea de emboscada detrás de la primera.

Cletus dio la vuelta súbitamente en redondo al caballo eléctrico y lo dirigió de nuevo por debajo de las copas de los árboles, justo detrás del hombre que acababa de percibir avanzando. Unos ochenta metros atrás, descubrió una segunda línea de ataque... estaba formada por quince hombres en los cuales iban al menos un par que parecían oficiales, ya que portaban más equipo de comunicación y llevaban pistolas en vez de rifles. Cletus giró el caballo eléctrico, se deslizó silenciosamente por el aire justo debajo de las copas de los árboles y se dirigió al extremo más bajo y apartado

del grupo de combate que se aproximaba. Cuando lo localizó vio que —tal como esperaba— las guerrillas comenzaban ya a converger para llegar al punto de cruce al mismo tiempo y reagruparse. Habiendo calculado la línea a lo largo de la cual su borde inferior comenzaría a cerrarse, continuó su avance en el caballo eléctrico, sólo deteniéndose para plantar minas pequeñas contra los troncos de los árboles pequeños en intervalos de unos veinte metros. Colocó la última justo al borde del agua, aproximadamente a veinticinco metros más abajo del cruce. Entonces dio la vuelta y emprendió el regreso para establecer contacto con el final de la segunda línea de ataque.

La encontró en el momento en que iban a acercarse a la primera mina que había plantado; con el último hombre de la retaguardia a unos quince metros de ella, aún en la jungla. Cletus se abrió y, dibujando un gran círculo, se dirigió hacia el sitio que le llevaría detrás del punto central de la línea de hombres. Con cuidado, para no aproximarse a más de veinte metros, detuvo el caballo eléctrico, desenfundó su rifle y lanzó una larga ráfaga a lo largo de la línea en un ángulo de unos sesenta grados.

El sonido de un rifle de agujas al dispararse no era el tipo de ruido que pasara desapercibido. Los diminutos conos, casi con forma de aguja, salían de la boca del cañón a una velocidad relativamente baja pero ganaban aceleración a medida que atravesaban el aire, silbando penetrantemente hasta que su trayectoria concluía con un trueno abrupto y seco causado por el impacto de la explosión que ponía fin a su recorrido. Un hombre que no llevara armadura corporal, como estas guerrillas, era partido en dos por la explosión... razón por la cual no fue una sorpresa que, durante un segundo después que dejara de disparar, sólo existiera el máximo silencio en la selva. Incluso los pájaros y las bestias permanecieron inmóviles. Luego, con una cierta pereza pero con mucha valentía, desde un punto inmediatamente delante de Cletus y a lo largo de la línea formada por la guerrilla infiltrada, los rifles de perdigones comenzaron a devolver el fuego, como un coro metálico de trampas para ratones.

Los disparos eran dirigidos al azar. Los perdigones, zumbando a través de las hojas de los árboles alrededor de Cletus como piedras de granizo, no dieron en el blanco. Sin embargo, surgió una incómoda cantidad de ellos. Cletus ya había dado la vuelta al caballo eléctrico y ponía distancia entre él y los hombres que disparaban. Cincuenta metros más atrás giró de nuevo el caballo y se encaminó al extremo de la línea que se encontraba río abajo; entonces sacó el control remoto que detonó la primera de sus minas.

Delante suyo, a la izquierda, se escuchó una única explosión sonora. Un árbol — el árbol al cual había adherido la mina— se inclinó como un gigante enfermo entre sus pares, y con lentitud al principio, pero ganando cada vez más velocidad, se derrumbó entre la vegetación del suelo.

Por ese entonces la jungla era una interminable fuente de sonidos. Aparentemente, la guerrilla disparaba en todas las direcciones, ya que la vida salvaje

gritaba con todas sus fuerzas. Cletus avanzó en ángulo hasta el final de la línea, disparó otra andanada con su rifle y rápidamente se acercó al lugar donde había situado la segunda mina.

La densa vegetación de la jungla ocultaba las acciones individuales de la guerrilla. Sin embargo, ahora se gritaban los unos a los otros; y esto, junto con los sonidos de los animales, le brindó a Cletus una vaga idea de lo que ocurría. Con toda seguridad actuaban, aunque no fuera de forma militarmente segura, de modo instintivo. Comenzaban a acercarse para prestarse apoyo mutuo. Cletus les dio cinco minutos para que se agruparan lo suficiente, de modo que lo que habían sido dos líneas de ataque separadas era ahora un sólo grupo de treinta y cinco individuos dentro de un círculo de selva no mayor de cincuenta metros de diámetro.

De nuevo volvió a dar un rodeo para llegar hasta la retaguardia de este grupo, detonó su segunda mina delante de ellos y una vez más comenzó a dispararles desde atrás.

Esta vez consiguió un coro de grillos bastante real, debido a la respuesta de fuego de los perdigones... que parecían provenir de las treinta cinco armas disparándole al mismo tiempo y desde todas direcciones. La vida salvaje próxima explotó en una cacofonía de protesta; y la caída de un árbol partido por la tercera mina añadió su estruendo al rugido general justo cuando el fuego comenzaba a disminuir. Por ese entonces, Cletus, una vez más, se encontraba ya detrás de la línea aún intacta de las minas que había preparado, río abajo de donde estaba la guerrilla... Allí esperó.

Pasados unos minutos se gritaron unas órdenes y el fuego cesó. A Cletus no le hacía falta ver el centro de la zona de cien unos metros de ancho que ocupaban para saber que los oficiales de la guerrilla analizaban la situación con la que se habían encontrado. La pregunta que tendrían en sus mentes sería si las explosiones y el fuego de los rifles de agujas que habían oído fueron producidas por una pequeña patrulla que se encontraba por casualidad en esta zona, o si se habían topado —contra toda expectativa y razón— con una enorme fuerza enemiga emplazada directamente aquí para frenarles en su ruta hacia la costa. Cletus dejó que lo hablaran.

La acción obvia para un grupo como el formado por estos guerrilleros en una situación de esta naturaleza, era permanecer quietos y enviar exploradores. Por entonces el enemigo se encontraba a menos de ochocientos metros del claro que había al lado del río en el punto de cruce; los exploradores descubrirían con facilidad que ese punto no se encontraba defendido, lo que resultaría negativo para sus planes. Cletus detonó un par más de sus minas y comenzó a disparar sobre el flanco de la guerrilla que se hallaba río abajo. De forma inmediata la guerrilla devolvió los disparos.

Sin embargo, estos disparos también empezaron a decrecer y se hicieron más esporádicos, hasta que sólo se oyó el ruido de un rifle aislado que sonaba de vez en cuando. Cuando por fin éste cesó el fuego, Cletus se elevó en el caballo eléctrico y dio un amplio giro, alejándose del río hacia una posición situada a unos quinientos

metros río arriba. Permaneció en esa parcela del cielo y aguardó.

Tal como esperaba, pasados unos minutos pudo distinguir movimientos en la selva. Varios hombres se dirigían con cautela en su dirección, de nuevo separados y formando una línea de ataque. Las guerrillas neolandesas, una vez que se convencieron de que lo que ellos pensaban que era una fuerza considerable les aguardaba en el cruce más apartado, habían elegido la discreción sobre el valor. Se retiraban hacia el punto de cruce más elevado, donde su camino no se vería frenado o, por lo menos, conseguirían unir sus fuerzas con las del otro grupo de su bando que había sido enviado para cruzar por el vado central.

Cletus de nuevo dio un amplio giro que le alejó del río, y se encaminó corriente arriba hacia el segundo cruce. Cuando se aproximaba a la zona, disminuyó la velocidad del caballo eléctrico para minimizar el ruido de sus hélices y se deslizó en silencio por el aire, justo por encima de la copa de los árboles.

Poco después estableció contacto con un segundo grupo de la guerrilla, que también avanzaba en dos líneas abiertas de ataque, pero que aún se hallaba a unos buenos novecientos metros del centro de los tres cruces del río. Se detuvo el tiempo suficiente para plantar otra serie de minas personales en unos árboles que se alzaban paralelos a la corriente, cerca del cruce; una vez concluido el proceso de nuevo se deslizó río arriba.

Cuando llegó a la parte más alta del Río Azul, donde Jarnki y los demás aguardaban, comprendió que el tercer grupo de la guerrilla, muy próximo ya a este cruce más elevado, no llegaría al mismo tiempo que los dos grupos de abajo. Este grupo casi se hallaba en el cruce... apenas a ciento cincuenta metros.

En tales circunstancias no había tiempo para efectuar un cuidadoso reconocimiento del terreno antes de actuar. Cletus dio un giro de treinta metros por delante de la primera línea de combate y disparó una larga ráfaga con su rifle de agujas cuando creyó que se encontraba justo enfrente de su centro.

A salvo y protegido en el otro extremo, esperó hasta que el retumbar del fuego de las guerrillas hubiera muerto, y luego se deslizó una vez más por delante de su vanguardia, deteniéndose para colocar cuatro minas en su camino. Cuando regresó a la posición inicial río abajo de sus líneas, detonó un par de esas minas y abrió fuego de nuevo.

Los resultados fueron gratificantes. Todos los componentes de la vanguardia de las guerrillas contestaron al fuego. No sólo eso, sino que, afortunadamente, los hombres que él había dejado en el cruce, asustados por el fuego de los guerrilleros, comenzaron de forma instintiva a devolver también los disparos con sus rifles de aguja. El efecto de tal comportamiento, hasta donde podía percibir el oído, fue una buena impresión de dos importantes grupos de soldados en un intercambio de disparos.

Sin embargo presintió que había algo erróneo en estos sonidos adicionales que Cletus obtenía de sus propios hombres. Uno de los rifles pesados pertenecía a Jarnki;

y, evidentemente, por los sonidos que le llegaban, el cabo se encontraba en el suelo a una distancia de quince metros de la línea de vanguardia de la guerrilla... justo donde el intercambio de disparos podía resultarle letal.

Cletus sintió la tentación de maldecir, pero inmediatamente ahogó ese impulso. Envió un enérgico mensaje a través del intercomunicador que tenía al cuello ordenándole a Jarnki que retrocediera. No obtuvo ninguna respuesta; el arma de Jarnki continuaba sonando. Esta vez Cletus sí maldijo. Haciendo caer a su caballo eléctrico hasta una altura justo por encima del nivel de tierra, condujo el vehículo a través del follaje de la selva para colocarse detrás de la posición que ocupaba el cabo, ayudado por el sonido de los disparos de Jarnki.

El joven soldado estaba postrado en el suelo, con las piernas abiertas y el tambor de su rifle descansando sobre el carcomido tronco de un árbol, y disparaba con regularidad. Su rostro estaba tan pálido como la cara de un hombre que ya hubiera perdido la mitad de la sangre de su cuerpo, aunque no había ninguna marca que indicara que estuviera herido. Cletus tuvo que desmontar del caballo eléctrico y sacudir el estrecho hombro por encima del rugido del rifle antes de que Jarnki se diera cuenta de que había alguien detrás suyo.

Cuando cobró consciencia de la presencia de Cletus, la reacción convulsiva hizo que se quisiera incorporar velozmente como un gato asustado. Cletus le retuvo en el suelo con una mano y colocó el pulgar del otro en dirección al cruce que había a sus espaldas.

—¡Retroceda! —susurró Cletus ásperamente.

Jarnki le miró, asintió, dio media vuelta y comenzó a arrastrarse hacia el cruce apoyado sobre las manos y las rodillas. Cletus volvió a montarse sobre el caballo eléctrico. Otra vez describió un amplio arco y se acercó a las guerrillas desde su lado opuesto para calibrar su reacción ante estos sonidos de oposición inesperada.

Al final se vio obligado a desmontar del caballo y avanzar apoyado sobre su estómago durante unos diez metros, hasta que se acercó lo suficiente para entender parte de lo que estaban hablando. Felizmente, lo que oyó era lo que esperaba escuchar. Este grupo, al igual que el que se encontraba más lejos río abajo, había decidido detenerse para analizar la oposición que estaban encontrando.

Sintiendo un gran dolor, Cletus retornó hasta donde se encontraba el caballo eléctrico de la misma forma, montó en él y de nuevo voló dando una gran curva de regreso al cruce. Llegó a él al mismo tiempo que Jarnki, que ya se hallaba de pie, también lo hacía. Jarnki había recuperado parte de su color, no obstante miró a Cletus con temor, como si esperara una fuerte reprimenda verbal. A cambio, Cletus le sonrió.

—Es un hombre valiente, cabo —le dijo Cletus—. Sin embargo, ha de recordar que nos gusta mantener a nuestros hombres valientes con vida siempre que sea posible. Son más útiles de esa manera.

Jarnki parpadeó. Sonrió dubitativamente.

Cletus se volvió hacia el caballo eléctrico y cogió una de las cajas de minas. Se la pasó a Jarnki.

—Coloque estas minas con una separación de cincuenta a ochenta metros —ordenó Cletus—. Asegúrese de no correr ningún riesgo de ser herido mientras lo hace. Luego vaya retrocediendo enfrente de los neolandeses a medida que avancen, y manténgalos ocupados, tanto con las minas como con su rifle. Su trabajo consiste en dificultarles la marcha hasta que yo regrese aquí para ayudarlo. Según mi estimación, volveré entre los siguientes cuarenta y cinco minutos y hora y media. ¿Cree que podrá hacerlo?

—Lo haremos —aseguró Jarnki.

—Bien. Lo dejo en sus manos —repuso Cletus.

Montó sobre el caballo eléctrico, dio un giro cruzando el río y se encaminó tierra abajo para contactar con el grupo guerrillero que avanzaba hacia el vado central.

Avanzaban hacia el cruce cuando los encontró. Los neolandeses ya se hallaban bastante cerca de su objetivo; justo en el corazón de la zona minada. No podía pedir una situación mejor... Cletus las detonó, y después coronó la sorpresa al cruzar hacia la retaguardia neolandesa y disparar una serie de ráfagas al azar entre sus filas.

Devolvieron su fuego de inmediato; sin embargo, y poco después, sus disparos se hicieron esporádicos hasta que cesaron. El silencio que siguió se alargó una eternidad. Cuando no escuchó ningún disparo en cinco minutos, Cletus dibujó un círculo con el caballo eléctrico encaminándose río abajo para surgir detrás de donde el grupo que iba hacia el vado central se encontraba cuando comenzó a dispararle.

No estaban allí, pero, siguiéndoles con precaución justo por debajo del nivel de las copas de los árboles, pronto les dio alcance. Se dirigían río arriba, su número parecía haberse doblado. Estaba claro que el grupo del cruce más bajo se había unido a ellos y, de común acuerdo, los dos grupos se encaminaban ahora hacia el cruce más elevado para reunirse con la guerrilla que debía cruzar aquel vado.

Ocurrió tal como él había esperado. Estos infiltrados eran saboteadores más que soldados. Se les habría ordenado, con seguridad, evitar estrictamente toda acción militar por el camino que les llevaría a su destino siempre que fuera posible. Los siguió con cuidado hasta que casi establecieron contacto con sus camaradas acorralados en el cruce más alto; luego cruzó el río para realizar un reconocimiento de ese vado.

Se les acercó desde el aire y con cuidado exploró la situación en que se encontraba ese grupo guerrillero. Se hallaban formados en un semicírculo irregular cuyos extremos no llegaban hasta los bancos del río, a unos sesenta metros por la parte superior y treinta por debajo del cruce. Disparaban sus rifles, mas no hacían ningún esfuerzo real por abrirse camino hacia el río... mientras escuchaba, el sonido de su fuego casi se detuvo y surgieron bastantes gritos de uno y otro lado cuando los dos grupos que venían río abajo se unieron a ellos.

Sobrevolando por encima del nivel del suelo, Cletus extrajo un pequeño

micrófono direccional del compartimento para almacenar equipo que tenía el caballo y se colocó el auricular en el oído derecho. Hizo girar el micro en un arco escudriñando el follaje, mas las únicas conversaciones que pudo recoger fueron las de los guerrilleros, ninguna de los oficiales discutiendo la acción que emprenderían poco después. Mala suerte. Si se arrastrara unos cincuenta metros para realizar un reconocimiento personal... pero no lo haría, y no tenía ningún sentido siquiera pensarlo. En este momento incluso el reconocimiento sobre el caballo eléctrico sería demasiado arriesgado. Lo único que le quedaba era intentar ponerse en el lugar del comandante de las guerrillas e intentar anticipar los pensamientos del hombre. Cletus entrecerró los ojos, relajándose de la misma forma que lo había hecho aquella mañana cuando dominó el dolor de su rodilla. Con los párpados casi caídos, sentado en la silla del caballo como si flotara y no poseyera un esqueleto, liberó su mente.

Durante un largo rato no surgió nada salvo una secuencia fortuita de pensamientos que fluían a través de la superficie de su consciencia. Luego su imaginación se estabilizó y comenzó a cobrar forma un concepto. Tuvo la sensación de que no se hallaba sentado en la silla del caballo eléctrico sino de pie en una superficie suave y esponjosa de la selva, con su traje de campaña pegado a su cuerpo por el sudor mientras observaba la posición del sol, que ya había pasado su cenit, avanzando hacia el atardecer. Una irritación combinada de frustración y aprehensión llenó su mente. Bajó los ojos, miró de nuevo el círculo guerrillero de suboficiales reunidos en alrededor suyo y se dio cuenta de que tendría que tomar una decisión de inmediato. Dos tercios de sus tropas ya habían fracasado en atravesar el Río Azul en la hora y lugares que supuestamente tenían fijados. Ahora, con bastante retraso, veía que le quedaba la última oportunidad para atravesarlo... aunque con la oposición de unas fuerzas enemigas que desconocía.

Sólo tenía la certeza de algo. Había comprobado que la infiltración de este grupo que comandaba no había sido un secreto para los Exóticos tal como él esperaba que lo fuera. Hasta ese punto su misión ya era un fracaso. Si los Exóticos emplazaron una fuerza militar para enfrentarse a él, ¿qué clase de oposición podría esperar de camino hacia la costa?

Ciertamente, la misión ahora apenas tenía la posibilidad del éxito. Las circunstancias indicaban que debería ser abandonada. ¿Podría él retornar por el mismo camino por el que había venido sin alguna excusa que darle a sus superiores para que no fuera acusado de abandonar su misión por razones insuficientes?

Estaba claro que no podía hacerlo. Tendría que intentar abrirse camino luchando para cruzar el río, con la esperanza de que las fuerzas de los Exóticos le plantaran una encarnizada batalla que le permitiera usarla como una excusa para la retirada...

Cletus retornó a sí mismo, abrió los ojos y se irguió en la silla. Elevando una vez más al caballo eléctrico por encima del nivel de los árboles, arrojó tres minas en diferentes ángulos hacia la posición que ocupaban las guerrillas y luego las detonó en rápida sucesión.

También de inmediato abrió fuego con su rifle y pistola, apoyando el rifle contra su costado, apretando el gatillo con la mano derecha mientras disparaba su pistola con la izquierda.

Desde el cruce, y a ambos lados de la posición de las guerrillas, le llegó el sonido de los disparos de sus soldados sobre los neolandeses.

Pocos segundos después la guerrilla devolvía el fuego desde el suelo, creando el más absoluto caos que hubiera perturbado hasta ese momento la selva. Cletus aguardó hasta que comenzó a disminuir ligeramente, de manera que pudiera ser oído. Entonces cogió el altavoz de mano que colgaba del travesaño del caballo eléctrico. Se lo llevó a los labios y lo activó. Su voz amplificadas retumbó a través de la jungla: «¡alto el fuego!, ¡alto el fuego!, ¡que todas las tropas de la alianza dejen de disparar!».

Los rifles de agujas de los hombres al mando de Cletus quedaron en silencio alrededor de la zona en la que estaba la guerrilla. Gradualmente, los disparos del enemigo se redujeron y el silencio volvió a adueñarse de la jungla. Cletus habló de nuevo por el altavoz: «¡atención, neolandeses!, ¡atención neolandeses! Están completamente rodeados por la fuerza expedicionaria de la alianza en Bakhalla, si continúan la resistencia serán eliminados. Aquellos de ustedes que deseen rendirse recibirán un trato justo de acuerdo con las reglas establecidas que rigen el estatus de los prisioneros de guerra. Les habla el comandante de las fuerzas de la alianza. Mis hombres mantendrán el alto al fuego tres minutos, durante los cuales se les dará la oportunidad de que se rindan. Aquellos de ustedes que deseen hacerlo, deberán despojarse de todas las armas y salir al claro con las manos detrás de la cabeza. Repito, aquellos que deseen rendirse deberán despojarse de todas las armas y salir al claro con las manos detrás de la cabeza. Disponen de tres minutos para rendirse con estas condiciones. El tiempo empezará a correr cuando diga “ya”».

Cletus se detuvo un segundo, luego añadió: «cualquier miembro de la fuerza invasora que no se haya rendido cuando transcurran los tres minutos será considerado en rebeldía; y los miembros de la fuerza de la alianza tienen ordenes de disparar ante la presencia de tales individuos. Comienzan los tres minutos de plazo para la rendición. Ya».

Apagó el altavoz, lo colocó en el caballo y rápidamente se encaminó hacia el río, a un lugar donde tendría una buena visión del claro sin que pudieran detectarle. Durante un buen rato no ocurrió nada. Entonces escuchó el ruido de hojas al moverse, y un hombre vestido con un traje de campaña neolandés, con las manos detrás de la cabeza y restos de hierba entre su barba, salió al claro. Incluso desde el lugar donde Cletus mantenía vigilancia, pudo verle los ojos desorbitados mientras miraba a su alrededor temerosamente. Avanzó con dudas hasta que llegó aproximadamente al centro del claro, entonces se detuvo y miró en derredor suyo, las manos todavía detrás de la cabeza.

Un momento después otro guerrillero apareció en el claro; y de repente surgieron

de todas las direcciones.

Cletus permaneció sentado a la vez que los contaba durante un par de minutos. Cuando transcurrió el tiempo establecido, cuarenta y tres hombres habían salido al claro para rendirse. Cletus asintió pensativo. Cuarenta y tres hombres de un total de tres grupos de treinta guerrilleros, o noventa, abarcándolos a todos. Era tal como había esperado.

Echó un vistazo a lo largo del lecho del río al lugar, a menos de diez metros de su posición, donde Jarnki estaba tendido con los otros dos hombres que habían quedado atrás para defender este cruce y que ahora cubrían con sus armas la creciente masa de prisioneros.

—Ed —transmitió con una pulsación del intercomunicador al joven cabo—. Ed, mire a su derecha.

Jarnki miró rápidamente a su derecha y se sobresaltó un poco al ver a Cletus tan cerca. Cletus le hizo un gesto para que se acercara. Con cuidado, aún agachado para mantenerse por debajo del borde del lecho del río, Jarnki corrió al lugar donde Cletus flotaba sobre el caballo eléctrico a unos pocos centímetros del suelo.

Cuando Jarnki llegó hasta él, Cletus posó el vehículo en el suelo y, oculto del claro por los matorrales de la jungla que había delante suyo, se bajó rígidamente del caballo y se estiró agradecido.

—¿Señor? —preguntó Jarnki curioso.

—Quiero que oiga esto —le contestó Cletus. Se volvió hacia el caballo de nuevo y estableció su unidad de comunicación con el número del canal del teniente Athyers, que se encontraba en el Río Azul.

—Teniente —pulsó el mensaje—, le habla el coronel Grahame. Hubo una corta pausa y luego recibió la respuesta, que no sólo era transmitida a través del auricular de Cletus, sino también por un pequeño altavoz situado en el caballo eléctrico y que Cletus acababa de activar.

—¿Coronel? —dijo Athyer—. ¿Qué ocurre?

—Parece que, después de todo, las guerrillas neolandesas trataron de infiltrarse por el cruce que hay en esta zona del Río Azul —le informó Cletus—. Tuvimos suerte y conseguimos capturar a la mitad de sus fuerzas...

—¿Guerrillas? ¿Capturadas? La mitad... —La voz de Athyer titubeó en el auricular y en el altavoz.

—Sin embargo, ése no es el motivo por el que le llamo —continuó Cletus—. La otra mitad se nos escapó. Se encaminarán de regreso al paso para huir a Neulandia. Pero usted está más cerca del paso que ellos. Si llega hasta allí incluso con la mitad de sus hombres, podrá rodearlos sin ningún problema.

—¿Problema? Mire... yo... ¿Cómo sé que la situación es tal como usted la describe? Yo...

—Teniente —interrumpió Cletus, y por primera vez marcó un cierto énfasis en la palabra—. Se lo acabo de decir. Hemos capturado a la mitad de sus hombres, aquí en

el cruce más alto del Río Azul.

—Bueno... sí... coronel. Eso lo entiendo. No obstante...

Cletus le cortó en seco.

—Entonces muévase, teniente —espetó—. Si no se pone en marcha enseguida tal vez los pierda.

—Sí, señor. Por supuesto. Pronto volveré a ponerme en contacto con usted, coronel... Quizás lo mejor será que usted mantenga a sus prisioneros en su posición hasta que puedan ser recogidos por naves de apoyo... Pues, si usted decide escoltarlos tal vez algunos pudieran escapar por la selva... ya que sólo dispone de seis hombres.

La voz de Athyer cobró vigor a medida que lograba controlarse. Aunque había un deje amargo en ella. Las implicaciones de la captura de un gran grupo guerrillero enemigo por un teórico de escritorio, cuando el mismo Athyer era el único oficial de campo al mando de la expedición de captura, claramente comenzaba a registrarse en su cerebro. Aún quedaba la esperanza de que el general Traynor no interpretara su actuación como un fracaso por su parte.

Su voz sonó sombría cuando continuó.

—¿Necesita un médico? —preguntó—. Puedo mandarle a uno de los dos que tengo conmigo de inmediato en una de las naves de apoyo... ya no hace falta mantener el secreto ahora que los neolandeses saben que estamos aquí.

—Gracias, teniente. Sí, nos vendría bien un médico —respondió Cletus—. Buena suerte con el resto de la guerrilla.

—Gracias —repuso Athyer con frialdad—. Corto, señor.

—Corto —replicó Cletus.

Cortó la transmisión, desmontó del caballo eléctrico y pisó la tierra con rigidez para sentarse en ella con la espalda apoyada contra una roca cercana.

—¿Señor? —inquirió Jarnki—. ¿Para qué necesitamos a un médico? Ninguno de los hombres resultó herido. ¿Señor, está usted...?

—Es para mí —dijo Cletus.

Extendió su rodilla izquierda, alargó el brazo y extrajo su cuchillo de combate de la funda de su bota. Con la hoja desgarró la pernera izquierda de su pantalón, por encima de la rodilla hasta la caña de su bota. La rodilla que dejó al descubierto estaba extremadamente hinchada y no resultó una visión agradable. Cogió el equipo de primeros auxilios de su cinturón y sacó un tranquilizante en aerosol. Apoyó la plana superficie del tubo de *spray* contra la muñeca y apretó el dispositivo de inyección. La fría sacudida del *spray* al ser conducido a través de su piel directamente hacia su corriente sanguínea fue como el roce de un dedo de paz.

—Por Cristo, señor —declaró Jarnki con el rostro blanco mientras miraba la rodilla.

Cletus se reclinó agradecido contra la roca y dejó que las suaves ondas del narcótico comenzaran a transportarlo a la inconsciencia.

—Estoy de acuerdo con usted —dijo. Luego la claridad lo reclamó.

Mientras yacía de espaldas en la cama del hospital, Cletus miraba pensativo la rígida forma de su pierna izquierda que, inmovilizada por encima de la superficie de la cama, era iluminada por la luz del sol.

—Así que —inquirió el oficial médico de guardia, un enérgico mayor de cara redonda, de unos cuarenta años, con una maligna sonrisa cuando Cletus fue internado— usted es el tipo de personas que odia concederle tiempo a su cuerpo para que tenga la oportunidad de curarse, ¿verdad, coronel?

Lo siguiente que supo Cletus fue que estaba en una cama con la pierna inmovilizada en equilibrio por una escayola flotante que se hallaba anclada al techo.

—Pero ya han transcurrido tres días —le indicó Cletus a Arvid, quien acababa de llegar, trayendo consigo un almanaque local que le había pedido Cletus—, y el médico me prometió que al tercero me daría el alta. Echa otro vistazo al corredor y averigua si ha estado en alguna de las habitaciones adyacentes a la mía.

Arvid obedeció. Regreso pasados unos minutos y sacudió la cabeza.

—No ha habido suerte —le dijo—. Sin embargo, el general Traynor viene hacia el hospital para visitarle, señor. La enfermera de recepción me comentó que recibieron una llamada de su despacho preguntando si usted aún se encontraba ingresado.

—¿Oh? —murmuró Cletus—. Bien. Estaba claro que vendría. —Extendió la mano y presionó el botón que controlaba la cama, subiéndola hasta quedar él en posición sedente—. Te diré lo que haremos, Arv. Inspecciona las otras habitaciones y ve si puedes conseguirme algunos sobres de correo espacial.

—¿Sobres de correo espacial? —replicó Arvid de forma automática, sin cuestionar en ningún momento el pedido—. Lo haré; regresaré en unos minutos.

Salió del cuarto. Le llevó tres minutos; no obstante, cuando retornó traía consigo cinco de los delgados sobres amarillos en los cuales se enviaba normalmente el correo en las naves espaciales. El sello de la Terminal de la Tierra resaltaba cuadrado y negro en el reverso de cada uno. Cletus los juntó de manera irregular y los depositó al revés sobre la superficie de la consola al lado de la cama. Arvid le contemplaba.

—¿Encontró lo que buscaba en el almanaque, señor? —preguntó.

—Sí —repuso Cletus. Viendo que Arvid todavía le miraba con curiosidad, añadió—: Habrá luna nueva esta noche.

—Oh —dijo Arvid.

—Sí. Ahora bien, Arvid, cuando llegue el general —le instruyó Cletus—, permanece en el corredor con los ojos bien abiertos. No quiero que se nos escape el doctor sólo porque un general me visita haciendo que me quede aquí otro día. ¿A qué hora era mi entrevista con el oficial de la Sección de Seguridad?

—A las once horas —contestó Arvid.

—Y ya son las nueve treinta —dijo Cletus mirando su reloj—. Arv, si entras en el

baño, que está ahí, a través de su ventana obtendrás una buena visión del camino que conduce al hospital. Si el general viene en un coche terrestre, posiblemente en este mismo momento podrás verlo bajar de él. Echa una ojeada por mí, ¿quieres?

De manera obediente Arvid desapareció en el pequeño cubículo del baño que había pegado a la habitación de Cletus.

—No hay ninguna señal, señor —escuchó su voz.

—Sigue observando —replicó Cletus.

Cletus se relajó contra el respaldo alzado de la cama y entrecerró los ojos. Esperaba al general... de hecho, Bat simplemente sería el último de una larga lista de visitantes que incluía a Mondar, Eachan Khan, Melissa, Wefer Linet... e incluso Ed Jarnki. El desgarrado sargento había venido a mostrarle a Cletus los nuevos galones en su manga y para expresarle el reconocimiento de su mérito por el hecho de que se encontraran en aquella posición en el río.

—El informe del teniente Athyer pretendía que le adjudicasen todo el crédito de la operación a él mismo —comentó Jarnki—. Nos enteramos de ello por el oficinista de la compañía. Sin embargo, el resto del escuadrón y yo... divulgamos la verdadera historia. Tal vez en el Club de Oficiales no sepan cómo ocurrió de verdad, pero sí están al tanto de ello en los barracones.

—Gracias —dijo Cletus.

—Infiernos... —comenzó Jarnki y se detuvo, en apariencia por falta de palabras que pudieran expresar sus emociones. Cambió de tema—. ¿No le hace falta una persona como yo, coronel? No he asistido a la escuela administrativa, pero... lo que quiero decir... ¿no podría emplearme como conductor o algo parecido?

Cletus sonrió.

—Me encantaría tenerle conmigo, Ed —expuso—, mas no creo que me lo cedieran. Después de todo, usted es un soldado de infantería.

—Supongo que así es —aceptó Jarnki desilusionado.

Se marchó, pero no sin sacarle a Cletus una promesa de que le llamaría si alguna vez se encontraba disponible.

Sin embargo, Jarnki estaba equivocado al pensar que el informe de Athyer sería aceptado en su valor nominal por los oficiales. Sin lugar a dudas, el teniente era conocido entre sus camaradas por la clase de comandante de campo que era en realidad... de la misma forma que fue bastante obvio que Bat no había elegido por casualidad a un oficial como él para poner a prueba la profecía de Cletus sobre la infiltración de las guerrillas. Tal como Arvid le comunicara, después de aquella noche de la reunión en casa de Mondar, circulaba el rumor de que Bat Traynor se había propuesto coger a Cletus en un fallo. Esta información en sí misma lo que daba a entender era que Cletus sería una buena persona para que sus compañeros oficiales lo evitaran. No obstante, ahora, una vez que había sacado las castañas del fuego en el Río Azul sin quemarse los dedos, existía una buena dosis de simpatía encubierta

hacia él por parte de todos menos de los más íntimos colaboradores de Bat, Eachan Khan con sequedad le había insinuado lo mismo. Wefer Linet, desde su segura altura dentro de la escala de mando de la marina, suavemente se lo había mencionado. Bat no podía pasar por alto esta reacción entre los oficiales y hombres que comandaba. Además, él era un oficial de mando responsable en el sentido formal de la palabra. Si algo podía objetarse, era que no hubiera venido a visitarlo al hospital antes.

Cletus se relajó, haciendo retroceder la tensión existente en su cuerpo y que le amenazaba con apoderarse de él ante la impaciencia que sentía por estar anclado a la cama cuando había tantas cosas por hacer. Lo que tenía que ser, ocurriría...

El sonido de la puerta al abrirse produjo una reacción similar en sus ojos. Alzó la cabeza y miró a su derecha, donde vio a Bat Traynor entrando en la habitación del hospital. Arvid, que aún se encontraba en el baño, no le había dado ningún aviso. De manera fugaz, Cletus concibió la esperanza de que el joven teniente tendría el sentido común de permanecer oculto, ahora que su oportunidad de abandonar discretamente la habitación estaba bloqueada.

Bat se acercó hasta el borde de la cama y bajó los ojos hacia Cletus, sus expresivas cejas se fruncieron hasta formar un leve gesto de disgusto.

—Bien, coronel —dijo al tiempo que acercaba una silla próxima hasta la cama se sentaba, de manera que su mirada quedó al mismo nivel que el rostro de Cletus. Sonrió, de una forma dura y genial—. Veo que todavía le tienen maniatado aquí.

—Se supone que me darán el alta hoy —respondió Cletus—. Gracias por venir a visitarme, señor.

—Suelo hacerlo cuando uno de mis oficiales se encuentra en el hospital —repuso Bat—. No se trata de nada especial en su caso... aunque realizó un buen trabajo con esos seis hombres en el Río Azul, coronel.

—Las guerrillas no estaban muy ansiosas por luchar, señor —comentó Cletus—. Y también tuve la fortuna de que hicieran lo que yo pensé que harían. El general ya sabe lo inusual que es el hecho de que todo funcione en el campo de batalla tal como ha sido planeado.

—Lo sé. Créame que lo sé —contestó Bat. Bajo las tupidas cejas, sus ojos miraban con dureza a Cletus—. Sin embargo, eso no altera el hecho de que usted tenía razón en su análisis del lugar por el que vendrían y lo que harían una vez que hubieran atravesado el paso.

—Así es. Y me alegra —dijo Cletus. Sonrió—. Como ya le dije al general, había apostado seriamente mi reputación con unos amigos de la Tierra justo antes de venir aquí.

De manera distraída miró el suelto montón de sobres de correo espacial. Los ojos de Bat, que habían seguido la dirección de la mirada de Cletus, se entrecerraron ligeramente al contemplar los sobres amarillos.

—Ha estado recibiendo felicitaciones, ¿verdad? —inquirió Bat.

—Unas cuantas palmadas en la espalda —repuso Cletus. No añadió que éstas sólo

habían procedido de gente local como Hachan, Mondar y el recién ascendido sargento Ed Jarnki—. Por supuesto, la operación no fue un éxito total. He oído que el resto de las guerrillas lograron cruzar de nuevo el paso antes de que el teniente Athyer pudiera acorralarlos.

Las cejas de Bat se unieron en una sólida línea iracunda de color negro.

—No me presione, coronel —retumbó—. El informe de Athyer especifica que usted se lo notificó demasiado tarde para que pudiera llegar a tiempo hasta el paso.

—¿De verdad, señor? —inquirió Cletus—. Entonces supongo que ha sido mi culpa. Después de todo, Athyer es un oficial de campo experimentado y yo sólo un estratega de oficina. Estoy convencido de que todo el mundo se da cuenta de que únicamente fue gracias a un golpe de suerte el éxito del contacto que mi escuadrón tuvo con el enemigo, y que el que tuvieron el teniente y el resto de su compañía careció de ese factor.

Durante un momento sus ojos retuvieron el contacto.

—Por supuesto —aceptó Bat sombríamente—. Y si ellos no lo entienden, yo sí. Y eso es lo que importa... ¿verdad, coronel?

—Sí, señor —dijo Cletus. Bat se reclinó en su silla y sus cejas se relajaron.

—De todas formas —expresó—, no he venido hasta aquí para felicitarle. Ha llegado hasta mi despacho una sugerencia suya para que le permita tener personal con el fin de que pueda realizar pronósticos acerca de la actividad enemiga. También había un pedido suyo requiriendo personal permanente y unas oficinas que le faciliten la realización de dichos pronósticos... Entiéndame, coronel, en lo que a mí se refiere, todavía le necesito de la misma forma que a un grupo de cuerda de cincuenta músicos. No obstante, el éxito que usted obtuvo con las guerrillas nos ha dado una cierta buena publicidad en los Cuarteles Generales de la Alianza, y no veo qué daño puede hacer usted al resto del esfuerzo de guerra aquí en Kulcis organizando estas oficinas. Por lo tanto, le concederé mi aprobación. —Se detuvo, luego le disparó las palabras a Cletus—: ¿Le hace eso feliz?

—Sí, señor —contestó Cletus—. Gracias, general.

—No se moleste en dárme las —dijo Bat hoscamente—. En lo que concierne a Athyer... tuvo su oportunidad y se equivocó de lleno. Será sometido a una Comisión de Investigación para calibrar sus aptitudes como oficial de la Alianza. Bueno... ¿desea algo más?

—No —respondió Cletus.

Bat se puso de pie súbitamente.

—Bien —dijo—. No me gusta que se me adelanten por la mano. Prefiero brindar los favores antes de que me los pidan. Y quiero que sepa que todavía necesito esos tanques, y que usted regresará a la Tierra en la primera oportunidad que se me presente, coronel. ¡Introduzca ese hecho en sus pronósticos y no lo olvide!

Dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta.

—General —murmuró Cletus—. Hay un favor que podría hacerme...

Bat se detuvo y giró rápidamente. Su rostro se ensombreció.

—¿Después de lo que le he dicho? —Su voz era dura—. ¿Cuál es, coronel?

—Los Exóticos tienen una gran biblioteca aquí en Bakhalla —contestó Cletus—, con una excelente sección de textos militares e información al respecto.

—¿Y qué hay con ello?

—Si el general me perdona —dijo Cletus con lentitud—, el principal problema del teniente Athyer es poseer una imaginación demasiado activa, a lo que se le une la poca confianza que tiene en sí mismo. Si pudiera alejarse del ajetreo militar durante una temporada y madurar... digamos como Oficial de Información para las Fuerzas Expedicionarias con destino fijo en esa biblioteca Exótica... puede que termine siendo un oficial altamente rentable.

Bat observó a Cletus.

—¿Y por qué —inquirió con voz suave— querría usted un destino como ése para Athyer en vez de la Comisión de Investigación?

—No me gusta ver cómo se desperdicia a un hombre valioso —repuso Cletus.

Bat gruñó. Dio media vuelta y se marchó de la habitación sin pronunciar ninguna palabra. Con aspecto avergonzado, Arvid salió del baño.

—Lo siento, señor —se disculpó con Cletus—. El general debió llegar por aire y aterrizar en el techo.

—No te preocupes, Arv —replicó Cletus feliz—. Ahora sal a ese corredor y encuéntrame al doctor. Debo marcharme de aquí.

Veinte minutos más tarde, una vez que Arvid pudo localizar al oficial médico, Cletus por fin se encontró fuera de su escayola, ya de camino hacia el futuro despacho que le había hallado Arvid. Era un grupo de habitaciones de tres oficinas, con dormitorio y baño, que en un principio habían sido construidas por los Exóticos para alojar a los invitados VIP. Las otras dos habitaciones estaban vacías, por lo que, en esencia, disponían de todo el edificio para ellos... punto que Cletus había estipulado previamente cuando envió a Arvid en su búsqueda. Al llegar a la oficina, Cletus vio que sólo estaba amueblada con unas sillas de campaña y un escritorio de campo desmontable. Un delgado mayor, que rondaría los cuarenta años, con una blanca cicatriz que le cruzaba la barbilla, examinaba los muebles con gesto despectivo.

—¿Mayor Wilson? —preguntó Cletus cuando el oficial se dio la vuelta y los miró—. Soy el coronel Grahame. Se estrecharon las manos.

—Me ha enviado Seguridad —explicó Wilson—. ¿Informó usted que esperaba encontrarse con algún problema especial, coronel?

—Espero uno —replicó Cletus—. En esta oficina vamos a manejar mucho material, empezando por los clasificados como secretos. Mi misión consiste en realizar pronósticos semanales de la actividad enemiga para el general Traynor. Más pronto o más tarde los neolandeses oirán hablar de ello y se interesarán por esta oficina. Me gustaría prepararla para que resulte como una trampa para cualquier

persona que envíen a espiar.

—¿Trampa, señor? —repitió Wilson intrigado.

—Así es —le dijo Cletus alegremente—. Quiero que les resulte posible entrar y, una vez que se encuentren dentro, imposible escapar.

Dio media vuelta y señaló las paredes que había a su alrededor.

—Por ejemplo —explicó con un gesto de la mano—, coloque una gruesa malla metálica en el interior de las ventanas, pero que esté empotrada para que no puedan separarla o cortarla con herramientas normales. Una cerradura llamativa en el exterior de la puerta que se pueda abrir con facilidad... con otra cerradura escondida que cierre herméticamente la puerta una vez que se haya violado la externa, activándose cuando la puerta se abra y se cierre una vez. Una estructura y un panel central de metal para el armazón de la puerta misma, de manera que no puedan romperla una vez que la cerradura oculta haya cerrado la puerta... Añada también una instalación de cables que electrifique las puertas, ventanas y el sistema de ventilación con el propósito de desanimar a quien esté atrapado a escapar.

Wilson asintió lentamente, aunque con ciertas dudas.

—Eso supondrá bastante trabajo de mano de obra y materiales —dijo—. Me imagino que está autorizado para esto, coronel...

—Me enviarán la autorización —repuso Cletus—. Mas lo importante es que su división se ponga a trabajar de inmediato. El general estuvo hablando conmigo hace menos de una hora en el hospital acerca de establecer esta oficina.

—El general... ¡oh! —exclamó Wilson con vigor—. Por supuesto, señor.

—De acuerdo, entonces —dijo Cletus—. Todo solucionado. Después de discutir unos pocos detalles y que Wilson tomara algunas medidas, el oficial de seguridad se marchó. Cletus le indicó a Arvid que intentara localizarle a Eachan Khan por teléfono; éste, junto con la mesa y las sillas, era el único material de oficina que poseían. Finalmente, Arvid pudo encontrar al coronel Dorsai en la zona de entrenamiento que se había establecido aparte para sus tropas mercenarias.

—¿Le importa si le hago una visita? —preguntó Cletus.

—De ninguna manera —en la pequeña pantalla del teléfono, el rostro de Eachan mostró una cierta curiosidad—. Su presencia es grata en cualquier momento, coronel. Venga cuando quiera.

—De acuerdo —repuso Cletus—. Estaré allí en media hora.

Cortó la conexión. Dejando a Arvid a cargo del suministro de equipo y personal para la oficina, Cletus se marchó; tomó el vehículo en el cual Arvid le había traído y se dirigió hacia la zona de entrenamiento de las tropas Dorsai.

Encontró a Eachan de pie en el borde de un campo en cuyo centro se levantaba una torre de metal de diez metros de altura, desde la cual lo que parecía una compañía de bronceados profesionales Dorsai practicaban sus saltos. La línea de los que esperaban su turno se extendía más allá de la parte posterior de la torre, desde cuya cima los mercenarios saltaban de uno en uno, con los cohetes de sus cinturones de

salto rugiendo brevemente y levantando una nube de polvo blanco amarronado a medida que caían a tierra. Para ser hombres que no estaban especializados exclusivamente como tropas de saltos, notó Cletus con satisfacción, al dirigirse cojeando hasta la posición en la que Eachan observaba, que había muchos más aterrizajes buenos y suaves de los que podría haberse esperado.

—Ya ha llegado —comentó Eachan sin volver la cabeza cuando Cletus se acercó por detrás. El coronel Dorsai estaba de pie con las piernas levemente separadas y las manos unidas a su espalda—. ¿Qué le parece nuestro nivel de entrenamiento de saltos ahora que lo ve?

—Estoy impresionado —respondió Cletus—. ¿Qué sabe sobre el tráfico de guerrillas en el Río Bakhalla?

—Que hay bastante. Es normal, por supuesto, ya que el río atraviesa la misma ciudad hasta desembocar en su bahía —Eachan le miró con curiosidad—. Aunque tengo entendido que el principal elemento de infiltración lo constituyen los materiales de sabotaje más que las guerrillas. ¿Por qué?

—Habrá luna nueva esta noche —explicó Cletus.

—¿Eh? —Eachan le miró.

—Y de acuerdo con la tabla local de mareas —dijo Cletus—, también habrá una marea inusualmente alta... todos los afluentes y canales penetrarán más de lo normal, aproximadamente unos treinta kilómetros tierra adentro. Sería una gran ocasión para que los neolandeses entraran de contrabando una gran cantidad de suministros o equipo pesado.

—Hm... —Eachan se acarició el extremo derecho de su bigote—. Sin embargo... ¿le importa que le dé un consejo?

—Adelante —repuso Cletus.

—No creo que haya nada que usted pueda hacer al respecto —dijo Eachan—. La seguridad del río la mantienen media docena de anfibios de la marina con seis hombres y armas ligeras en cada uno. Con eso apenas se puede hacer algo, y todo el mundo lo sabe. Sin embargo, su general Traynor optó por equipo de guerra terrestre. Hace unos seis meses, logró que le enviaran cinco transportes blindados porque le juró al Cuartel General de la Alianza que las defensas que tenía en el río eran perfectas y que, en vez de mandarle un par de barcos guardacostas, era mejor que le suministraran esos vehículos. Por lo que si se dirige a Traynor y le señala la posibilidad de una infiltración por el río, no creo que eso le sienta muy bien. Mi consejo es que haga la vista gorda ante cualquier actividad neolandesa que surja por ese lado.

—Quizás tenga razón —aceptó Cletus—. ¿Qué le parece si comemos juntos?

Abandonaron el campo de entrenamiento y se dirigieron al Club de Oficiales para almorzar, donde Melissa se les unió en respuesta a una llamada telefónica que le hizo su padre sugerida, a su vez, por Cletus. Se mantuvo un poco reservada y en contadas ocasiones miró a Cletus a los ojos. Había acompañado a su padre en una breve visita

cuando él estuvo en el hospital, durante la cual adoptó también todo el tiempo una actitud de distanciamiento y dejó que sólo Eeachan hablara. Últimamente parecía inclinada a dejar que éste llevara la voz cantante casi siempre, aunque miró a Cletus esporádicamente cuando su atención parecía centrada en su padre. Sin embargo, Cletus ignoró sus reacciones y sostuvo una conversación agradable y fluida.

—Wefer Linet me ha estado persiguiendo —le comentó Cletus a Melissa cuando tomaban el café y el postre— para realizar uno de sus *tours* submarinos en uno de los Mark V. ¿Por qué no viene con nosotros esta noche? Estaremos de regreso en Bakhalla a tiempo para cenar.

Melissa dudó, pero Eeachan intervino con rapidez.

—Es una buena idea, hija —interpuso Eeachan casi con hosquedad—. ¿Por qué no vas? Te sentaría bien un cambio de aire.

El tono empleado por Eeachan hacía que su voz pareciera una orden. Sin embargo, podía escucharse el implícito ruego desnudo debajo de la brusquedad de sus palabras. Melissa se rindió.

—Gracias —repuso a la vez que alzaba los ojos para centrarlos en los de Cletus —, puede ser un paseo divertido.

Cuando Melissa y Cletus llegaron al muelle destinado a la marina las estrellas comenzaban a llenar el cielo de Bakhalla; allí fueron recibidos por un alférez del personal de Wefer Linet que les condujo hacia la rampa donde la forma masiva y negra, de dos pisos de altura, de un Mark V reposaba sobre sus bandas metálicas por encima de las aguas teñidas de oro del puerto de Bakhalla. Cletus había telefonado a Wefer poco después de dejar a Eachan para que tuviera preparada la excursión.

Wefer se había mostrado entusiasmado. Divertido, le informó a Cletus que las reglas de la marina prohibían rotundamente que autorizara a un civil como Melissa el acceso a bordo de una nave de guerra como el Mark V en servicio. No obstante, y de manera personal, le comentó que le importaban un bledo esas reglas. Aunque para el archivo, tras la llamada de Cletus, manifestó que sólo había captado las palabras «Dorsai» y «Khan»... ¿y a quién podían aplicarse esas palabras si no era a un coronel mercenario que él conocía personalmente y que, ciertamente, no era un civil? Por lo que estaría aguardando la llegada del coronel Grahame y del coronel Khan a bordo del Mark V a las 7 P. M.

Y así fue, cuando llegaron ya les aguardaba. Incluso parecía que había compartido la broma de su pequeña transgresión de las reglas de la marina con sus oficiales y tripulación. El alférez que salió al encuentro de Cletus y Melissa en el muelle de la marina se había dirigido gravemente a Melissa con el título de «coronel»; casi ni habían subido a bordo del Mark V cuando tres marineros, con amplia sonrisa, encontraron la oportunidad de hacer lo mismo.

Esta pequeña y ridícula broma, sin embargo, resultó ser el toque necesario para quebrar la reserva y rigidez de Melissa. En la cuarta ocasión en que fue saludada como «coronel», ya no pudo contener la risa... y a partir de ese momento comenzó a sentir un genuino interés por la expedición.

—¿Hay algún lugar en particular que desee recorrer? —preguntó Wefer cuando el Mark V se puso en movimiento y con un ruido sordo se deslizó lentamente por la rampa hacia la bahía.

—Me gustaría ir río arriba —repuso Cletus.

—Fije el rumbo, alférez.

—Sí, señor —contestó el alférez que los fue a buscar—. ¡Equilibren los tanques a babor y estribor!

Estaba de pie en el puesto de control, un poco a la izquierda de Wefer, Cletus y Melissa, que se hallaban ante la larga y curvada forma de la pantalla hemisférica, la cual, incluso a través de las aguas sucias, les proporcionaba una visión global, tan transparente como el cristal que les permitía captar las formas de las capas inferiores de las demás naves y los otros objetos sólidos sumergidos bajo las aguas del puerto.

En derredor suyo se escuchó un ligero silbido y un retumbar. La vibración y sonido de las pesadas bandas metálicas sobre la rampa cesaron repentinamente y la

línea de agua que aparecía en la pantalla hemisférica se alzó por encima de la marca del horizonte a medida que el enorme vehículo soltaba lastre, reemplazando agua por aire comprimido en los lugares que lo requerían, y viceversa, de manera que ese submarino-tanque —con sus cientos de toneladas de peso en tierra equilibradas por la misma cantidad de agua— flotó tan ligeramente como una hoja en el aire, descendiendo hacia el pantanoso lecho del puerto situado dieciocho metros más abajo.

—Todo recto, treinta grados horizontal —ordenó el alférez; de esta manera comenzaron su recorrido submarino alejándose río arriba de Bakhalla.

—Se dará cuenta —dijo Wefer con el cálido tono de voz que usaría un padre mostrando los talentos de su primer hijo— de que nuestras bandas metálicas no están tocando el fondo. Casi hay tres metros de sedimentos y porquerías debajo nuestro antes de que se pueda llegar a terreno lo suficientemente sólido para que el Mark V se pueda posar. Por supuesto que, si lo deseáramos, podríamos aposentarnos sobre él y recorrerlo. ¿Pero por qué molestarnos? Esta máquina se encuentra en su elemento, y es mucho más maniobrable, flotando sobre el agua e impulsándose sobre sus bandas... Mire aquí...

Señaló la pantalla, donde, a unos doscientos metros delante de ellos, el fondo caía abruptamente debajo de su nivel de visión por espacio de unos cincuenta metros antes de recuperar el nivel anterior.

—Ése es el canal principal... la corriente principal hacia el mar —comentó Wefer—. Lo limpiamos diariamente... y no porque haya algún barco con el suficiente calado para necesitar treinta y tres metros de agua, sino porque esa trinchera suministra un canal para la corriente, lo que ayuda a que no aumente el sedimento del puerto. La mitad de nuestro trabajo consiste en entender y usar las corrientes ya existentes de movimiento de aguas. Al mantener ese canal profundo, nos ahorramos la mitad de la tarea de limpiar el sedimento. Tampoco es que debamos hacerlo. Lo que ocurre es que es la forma de ser de la marina, buscar la mayor eficiencia posible.

—¿Quiere decir que posee la tripulación y los Mark V necesarios para mantener el puerto limpio incluso si el canal no estuviera ahí? —inquirió Cletus.

Wefer bufó de buen humor.

—¿Si tengo los necesarios? —repitió Wefer—. Usted no sabe de lo que son capaces estos Mark V. Claro que podría mantener el puerto limpio aunque no existiera ese canal, ¡y sólo con esta nave!... Permítanme que se la enseñe.

Llevó a Cletus y a Melissa a realizar un recorrido por el interior del Mark V, desde la cámara de escape del conductor, situada entre las bandas metálicas, hasta la torreta de armas en la parte superior del vehículo, que podía ser descubierta para que el Mark V disparara sus dos pesados rifles de energía o el láser submarino con el que venía equipado.

—Ya ve porqué Traynor quería estos Mark V para usarlos en la selva —concluyó Wefer una vez que hubieron concluido el paseo y regresaron a la sala de control de la

pantalla hemisférica—. No posee el poder armamentístico de los tanques especiales para la jungla del ejército, pero en todos los demás aspectos, salvo la velocidad, es tan superior que no hay lugar a comparaciones...

—Señor —interrumpió el alférez detrás suyo—, se aproxima una nave de bastante calado por el canal. Tendremos que sumergirnos y avanzar por el fondo.

—Bien. Dé las órdenes, alférez —replicó Wefer. Se volvió hacia la pantalla y señaló al objeto con forma de V que cortaba una línea en la superficie del agua a unos doscientos metros delante de ellos—. ¿Ve eso, Cletus?... ¿Melissa? Es un barco de casi tres metros de calado. El canal en esta parte tiene menos de dieciocho metros de profundidad; tendremos que sumergirnos hasta el fondo y asegurarnos de que ese barco pase por encima nuestro con las suficientes brazas de espacio entre nosotros.

Escudriñó la creciente forma en V de la pantalla. Repentinamente se rió.

—¡Estaba seguro! —exclamó—. Ésa es una de las lanchas patrulleras del ejército, Cletus. ¿Quiere echarle un vistazo desde arriba?

—¿Quiere decir con un sensor de flotación? —inquirió Cletus de manera indiferente.

La boca de Wefer se abrió.

—¿Cómo sabe eso? —exigió, mirándole.

—Se publicó un artículo sobre ello en el *Navy-Afarine Journal* hace poco menos de dos años —respondió Cletus—. Me pareció que sería el tipo de aparato que una marina sensata instalaría a bordo de un vehículo como éste.

Wefer seguía mirándole, casi con ojos acusatorios.

—¿De verdad? —comentó—. ¿Qué más sabe acerca del Mark V que yo no sepa que usted conoce?

—Sé que esta noche, si le interesa y con un poco de suerte, podría capturar a un montón de saboteadores neolandeses cargados de suministros con destino a Bakhalla. ¿Tiene un mapa del río?

—¿Un mapa? —Wefer se iluminó.

Se inclinó hacia adelante y le dio a unos botones situados debajo de la pantalla hemisférica. La imagen que había en ella se desvaneció y en su lugar surgió un mapa que mostraba el canal principal del río con sus afluentes, que abarcaba desde la boca del puerto de Bakhalla hasta unos cuarenta y cinco kilómetros río arriba. En la parte superior se veía un punto rojo casi inmóvil con la forma del Mark V que avanzaba por el canal principal y que era la representación del vehículo en el que se encontraban.

—¿Qué guerrillas? ¿Dónde? —preguntó Wefer.

—A unos seis kilómetros río arriba de nuestra posición actual —respondió Cletus.

Extendió su dedo índice y señaló un punto delante de la pequeña y roja forma en movimiento del Mark V, donde un afluente casi tan grande como el río mismo se le unía en el lugar que señaló Cletus. Más allá del punto de confluencia, el afluente se abría en varias corrientes pequeñas y luego se transformaba en tierras pantanosas.

—Como usted ya sabe, esta noche hay una marea inusualmente alta —comentó Cletus—. Por lo que a partir de aquí hasta el sitio que le he indicado, habrá por lo menos unos dos metros más de agua en el canal principal. Es una profundidad adicional lo suficientemente buena como para que cualquier lancha pequeña pueda hacer el viaje río arriba y llegar hasta el puerto de Bakhalla remolcando una buena cantidad de suministros, e incluso personas, a salvo bajo el agua. Claro que sólo es una sospecha por mi parte, mas no me parece probable que las guerrillas dejen pasar una oportunidad como esta de entregarles refuerzos y suministros a su gente en la ciudad.

Wefer se quedó contemplando el mapa y se dio una palmada en la pierna en señal de alegría.

—¡Tiene razón! —explotó—. Alférez, ponga rumbo a esa confluencia que el coronel Grahame acaba de indicar. Marcha silenciosa y tenga lista la torreta superior de armas.

—Sí, señor —replicó el alférez.

Llegaron al punto de unión entre el afluente y la corriente principal que Cletus había señalado. El Mark V se arrastró fuera del canal hacia las aguas relativamente poco profundas que había cerca del banco del río situado enfrente del afluente y allí se detuvo, con las torretas a poco menos de metro y medio debajo de la superficie del agua. Lanzaron el sensor de flotación del casco superior del vehículo, que salió a la superficie: un pequeño cuadrado flotante del cual surgió una finísima vara que era el sensor y que se alzó un metro en el aire; el aparato estaba conectado por un delgado cable al sistema de comunicaciones del Mark V. La vara sensora sólo podía captar la escena a su alrededor por medio de la luz natural, mas su poder de resolución era notable. La imagen del paisaje que envió a la pantalla hemisférica en el puesto de mando del Mark V era casi tan nítida como si estuviera tomada a la luz del día; no parecía que la unión de las dos corrientes únicamente estuviera iluminada por un pequeño fragmento de luna.

—No hay nada a la vista —murmuró Wefer, haciendo girar la pantalla hemisférica para abarcar los 180 grados que el sensor inspeccionaba—. Supongo que tendremos que permanecer aquí y esperar que lleguen.

—Mientras tanto, podría tomar unas pocas precauciones —sugirió Cletus.

Wefer ladeó la cabeza y le miró.

—¿Qué precauciones?

—Evitar que se escapen corriente abajo si por casualidad consiguen esquivar nuestra vigilancia —respondió Cletus—. ¿Hay algo que le impida acumular el suficiente sedimento en el canal de manera que, en caso de que aparezcan, se queden varados justo detrás nuestro?

Wefer le miró con un asombro que lentamente se convirtió en placer.

—¡Por supuesto! —exclamó—. ¡Alférez! ¡Llévenos río abajo! El Mark V retrocedió unos cien metros por la corriente y, extendiendo sus masivas hojas de

excavación en cruz delante suyo, comenzó a trasladar arena y sedimento del lecho del río en las proximidades de la costa hacia el canal principal. Tras quince minutos de trabajo llenó el canal en unos cincuenta metros hasta un nivel parejo con el resto del fondo del río. Wefer pareció inclinado a detenerse en ese punto, mas Cletus le sugirió que completara el trabajo y lo convirtiera en una ancha barrera que ascendiera gradualmente hasta quedar a casi dos metros de la superficie. Luego, también ante una sugerencia de Cletus, el Mark V regresó, pero no sólo corriente arriba, sino que se introdujo en el afluente unos cincuenta metros detrás del punto donde éste se unía con las aguas del río principal.

Aquí el agua era tan poco profunda que el Mark V quedó con su torreta en el aire. Sin embargo, unos minutos de trabajo con las hojas excavadoras bastaron para cavar una leve depresión en la que pudieron posarse y permanecer totalmente cubiertos por el agua.

Entonces comenzó la espera. Llevaban tres horas —casi era la medianoche— cuando la vara sensora, invisible contra las sombras del follaje que recorrían el banco del afluente, captó la imagen de una lancha motora bajando por la corriente principal a la velocidad suficiente para mantener su remolque bajo el agua.

Aguardaron, conteniendo la respiración, hasta que la lancha y el remolque pasaron. Entonces Wefer de un salto se dirigió al teléfono interior que antes había estado ocupado por el alférez.

—Espere —le dijo Cletus. Wefer dudó y miró a Cletus.

—¿Que espere? —inquirió—. ¿Para qué?

—Sabe que esa lancha no podrá atravesar la barrera que levantó corriente abajo —respondió Cletus—. ¿De modo que por qué no nos quedamos quietos un poco más y vemos si la sigue otra lancha? Wefer vaciló. Luego se apartó del comunicador.

—¿De verdad cree que pueda venir otra? —preguntó pensativo.

—No me sorprendería —comentó Cletus alegremente. Apenas había acabado de responderle cuando el sensor captó otra motora que se aproximaba también con un remolque. Cuando ésta ya los había dejado atrás y se había internado en el río, surgió otra lancha. Mientras Wefer permanecía mirando con incrédulo placer en la pantalla hemisférica, veinte naves con un remolque cada una pasaron a menos de treinta metros del sumergido Mark V.

Transcurridos unos minutos después del desfile de las veinte lanchas y remolques, Cletus sugirió que probablemente ya era el momento de que comprobaran lo que había ocurrido corriente abajo. Wefer puso en marcha el Mark V. Se elevó de su agujero poco profundo y volvió a hundirse bajo la superficie otra vez, dirigiéndose hacia el afluente principal del canal.

Llegaron al canal central del río y se deslizaron a favor de la corriente. Sus luces infrarrojas de búsqueda submarina, al igual que la vara sensora remolcada en su flotador por encima de ellos, les mostraron una imagen de gran confusión delante. De las veinte lanchas que habían pasado a su lado, la mitad se encontraban firmemente

ancladas en la rampa ascendente del fondo del río que había construido el Mark V. Las demás, todavía a flote pero con sus remolques sacudidos de forma incontrolable en la superficie detrás de ellos, trataban de forma valiente de liberar a las otras naves.

Wefer ordenó que el Mark V se detuviera. Contempló la pantalla con una mezcla de éxtasis y desmayo.

—¿Y ahora qué? —le murmuró a Cletus—. Si ataco, las lanchas que no estén atrapadas darán vuelta en redondo y se escaparán río arriba. Claro que tengo preparadas las armas de la torreta; pero, no obstante, un montón lograrán evadirse.

—¿Cómo funciona este Mark V suyo para producir una ola? —preguntó Cletus.

Wefer lo miró.

—¿Una ola? —inquirió... y luego repitió con incontenida alegría—. ¡Una *ola*! Aulló órdenes en el intercomunicador. El Mark V retrocedió por el canal principal del río cien metros y ahí se detuvo. Las dos alas de sus hojas excavadoras, que habían sido plegadas a lo largo de su estructura para reducir la resistencia del agua, se desplegaron de nuevo y se extendieron a la derecha y a la izquierda hasta que su alcance total de veinte metros de ancho y diez de alto quedó completamente expuesto. Con suavidad, Wefer elevó la parte delantera del Mark V hasta que la mitad superior de las hojas atravesaron la superficie del río y las bandas metálicas se movieron libremente por el agua. Entonces conectó los motores a toda potencia hacia adelante.

El Mark V se abalanzó a toda velocidad río abajo con un rugido de agua, luego se frenó y se hundió hasta el fondo del canal justo a cincuenta metros de las lanchas que aún permanecían a flote. Durante un momento un muro de agua ocultó la escena que tenían delante; luego pasó de largo, alejándose con la velocidad de una onda que se expande en el agua, disminuyendo hasta que se perdió corriente abajo.

Detrás quedó una escena de naufragio y confusión.

Aquellas lanchas que ya habían estado varadas vieron como sus cubiertas eran barridas por la ola creada por el Mark V. En algunos casos quedaron volcadas sobre un lateral o incluso vueltas completamente del revés. Pero el efecto más impresionante se vio en las que todavía tenían sus quillas bajo el agua y habían estado intentando liberar a las atrapadas en el sedimento.

Sin excepción, estos botes a la deriva también fueron empujados a tierra firme. En muchos casos terminaron literalmente empotrados en la suave tierra que ellos habían incrementado sobre el lecho del río. Hubo lanchas que quedaron con la proa hundida casi un metro en la arena y los sedimentos.

—Creo que ya están listos para que los recoja —le dijo Cletus a Wefer.

Si hacía falta algo más para completar la desmoralización de los guerrilleros que pilotaban las lanchas, fue la visión de la negra forma del Mark V surgiendo con un rugido de las profundidades del río, con sus dos rifles pesados de energía en su torreta oscilando ominosamente de un lado a otro. Casi todos los que habían logrado aferrarse a sus maltrechas naves se lanzaron al agua ante esa aparición y comenzaron

a nadar desesperadamente hacia los bancos del río.

—Torreta... —comenzó Wefer con entusiasmo; mas Cletus colocó su mano sobre el teléfono.

—Deje que se marchen —le dijo Cletus—. Los hombres importantes todavía estarán atrapados en los remolques herméticos. Empecemos por reunirlos a ellos antes de que se preocupen demasiado por todo lo que ha ocurrido y piensen en escaparse.

El consejo era bueno. Los neolandeses que viajaban en el interior de los remolques habían llegado al límite de su resistencia por las sacudidas que soportaron con la ola generada por el Mark V. Más de uno de los remolques que flotaban desguarnecidos en la superficie del agua, sujetos aún a sus respectivas lanchas varadas, comenzaba a partirse en la parte superior a medida que los hombres atrapados en su interior activaban las salidas de emergencia. Wefer giró el Mark V hasta situarlo en medio del naufragio y envió a su alférez con tres marineros por la escotilla de salida para que apuntaran a los neolandeses con sus armas a medida que éstos emergían. Se les ordenó que nadaran en dirección al Mark V, donde fueron cacheados, esposados y conducidos escotilla abajo para ser encerrados en la bodega delantera del Mark V. Cletus y Melissa permanecieron discretamente fuera de su vista.

Con la bodega delantera atestada de prisioneros y arrastrando los remolques llenos de suministros en una hilera, el Mark V retornó a su base en el puerto de la marina en Bakhalla. Después de entregar a los prisioneros y los equipos, Cletus, Melissa y Wefer por fin llegaron a la ciudad para una cena tardía —casi estaba amaneciendo— tal como habían planeado. Eran más de las cuatro de la madrugada cuando Cletus llevó a una cansada pero feliz Melissa de regreso a la residencia de su padre. Sin embargo, cuando se acercaban a su destino, Melissa recobró la compostura y quedó en silencio; al frenar delante de la puerta de la casa que los Exóticos habían puesto a disposición de Melissa y Echan, ella no hizo gesto de bajarse del coche inmediatamente.

—¿Sabe que usted —comentó volviéndose hacia Cletus— es bastante notable, después de todo? Primero esas guerrillas cuando veníamos hacia Bakhalla, luego las que capturó en el Paso Etter. Y ahora las de esta noche.

—Gracias —dijo—, no obstante, lo único que hice fue anticipar los movimientos óptimos que podría realizar deCastries y estar yo mismo en la escena cuando éstos fueran puestos en práctica.

—¿Por qué continúa hablando de Dow como si mantuviera un duelo personal con usted?

—Porque es así —repuso Cletus.

—¿El Secretario para los Planetas Exteriores de la Coalición... contra un desconocido teniente coronel de la Fuerza Expedicionaria de la Alianza? ¿Tiene algún sentido?

—¿Por qué no? —inquirió a su vez Cletus—. Él tiene mucho más que perder que un teniente coronel de la Fuerza Expedicionaria de la Alianza.

—Todo eso está en su imaginación. ¡Tiene que ser así!

—No —repuso Cletus—. ¿Recuerda que yo le induje a un error de juicio con los terrones de azúcar en el comedor de la nave? El Secretario para los Planetas Exteriores de la Coalición no puede permitir que un desconocido teniente coronel — tal como me describe usted— le haga quedar como un tonto. Es cierto que sólo usted sabe, y porque se lo conté yo, que él cometió un error, por lo tanto...

—¿Es por ello que usted me confió lo que hizo? —interrumpió Melissa rápidamente—. ¿Para que se lo comentara a Dow?

—En parte —contestó Cletus. En la oscuridad ella contuvo la respiración—. Pero sólo como algo incidental, ya que no importaba mucho que usted se lo dijera. Él estaba al tanto de que yo lo sabía. Y simplemente no es una buena política dejar que alguien como yo anduviera por ahí pensando que podía derrotarlo... en cualquier cosa.

—¡Oh! —La voz de Melissa tembló al borde de la ira—. Se está inventando todo. No hay ninguna prueba, ni el más mínimo indicio que corrobore lo que usted plantea.

—Sin embargo, sí lo hay —dijo Cletus—. Usted recuerda que las guerrillas, cuando veníamos de camino a Bakhalla, atacaron al vehículo militar en el que iba yo... pero no atacaron, tal como su padre señaló, al autobús, que hubiera sido un objetivo mucho más natural para ellos. Y todo ello después de que Pater Ten acaparara todas las líneas telefónicas hacia el planeta, las que comunicaban con Neulandia, justo antes de que abandonáramos la nave espacial.

—Eso es una coincidencia... peculiar, pero coincidencia al fin y al cabo —contrarrestó ella.

—No —repuso Cletus con tranquilidad—. No más que la infiltración a través del Paso Etter, que, a la vez que les habría brindado la posibilidad de un golpe a los neolandeses, les hubiera proporcionado el efecto de desacreditarme como experto en estrategia antes incluso de que tuviera la oportunidad de analizar la situación militar local existente.

—No lo creo —dijo Melissa con vehemencia—. ¡Tienen que ser imaginaciones suyas!

—Si ése fuera el caso, entonces deCastries también comparte el engaño —respondió Cletus—. Cuando escapé de la primera trampa, él quedó lo suficientemente impresionado como para ofrecerme un trabajo a su lado... un trabajo que, no obstante, me hubiera puesto de manera obvia en una posición subordinada a la suya... Eso ocurrió en la fiesta que ofreció Mondar, cuando usted se marchó a hablar con Eachan, y deCastries y yo estuvimos unos pocos momentos a solas.

Ella le miró a través de la sombra nocturna del coche, como si tratara de descifrar la expresión de su rostro bajo la escasa luz de la lámpara que había al lado de la puerta de la casa y de la pálida luz del amanecer que se posaba sobre ellos.

—¿Y usted le dijo que no? —le preguntó ella después de una larga pausa.

—Tenía que hacerlo. Esta noche —continuó Cletus—, después de que las guerrillas se infiltraran por el Paso Etter, él no podía engañarse pensando que yo no esperaría que el siguiente y obvio paso para los neolandeses sería aprovecharse de la alta marea en el río para introducir suministros y saboteadores en Bakhalla. Si yo hubiera dejado pasar esa infiltración sin hacer o decir algo, él habría sabido que yo, para todos los efectos y propósitos, me había convertido en su hombre.

De nuevo ella le miró.

—Pero usted... —se interrumpió—. ¿Qué espera ganar de todo esto, de esta... cadena de acontecimientos?

—Sólo lo que le dije en la nave espacial —replicó Cletus—. Atrapar a deCastries en un duelo de esgrima personal conmigo, de manera que gradualmente pueda conducirlo hacia conflictos cada vez mayores... hasta que se comprometa por completo en un encuentro final donde yo pueda utilizar sus errores de juicio acumulados y destruirlo.

Lentamente, en la sombra, ella sacudió la cabeza.

—Debe estar loco —dijo al fin.

—O tal vez un poco más cuerdo que la mayoría —respondió—. ¿Quién lo sabe?

—Pero... —dudó, como si estuviera buscando un argumento que lograra atravesarlo—. De todas formas, no importa lo que ocurrió aquí. Dow se marchará pronto. ¿Y entonces qué sucederá con todos los planes que tiene trazados para él? Ahora él puede regresar a la Tierra y olvidarse de usted... y lo hará.

—No hasta que lo haya atrapado en un error de juicio demasiado público para que él pueda marcharse u ocultarse —comentó Cletus—. Y ése es mi siguiente paso.

—Una vez más... ¿y si le digo lo que usted planea hacer? —exigió ella—. Suponga que toda esta desbocada fantasía es verdad y que yo me dirijo mañana a Neulandia capital y se lo comunico. ¿No estropearía eso todos sus cálculos?

—No necesariamente —repuso Cletus—. De todas maneras, no creo que usted lo haga.

—¿Por qué no? —le desafió—. Ya le dije en la nave, aquella primera noche, que buscaba la ayuda de Dow para mi padre y para mí. ¿Por qué no habría de contarle algo que le predispondría a ayudarme?

—Porque usted es más la hija de su padre de lo que cree —dijo Cletus—. Además, si se lo cuenta sería un esfuerzo perdido. De todas formas, no dejaré que se lance hacia deCastries por algo que resultaría negativo para Eachan y para usted.

Le miró con furia, sin pronunciar palabra, durante un momento en que ni siquiera respiró. Luego explotó.

—¡Usted no va a dejarme! —Restalló—. *Usted* va a ordenar mi vida y la de mi padre, ¿verdad? ¿De dónde sacó la idea de que sabe qué es lo mejor para la gente y lo que no lo es... y peor aún, que usted cree que puede conseguirles lo que es mejor, o quitárselo si es lo que ellos quieren? ¿Quién le nombró a usted... el rey de la

creación...?

Había estado buscando con furia el pestillo de la puerta del coche aéreo a medida que las palabras salían de su boca. Ahora, cuando sus dedos lo encontraron, la puerta se abrió y ella saltó fuera, volviéndose para cerrar de un portazo.

—¡Vuelva a su alojamiento... o a donde se supone que deba ir! —le gritó a través de la ventanilla abierta—. Sabía que no tenía ningún sentido salir con usted esta noche... mas mi padre me lo pidió. Debí haberlo supuesto. *¡Buenas noches!*

Dio media vuelta y subió corriendo los escalones hasta la casa. La puerta se estrelló detrás suyo. Cletus quedó abandonado al silencio y a la vacía y creciente luz del pálido cielo del amanecer, inalcanzable por encima de su cabeza.

—Bueno, coronel —dijo Bat sombríamente—, ¿qué se supone que debo hacer con usted?

—El general podría utilizarme en mi campo.

—¡Utilizarle en su campo! —Estaban de pie el uno frente al otro en el despacho privado de Bat. Bat dio media vuelta con desesperación, se alejó rápidamente dos pasos, giró otra vez y miró con ojos centelleantes a Cletus una vez más—. Primero usted se monta ese espectáculo en el Paso Etter, y le da buen resultado, ya que atrapa cinco veces más prisioneros que hombres lleva para cogerlos. Ahora se va de picnic nocturno con la marina y vuelve con un cargamento de guerrilleros y suministros que iban con destino a Bakhalla. No sólo eso, ¡sino que se lleva a un civil con usted en esta excursión con la marina!

—¿Un civil, señor? —inquirió Cletus.

—¡Oh, sí, conozco la versión oficial! —interrumpió Bat con hosquedad—. Y mientras sea un asunto de la marina, lo dejaré pasar. ¡Pero yo sé quién fue con usted, coronel! De la misma forma que sé que a ese joven poco imaginativo, Linet, no se le podría haber ocurrido la idea de capturar esas lanchas llenas de saboteadores. ¡Fue su espectáculo, coronel, de la misma manera que lo fue el del Paso Etter!... Y le repito, ¿qué voy a hacer con usted?

—Con toda cordialidad, general —comentó Cletus con un tono de voz acorde con sus palabras—, le hablo en serio. Creo que debería utilizarme en el campo que domino.

—¿Cómo? —Le disparó Bat.

—Para lo que estoy preparado... como un estratega —respondió Cletus. Se enfrentó a la furiosa mirada del general que bullía por debajo de sus expresivas cejas sin perturbarse, y su voz permaneció tranquila y razonable—. En el momento actual yo puedo resultarle particularmente útil, si consideramos las circunstancias.

—¿Qué circunstancias? —exigió Bat.

—Aquellas que, más o menos, se han combinado para retener aquí en Kultis al Secretario Militar de la Coalición —replicó Cletus—. Supongo que hay pocas dudas, en el devenir normal de los acontecimientos, de que Dow deCastries planea marcharse del planeta en los siguientes dos días.

—Oh, así que se va a marchar, ¿verdad? —comentó Bat—. ¿Y qué es lo que le permite saber con tanta seguridad lo que un alto ejecutivo de la Coalición como deCastries piensa hacer... bajo cualquier circunstancia?

—La situación está fácilmente abierta a la deducción —respondió Cletus—. Las guerrillas neolandesas no se encuentran en una posición diferente que nuestras fuerzas de la Alianza aquí cuando se trata de recibir suministros de la Tierra. Tanto ellos como nosotros necesitamos bastantes cosas que los depósitos de suministros en la Tierra son reacios a enviarnos. Usted quiere tanques, señor. Es una apuesta segura

que las guerrillas neolandesas tienen necesidades propias y que la Coalición no muestra mucho entusiasmo en satisfacer.

—¿Y cómo llega a esa conclusión? —Centelleó Bat.

—Es la conclusión producida por el hecho obvio de que la Coalición está librando una guerra más barata que la nuestra aquí en Kultis —explicó Cletus razonablemente—. Es típico de las confrontaciones Alianza-Coalición durante este último siglo. Nosotros les suministramos a nuestros aliados fuerzas de combate y equipo de apoyo para estas tropas. En cambio, la Coalición sólo tiende a brindarles armas y consejos a las fuerzas enemigas. Esto encaja perfectamente con su último objetivo, que no consiste tanto en ganar estos conflictos menores en los que se enfrentan a nosotros sino hacer que sangren las naciones de la Alianza en la Tierra, de manera que, eventual mente, la Coalición se haga con el poder, allí donde ellos piensan que se encuentra lo que de verdad tiene valor, Cletus dejó de hablar. Bat le escudriñó. Después de un segundo, el general sacudió la cabeza como un hombre que saliera de un mareo.

—Debería hacer que me examinaran la cabeza —comentó Bat—. ¿Por qué sigo aquí escuchando lo que usted dice?

—Porque usted es un buen general, señor —repuso Cletus—, y porque no puede evitar darse cuenta de que mis palabras tienen sentido.

—Parte del tiempo sus palabras son sensatas... —murmuró Bat, con los ojos perdidos. Luego su mirada se centró y una vez más la enfocó en el rostro de Cletus—. De acuerdo, los neolandeses quieren equipo de la Coalición que ésta no quiere darles. ¿Dice que ésa es la razón por la que vino hasta aquí deCastries?

—Por supuesto —afirmó Cletus—. Usted mismo sabe que la Coalición actúa así a menudo. Le niegan ayuda material a uno de sus aliados de juguete, mas luego, para que esa negativa no irrite tanto, envían a un alto dignatario a visitarles. Esa visita crea bastante revuelo, tanto en el país aliado como en el resto de los planetas.

A ese aliado insignificante se le hace creer que su bienestar es importante para la Coalición... y a ésta apenas le cuesta nada. Sin embargo, y en la circunstancia que nos atañe aquí, sus planes han salido mal.

—¿Les han salido mal? —repitió Bat.

—Los dos ataques de las guerrillas que supuestamente tenían el propósito de celebrar la visita de deCastries, la infiltración por el Paso Etter y el intento fallido de la noche pasada de introducir un buen número de hombres y suministros en la ciudad de Bakhalla, les ha explotado en el rostro a los neolandeses —dijo Cletus—. Claro que, oficialmente, Dow no está involucrado con ninguna de esas dos misiones. Por supuesto que nosotros sabemos que él, sin lugar a ninguna duda, estaba al tanto de lo que iba a ocurrir y quizás incluso ayudara a planearlas. Pero como le digo, oficialmente no existe ninguna conexión entre él y la guerrilla neolandesa y, en teoría, puede marcharse del planeta en la fecha que pensaba hacerlo sin siquiera echar un vistazo hacia atrás. No obstante, no creo que lo haga.

—¿Por qué no?

—Por que, general —repuso Cletus—, el motivo de su visita aquí era darles a los neolandeses una inyección de moral... y en vez de eso, su visita ha coincidido con un par de malas, aunque pequeñas, derrotas de las guerrillas. Si él se marchara ahora, su viaje no habría servido para nada. Un hombre como deCastries está obligado a postergar su partida hasta que pueda dejar un éxito a su espalda. Y ello nos proporciona una situación que podemos usar en nuestro favor.

—¿Oh? Así que usar en nuestro favor, ¿verdad? —inquirió Bat—. ¿Otra vez con su juego y diversión favoritos, coronel?

—Señor —contestó Cletus—, podría recordarle al general que tuve razón cuando advertí del intento de infiltración a través del Paso Etter, y también tuve razón cuando deduje que las guerrillas intentarían introducir hombres y suministros por el río hacia la ciudad...

—¡De acuerdo! ¡Olvide eso! —exclamó Bat—. Si no tomara en consideración esos dos hechos ahora mismo no le estaría escuchando. Continúe con lo que iba a decirme.

—Preferiría mostrárselo —repuso Cletus—. Si no le importa que volemos hasta el Paso Etter...

—¿El Paso Etter? ¿Otra vez? —preguntó Bat—. ¿Por qué? Dígame qué mapa desea y muéstremelo en él.

—Por aire es un viaje corto, señor —insistió Cletus con calma—. La explicación tendrá mucho más sentido si vemos el terreno real debajo nuestro.

Bat gruñó. Dio media vuelta, se acercó a su escritorio y activó el circuito de comunicaciones.

—Prepare la nave Reconocimiento Uno en el techo —ordenó—. Subiremos de inmediato.

Cinco minutos más tarde, Cletus y Bat se encontraban volando hacia la zona del Paso Etter. La nave de reconocimiento del general era un vehículo de pasajeros pequeño pero veloz, con aspas antigraavitatorias debajo de su sección central y un motor de plasma en su parte posterior. Arvid, que había permanecido esperando a Cletus en la antesala del despacho del general, iba delante, en el asiento del copiloto junto al piloto y al ingeniero de la nave. Seis metros debajo de ellos, en el espacio de la cabina abierta, Bat y Cletus conversaban en la intimidad que les proporcionaba la distancia y sus voces, que mantenían en un tono bajo. La nave de reconocimiento se acercó a la zona del Paso Etter y, ante la petición de Cletus, descendió de su altitud de crucero de dos mil cuatrocientos kilómetros a sólo seiscientos. Lentamente comenzó a sobrevolar en círculos el área que abarcaba el Paso Etter, el pueblo de Dos Ríos y los valles de los dos ríos que se unían justo debajo de ellos.

Bat contempló agriamente el paso y el pueblo que había debajo, enclavado en el fondo de la V que era la conjunción de los dos valles del río.

—Muy bien, coronel —comentó—, me he tomado una hora libre de mis

obligaciones para hacer este viaje. Más vale que lo que tenga que decirme merezca la pena.

—Creo que sí —repuso Cletus. Señaló el Paso Etter y en un arco movió su dedo índice hacia el pueblo de abajo—. Si mira atentamente allí, señor, verá que Dos Ríos es una excelente rampa de lanzamiento para un ataque a través del paso por parte de nuestras tropas, que sería el primer paso de la invasión a Neulandia.

La cabeza de Bat se volvió como impulsada por un resorte. Miró fijamente a Cletus.

—*Invadir Neulandia...* —Bajó la voz apresuradamente, ya que las cabezas de los tres hombres que iban en la cabina súbitamente se habían girado ante el sonido de sus primeras palabras—. ¿Se ha vuelto completamente loco, Grahame? ¿O cree que soy yo el que se ha vuelto loco si piensa que por un momento consideraría semejante acción? La invasión de Neulandia es una decisión que ni siquiera el Cuartel General de la Tierra tomaría. ¡Son los políticos de Ginebra los que tendrían que decidirlo!

—Por supuesto —dijo Cletus impertérrito—. Sin embargo, el hecho es que si se lanzara una invasión desde Dos Ríos podría resultar perfectamente viable. Si el general me permite que se lo explique...

—¡No! —rugió Bat, manteniendo la voz baja—. Le he dicho que ni siquiera quiero oír hablar de ello. Si ha hecho que viniera hasta aquí para sugerirme...

—No para sugerírselo como algo real, señor —interpuso Cletus—. Sólo para señalarle todos los beneficios que nos acarrearía la apariencia de tal acción. En realidad no es necesario que invadamos de verdad Neulandia. Únicamente nos hace falta mostrarles a los neolandeses, y a deCastries, que tal invasión, si se realizara, tendría éxito. Una vez que percibieran dicha posibilidad, se encontrarían bajo una presión extrema para tomar una contramedida que lo evitara. Entonces, y cuando ellos dieran ese paso, nosotros demostraríamos que la invasión nunca estuvo en nuestros planes, y así Dow deCastries se habría visto involucrado en un error local enorme del cual le resultaría imposible negar su responsabilidad. La única manera de mantener la imagen de la Coalición, tanto para él como para sí misma, sería echándole toda la culpa a los neolandeses y castigarlos para demostrar que esa declaración no era simple retórica. Y la única forma que puede tomar ese castigo es reducir la ayuda de la Coalición a Neulandia... Naturalmente, cualquier reducción de esta ayuda a los neolandeses situaría la contribución de la Alianza a los Exóticos en una posición de bastante más relieve.

Cletus dejó de hablar. Bat permaneció sentado durante un prolongado segundo, mirándolo con una expresión inusual —algo casi parecido al respeto— debajo de esas expresivas y pesadas cejas.

—¡Por Dios! —exclamó Bat al fin—. Usted no piensa en términos sencillos, ¿verdad, Grahame?

—La complejidad es más aparente que real —respondió Cletus—. Todos somos, en mayor o menor medida, los prisioneros de nuestras situaciones actuales. Manipule

esa situación y al individuo a menudo no le quedará más elección que dejarse manipular también.

Bat sacudió con lentitud la cabeza.

—De acuerdo —dijo, respirando profundamente—. ¿Cómo planea mostrarles este intento falso de invasión?

—De la manera ortodoxa —repuso Cletus—. Haciendo que un par de batallones realice maniobras en esta zona debajo del paso...

—Deténgase. Por... —interrumpió Bat—. Ya le dije una vez que no tenía ningún batallón de sobra con el que se pueda jugar. Además, si ordeno el traslado de tropas hasta aquí arriba en plan de maniobras, ¿cómo declararé luego que nunca existió la intención de provocar a Neulandia en esta zona?

—Me doy cuenta de que no dispone de tropas regulares libres, coronel —dijo Cletus—. La respuesta no está en la utilización de tropas regulares. Como tampoco debería ordenarles que se trasladaran hasta aquí. Sin embargo, el regimiento de los Dorsai al mando del coronel Khan ahora mismo se encuentra entrenando los saltos de altura. Usted podría estar de acuerdo con una sugerencia que el coronel Khan tal vez le haga a los Exóticos —y que éstos sin lugar a dudas consultarán con usted— acerca de traer a los Dorsai hasta aquí durante una semana, para entrenar a sus hombres al aire libre en un terreno tan propicio como éste, que combina valles, selva y terreno montañoso.

Bat abrió la boca como para debatir las palabras de Cletus... mas luego la cerró rápidamente. Sus cejas se fruncieron en un gesto pensativo.

—Los Dorsai —le recordó Cletus—, no dependen de su presupuesto. Están totalmente financiados por los Exóticos, Bat asintió con lentitud.

—Dos batallones completos de hombres en esta zona —continuó Cletus— son demasiados como para que deCastries y los neolandeses los ignoren. El hecho de que sean Dorsai y no sus propias tropas hará más factible la idea de que usted pretende fingir inocencia, cuando en realidad lo que usted tiene en mente es un ataque al territorio neolandés. Súmele a ello un pequeño factor más, y la sospecha de tal ataque se convertirá en una certeza, por lo menos para deCastries. Él sabe que yo estuve involucrado en los dos incidentes recientes cuando los neolandeses fueron derrotados. Nómbrame comandante general de esta unidad Dorsai en representación suya, con autoridad para trasladarlos cuando yo quiera, y nadie del otro lado de las montañas dudará que el entrenamiento de saltos es sólo una tapadera para un ataque a territorio neolandés.

Bat alzó la cabeza bruscamente y miró a Cletus con sospecha. Cletus devolvió la mirada con la tranquila inocencia de un hombre cuya conciencia no tiene nada que ocultar.

—Pero usted no moverá a esos Dorsai a ninguna parte, salvo durante el viaje de Bakhalla hasta aquí, ¿verdad, coronel? —exigió con suavidad.

—Le doy mi palabra, señor —repuso Cletus—. No irán a ningún otro sitio.

Durante un largo momento Bat siguió mirando a Cletus con dureza. Pero entonces volvió a asentir con lentitud.

Regresaron al despacho de Bat en Bakhalla. Cuando Cletus se marchaba en dirección a su coche militar aparcado en la zona de vehículos, un volador se posó sobre uno de los espacios marcados y Mondar salió de él, seguido de la pequeña e irascible figura de Pater Ten.

—Ahí lo tenemos —indicó Pater Ten con voz quebradiza cuando vislumbró a Cletus—. ¿Por qué no se adelanta usted y entra en el edificio del Cuartel General, Unificador? Yo me detendré un minuto con el coronel Grahame. Dow me pidió que transmitiera sus felicitaciones por el éxito de Grahame la semana pasada... y por el de anoche.

Mondar dudó brevemente y luego sonrió.

—Como desee —aceptó, dando media vuelta y dirigiéndose al edificio del Cuartel General.

Pater Ten se encaminó al lugar donde se encontraba Cletus y le miró.

—¿Felicitarme? —preguntó Cletus.

—El Secretario Militar —repuso Pater Ten casi con crueldades un hombre imparcial...

En mitad de la frase se detuvo. Durante un segundo, una especie de cambio interior pareció dejar su rostro vacío de toda expresión; inmediatamente cobró forma de nuevo, esta vez diferente: era una expresión como la de un excelente mimo que en escena decidiera interpretar el personaje y los gestos de Dow deCastries. Salvo que los ojos de Pater Ten permanecían fijos y remotos, como los de un hombre bajo hipnosis.

Cuando habló, lo hizo con un extraño eco del habla normal de Dow.

—Evidentemente —dijeron esos sedosos tonos urbanos—, todavía intenta elevar la apuesta, Grahame. Siga mi consejo. Tenga cuidado. Es una ocupación que está plagada de peligros.

Tan súbitamente como había venido, el parecido con Dow desapareció suavemente de las facciones del pequeño hombre y su mirada se tornó normal otra vez. Miró fijamente a Cletus.

—Muy imparcial —repitió Pater—. Usted le subestima. Le garantizo que le ha subestimado... —El hombrecito se detuvo abruptamente—. ¿Por qué me mira de esa forma? —Centelleó agriamente—. No me cree, ¿verdad?

Cletus sacudió la cabeza con tristeza.

—Le creo —dijo—. Únicamente veo que le he subestimado de verdad. Parece que no sólo trafica con la mente de la gente. También compra almas.

Dio media vuelta y se dirigió hacia su coche, dejando a Pater Ten con una mirada de incompreensión y una furia que surgió de manera automática en su rostro, con la cual el pequeño y violento hombre contemplaba casi todas las cosas del universo.

Se reunieron en el despacho de Eachan una semana más tarde: Cletus, Eachan y los cuatro oficiales de mayor rango entre los Dorsai. Asistió el segundo al mando de Eachan, el teniente coronel Marcus Dodds, un hombre alto, de maneras tranquilas y huesos estrechos. También se encontraban presentes un mayor con la cabeza afeitada y facciones inexpresivas en un rostro duro y redondo, de color negro azulado, y que respondía con el único nombre de Swahili; un mayor llamado David Ap Morgan, que era delgado, con los dientes un poco salientes, y piel tan clara como la de Swahili era oscura; y por último estaba el capitán Este Chotai, de baja estatura, con una musculatura sólida, atractivo, y ojos estrechos en un rostro ligeramente mongoloide. Se hallaban sentados alrededor de la gran mesa de conferencias en el amplio despacho de Eachan, con éste a la cabecera y Cletus sentado a su derecha.

—Y así, caballeros —terminó Eachan Khan explicando la presencia de Cletus entre ellos—, tenemos un nuevo oficial al mando, que proviene de las Fuerzas de la Alianza. A partir de ahora dejaré que el coronel Grábame hable por sí mismo.

Eachan se incorporó de su silla en la cabecera de la mesa y se hizo a un lado. Cletus se puso de pie, y Eachan ocupó el lugar que tenía antes Cletus. Éste se colocó detrás de la silla que había ocupado momentos atrás Eachan pero no se sentó de inmediato.

Giró para observar el gran mapa de la zona del Paso Etter-Dos Ríos proyectado en la pared que había a su espalda. Lo miró y algo profundo, poderoso e inflexible se movió en su interior sin que él lo anticipara. Respiró lentamente y el silencio de la habitación a su espalda pareció resonar de golpe en sus oídos. Las características del mapa que se extendía delante suyo parecieron abalanzarse sobre él como si estuviera viendo los rasgos reales de la jungla y el río y no una simple representación proyectada.

Se volvió y se encaró con los oficiales Dorsai. Bajo su mirada ellos se pusieron rígidos y sus ojos se entrecerraron como si algo opresivo y desconocido hubiera entrado en la sala. Incluso Eachan contempló a Cletus como si nunca antes lo hubiera visto.

—Todos ustedes son soldados profesionales —dijo Cletus. Su voz era completamente llana, sin inflexión o énfasis, pero resonó en la habitación con una resolución que no permitía la duda o la discusión en sus oyentes—. Su futuro depende de lo que harán en las próximas dos semanas. Por lo tanto, les diré lo que nadie más en este planeta conoce todavía, y confiaré en ustedes para que mantengan esa información secreta.

Se detuvo. Ellos permanecieron sentados contemplándole como hombres en un trance.

—Van a librar una batalla. Mi objetivo no es aniquilar al enemigo en esta confrontación, sino obligarle a rendirse en grandes números, de manera que si todo

marcha según lo planeado, ganaremos esta lucha casi sin ninguna baja... Pero no puedo garantizarlo. Lo único que les digo es que debería ser así. De todas formas, habrán librado una batalla.

De nuevo se detuvo durante un segundo y miró sus rostros uno por uno. Luego continuó.

—Detrás mío —declaró— ven la zona de la meseta a la cual se trasladarán al final de esta semana para proseguir el entrenamiento de saltos y la práctica en la selva. Esta práctica no consistirá en llenar el tiempo vacío. Cuanto mejor sea el estado físico en el que se encuentren sus hombres al acabar el período de entrenamiento, y cuanto mejor conozcan la zona, mayor será la posibilidad que tengan de sobrevivir en la batalla posterior. El coronel Khan les suministrará sus órdenes específicas. Eso es todo lo que les diré por ahora. Como he comentado, no quiero que le digan a nadie, ni siquiera a los hombres a su mando, que se llevará a cabo alguna acción real. Si ustedes son los oficiales que yo creo que son, y ellos los hombres que yo pienso, percibirán la sensación de que algo va a ocurrir sin necesidad de que ustedes se lo comuniquen... Eso es todo. Inmediatamente se sentó y se volvió hacia Eachan.

—Continúe usted, coronel —le dijo.

Eachan, inmóvil, siguió mirándole durante una fracción de segundo antes de incorporarse; cuando lo hizo se aclaró la garganta y empezó a describirles el esquema de movimientos que seguirían las distintas unidades desde Bakhalla hasta Dos Ríos.

Cuatro días más tarde las naves de apoyo del tipo que habían llevado a Cletus con el teniente Athyer y sus tropas al Paso Etter, comenzaron a transportar a los mercenarios a Dos Ríos. Cletus fue en uno de los primeros vuelos y recorrió el área junto a Eachan Khan. La primera preocupación de Cletus se centró en el pueblo o la villa —en realidad era más una villa que un pueblo— de Dos Ríos.

El emplazamiento en realidad estaba formado por un grupo compacto de condominios y hogares individuales en forma de V alrededor de un almacén y una sección comercial que llenaba el extremo triangular de tierra llana donde convergían los valles de los ríos Azul y Wheys. Este segmento de la llanura se extendía, salvo por unos pocos y dispersos edificios y calles, valle arriba de cada río durante unos cuatrocientos metros antes de que los lechos de los ríos se elevaran demasiado para que la construcción resultara práctica. El pueblo era una comunidad que vivía esencialmente de la agricultura silvestre que practicaban la mayoría de sus habitantes: silvestre en el sentido de plantar, en la zona selvática que lo rodeaba, arboledas y plantas nativas o mutadas que podían soportar el cultivo sin necesidad de roturar o limpiar la tierra. Un granjero silvestre no era propietario de ningún territorio. Lo que poseía era un número de árboles o plantas que cuidaba y de los cuales cosechaba los frutos periódicamente. Alrededor de Dos Ríos una especie de cereza silvestre y plantas mutadas de caucho, introducidas por los Exóticos cuatro años atrás, generaban el trabajo principal de los granjeros.

La gente local aceptó la invasión de los Dorsai con buen espíritu. Los mercenarios eran mucho más tranquilos y más educados en sus horas libres que las tropas regulares. Además, gastarían su dinero en el pueblo. Los pueblerinos en general no le prestaron atención a Cletus cuando, junto con Eachan Khan, buscaba lugares para cavar puntos fuertes cerca de los bancos de los dos ríos donde almacenar las armas, justo encima del pueblo y en la misma tierra abierta de la comunidad. Cuando Cletus acabó, había trazado dos líneas, una dentro de la otra en forma de V, para emplazar los puntos fuertes, cubriendo así las entradas al pueblo desde la parte alta del río y desde su misma unión con el afluente.

—Ahora —le dijo Cletus a Eachan cuando finalizaron—, vayamos a echar un vistazo más allá del paso.

Embarcaron en una de las naves de apoyo que acababa de soltar su carga de soldados Dorsai y que estaba a punto de regresar a Bakhalla para otro turno. En ella sobrevolaron la zona del Paso Etter e hicieron una pasada baja sobre los quince kilómetros de territorio montañoso que había más allá, donde la tierra ascendía hasta mezclarse con la selva y que ya pertenecía a Neulandia.

—Tan pronto como sus espías en Bakhalla les pongan al tanto de los soldados Dorsai que hemos traído aquí para su entrenamiento —le comentó a Eachan—, aparecerán los neolandeses para inspeccionar nuestros movimientos. Quiero que este lado de la montaña permanezca bajo vigilancia por hombres que no sean detectados. ¿Supongo que tiene gente preparada para ello?

—¡Por supuesto! —repuso Eachan—. Mantendré la vigilancia las veintiséis horas del día. ¿Cuándo quiere que comience?

—De inmediato —replicó Cletus.

—Haré que las guardias empiecen en media hora —replicó Eachan—. ¿Alguna otra cosa?

—Sí —dijo Cletus—. Quiero que los puntos fuertes defensivos que hemos seleccionado, los que están dentro y alrededor del pueblo, sean excavados para que se construya una pared de tierra en su interior y en el exterior se refuercen con sacos de arena, de manera que tenga un mínimo grosor de un metro ochenta en la base y dos metros por encima del nivel exterior. Eachan frunció levemente las cejas.

Sin embargo, su réplica fue lacónica.

—Sí, coronel —aceptó.

—Eso es todo, entonces —dijo Cletus—. Yo voy a regresar a Bakhalla. Primero haré que la nave le deje en Dos Ríos. ¿Tiene pensado retornar a la ciudad más tarde?

—Esta noche —respondió—, tan pronto como todos los hombres se encuentren aquí y los tenga instalados. Mi idea es pasar los días en este pueblo y las noches en Bakhalla.

—Entonces le veré en la ciudad —comentó Cletus. Se volvió hacia los pilotos de la nave de apoyo—. Llévennos de vuelta a Dos Ríos.

Allí dejó a Eachan y regresó a Bakhalla. Cuando llegó encontró que su trabajo le

estaba esperando... en dos sacas, ya que al aceptar el papel de comandante de los Dorsai en nombre de Bat, también se había hecho cargo de otro trabajo completo. Los Dorsai operaban con un pequeño, casi inexistente, personal administrativo, al igual que en todos los departamentos que requiriera personal no combatiente. En el campo, cada Dorsai era su propio cocinero, lavandero y se encargaba de sus propios suministros; y cada oficial era responsable de todo el papeleo que generara su compañía. Fuera del campo, en los barracones, por así decirlo, se contrataban hombres de las unidades de combate regulares, con un pequeño incremento en sus sueldos normales, para trabajar como oficinistas, cocineros, conductores y todo lo demás... sin embargo, en el campo todo esto desaparecía.

Por lo tanto, esos Dorsai que normalmente hubieran aliviado el papeleo administrativo de Cletus y que concernía a los soldados mercenarios, se encontraban ahora en traje de combate en Dos Ríos. Este mismo hecho era el que obligaba a Eachan a volver todas las noches a Bakhalla y encargarse de sus propios trámites.

Cletus, por supuesto, disponía de la ayuda del personal que había reunido Arvid para prepararle sus pronósticos sobre la actividad enemiga. Pero los miembros del personal, incluyendo al mismo Arvid, estaban completamente ocupados con sus tareas regulares, al menos durante las horas normales de trabajo. Cletus los había organizado para que funcionaran como un servicio de investigación. Reunían información tanto de la colonia neolandesa como de la Exótica, más todos los datos físicos de Kultis —el clima, la flora y fauna— que concernían a los dos pueblos enemigos. Esta información era condensada y transmitida a Cletus tan pronto como se obtenía; como mínimo la mitad de su día de trabajo le llevaba absorberla y digerirla.

Ésta fue la razón de que los primeros cinco días después de que los Dorsais se hubieran trasladado a Dos Ríos, Cletus se quedara en su despacho en las horas comprendidas entre las siete de la mañana y la medianoche con muy pocas interrupciones en medio. Alrededor de las siete en punto del quinto anochecer, una vez que el resto del personal se había marchado, apareció Wefer Linet de manera inesperada.

—Vamos a capturar a más guerrillas neolandesas —sugirió Wefer.

Cletus se rió, reclinándose en la silla y estirándose cansadamente.

—No tengo idea de dónde pueden estar ahora —comentó.

—Entonces vayamos a cenar y hablemos de ello —propuso Wefer astutamente—. Tal vez entre los dos podamos descubrir cómo encontrarlos.

Cletus volvió a reírse, comenzó a negar con la cabeza pero enseguida se dejó convencer. No obstante, después de la cena insistió en volver a su despacho. Wefer regresó con él y sólo a duras penas se despidió cuando Cletus le recalcó que el trabajo inacabado requería su inmediata atención.

—Pero no lo olvide —le recordó al salir—, tiene que llamarme si surge algo. Dispongo de cinco Mark V y cuatro de ellos están a su entera disposición con sólo

avisarme media hora antes. Además, no se lo digo únicamente por mí sino por mis hombres. Todos los que estuvieron con nosotros en el río han contado una y otra vez la historia hasta que ya no me queda nadie bajo mi mando que no desee ir con usted si surge otra oportunidad... Nos encontrará alguna misión, ¿verdad?

—Es una promesa —afirmó Cletus—. Pronto le encomendaré algo.

Por fin Wefer dejó que lo escoltaran hasta la salida. Cletus retornó a su escritorio. A las once ya había acabado las extensas y detalladas órdenes que desarrollara para cubrir las acciones y las contingencias de los próximos dos días. Juntó las órdenes, que le serían pasadas a Eachan Khan para que las aplicara con sus tropas Dorsai y, saliendo de su oficina, se dirigió en un coche aéreo hacia el edificio del Cuartel General de los Dorsai.

Aparcó enfrente de él. Había otros dos coches fuera; la única ventana del despacho de Eachan que daba a la calle estaba iluminada. El resto del edificio —una estructura temporal construida con madera nativa pintada de un claro color verde militar que casi parecía blanco en la pálida luz que brindaba la luna nueva que ascendía en el cielo— estaba a oscuras, al igual que los demás edificios de oficinas y barracones que lo rodeaban. Era como hallarse en un pueblo fantasma donde sólo morara un hombre.

Cletus salió del coche y subió los escalones hacia el corredor frontal del edificio. Atravesando la puerta giratoria, que frenaba a los visitantes ante los recepcionistas que normalmente trabajaban en la oficina exterior, bajó por el pasillo que había más allá del despacho exterior y se dirigió hacia la puerta medio abierta de la oficina privada de Eachan en la que se percibía una huidiza guadaña de luz amarilla que se proyectaba sobre el suelo del corredor. Pisando con suavidad ese fragmento de luz, Cletus se detuvo súbitamente ante el sonido de voces en el interior.

Las voces eran las de Eachan y Melissa... y su conversación era privada.

Cletus podría haber tosido entonces, o haber hecho cualquier otro ruido indicándoles su presencia. Pero en ese momento escuchó que pronunciaban su nombre... e inmediatamente adivinó la mitad de la conversación que se había llevado a cabo. No se volvió ni retrocedió, permaneció inmóvil y en silencio, escuchando.

—Pensé que te gustaba el joven Grahame —acababa de decir Eachan.

—¡Por supuesto que me gusta! —La voz de Melissa sonaba angustiada—. Eso no tiene nada que ver con el asunto. ¿No lo puedes entender, papá?

—No —la voz de Eachan era lacónica.

Cletus dio un largo paso hacia adelante de manera que pudiera ver en la sala iluminada por el espacio que daba la puerta a medio abrir. La luz provenía de una única lámpara que flotaba a cincuenta centímetros de la superficie del escritorio de Eachan. En el otro extremo de la mesa, Eachan y Melissa estaban sentados uno enfrente del otro. Sus cabezas se encontraban por encima del nivel de la lámpara y sus rostros ocultos por la sombra, mientras el resto de sus cuerpos se veían claramente iluminados.

—¡No, claro que no puedes! —exclamó Melissa—. ¡Porque no lo deseas! ¡No puedes decirme que prefieres esto, este precario mando de mercenarios, a nuestro hogar en Jalalabad! Y con la ayuda de Dow podrás regresar. De nuevo serás un oficial con el rango de general que tenías antes. ¡Ése es el *hogar*, papá! ¡Nuestra casa en la Tierra, para los dos!

—Ya no —repuso Eachan profundamente—. Soy un soldado, Melly. ¿No lo comprendes? ¡Un *soldado*! Y no sólo un uniforme con un hombre que camina en su interior... y eso es lo único que sería si volviera a Jalalabad. ¡Como Dorsai, por lo menos aún sigo siendo un soldado! —Su voz súbitamente se quebró—. Sé que no es justo para ti...

—¡No lo estoy haciendo por mí! —dijo Melissa—. ¿Crees que a mí me importa? Era una niña cuando nos fuimos de la Tierra... si regresáramos para mí ya no sería el mismo lugar. Pero mamá me pidió que me ocupara de ti. Y lo haré, incluso si tú no tienes el sentido común de hacerlo por ti mismo.

—Melly... —La voz de Eachan ya se había repuesto, sin embargo transmitía dolor—. Estás tan segura de ti...

—¡Sí que lo estoy! —expuso—. Uno de los dos ha de estarlo. Me puse en contacto con él, papá. Ayer.

—¿Llamaste a deCastries?

—Sí —confirmó Melissa—. Le llamé a Neulandia Capital. Le comuniqué que iríamos en el momento que él nos reclamara desde la Tierra. Le aseguré que iríamos los *dos*. Pero te lo advierto, si tú no vas, iré yo sola.

Hubo un momento de silencio en la oscuridad que ocultaba la parte superior de la figura inmóvil de Eachan.

—Allí no hay nada para ti, hija —dijo con voz ronca.

—¡Pero iré! —insistió ella con vehemencia—. Porque ésa es la única forma de conseguir que tú vayas... decirte que iré sola si tengo que hacerlo... y hablo en serio. Ahora mismo, papá, te prometo...

Cletus no esperó a oír el final de esa promesa. Abruptamente dio media vuelta y se dirigió en silencio hacia la puerta de entrada del edificio. Abrió y cerró la puerta, haciendo que la palma de su mano chocara ruidosamente contra ella. Entró, abrió con el pie la puerta de la valla que llevaba hasta la zona de la oficina exterior y emprendió la marcha ruidosamente por el corredor, en dirección a la luz que salía por la puerta parcialmente abierta.

Cuando entró en el despacho, se habían encendido las luces del techo. Bajo su brillante resplandor, Melissa y Eachan todavía permanecían un poco apartados el uno del otro, separados por el escritorio.

—¡Hola, Melissa! —saludó Cletus—. Me alegro de verte. Venía a traerle unas órdenes a Eachan. ¿Por qué no aguardas unos minutos y nos vamos los tres a tomar una taza de café?

—No, yo... —Melissa se trabó un poco. Bajo las luces del techo, su rostro tenía

un aspecto pálido y retraído—. Me duele la cabeza. Creo que me voy a casa para meterme directamente en la cama. —Se volvió hacia su padre—. Te veré más tarde, papá.

—No tardaré mucho —respondió Eachan.

Dio media vuelta y salió de la estancia. Los dos hombres observaron su partida.

Cuando el eco de sus pisadas se perdieron con el sonido de la puerta del edificio al cerrarse, Cletus se volvió para mirar a Eachan y lanzó el paquete de papeles que llevaba sobre el escritorio de Eachan.

—¿Cuáles son las últimas noticias que se tienen de los guardias que vigilan la parte montañosa de Neulandia? —preguntó Cletus contemplando el rostro del hombre mayor, a la vez que se dejaba caer sobre una silla de su lado del escritorio. Eachan se sentó más lentamente en la suya.

—Los neolandeses han dejado de trasladar hombres a la zona —replicó Eachan—. Sin embargo, los exploradores estiman que en este momento tienen a tres mil seiscientos hombres emplazados allí... casi el doble que nuestro número de tropas Dorsai. Y son soldados regulares de Neulandia, no guerrillas, con tanques ligeros y artillería móvil. Creo que eso conforma un 60 por ciento de sus fuerzas armadas estables, totalmente equipadas.

—Bien —comentó Cletus—. Ordene que sólo un par de compañías retornen a Bakhalla.

La mirada de Eachan se alzó vivamente de las órdenes y contempló el rostro de Cletus.

—¿Que las hagamos regresar? —repitió—. ¿Entonces qué sentido tuvo subir hasta el paso?

—El sentido —explicó Cletus— era que los neolandeses hicieran exactamente lo que están haciendo... reunir tropas en la frontera de sus montañas. Ahora nosotros retiramos a la mayoría de nuestros hombres, de manera que parezca que hemos perdido la iniciativa. Pensarán eso, o que nunca intentamos ser una amenaza.

—¿Y es eso lo que nos proponíamos? —Eachan miró a Cletus con ojos entrecerrados.

Cletus se rió con ganas.

—Nuestra intención, como le acabo de decir —respondió—, era que ellos concentraran un gran número de tropas en su lado del paso a través de las montañas. Ahora podemos recogerlo todo y regresar a casa... ¿podrán hacerlo ellos? Sin duda le ha llegado el rumor, y supongo que ya lo habrán oído también los neolandeses, de que el general Traynor y yo fuimos escuchados mientras discutíamos una invasión a Neulandia, y que realizamos un viaje al Paso Etter para estudiar el curso de la acción.

—¿Quiere decir —inquirió Eachan— que deCastries y los neolandeses estarán convencidos de que de verdad queremos invadirles?

—Sí, y sin embargo mi intención es la opuesta —dijo Cletus—. Hay bastante verdad en el hecho de que un mentiroso siempre sospechará que le mienten y un

ladrón siempre sospechará de la honestidad ajena. DeCastries es un hombre sutil, y el punto débil de los hombres sutiles es sospechar que cualquier acción directa encubre alguna trampa. Seguro que él habrá llegado a la conclusión de que el rumor fue provocado específicamente para hacer que él —y Neulandia— emplazaran muchas tropas a la defensiva ante una falsa amenaza de invasión, que luego se evaporará y los dejará como unos estúpidos. En consecuencia, y siendo el hombre que es, habrá decidido seguir nuestro juego y sacarnos ventaja en el mismo momento en que nosotros nos reímos de la vergüenza que pasará.

Eachan frunció el ceño.

—Me parece que no le sigo —confesó.

Cletus con un gesto de la cabeza indicó las órdenes escritas.

—Todo está escrito ahí —dijo—. Hará que sus hombres se retiren de la zona de Dos Ríos mañana a primera hora, una nave cada vez a intervalos de media hora. Con el regreso de cada nave a Bakhalla, concédales a sus hombres un permiso de tres días.

Eachan le contempló sombríamente.

—¿Y eso es todo? —preguntó al fin.

—Eso es todo... hasta que le transmita nuevas órdenes —repuso Cletus incorporándose. Dio la vuelta y se encaminó hacia la puerta.

—Buenas noches —le deseó Eachan a su espalda.

Cuando Cletus salió por la puerta y dobló hacia la izquierda por el corredor, vislumbró a Eachan, aún de pie detrás del escritorio, mirándole.

Cletus retornó a sus habitaciones y se metió en la cama. A la mañana siguiente se permitió el inusual lujo de dormir hasta tarde. Eran las diez cuando entró en el Club de Oficiales para tomar un desayuno tardío y poco antes del mediodía cuando llegó a su despacho. Arvid y el personal que había seleccionado se encontraban trabajando diligentemente. Cletus les dedicó una indulgente sonrisa paternal y los reunió a todos.

—Esta tarde volaré hasta Dos Ríos —les comunicó— para supervisar el término de los ejercicios de los Dorsai. Creo que no tiene mucho sentido que me entreguen un montón de información que quedará caduca de aquí al lunes por la mañana. Les he tenido trabajando a todos más allá de lo que requiere el deber. Así que tómense el resto del día libre... todos ustedes excepto Arvid... —le sonrió al oficial joven y grande—... los veré de nuevo a comienzos de la semana próxima.

El personal se evaporó como gotas de lluvia que se desvanecen al caer al suelo después de una tormenta tropical. Una vez que se marcharon, Cletus recorrió con cuidado el perímetro de la oficina, asegurándose de que todos los sistemas de seguridad funcionaban y estaban preparados para ser activados. Luego regresó, se sentó en el otro extremo del escritorio de Arvid y extendió la mano para coger el teléfono de éste. Marcó el número de la base de la marina.

—Habla el coronel Cletus Grahame —le comunicó al oficial de guardia al otro extremo de la línea—. ¿Puede localizar al comandante Linet y decirle que me llame? Me encuentro en mi despacho.

Depositó el teléfono de nuevo en el escritorio de Arvid y esperó. Arvid le contemplaba con curiosidad. Cletus se puso de pie y se dirigió a su propio escritorio. Allí cogió su teléfono y lo llevó hasta la mesa de Arvid para cambiarlo por el suyo. Se llevó el de Arvid a su despacho.

Tecléo los primeros dos dígitos del número de cinco dígitos que le conectarían con el despacho de Bat Traynor. Luego, con el teléfono activado y la llamada incompleta, apartó el teléfono y miró a Arvid.

—Arv —comentó—, en algún momento dentro de las próximas horas Echan Khan va a llamarme. Si alguien que no sea el coronel Kahn me llama, di que me he marchado y que no sabes cuando regresaré. Sin embargo, si llama el coronel Echan, comunícale que en ese momento estoy hablando con el general Traynor..., lo que será verdad. Pregúntale si te puede dejar el mensaje, o dile que le llamaré en unos minutos.

Arvid frunció el entrecejo con cierta sorpresa..., mas el gesto se evaporó casi de inmediato, transformándose en su normal expresión agradable.

—Sí, señor —aceptó—. ¿Y ahora? —preguntó después de que Cletus realizara su llamada.

—Ahora esperaremos.

Esperaron durante casi dos horas, tiempo en el que recibieron casi una docena de llamadas de poca importancia y que Arvid despachó diligentemente. Entonces el teléfono que Cletus había trasladado al escritorio del teniente sonó súbitamente y Arvid alzó el receptor.

—Despacho del coronel Grahame, al habla el teniente Johnson... —Arvid se detuvo y miró a Cletus—. ¿Coronel Khan? Sí, señor...

Cletus ya había recogido el teléfono de Arvid y estaba completando la secuencia adecuada de números para contactar con el despacho de Bat. Mientras tanto oía como Arvid decía que con gusto recibiría cualquier mensaje. La oficina de Bat respondió.

—Al habla el coronel Grahame —dijo Cletus al teléfono—. Me gustaría hablar con el general Traynor de inmediato..., de hecho, ahora mismo. Es una emergencia roja.

Aguardó. Se produjo un retraso fraccional del otro lado de la línea. Arvid, mientras tanto, había colgado. Reinaba un silencio absoluto en la oficina. Cletus podía ver con el rabillo del ojo cómo Arvid se incorporaba y le observaba.

—¿Grahame? —La voz de Bat explotó repentinamente en el oído de Cletus—. ¿Qué significa todo esto?

—Señor —informó Cletus—, he descubierto algo y creo que debería hablarlo con usted de inmediato..., y en privado. No puedo contárselo por el teléfono. Tiene que ver con la Coalición y no sólo nos involucra a nosotros aquí en Kultis, sino a toda la Alianza. Me encuentro en mi despacho. Le he dado el resto del día libre a mi personal. ¿Podría usted buscar alguna excusa para abandonar su oficina y venir a la mía con el fin de que podamos hablar privadamente?

—¿Hablar? ¿De qué se...? —Bat se interrumpió. Cletus escuchó la voz del otro que se apartaba del aparato y se dirigía a alguien distante—. Joe, tráigame el expediente... de los planes para el nuevo distrito militar al sur de la ciudad.

Hubo unos cuantos segundos más de pausa y luego la voz de Bat se oyó de nuevo, aunque apagada y fría.

—Ahora ya puede decírmelo —repuso.

—Lo siento, señor —rechazó Cletus.

—¿Lo siente? ¿Me quiere dar a entender que ni siquiera confía en los circuitos telefónicos de mi oficina?

—No he dicho eso, señor —respondió Cletus con un tono de voz uniforme—. Sólo le sugerí que encontrara alguna excusa para abandonar su despacho y encontrarse conmigo en privado en el mío.

Su voz parecía inflexible con su carencia de expresión. Al otro lado del circuito se produjo una larga pausa. Entonces Cletus oyó cómo Bat soltaba el aire casi en un silbido.

—De acuerdo, Grahame —concedió—, espero que lo que quiera decirme sea tan serio como usted insinúa.

—Señor —repuso Cletus gravemente—, sin exagerar, no sólo implica al personal de más alto rango de la Coalición presentes ahora en este planeta, sino también a miembros de nuestro propio comando de la Alianza en Bakhalla.

—Le veré en quince minutos —replicó Bat. El circuito telefónico repicó en el oído de Cletus y luego quedó muerto.

Cletus colgó el receptor y se volvió para observar a Arvid, quien a su vez le miraba.

—¿Cuál era el mensaje de Eachan? —preguntó Cletus con una suave impaciencia.

Con un sobresalto, Arvid salió del trance en el que se encontraba.

—¡Señor, los neolandeses están atacando Dos Ríos! —soltó con una exclamación—. Dice el coronel Khan que lo hacen tanto por aire como a través del paso..., y en Dos Ríos quedan apenas tres compañías de Dorsai, sin contar a los pocos exploradores que aún se encuentran en la selva, que en este momento ya habrán sido capturados por las tropas de Neulandia o habrán quedado rezagados.

Cletus cogió el teléfono y marcó el número del teniente coronel Marcus Dodds, que estaba en el campo de aterrizaje de la zona militar Dorsai.

—Coronel Dodds... ¿señor? —inquirió el delgado y tranquilo rostro del segundo al mando de Hachan cuando apareció en la pequeña pantalla del videófono.

—¿Se ha enterado del ataque de los neolandeses a Dos Ríos —preguntó Cletus.

—Sí, señor —respondió Dodds—. El coronel Khan nos acaba de llamar para que suspendamos todos los permisos a los hombres. En este momento los estamos reuniendo de nuevo.

—Bien —dijo Cletus—. Me uniré con usted en poco tiempo.

Cortó la comunicación, colgó el receptor y atravesó la habitación hacia el armario donde se guardaban las armas. Abriéndolo, extrajo un cinturón con una pistola. Dio media vuelta y se lo arrojó a Arvid, quien extendió una mano y lo cogió de forma automática.

—¿Señor? —Se hallaba intrigado—. Los neolandeses no están atacando la ciudad de Bakhalla, ¿verdad?

Cletus se rió a la vez que cerraba la puerta del gabinete con llave.

—No, Arv —repuso dándose la vuelta hasta quedar enfrente del alto teniente—, pero los neolandeses han comenzado su avanzada hacia Dos Ríos, y Dow deCastries es la clase de hombre que quiere tener las cosas aseguradas, incluso cuando ya lo están. No sería muy correcto que yo llevara un cinturón con pistola, mas tú lo puedes portar por mí.

Se dirigió hacia el teléfono de su escritorio y marcó el número de la base de la marina.

—Soy el coronel Grahame —dijo—. Hace un rato realicé una llamada importante para el comandante Linet...

—Sí, señor —le contestó la voz del alférez que había cogido la llamada—. El comandante ha estado intentando ponerse en contacto con usted, señor, pero los circuitos se encontraban ocupados hasta ahora. Aguarde un segundo, señor...

La voz de Wefer se escuchó en la línea:

—¡Cletus! ¿Qué ocurre?

—Usted me ofreció el servicio de sus Mark V —comentó Cletus—. Sólo necesito tres. Sin embargo, tienen que dirigirse río arriba, desde aquí hasta el pueblo de Dos Ríos, en la confluencia con el Azul y el Whey. Aproximadamente son unos trescientos kilómetros de viaje por el río. ¿Cree que podrían realizarlo a partir de este momento hasta, digamos... una hora antes del amanecer?

—¿Trescientos kilómetros? ¿Desde ahora hasta una hora antes del amanecer? ¡No hay ningún problema! —gritó Wefer a través del circuito telefónico—. ¿Qué ocurre?

—Los neolandeses han introducido tropas regulares a través de la frontera del Paso Etter —le informó Cletus con voz pausada—. Atacarán Dos Ríos poco después de la salida del sol de mañana. Le daré los detalles de lo que quiero que haga más tarde. ¿Puede estacionar a sus Mark V a un kilómetro y medio corriente abajo del lugar en que los dos ríos confluyen y mantenerlos ahí sin ser vistos?

—¡Sabe que sí! —repuso Wefer—. ¿Pero se mantendrá usted en contacto?

—Me comunicaré con usted antes del amanecer —le aseguró Cletus.

—¡De acuerdo! ¡Partimos ya! —En el extremo de la línea de Wefer la comunicación se cortó.

—Ve delante, Arv —le dijo Cletus—. Espérame fuera, junto al coche. Iré en un minuto.

Arv le miró asombrado.

—¿Nos marchamos? —preguntó—. Pero, señor, el general no iba a... —Su voz

se apagó hasta el silencio mientras Cletus esperó pacientemente—. Sí, señor.

Salió de la habitación.

Cletus depositó el receptor que tenía en la mano sobre el escritorio que había a su lado. Miró su reloj. Habían transcurrido unos ocho minutos desde que hablara con Bat, y éste le dijo que llegaría en quince minutos. Cletus realizó un último recorrido por la oficina para asegurarse de que todos los mecanismos de seguridad estuvieran activados. Luego salió por la puerta principal, que dejó levemente abierta, con el resorte que accionaría la trampa preparado. La siguiente persona que atravesara esta puerta se la encontraría automáticamente cerrada detrás suyo, atrapado en una zona de la cual no sería fácil escapar.

Cletus dio media vuelta y se encaminó hacia su coche personal, donde le esperaba Arvid. Se marcharon hacia el edificio de alojamientos.

Cuando el vehículo militar de Cletus se elevó sobre su colchón de aire y giró alrededor de la esquina, adentrándose en la corta calle que conducía a los alojamientos, Cletus vio que el aparcamiento que había delante del edificio estaba casi lleno de coches aparcados, casi todos delante de la entrada principal y en dos filas que dejaban un estrecho pasillo entre ellos.

Los dos extremos del aparcamiento se encontraban vacíos; el mismo edificio, con las otras construcciones de las viviendas de los oficiales más allá, parecían sumidos en un sueño vacío bajo el sol de la tarde. Los ocupantes del edificio de alojamientos a esta hora estarían trabajando, comiendo o durmiendo en su interior. A medida que el coche se deslizaba sobre su colchón de aire hacia la entrada del aparcamiento, Cletus alzó la vista y con el rabllo del ojo vislumbró el destello del sol sobre algo metálico, justo en el techo de la entrada principal del edificio de alojamientos.

Cletus observó las vacías ventanas de la doble hilera de coches descansando en el cemento del aparcamiento, con sus colchones de aire apagados. Sus labios se cerraron formando una fina línea. En ese instante, cuando giraban y se introducían en el pasillo entre las dos hileras de coches, se oyeron sonidos chisporroteantes como si encima de ellos se estuvieran friendo enormes lonchas de bacon, seguidos como por una exhalación de dragones que recalentaran el aire cuando unas descargas de armas energéticas atravesaron los lados metálicos y el techo de su vehículo militar, de la misma forma que una llama de acetileno quema el papel de estaño. Arvid cayó pesadamente sobre Cletus, con la chaqueta de su uniforme renegrada y humeante en el lado derecho superior, y el coche se deslizó fuera de control hacia la derecha, metiéndose en dos espacios vacíos que había entre dos coches, donde quedó atrapado, con el colchón de aire aún activado inmovilizado por los vehículos aparcados.

Una furia ciega explotó en su interior. Se volvió, sacó el arma de la cartuchera en el costado de Arvid, se agachó y tocando una tecla abrió la puerta de su lado del coche militar. Se lanzó a través de ella hacia el espacio existente entre su vehículo y el que estaba aparcado a la derecha. Rodó bajo su propio coche flotante y se arrastró rápidamente hacia la parte trasera del coche de la izquierda. Tumbado, asomó la cabeza para escudriñar. Había un hombre de pie, con el rifle de energía en la mano, que se dirigía corriendo entre las dos hileras de coches hacia donde se encontraba él. Cletus hizo un disparó con su pistola y el hombre cayó tambaleándose, dando una vuelta por encima de su cabeza. Cletus se encaminó por detrás del coche hacia su derecha y fue al siguiente espacio que había entre ése y el próximo coche.

El arma pesada ahora estaba en silencio. Por lo que recordaba del sonido y el daño causado al vehículo militar, Cletus dedujo que como mínimo habían disparado tres francotiradores. Lo cual suponía que aún quedaban otros dos. Mirando en derredor suyo, Cletus pudo ver al hombre al que le había disparado extendido e inmóvil sobre el pavimento, su rifle de energía abandonado más allá de su alcance,

con su tambor transparente reflejando la luz del sol. Cletus retrocedió, abrió la puerta más próxima del coche de su derecha y se arrastró a su interior. Tumbado en el suelo del vehículo, activó su colchón de aire y avanzó marcha atrás.

Cuando llegó hasta el espacio central entre las dos hileras de coches aparcados, se lanzó fuera a través de la puerta opuesta en el momento en que dos rayos cercenaban el otro lado y el techo del coche que había detrás de él. De un manotazo cogió el rifle de energía caído y, con él en su mano, se escudó detrás de la pantalla protectora que formaba el vehículo aún en movimiento hasta que éste chocó con la fila de coches. Entonces se agachó ocupando el menor espacio posible, giró la cabeza y echó un vistazo a su retaguardia.

Los otros dos tiradores ahora eran visibles; estaban de pie al aire libre protegiéndose mutuamente las espaldas al lado del último coche que Cletus había hecho chocar con los ya aparcados. Uno miraba en la dirección de Cletus, el otro en la opuesta, ambos con sus armas dispuestas y escudriñando los espacios entre los coches en busca de cualquier señal de movimiento.

Cletus se retiró, se acomodó el rifle de energía en su codo izquierdo y lanzó su pistola dibujando un arco alto por encima de las cabezas de los dos hombres, haciendo que cayera con estruendo al lado de su maltrecho vehículo militar.

Ambos tiradores giraron velozmente hacia la dirección del ruido. Cletus, poniéndose de pie y saliendo de entre los dos coches aparcados, los cortó en dos con el arma de energía que aún sostenía en sus manos.

Respirando pesadamente, Cletus se apoyó durante un segundo en la parte trasera del coche del que había emergido. Luego arrojó el rifle de energía a un lado y se dirigió cojeando, pero rápidamente, de regreso al vehículo militar en el que todavía yacía tendido Arvid.

El teniente se encontraba consciente cuando llegó Cletus. Tenía una grave quemadura en la parte superior del pecho y en el lado derecho del hombro; sin embargo, lo positivo que tenían las heridas de las armas de energía era que cauterizaban solas. La herida presentaba un aspecto desagradable, pero de ella no fluía sangre. Cletus lo sacó del coche y lo depositó con suavidad sobre la hierba y luego se dirigió al edificio de alojamientos para llamar a una asombrada unidad médica pidiendo ayuda.

—¡Guerrilleros! —explicó Cletus escuetamente en respuesta a sus preguntas—. Hay tres..., todos muertos. No obstante, mi ayudante está herido. Vengan aquí tan pronto como puedan.

Cortó la conexión y salió fuera para ver cómo se encontraba Arvid.

—¿Qué...? —susurró Arvid cuando Cletus se inclinó sobre él.

—Ya te dije que deCastries querría asegurarse —repuso Cletus—. Ahora quédate quieto y no hables.

La ambulancia del hospital militar descendió en ese momento, con su sombra posándose sobre ellos como la sombra de algún halcón que sobrevolara el cielo antes

de aterrizar suavemente en la hierba a su lado. El personal médico de uniforme blanco saltó al suelo y Cletus se incorporó.

—Éste es el teniente Johnson, mi ayudante —indicó Cletus—. Cuiden bien de él. Los tres guerrilleros que hay en el aparcamiento están muertos. Más tarde redactaré un informe completo..., ahora mismo tengo que marcharme. ¿Pueden ocuparse de todo?

—Sí, señor —dijo el médico que estaba al mando. Era un oficial, con las barras doradas y negras de sus galones bien visibles en el cuello—. Cuidaremos de él.

—Bien —dijo Cletus.

Sin detenerse para hablar nada más con Arvid, giró y entró en el edificio de alojamientos y bajó por el corredor en dirección a sus aposentos. Rápidamente, se vistió con un traje de campaña y se colocó las correas para transportar el equipo de combate. Cuando volvió a salir, Arvid ya había sido trasladado al hospital y los tres hombres muertos agrupados sobre la hierba. Sus ropas eran del tipo normal que usaban los civiles en las calles de Bakhalla, sin embargo, la parte inferior de sus rostros estaba pálida en contraste con el bronceado de sus frentes, mostrando de esta manera que sus densas barbas de neolandeses habían sido afeitadas recientemente.

Cletus intentó poner en marcha su vehículo militar; comprobó que aún funcionaba y se encaminó hacia el campamento de los Dorsai.

Cuando llegó, vio que la mayor parte de las tropas que ya habían retornado estaban siendo formadas en unidades en la zona de ejercicios: ya estaban armadas, equipadas y listas para ser aerotransportadas de regreso a Dos Ríos. Cletus se encaminó directamente a la unidad temporal del Cuartel General situada a un lado del campo, allí encontró al teniente coronel Marcus Dodds.

—Todavía no ha enviado ninguna nave con refuerzos, ¿verdad? —inquirió Cletus en el momento en que Dodds le vio.

—No, coronel —respondió el hombre alto y delgado—. Probablemente deberíamos ir pensando en retirar a nuestros hombres pronto. Si intentamos que las tropas salten sobre Dos Ríos una vez anocheado, tres de cada cuatro caerán en los ríos. Y mañana, a la luz del día, las tropas neolandesas probablemente ya estarán apostadas en los dos valles del río que cubren el pueblo. Si mandamos a nuestras tropas que salten en ese momento nos aniquilarán tranquilamente.

—No se preocupe por ello —comentó Cletus con brusquedad—. De todas formas, no saltaremos sobre el pueblo.

Las cejas de Marc Dodds se enarcaron en su estrecho rostro cetrino.

—¿No va a darles apoyo a...?

—Les prestaremos ayuda, pero no de esa manera —cortó Cletus—. ¿Cuántos de los hombres que salieron con permiso se hallan aún fuera?

—Posiblemente, contando a todos, menos de media compañía. Han oído las noticias y están regresando por su propia cuenta —dijo Marc—. Ningún Dorsai dejará que otro Dorsai sea arrinconado y aniquilado mientras pueda ayudar...

Se vio interrumpido por el teléfono que sonó en la mesa plegable de campaña que tenía ante sí. Lo cogió y escuchó durante un momento sin hacer ningún comentario.

—Un minuto —replicó y bajó el receptor a la vez que oprimía el botón que anulaba la recepción de sonido—. Es para usted. Es el coronel Ivor Dupleine..., el jefe del Estado Mayor del general Traynor.

Cletus extendió la mano y Marc le pasó el teléfono.

—Aquí el coronel Grábame —dijo Cletus en el auricular. El colérico rostro de Dupleine, diminuto en la pantalla del tamaño del pulgar de Cletus, le miró con ojos centelleantes.

—¡Grábame! —rugió la voz de Dupleine en su oído—. Le habla el coronel Dupleine. Los neolandeses han cruzado con tropas la frontera en el Paso Etter y parece que están rodeando Dos Ríos. ¿Mantiene aún allí a soldados Dorsai?

—A un par de compañías en el mismo pueblo —repuso Cletus.

—¿Sólo a un par? ¡No está del todo mal entonces! —comentó Dupleine—. Muy bien, escúcheme. Aparentemente, los Dorsai que se encuentran con usted se están preparando para ser movilizadas. No debe intentar ningún movimiento contra esos soldados neolandeses sin antes recibir órdenes directas. Y ésta es una orden directa..., viene del mismo general Traynor. ¿Lo ha entendido? Quédese quieto ahí hasta que reciba noticias mías o del general.

—No —dijo Cletus.

Durante un momento hubo un silencio mortal en el otro lado del circuito telefónico. El rostro de Dupleine contemplaba a Cletus desde la pantalla.

—¿Qué? ¿Qué ha dicho? —estalló Dupleine por fin.

—Debo recordarle, coronel —contestó Cletus con tranquilidad—, que el general me dio el mando absoluto de los soldados Dorsai, con la consigna de responder únicamente ante él.

—Usted..., ¡le acabo de dar las órdenes del general, Grahame! ¿No me ha oído? —La voz de Dupleine se ahogó con la última palabra.

—No poseo ninguna prueba de ello, coronel —repuso Cletus sin variar un ápice el tono de su voz—. Sólo aceptaré órdenes del mismo general. Si consigue que el general me diga lo que usted acaba de comunicarme, complacido obedeceré.

—¡Está loco! —Durante un largo instante contempló nuevamente a Cletus con ojos llameantes. Cuando habló otra vez, su voz era más baja y controlada, también más peligrosa—. Creo que usted está al corriente del significado que tiene desobedecer una orden así, coronel. Voy a cortar esta comunicación y concederle cinco minutos para que se lo piense, luego iré a ver al general con la respuesta que usted me dé. Piénselo.

La pequeña pantalla en el teléfono quedó a oscuras y el *click* del circuito al ser cortado sonó en el auricular. Cletus devolvió el teléfono a la mesa.

—¿Dónde tiene su proyector de mapas? —le preguntó a Marc.

—Por aquí —respondió, conduciéndole a través de la habitación a una mesa—

pantalla horizontal que tenía la negra forma de un proyector debajo.

En la pantalla aparecía un mapa de la zona del Paso Etter. Cuando los dos llegaron hasta el borde de la mesa-pantalla, Cletus apoyó el dedo sobre la posición marcada del pueblo de Dos Ríos, donde las corrientes del Whey y el Azul confluían.

—Para mañana al amanecer —le dijo a Marc—, quienquiera que mande sobre esos neolandeses querrá estar en una posición en la que pueda iniciar su ataque sobre las tropas que tenemos en el pueblo. Eso quiere decir... —El dedo de Cletus trazó formas de herraduras, con sus extremos abiertos mirando corriente abajo, alrededor de los valles de los ríos Whey y Azul, justo sobre el pueblo—... que nuestros hombres, desde aquí, deberán ser capaces de moverse como tropas de saltos, ya que están frescos del reciente entrenamiento, justo río arriba de esas dos posiciones con una seguridad relativa, pues las fuerzas neolandesas buscarán río abajo. Tengo entendido que los neolandeses no poseen ninguna artillería real, no más que la que tenemos nosotros. ¿Es correcto?

—Así es, señor —comentó Marc—. Kultis es uno de los planetas donde hemos establecido un acuerdo tácito con la Coalición de no suministrar a nuestros aliados, o a nuestras tropas unidas a esos aliados, sólo armas portátiles. Hasta donde yo sé, y en lo que concierne a Neulandia, han mantenido su parte del trato. En realidad, no han necesitado nada más que armas manuales, al igual que nosotros, porque hasta ahora toda su lucha la han realizado con guerrillas nativas. Podemos esperar que sus tropas tengan armaduras ligeras, armas de energía, lanzadores de cohetes y bombas de ignición...

Juntos establecieron las probables posiciones futuras de las tropas neolandesas, especialmente las que portarían los lanzadores y otras armas especiales. Mientras trabajaban, un incesante torrente de órdenes entró y salió del Cuartel General, interrumpiendo frecuentemente su conversación.

El sol se había puesto hacía varias horas cuando un joven oficial tocó respetuosamente el codo de Cletus y le ofreció el teléfono.

—El coronel Dupleine otra vez, señor —le explicó el oficial. Cletus cogió el aparato y miró la imagen de Dupleine. El rostro del coronel de la Alianza parecía agotado.

—¿Sí, coronel? —preguntó Cletus.

—Grahame... —comenzó Dupleine con voz hosca, pero inmediatamente se interrumpió—. ¿Hay alguien con usted?

—El coronel Dodds de los Dorsai —replicó Cletus.

—¿Podría... hablar con usted en privado? —inquirió Dupleine. Sus ojos buscaron alrededor de la periferia de la pantalla como queriendo descubrir a Marc, que se encontraba desplazado a un lado, fuera de la línea de visión del teléfono. Marc enarcó las cejas y comenzó a dar media vuelta. Cletus extendió una mano para detenerle.

—Espere un segundo —le dijo. Se volvió y habló directamente al teléfono—. Le

he pedido al coronel Dodds que se quede. Me temo que prefiero tener un testigo que escuche lo que usted pueda decirme, coronel.

Los labios de Dupleine se abrieron.

—De acuerdo —concedió—. Supongo que las noticias ya se han extendido. Grahame..., el general Traynor no puede ser localizado. Cletus aguardó un segundo antes de responder.

—¿Sí? —inquirió.

—¿No lo comprende? —La voz de Dupleine comenzó a elevarse. Se detuvo, luchó visiblemente consigo mismo y de nuevo consiguió que su tono descendiera a un nivel razonable—. En esta situación los neolandeses no se han dedicado sólo a introducir guerrillas en el país, sino que son tropas regulares. Están atacando Dos Ríos..., y ahora el general des..., no está disponible. ¡Ésta es una emergencia, Grahame! Tiene que darse cuenta del sentido de cancelar cualquier orden para movilizar a los soldados Dorsai que tiene con usted; ¡y tiene que venir hasta aquí para hablar conmigo!

—Me temo que no —respondió Cletus—. Es viernes por la noche. Quizás el general Traynor se haya marchado a pasar el fin de semana fuera, olvidándose de mencionar su partida. Mi responsabilidad es para con sus órdenes originales, y éstas no me dejan alternativa: debo seguir adelante con los Dorsai en la manera que yo considere más oportuna.

—Usted no puede pensar seriamente que él haría algo así... —Dupleine se interrumpió, la furia había logrado atravesar el autocontrol que había intentado mantener hasta este punto—. ¡Según los informes que hay en mi escritorio usted mismo casi fue asesinado por las guerrillas hoy! ¿No le dijo nada el hecho de que llevaran armas de energía en vez de rifles deportivos? ¡Sabe bien que las guerrillas neolandesas siempre llevan armas catalogadas como civiles de manera que si son capturados no puedan ser fusilados como saboteadores! ¿No significa nada para usted el hecho de que tres hombres con armas de energía trataran de cortarlo en dos?

—Que a quienquiera que esté al frente en el lado neolandés —comentó Cletus— le gustaría verme relevado del mando de las tropas Dorsai. No hay ninguna duda de que si no me quieren al mando, lo mejor que puedo hacer por nuestro lado es permanecer en él.

Dupleine le miró con ojos iracundos y cansados desde la pantalla del teléfono.

—¡Se lo advierto, Grahame! —exclamó—. Si algo le ha ocurrido a Traynor, o si no le encontramos en las próximas horas, yo mismo tomaré el mando de emergencia de las tropas de la Alianza en Kultis. ¡Y lo primero que haré será revocar la orden que le dio Bat y arrestarlo!

La diminuta pantalla en el teléfono se volvió negra; la conexión vocal se quebró. Con cierto cansancio, Cletus depositó el teléfono sobre la mesa-pantalla y se frotó los ojos. Se volvió a Marcus Dodds.

—De acuerdo, Marc —repuso—. No nos demoraremos más. Empecemos a

trasladar a nuestros hombres a Dos Ríos.

Cletus viajó con la primera ola de transporte, compuesta por seis naves, que voló en círculo doce kilómetros río arriba de Dos Ríos y dejó caer a sus tropas de salto a ambos lados de los valles. Dos horas antes una nave de reconocimiento, deslizándose a poca altura por encima de la selva en la oscuridad que siguió a la puesta de la luna, había captado las imágenes —gracias al detector de calor corporal— de dos grandes grupos de tropas neolandesas que estaban a la espera de que amaneciera, ocultos en los valles del río, a ocho kilómetros del pueblo. Otro grupo más reducido de fuerzas de reserva se hallaba acampado justo debajo de la boca del Paso Etter..., aunque su número era lo suficientemente pequeño como para que los Dorsai pudieran desechar la posibilidad algún contraataque que viniera de esa dirección. Cletus observó el resplandor de los cohetes de los cinturones de salto de los hombres que descendían; entonces le ordenó al piloto de su nave de transporte que volara a baja altitud, por encima del río, y que se dirigiera siguiendo la corriente hacia las afueras del pueblo.

A cuatrocientos metros más allá del pueblo, el río se desviaba hacia la derecha; fue justo detrás de esta curva que vino la respuesta de los Mark V. La nave de transporte descendió y flotó sobre el agua, donde la torreta de uno de los enormes submarinos excavadores se alzó oscuramente de las negras aguas.

Cletus bajó por una eslinga hacia la torreta, y nada más llegar su compuerta se abrió. Wefer salió por ella. Juntos permanecieron unos instantes en la pasarela metálica ligeramente inclinada que había debajo de la torre.

—Bien, aquí estamos —comentó Wefer—. Tres submarinos, tal como recetó el médico. —Bajo su negro cabello, su rostro amistoso y a la vez agresivo se veía exultante en la ínfima luz—. ¿Qué quiere que hagamos?

—El ejército neolandés, y sus tropas regulares —dijo Cletus—, se encuentran concentrados en los valles de los dos ríos a unas pocas millas más allá del pueblo. Bajarán por los valles hacia el pueblo y cruzarán la llanura que hay al pie de los riscos que dan al río. Sin embargo, no creo que intenten asaltar la villa desde esta ribera. Por lo tanto, usted podrá trabajar sin ser visto.

—Seguro, seguro —aceptó Wefer oliendo el frío aire del amanecer como un perro de caza—. ¿Pero qué quiere que hagamos?

—¿Puede levantar el fondo del río justo debajo del pueblo, de manera que eleve el nivel del agua por encima de la villa y ésta quede inundada?

—¿En este insignificante río? —planteó Wefer—. No hay ningún problema. Levantaré una cadena submarina en algún punto donde los riscos que dan al río mueran al borde mismo del agua. El agua tendrá que elevarse para atravesarlo. ¿Cuánta altura quiere que tenga el dique? ¿Cuánto quiere que se eleve el nivel del agua?

—Quiero que tenga una profundidad de un metro ochenta a un kilómetro y medio más allá del pueblo —respondió Cletus.

Por primera vez Wefer frunció el ceño.

—¿Un metro ochenta? ¿Una braza entera? Inundará todo el pueblo. Esa tierra llana que se extiende entre los ríos, donde está construido el pueblo, no debe tener más de dos metros por encima del nivel del agua que hay a ambos lados. Tendrá otro metro, metro y medio, de agua desbocada en las calles. ¿Desea eso?

—Eso es exactamente lo que quiero —comentó Cletus.

—Bueno..., claro que hay bastantes edificios sólidos en el distrito comercial donde la gente podrá ir a refugiarse —dijo Wefer—. Lo que no quiero es que la marina sea denunciada por el daño que pueda provocar una inundación...

—No ocurrirá —le aseguró Cletus—. Todavía me encuentro al mando de esta zona bajo las órdenes directas del general Traynor. Yo asumiré la responsabilidad.

Wefer escrutó a Cletus en la creciente luz, sacudió la cabeza y silbó con admiración.

—Entonces nos pondremos a trabajar de inmediato —repuso—. Calculo que tendrá su braza de agua por encima de la ciudad en unas cuatro horas.

—Perfecto —dijo Cletus. Se asió a la eslinga y le hizo una seña con la mano al piloto de la nave para que le subiera—. Buena suerte.

—¡Buena suerte para usted y sus Dorsai! —replicó Wefer—. La necesitará mucho más que nosotros. Lo que vamos a hacer nosotros es nuestra tarea diaria.

Una vez dentro del transporte, Cletus ordenó que volvieran hasta las cercanías de la línea de Dos Ríos. El cielo ahora se iluminaba rápidamente, y los edificios aislados de la ciudad se distinguían con claridad. Cletus hizo que un haz de luz coherente se centrara en el espejo receptor curvo situado en el techo del almacén, donde los Dorsai habían establecido su cuartel general durante la semana de práctica de salto. Envío una llamada por el haz de luz y recibió una respuesta inmediata de Eachan.

—¿Coronel? —La voz de Eachan era distante, medida y ecuánime—. Esperaba recibir noticias tuyas. Llevo más de tres horas sin captar ningún informe de los exploradores que mandé a la selva. Pienso que han sido capturados o que, por alguna razón, deben mantenerse ocultos. Aunque tengo entendido que los neolandeses se encuentran concentrados en los dos valles del río que hay pasado el pueblo. Todos los puntos fuertes dentro de la ciudad están ocupados por mis hombres y en estado de alerta.

—Muy bien, coronel —repuso Cletus—. Sólo quería decirle que se haga a la idea de que sus pies se van a mojar. También podría advertirles a los civiles de la ciudad que se reúnan en los edificios más altos del distrito comercial, por encima del segundo piso. —¿Oh? ¿Se aproxima una tormenta?

—Me temo que no tendremos esa suerte —comentó Cletus. Una buena y feroz tormenta les hubiera concedido toda la ventaja a los bien entrenados Dorsai, tanto a las tropas de salto como a aquellos que tenían tomada una posición fija en el pueblo—. Las previsiones del tiempo son de temperatura alta y cielo despejado. No obstante, el río va a crecer. Me han comunicado que las calles se verán colmadas con

un metro o dos de agua.

—Ya veo. Me encargaré de ello..., también de las tropas y de los civiles... — Eachan se interrumpió—. ¿Obtendremos refuerzos en el pueblo?

—Lamento no poder asignarle ningún soldado —negó Cletus—. Sin embargo, y con suerte, de una u otra forma todo acabará antes que los neolandeses caigan sobre ustedes. Haga todo lo que pueda con los hombres de que dispone ahora.

—Entendido —aceptó Eachan—. Entonces eso es todo desde aquí, coronel.

—También es todo desde mi posición, coronel —replicó Cletus—. Buena suerte.

Cortó el contacto del haz de luz y ordenó que la nave de transporte regresara a Bakhalla en busca de más tropas de salto. Ahora que era pleno día en Dos Ríos y que ya no servía de nada el secreto de operar a baja altitud y en las sombras cercanas al pueblo, Cletus acompañó a la siguiente oleada de soldados en una nave mensajera, con la que voló en círculos por encima del alcance de las armas pequeñas emplazadas por el enemigo en tierra.

El segundo cargamento de tropas Dorsai que saltó de la nave fue hostigado, aunque de manera ineficaz, por el fuego cruzado de los soldados neolandeses que había río abajo.

—Bastante bien —comentó Marc Dodds, que acompañaba a Cletus en la nave mensajera y que le había dejado el encargo de los dos últimos grupos, con sus respectivos oficiales, al mayor David Ap Morgan—. Aunque para el próximo transporte seguro que dispondrán de cobertura aérea. No sé porqué aún no han enviado naves neolandesas.

—Otro ejemplo de una mente demasiado imaginativa —contestó Cletus. Marc le miró interrogativamente, y Cletus continuó su explicación—. La otra noche le comentaba a Eachan Khan que demasiada sutileza conduciría a errores. Los neolandeses están al tanto de que la Alianza ha suministrado a los Exóticos más y mejores naves de combate aéreo de lo que lo ha hecho la Coalición con ellos. Por lo tanto, y de manera automática, han llegado a la conclusión equivocada. Creen que la ausencia por nuestra parte de apoyo aéreo es sólo aparente..., un anzuelo para que ellos lancen a sus propias naves contra nuestro poderío aéreo superior, de forma que los podamos destruir. También están al tanto de que únicamente los soldados Dorsai hicieron prácticas de salto y, por esa *razón*, creen que sólo éstos lucharán contra ellos. Saben que nos sobrepasan en un número de dos o tres a uno en efectivos de infantería, lo que hace que se relajen.

Llegó la tercera oleada y los hombres saltaron hacia la jungla. Corroborando el acertado análisis que había hecho Cletus de la situación, no apareció ninguna nave neolandesa que estorbara sus saltos. Como tampoco ocurrió en la cuarta y última oleada. Con todas las tropas de salto Dorsai ya en el suelo, el esquema del plan de batalla de Cletus comenzó a esbozarse. Había emplazado a sus Dorsai en la selva, por encima de los riscos a ambos lados del río, corriente arriba de la concentración de soldados neolandeses. Ahora, desplegados en una línea de combate, los Dorsai

comenzaron a caer sobre las tropas de retaguardia de Neulandia. Los neolandeses lucharon, sin embargo retrocedían regularmente a medida que su ejército avanzaba hacia los valles del río en dirección al pueblo. No mostraron ninguna tendencia a plantarse y luchar, de la misma forma que no demostraron pánico al ser abatidos por el fuego de armas pequeñas desde su retaguardia. En su nave, que seguía sobrevolando la zona en círculos, Cletus y Marc procuraron mantener en todo momento el contacto con sus unidades en tierra a través de la transmisión vocal por medio del haz de luz.

—Ni siquiera estamos frenando su marcha —observó Marc, sus labios formaban una fina línea a medida que observaba el escenario militar en las pantallas de reconocimiento múltiple que tenían ante ellos.

—Más tarde tendrán que hacerlo —replicó Cletus.

Se hallaba muy ocupado analizando los movimientos de las escaramuzas que tenían lugar en la selva en la pantalla de reconocimiento; no apartaba los ojos ni siquiera cuando emitía un continuo abanico de órdenes a las pequeñas unidades individuales de los Dorsai.

Marc guardó silencio y dio la vuelta para examinar la situación en las pantallas de reconocimiento y su desarrollo bajo el ímpetu de las órdenes de Cletus. Ante él, las dos divisiones principales de las fuerzas de Neulandia eran como grandes gusanos gordos bajando a rastras por los bordes interiores de las depresiones del valle de los dos ríos, en un curso de unión hacia el mismo sitio donde lo hacían los ríos, camino del único objetivo: el pueblo de Dos Ríos. Detrás de ellos, tierra adentro de las aguas, los soldados Dorsai, como pequeñas filas de diminutas hormigas, atacaban a estos dos gusanos desde la retaguardia y los costados. No es que todo ello fuera visible a simple vista debajo de la espesura de la selva. Pero gracias a los instrumentos y al seguimiento de Cletus aparecía claramente reflejado en el gráfico. Al ser atacados, los gusanos encorvaron sus extremos posteriores y los acercaron a su vanguardia, agrupándose ante el acoso de las hormigas..., sin embargo, su marcha en ningún momento se vio perturbada.

Mientras tanto, Cletus extendía a sus soldados Dorsai a lo largo del costado de cada fuerza enemiga por el lado de la tierra, hasta que sus unidades más avanzadas quedaron casi al mismo nivel que las tropas más adelantadas de las unidades enemigas a las que hostigaban. En ocasiones lograban partir las líneas de neolandeses a las que se enfrentaban. No obstante, si surgía algún problema, los neolandeses simplemente retrocedían hacia el borde de los empinados riscos y allí les plantaban cara a los Dorsai, protegiéndose en lo que era un parapeto natural. Y no sólo eso, sino que cada vez más sus unidades de avanzada lograban llegar hasta el fondo del risco formando una línea de combate a lo largo de su extensión para así proteger su marcha..., de manera que casi un 80 por ciento del ejército enemigo quedó más allá del alcance de las armas Dorsai.

Cletus interrumpió abruptamente su trabajo en las pantallas y se volvió hacia

Marc.

—Se encuentran a menos de tres kilómetros del borde superior del pueblo —le dijo—. Quiero que tome el mando aquí y que contenga a esas tropas neolandesas a lo largo de sus líneas. Haga que descendan del peñasco y que permanezcan ahí, pero no exponga a los hombres más allá de lo que sea necesario. Conténgalos, mas retenga a sus tropas hasta que reciba noticias mías.

—¿Adonde irá usted, señor? —inquirió Marc frunciendo el ceño.

—Ahí abajo —repuso Cletus con suavidad. Extendió el brazo y cogió uno de los cinturones adicionales de salto que había en la nave y comenzó a colocárselo—. Ordene que media compañía de hombres a ambos lados del río use sus cinturones de salto y envíelos cuesta abajo al lado opuesto. Su misión será hostigar a través del río a cualquier elemento enemigo expuesto a medida que avanzan, pero no deberán detenerse en ningún momento. Tienen que continuar su marcha velozmente hasta que se encuentren conmigo en este punto.

Dio la vuelta y con su dedo índice señaló un recodo del río que había debajo del pueblo, más allá del cual Wefer y sus tres Mark V estaban trabajando.

—¿Cuánto cree que pueden tardar en reunirse conmigo? —preguntó.

—Con suerte, una hora —respondió Marc—. ¿Qué planea hacer, señor..., si no le molesta que se lo pregunte?

—Intentaré crear la apariencia de que estamos recibiendo refuerzos en el pueblo —repuso Cletus. Se volvió y le habló al piloto de la nave—. Deje de volar en círculos. Bájeme justo más allá del siguiente recodo que hay en el río principal..., son los puntos H29 y R7 en la pantalla de localización.

La nave se alejó describiendo un arco a partir del puesto que ocupaba encima de la batalla y comenzó a descender en círculos hacia el recodo del río. Cletus se aproximó a la compuerta de salida de emergencia y colocó su mano en la palanca de expulsión. Marc le siguió.

—Señor —le dijo—, si no ha utilizado un cinturón de salto en mucho tiempo...

—Lo sé —le interrumpió Cletus con buen humor—, requiere habilidad mantener los pies abajo y la cabeza arriba, en especial cuando vas a aterrizar. No se preocupe... —Giró la cabeza para gritarle al piloto en la parte frontal—. Sitúese sobre esa parte de la selva que hay en el recodo del río. Indíqueme cuando debo saltar.

—Sí, señor —le contestó el piloto. Hubo una pausa momentánea y luego gritó—: *Salto*.

—*Salto* —repitió Cletus.

Tiró de la palanca de expulsión. La puerta de emergencia se abrió hacia un lado y la sección de cubierta bajo sus pies le lanzó abruptamente lejos de la nave. Se encontró cayendo hacia las copas de los árboles de la selva, a ciento ochenta metros de distancia.

Aferró el control manual que había en el centro del cinturón, y los dos cohetes que sobresalían del tanque sobre sus hombros relampaguearon estruendosamente,

frenándolo en medio de la caída con un tirón que le dejó la sensación de que su espalda se había roto. Durante un momento, antes de que pudiera recuperar el aliento, comenzó a ascender. Luego reguló su vuelo hasta convertirlo en una suave caída y empezó a luchar para mantenerse en una posición vertical con los pies hacia el suelo.

En realidad, más que bajar, lo que hacía era deslizarse en un ángulo muy cerrado hacia la jungla que tenía debajo. Se esforzó en disminuir la velocidad de su caída, pero las sensibles y delicadas reacciones del cinturón de salto inmediatamente le hicieron recuperar el vuelo. Con rápidos reflejos, volvió a poner la válvula reguladora en su primer e instintivo programa de caída.

Casi se encontraba en las copas de los árboles más altos ahora; era necesario que se abriera camino entre ellos si no quería que una rama le destrozara la cabeza o aterrizar sobre uno de los mortales arbustos con espinas parecidas a dagas. Con cuidado de no girar el mando de regulación en el proceso, movió el manillar de control ligeramente de uno a otro lado para poder determinar los límites seguros de cambio de dirección. Su primer intento casi le hizo dar la vuelta en el aire, aunque controló el arco y, después de un momento, logró recuperar la línea erguida de descenso. A la derecha había una zona de selva relativamente despejada. Con cautela movió el manillar de control y se sintió aliviado cuando su patinaje aéreo se alteró en dirección al claro. Entonces, y de manera súbita, se encontró bajo las copas de los árboles que ya le rodeaban.

El suelo se abalanzaba hacia él. El alto e irregular muñón del tronco de un árbol que había sido golpeado por un rayo y que no había visto antes porque se hallaba cubierto parcialmente por enredaderas, lo que hacía que pareciera una extensión de la hierba y los matorrales, dio la impresión de dirigirse a él como si fuera una lanza.

Con desesperación, manipuló el manillar hasta atascarlo. Perdió el control de los cohetes. Cayó en barrena, golpeó de costado contra el tronco del árbol y su cuerpo se derrumbó pesadamente en el suelo. Una ola de oscuridad se apoderó de él.

Cuando recobró la consciencia —lo cual sucedió segundos más tarde—, yacía con el cuerpo retorcido sobre la tierra, y su rodilla mala doblada debajo de él. Por otra parte, no sentía ninguna molestia salvo una cierta vibración en la cabeza.

Temblando se sentó y, ayudándose de ambas manos, con suavidad comenzó a enderezar su pierna herida. Entonces surgió un dolor agudo y creciente, que amenazaba con hacerle perder de nuevo el conocimiento.

Luchó contra ello. Lentamente retrocedió. Jadeando, se reclinó contra el tronco del árbol, y allí recuperó el aliento y el uso de sus técnicas de autocontrol. Poco a poco el dolor en su rodilla se desvaneció y su respiración se hizo regular. El ritmo de los latidos de su corazón descendió. Se concentró en relajar toda la estructura de su cuerpo y aislar la rodilla dañada. Después de un rato, le invadió esa sensación familiar de distanciamiento. Se inclinó hacia adelante y con suavidad extendió la rodilla, se subió el pantalón que la cubría y la examinó.

Comenzaba a hincharse; sin embargo, más allá de eso, la exploración realizada con sus dedos no pudo indicarle qué daño serio había en su interior. Podía sentir el dolor como una presión lejana justo detrás del muro erigido con su distanciamiento. Aferrándose al tronco del árbol y apoyando todo su peso en la otra pierna, lentamente se incorporó.

Una vez de pie, con precaución, intentó trasladar parte de su peso a esa pierna. Le aguantó; no obstante, sintió una debilidad en ella que resultó ominosa.

Durante un segundo consideró usar el cinturón de salto para elevarse por encima de los árboles y dirigirse al río. Pero enseguida descartó la idea. No podía arriesgarse a sufrir otra dura caída sobre esa rodilla, y aterrizar en el río, con la corriente que había ahora, parecía poco práctico también; tal vez tuviera que nadar, y ello podría hacer que su rodilla quedara completamente inutilizada.

Se desabrochó el cinturón de salto y lo dejó caer. Aliviado de su peso, se dirigió dando saltos sobre su pierna buena hacia el tronco pequeño de un arbolillo de unos cinco centímetros de diámetro. Extrajo su pistola y le disparó al tronco dos veces, primero a una altura del suelo de un metro ochenta y luego a pocos centímetros de su base. Limpiándolo, se fabricó una especie de bastón en el cual podría apoyarse. Con la ayuda del tosco bastón comenzó a avanzar cojeando hacia el borde del río. Pasado un rato llegó hasta el banco de las grises e inquietas aguas. Sacó el teléfono personal de su cinturón, lo programó para una transmisión limitada a cien metros y llamó a Wefer en la longitud de onda de la marina.

Wefer le contestó, y unos pocos minutos después uno de los Mark V exhibía su masivo morro con las hojas excavadoras fuera del agua a diez metros de donde se encontraba.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Wefer después de que Cletus fuera ayudado a subir a bordo y conducido hasta la sala de control del Mark V.

Cletus reclinó la espalda contra la silla que le habían traído y extendió su pierna herida con cuidado.

—Una compañía de hombres, dividida en dos grupos a cada lado del río, se encontrará con nosotros aquí en... —Se detuvo para mirar su reloj—... unos treinta minutos a partir de ahora. Quiero que uno de sus Mark V los transporte, pelotón tras pelotón, por debajo del agua y siguiendo el curso del río, hasta el final del pueblo. ¿Puede prescindir de una de sus máquinas? ¿A qué altura se halla el nivel del agua?

—Crece regularmente —replicó Wefer—. Esos pelotones suyos la encontrarán a la altura de las rodillas para cuando lleguen a las afueras del pueblo. Denos una hora, y con sólo dos máquinas el río quedará con la profundidad que usted desea. Por lo que no veo ningún problema en destinar a uno de mis Mark V para que sirva como transporte.

—Perfecto —dijo Cletus.

Él se dirigió al pueblo con el último destacamento de Dorsais. Tal como Wefer había predicho, el agua se encontraba a la altura de las rodillas en las proximidades del pueblo, río abajo. Eachan Khan salió a su encuentro cuando él cojeaba en dirección a la sala de mando del cuartel general Dorsai en Dos Ríos.

—Siéntese, coronel —le instó Eachan, llevando a Cletus hasta una silla situada frente a la pantalla de análisis—. ¿Qué le está ocurriendo al río? Hemos tenido que evacuar a todos los civiles a los edificios más altos.

—Tengo a Wefer Linet y algunas de sus excavadoras submarinas trabajando corriente abajo para elevar el nivel del río —respondió Cletus—. Más tarde le daré los detalles. Ahora mismo quisiera saber cómo van las cosas aquí.

—De momento, sólo hemos recibido algunos, disparos de largo alcance por parte de los francotiradores de los exploradores de avanzada de los neolandeses —dijo Eachan con frialdad—. Esos puntos fuertes parapetados que usted recomendó han resultado una gran idea. Los hombres estarán secos y cómodos en su interior mientras los neolandeses tendrán que chapotear con el agua hasta los tobillos para llegar a ellos.

—Tal vez también nosotros tengamos que salir al agua y chapotear un poco —comentó Cletus—. Le he traído casi doscientos hombres más. Con éstos, más los que usted ya tiene, ¿cree que podría organizar un ataque?

El rostro de Eachan nunca denotaba ningún cambio de expresión notable, mas la mirada que le dirigió a Cletus ahora era lo que más se acercaba a una clara demostración de emociones que él le hubiera visto jamás.

—¿Un ataque? —repitió—. ¿Con dos compañías y media..., como mucho tres, contra seis u ocho batallones?

Cletus sacudió la cabeza.

—He dicho organizar un ataque. No llevarlo a cabo —replicó—. Todo lo que deseo es aguijonear a esos dos frentes neolandeses lo suficiente como para que se detengan y pidan refuerzos antes de continuar su marcha contra nosotros de nuevo.

¿Cree que podremos al menos hacer eso?

—Hmm —Eachan se acarició el bigote—. Algo así..., sí, creo que es bastante posible.

—Bien —dijo Cletus—. ¿De qué manera, preferiblemente con imagen además de con la voz, podría ponerme en contacto con Marc Dodds?

—Estamos en canal abierto —repuso Eachan. Atravesó la habitación y retornó con un teléfono de campo—. Aquí el coronel Khan. El coronel Grábame desea hablar con el coronel Dodds.

Le pasó el teléfono a Cletus. Cuando las manos de Cletus se cerraban sobre él, la pantalla de visión en el tubo se iluminó con la imagen del rostro de Marc delante de la pantalla de análisis de la nave aérea.

—¿Señor? —Marc miró a Cletus—. ¿Se encuentra en Dos Ríos?

—Así es —contestó Cletus—. Igual que la compañía de hombres que le dije que enviara al recodo del río principal. Deme una visión clara de la pantalla que hay detrás de usted, ¿quiere?

Marc se hizo a un lado y la pantalla de análisis detrás suyo pareció expandirse hasta llenar toda la pantalla del teléfono. Los detalles eran demasiado pequeños para distinguirlos; sin embargo, Cletus pudo ver que los dos cuerpos principales de las tropas neolandesas comenzaban a unirse en la llanura arenosa que nacía donde los riscos de los ríos, en los bancos adyacentes a la convergencia del Whey y el Azul, finalmente se unían y terminaban en un ascendente risco con forma de V por encima del pueblo. Detrás de los exploradores que habían enviado como avanzada, la principal línea de marcha de los neolandeses se hallaba a menos de ochocientos metros de los primeros puntos fuertes de los Dorsai que defendían el pueblo. Los Dorsai situados en las trincheras y en la periferia del pueblo ya debían estar disparando al enemigo.

—Tengo hombres colocados a lo largo de los riscos, encima de los neolandeses, en ambos márgenes de los ríos —comentó la voz de Marc—, y también dos compañías con rifles de energía situadas en las llanuras al pie de los peñascos, detrás de su retaguardia, que mantienen un fuego continuo.

—Haga retroceder a las compañías con los rifles —dijo Cletus—. No tiene ningún sentido que arriesguemos la vida de algún hombre cuando no es absolutamente necesario; también quiero que les ordene a los hombres que están en los riscos que permanezcan allí pero que disminuyan el ritmo de los disparos. Que lo hagan gradualmente, aminorándolo poco a poco hasta que le disparen al enemigo lo suficiente como para sólo recordarles que están ahí.

—¿Qué retrocedan? —repitió Marc. Su cara apareció de nuevo en la pantalla con las cejas fruncidas—. ¿Y que disminuyan el fuego? ¿Qué ocurrirá con todos ustedes en el pueblo?

—Vamos a atacar —repuso Cletus.

Marc miró a través de la pantalla sin pronunciar palabra. Sus pensamientos eran

visibles como si estuvieran impresos en el aire ante sí. Él, con más de tres mil hombres, recibía la orden de parar la acción de hostigamiento a la retaguardia de una fuerza enemiga compuesta por más de seis mil hombres..., para no arriesgarse a sufrir bajas. Mientras tanto, Cletus, con menos de seiscientos hombres, planeaba atacar a la vanguardia enemiga.

—Confíe en mí, coronel —comentó con calma Cletus en el teléfono—. ¿No le dije hace una semana que pensaba terminar esta batalla con la menor cantidad de bajas que fuera posible?

—Sí, señor... —replicó Marc a regañadientes y, claramente, aún perplejo.

—Entonces haga lo que le pido —dijo Cletus—. No se preocupe, el juego todavía no ha terminado. Que sus hombres disminuyan el fuego como ya le expliqué, mas ordéneles que permanezcan en estado de alerta. Tendrán muchas posibilidades de utilizar sus armas un poco más tarde.

Cortó la comunicación y le devolvió el teléfono a Eachan.

—Muy bien —comentó—. Ahora preparemos el plan de ataque.

Treinta minutos después, Cletus iba con Eachan en un vehículo de combate que se deslizaba sobre su colchón de aire a veinticinco centímetros por encima del agua que inundaba el pueblo, agua que, incluso en la parte más alta de la ciudad, se encontraba a la altura de los tobillos. Podía ver, avanzando delante suyo, separados por intervalos de veinte metros y haciendo buen uso de las casas, árboles y todo lo que pudieran usar como escudo, la media docena de soldados Dorsai más próximos a él en la primera línea de ataque. Inmediatamente enfrente suyo, en el centro del panel de mandos del vehículo de combate, vio una pequeña réplica de la pantalla de análisis alimentada con información por control remoto desde la pantalla principal, que se hallaba bajo la vigilancia de Eachan en el cuartel general de los Dorsai en el pueblo. Mostraba a los neolandeses agrupándose en la base de la pared vertical de piedra y tierra, donde se unían los riscos adyacentes al río. La línea que formaban se extendía a través de unos seiscientos metros del terreno arenoso que conformaba el cuello de tierra que unía el pie de los riscos con la zona más ancha y ligeramente más alta sobre la cual estaba construido el pueblo de Dos Ríos.

No obstante, en la pantalla sólo aparecía el ancho aparente de la zona de tierra. Su extensión real estaba perdida ahora en una única lámina de agua en movimiento que se extendía desde los riscos de lo que había sido el extremo más alejado del Río Whey hasta los riscos opuestos de lo que también había sido el extremo más apartado del Azul. Bajo esa turbulenta y gris lámina líquida era imposible distinguir, salvo por unos pocos árboles pequeños y arbustos que manchaban la zona arenosa, dónde el agua tenía una profundidad de unos centímetros y dónde era lo suficientemente profunda como para que uno de los Mark V de Wefer pasara por el fondo sin ser visto. Cletus le advirtió a su fuerza de ataque que permaneciera lo más cerca que pudiera del centro de las líneas enemigas de manera que evitara caer en aguas más profundas que los arrastraría corriente abajo.

Los atacantes se detuvieron detrás del refugio que les brindaba la última hilera de casas y recompusieron sus líneas. El enemigo sólo se encontraba a unos pocos cientos de metros.

—De acuerdo —ordenó Cletus desde su teléfono de campaña—. ¡Avancen!

La primera oleada de atacantes salió de sus lugares de escondite y cargó hacia adelante en una carrera zigzagueante. Detrás, sus compañeros, y los que permanecían en los puntos fuertes a lo largo de lo que fuera el cuello de tierra, abrieron fuego sobre el enemigo con misiles.

Las tropas neolandesas, aún situadas en el terreno seco ligeramente más alto al pie de los riscos, contemplaron perplejos la repentina aparición de soldados armados con rifles que se abalanzaban sobre ellos con un intento aparentemente suicida. Antes de que pudieran reaccionar, la primera oleada de hombres se había cubierto detrás de cualquier cosa que pudiera protegerlos, y la segunda línea de ataque ya había emprendido la carrera.

Los neolandeses no comenzaron a reaccionar hasta que el tercer grupo de hombres inició el ataque. Pero por entonces, el fuego atacante —al igual que los disparos automáticos levemente más pesados que salían de los puntos fuertes defensivos— empezaba a diezmar a sus líneas de vanguardia. Durante un momento, la incredulidad osciló al borde del pánico. Las tropas neolandesas habían tenido la impresión de que sólo encontrarían una fuerza minúscula de oposición en Dos Ríos..., y que todo se reduciría a una cuestión de sacar de sus escondites a grupitos de resistencia y nada más. A cambio de ello, estaban siendo atacados por lo que claramente era un número mucho mayor de Dorsais de lo que les habían hecho creer. La primera línea neolandesa flaqueó y retrocedió un poco, empujando a las tropas que tenían a sus espaldas, que por entonces intentaban avanzar para ver qué ocurría.

La confusión era suficiente como para aumentar el pánico temporal. Los soldados neolandeses, que nunca antes habían luchado en una batalla abierta, y a pesar de las modernas armas que les suministraba la Coalición, perdieron la cabeza y comenzaron a hacer aquello que cualquier soldado veterano hubiera evitado. Aquí y allí abrieron fuego con las armas de energía sobre las figuras que cargaban contra ellos.

Al primer toque de los incandescentes rayos de las armas, las poco profundas aguas explotaron en nubes de vapor..., y en pocos segundos los Dorsai quedaron tan efectivamente ocultos como si los neolandeses hubieran creado una cortina de humo para ayudarles.

Cuando vieron los resultados, los pocos soldados de la vanguardia enemiga se dispersaron con un terror absoluto. Dieron media vuelta y comenzaron a abrirse paso violentamente a través de las filas que había detrás de ellos.

—¡Atrás! —ordenó Cletus a los Dorsai, que aún atacaban, a través del teléfono. Ya que, a pesar de la momentánea seguridad del vapor que les envolvía vio en la pantalla de análisis, aunque estaba un poco oscurecida, que el escaso número de sus soldados se encontraba ya demasiado cerca del masivo contingente de la fuerza

neolandesa.

—¡Retrocedan hasta el punto de partida! ¡Hemos conseguido lo que nos proponíamos!

Cubiertos todavía por la seguridad del vapor, los Dorsai dieron la vuelta y retrocedieron. Antes de que se encontraran a salvo en la protección que les brindaban las casas, el vapor del agua se aclaró. Sin embargo, el frente neolandés aún se hallaba sumido en el caos, y únicamente unos pocos disparos aislados les siguió hasta que estuvieron completamente a resguardo.

Cletus los llevó de nuevo al cuartel general Dorsai y descendió rígidamente del vehículo de combate, cuyo colchón de aire lo mantenía por encima de dos metros de agua que golpeaba contra la parte superior de los escalones que conducían a la entrada principal del edificio. De un salto llegó desde la nave al umbral de la entrada y cojeó lleno de fatiga al interior, en dirección a la sala de mando.

Estaba atontado por el cansancio y varias veces trastabilló a medida que avanzaba. Uno de los jóvenes oficiales del edificio se acercó para sujetarle del brazo, mas Cletus con un gesto lo apartó. Siguió cojeando inseguramente hacia la sala de mando, donde Hachan se volvió de la pantalla de análisis para mirarlo.

—Muy bien hecho, señor —comentó Hachan lenta y suavemente—. Brillante.

—Sí —replicó Cletus con voz apagada, demasiado cansado para emitir palabras modestas. En la pantalla que había delante de él los neolandeses poco a poco retornaban al orden. Ahora se encontraban sólidamente agrupados al pie del risco—. Todo ha acabado.

—Aún no —dijo Hachan—. Todavía podemos mantenerlos alejados un poco más.

—¿Mantenerlos alejados? —La habitación pareció oscilar y amenazaba con girar vertiginosamente alrededor de los irritados ojos de Cletus—. No tendrá que mantenerlos alejados. Quiero decir que todo ha acabado. Hemos ganado. —¿Ganado?

Como a través de una creciente niebla, Cletus vio que Eachan le miraba de manera extraña. Con cierta torpeza, Cletus se acercó a la silla más próxima y se sentó.

—Dígale a Marc que no les permita llegar a la cima del risco a menos que se rindan —se escuchó a sí mismo decir como desde una larga distancia—. Ya lo verá.

Cerró los ojos, y pareció caer como una piedra hacia la oscuridad. La voz de Eachan le llegó desde arriba.

—¡... Médico, aquí! —Rugía Eachan—. ¡Maldición, apresúrese! De esta manera Cletus se perdió el final de la batalla de Dos Ríos. Desde el instante del momentáneo pánico de los neolandeses al ser atacados por los Dorsai bajo el mando de Cletus, los problemas comenzaron a acosar a los seis mil soldados de Neulandia. Les tomó más de media hora reinstaurar el orden y prepararse para avanzar otra vez sobre el pueblo. Sin embargo, durante todo ese tiempo, el nivel del río, incrementado por el trabajo de los Mark V de Wefer, había estado subiendo. En ese momento ya se hallaba a la altura misma de las rodillas de los neolandeses, y el miedo comenzó a posar sus frías

manos sobre ellos.

Delante les aguardaban más tropas Dorsai que las que habían esperado. Por lo menos las suficientes como para que éstos no dudaran en montar un ataque sobre ellos. Continuar la marcha les podría hacer caer en una trampa. Además, si seguían avanzando penetrarían decididamente en aguas que cada vez eran más profundas. Incluso los oficiales estaban indecisos..., y la cautela se mostraba como la mejor parte del valor. Dieron la orden de retirada.

De forma ordenada, las dos mitades de la fuerza invasora neolandesa se separaron y comenzaron a retroceder por las llanuras del río por las que habían venido. No obstante, a medida que retrocedían, el ancho de la llanura, a ambos lados, se estrechó, y pronto los hombres que se hallaban más alejados del risco se encontraron chapoteando en aguas cada vez más hondas, con las corrientes empujándolos.

A medida que más tropas neolandesas, esforzándose, salpicando y pidiendo ayuda, eran arrastradas hacia la corriente del río principal, una nueva sensación de pánico comenzó a surgir en las filas de aquellos que aún se encontraban en aguas poco profundas. Empezaron a amontonarse y a empujarse para estar cerca del risco. Pronto su organización se fue desvaneciendo. En unos minutos, se vio que los soldados rompían filas y comenzaban a escalar directamente los riscos hacia la seguridad que les brindaría el terreno alto que tenían por encima de sus cabezas.

Sin embargo, fue en ese preciso instante cuando Marc, siguiendo las órdenes escritas que le diera antes Cletus, le ordenó a sus Dorsais que se alinearan en la cima del risco y dispararan hacia los que intentaban refugiarse de las aguas desbocadas... Ya todo había acabado menos el griterío.

Ni siquiera tuvieron que pedirles a los neolandeses que se rindieran. Los colonos con uniforme, llenos de terror, que habían venido por las montañas desde más allá del Paso Etter arrojaron sus armas y empezaron a subir la pendiente con las manos sobre la cabeza; al principio sólo fueron unos pocos, luego mayoría. Para cuando el sol rozaba el horizonte occidental, más de seis mil soldados —luego se descubriría que era más del 70 por ciento del ejército de Neulandia— se sentaban agrupados, custodiados como prisioneros por las armas de sus guardias Dorsai.

Pero Cletus, aún inconsciente, no sabía nada de lo que ocurría. En una de las habitaciones del cuartel general Dorsai en Dos Ríos, un médico protésico que había llegado desde Bakhalla, se erguía después de examinar la hinchada rodilla izquierda de Cletus con la gravedad reflejada en su rostro.

—¿Cuan serio es, doctor? —le preguntó Eachan Khan bruscamente—. Se va a poner bien, ¿verdad?

El médico sacudió la cabeza y miró a Eachan abiertamente.

—No, no se curará —respondió el doctor—. Va a perder la pierna por encima de la rodilla.

—Articulaciones para el tobillo y rodilla protésica..., de hecho, los miembros protésicos inferiores —explicó el médico con paciencia— son realmente excelentes. Dentro de un par de meses, una vez que se haya adaptado a la unidad artificial, verá que tiene casi tanta movilidad como cuando cojeaba. Por supuesto, a nadie le agrada enfrentarse a una amputación, no obstante...

—No es el pensamiento de la amputación lo que me preocupa —interrumpió Cletus—. Debo hacer cosas que requieren dos piernas de carne y hueso. Quiero un trasplante quirúrgico.

—Lo sé —respondió el doctor—. Sin embargo, recuerde que le hicimos pruebas y descubrimos que posee un nivel de rechazo absoluto. La evidencia indica que es un caso de rechazo psicológico y no físico. Si ése es el caso, todas las drogas supresoras de inmunidad existentes no pueden ayudarle. Podemos colocarle la pierna, mas su cuerpo la rechazará.

—¿Está usted seguro de que es una cuestión psicológica? —inquirió Cletus.

—Su historial médico muestra que tiene usted una resistencia constante y definitiva a la hipnosis, incluso bajo el efecto de drogas inductoras —respondió el médico—. Casi siempre encontramos esa clase de resistencia en gente que exhibe un rechazo psicológico a los órganos injertados, y siempre que esto ocurre descubrimos que —sin excepción— se trata de un caso de rechazo psicológico. Pero como quiero probarlo, he traído conmigo una de las más nuevas drogas parahipnóticas sintéticas. Le mantiene consciente hasta niveles seguros de dosis, pero anestesia por completo la voluntad. Si usted puede resistir la hipnosis con eso en su cuerpo, entonces la resistencia estaría situada por debajo de los niveles que incluso la psiquiatría puede alcanzar. Probablemente se trataría de un problema genético. ¿Quiere probarla?

—Hagámoslo —aceptó Cletus.

El doctor rodeó el antebrazo de Cletus con una banda atomizadora de droga hipnótica, con el cilindro del rociador colocado sobre una arteria. El nivel del líquido en el cilindro era visible. Situando el dedo pulgar y el meñique a ambos lados del brazo de Cletus donde estaba colocada la banda, el médico puso la yema de su dedo índice en el botón del atomizador.

—Insistiré en preguntarle su nombre —le dijo—. Trate de no revelármelo. A medida que usted continúe con su negativa, yo seguiré subiendo el nivel de la dosis. ¿Preparado? .

—Adelante —repuso Cletus.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó el doctor.

Cletus sintió el frío aliento del atomizador hipnótico contra la piel de su antebrazo.

Cletus sacudió la cabeza.

—Dígame su nombre —repitió el médico.

Cletus volvió a sacudir la cabeza. La fría sensación del atomizador continuó. Levemente sorprendido, no sintió ningún mareo ni alguna otra indicación de que le droga surtía efecto en él.

—Dígame su nombre.

—No.

—Dígame su nombre...

El interrogatorio prosiguió y Cletus constantemente se negó a revelarlo. Abruptamente, sin previo aviso, la habitación pareció llena de una niebla blanca. Su cabeza dio vueltas, y eso fue lo último que recordó.

Volvió en sí cansado y vio que el doctor estaba al lado de la cama. Ya no tenía el atomizador hipnótico en el brazo.

—No —comentó el doctor con un suspiro—. Ha resistido hasta el punto de perder el conocimiento. No tiene ningún sentido que intentemos un trasplante.

Cletus le miró casi con frialdad.

—En ese caso —le pidió—, ¿le diría a Mondar, el Unificador Exótico, que me gustaría hablar con él?

El doctor abrió la boca como para decir algo, mas enseguida la cerró de nuevo, asintió y salió de la habitación.

Una enfermera se asomó por la puerta.

—El general Traynor ha venido a verle, coronel —le comunicó—. ¿Se siente bien para recibirle?

—Perfectamente —contestó Cletus.

Presionó el botón del costado de la cama que elevaba la sección del torso y la colocó hasta quedar casi sentado, Bat atravesó el umbral de la puerta, se detuvo al lado de la cama y bajó la vista, contemplándole; su rostro era como una máscara de piedra.

—Siéntese, señor —le invitó Cletus.

—No me quedaré aquí tanto tiempo —repuso Bat. Dio media vuelta y cerró la puerta de la habitación. Luego se giró y miró a Cletus con ojos centelleantes.

—Sólo tengo que decirle dos cosas —continuó—. Cuando por fin rompí la puerta del gabinete de armas de su oficina y conseguí una pistola con la que destrozar los goznes de la puerta, ya era domingo por la tarde, por lo que me aseguré de salir secretamente de la ciudad y llamé al coronel Dupleine como si nada hubiera ocurrido. Creo que le alegrará saber que no airearé el asunto. La versión oficial es que tuve un pequeño accidente el viernes por la tarde en las afueras de Bakhalla. Mi coche se salió del camino; quedé inconsciente y atrapado en su interior. No fui capaz de salir hasta el domingo. También, y de manera oficial, lo que usted hizo en Dos Ríos al capturar a los neolandeses fue bajo mis órdenes.

—Gracias, señor —comentó Cletus.

—No me lo agradezca —rugió Bat—. Usted sabía que yo sería lo suficientemente inteligente como para no organizar un escándalo por la manera en que se deshizo de

mí hasta que yo me enterara lo que había en juego. Sabía que yo me comportaría como lo hice. Por lo que le pido que no mantengamos la farsa. Usted me encerró y nadie se enterará jamás de ello. Sin embargo, capturó a dos tercios del ejército de Neulandia y yo voy a ser el que se lleve el mérito de la acción en Ginebra. Así es como son las cosas..., y ésta es una de las dos cuestiones que quería tratar con usted. Cletus asintió.

—La otra es la siguiente —prosiguió Bat—: lo que hizo allí en Dos Ríos es una demostración extraordinaria de don de mando y estrategia. Lo reconozco y puedo admirarlo. Pero no por ello tengo que admirarlo a usted. No me gusta cómo trabaja, Grahame, y no le necesito..., de la misma forma que la Alianza tampoco le necesita. El segundo asunto que quería plantearle es el siguiente: quiero su dimisión. La quiero sobre mi escritorio en cuarenta y ocho horas. Luego puede regresar a casa y escribir sus libros siendo un civil. Cletus le observó con tranquilidad.

—Ya he entregado mi dimisión como oficial del Servicio Militar de la Alianza —le comunicó—. También entrego mi nacionalidad como ciudadano de la Tierra. He presentado la petición para obtener la nacionalidad Dorsai, y ha sido aceptada.

Las cejas de Bat se alzaron. Por una vez su duro y competente rostro casi pareció estúpido.

—¿Deja la Alianza? —preguntó—. ¿Por completo?

—Lo único que hago es emigrar —repuso Cletus. Le dirigió una cierta sonrisa a Bat—. No se preocupe, general. Al igual que usted, yo tampoco tengo interés en hacer público que permaneció casi todo el fin de semana encerrado en mi oficina. Explicaremos que un espía neolandés entró en mi despacho, se vio atrapado en su interior y logró escapar.

Sus ojos se encontraron. Después de un segundo, Bat sacudió la cabeza.

—De todas formas —le dijo—, no volveremos a vernos ya. Dio media vuelta y se marchó. Cletus permaneció contemplando el techo hasta que se quedó dormido.

Mondar no apareció hasta la tarde del día siguiente; se disculpó por no venir antes.

—Me enviaron el mensaje en el que me decían que usted quería verme a través del correo regular —explicó mientras se sentaba en una silla al lado de la cama de Cletus—. Evidentemente, su buen doctor no vio ninguna urgencia cuando le pidió que me llamara.

—No —corroboró Cletus—. Se encuentra más allá de su terreno de conocimiento.

—Supongo que asumió que yo, como cualquiera de nuestros Exóticos, me vería obligado a decirle que tampoco podría ayudarle —comentó Mondar despacio—. Me temo que tal vez tenga razón. Llamé al hospital una vez que recibí su mensaje y hablé con alguien a quien conozco y que pertenece al cuadro médico. Me comunicó que su problema radica en un rechazo psicológico casi definitivo a cualquier trasplante de órganos.

—Así es —confirmó Cletus.

—Me dijo que lo que usted cree es que yo..., o cualquier otro Exótico, trabajando a su lado, podría tener éxito en superar tal reacción psicológica el tiempo suficiente hasta que se le injerte una pierna sana.

—¿No es posible? —Cletus contempló atentamente al Exótico mientras se lo preguntó.

Mondar bajó la vista y alisó la túnica azul que le cubría sus rodillas cruzadas. Luego miró de nuevo a Cletus.

—No es imposible —repuso—. Digamos que sería posible en el caso de alguien como yo, que he sido entrenado en los terrenos del autocontrol mental y físico desde niño. Si lo deseo, puedo ignorar el dolor, incluso puedo ordenarle a mi corazón, por simple acto de voluntad, que deje de latir. También podría, en caso necesario, suprimir mis reacciones de inmunidad..., aunque sufriera la clase de rechazo psicológico que le aflige a usted... Cletus, usted posee una enorme cantidad de talento innato, pero nunca ha tenido mis años de entrenamiento. Aún con mi ayuda no sería capaz de controlar los mecanismos de rechazo de su cuerpo.

—Usted no es el único que puede ignorar el dolor —dijo Cletus—. Yo también puedo hacerlo.

—¿De verdad? —Mondar pareció interesado—. Ahora que lo pienso, supongo que sí. Tanto la primera vez que estuvo en el Paso Etter, como ahora en Dos Ríos cuando se lesionó la rodilla de nuevo, se mantuvo bastante tiempo en movimiento cuando tal acción debería haber resultado intolerable.

Sus ojos se entrecerraron un poco, pensativos.

—Contésteme..., ¿niega el dolor..., quiero decir si se niega a admitir la presencia del dolor? ¿O lo *ignora*..., esto es, permanece consciente de que la sensación se encuentra ahí mas usted no permite que dicha sensación le afecte?

—Lo ignoro —respondió Cletus—. Comienzo por relajarme hasta el punto que llego a sentirme como si flotara. Ya esa relajación de por sí me evita bastante el dolor. Luego ataco lo que queda y, en mayor o menor medida, elimino todo lo restante. Lo que permanece en mi interior es una especie de sensación de presión. Puedo saber si aumenta o disminuye, o si desaparece por completo, sin embargo, no me molesta en lo absoluto.

Mondar asintió con lentitud.

—Muy bien. De hecho, para alguien que se ha entrenado solo, inusualmente bien —dijo—. ¿Puede controlar sus sueños?

—Hasta cierto punto —repuso Cletus—. Antes de dormirme puedo establecer un problema mental y resolverlo mientras duermo..., a veces con la forma de un sueño. También puedo solucionar los problemas del mismo modo mientras estoy despierto, haciendo que una zona de mi mente se desconecte del resto mientras la otra parte de mi mente y cuerpo funcionan con el piloto automático, por decirlo de alguna manera.

Mondar le observó. Entonces sacudió la cabeza en un gesto de admiración.

—Me sorprende, Cletus —comentó el Exótico—. ¿Intentaría algo por mí? Mire a la pared que hay a su izquierda y dígame lo que ve.

Cletus giró la cabeza y contempló la extensión vertical y lisa, pintada de blanco, de la pared. Sintió un leve escozor en un lado de su cuello, justo detrás y debajo de su oreja derecha..., seguido de una repentina explosión de dolor en el lugar del que provenía el escozor, como el dolor producido por el veneno del aguijón de una abeja al instante de haberte picado. Cletus respiró con calma; cuando el aire abandonó sus pulmones, la violencia carmesí perteneciente al dolor quedó borrada, haciéndose poco importante. Volvió a mirar a Mondar.

—Obviamente —comentó—, no vi nada.

—Por supuesto. Sólo fue un truco para que usted volviera la cabeza —explicó Mondar, guardando lo que parecía una miniatura de lápiz mecánico en su túnica—. Lo asombroso es que no fui capaz de medir ningún movimiento de la piel, y eso es una reacción física. Está claro que su cuerpo no tiene la menor duda sobre su capacidad para manejar rápidamente el dolor. —Dudó y luego prosiguió—: Muy bien, Cletus, trabajaré con usted. Pero creo que es justo que le advierta que aún no veo ninguna posibilidad real de éxito. ¿Cuándo quiere que le hagan el trasplante?

—No quiero que me lo hagan —repuso Cletus—. Creo que tiene toda la razón sobre la imposibilidad de suprimir mi mecanismo de rechazo. De manera que intentaremos otra cosa. Como parece casi imposible, probemos con una cura milagrosa.

—Milagrosa... —Mondar repitió lentamente la palabra.

—¿Por qué no? —preguntó Cletus con buen humor—. Se ha sabido de curas milagrosas a lo largo de los siglos. Suponga que me someto a una operación puramente simbólica. Falta carne y hueso de mi rodilla izquierda donde la unidad protésica fue implantada quirúrgicamente después de ser herido hace años. Quiero que se extraiga ese implante y que se trasplanten algunas porciones pequeñas, casi simbólicas, de carne y hueso de la zona equivalente de mi rodilla derecha en la parte donde la carne y huesos originales faltan en la izquierda. Luego tapamos ambas rodillas con una escayola..., —sus ojos se fijaron en los de Mondar—... y usted y yo nos concentramos duramente mientras se desarrolla el proceso de cura.

Mondar permaneció sentado durante un segundo. Luego se incorporó.

—Eventualmente, cualquier cosa es posible —murmuró—. Ya le he dicho que le ayudaría. Mas esto es algo que hay que meditar y que requiere algunas consultas con mis compañeros Exóticos. Volveré a verle en un día o dos.

A la mañana siguiente Cletus recibió la visita de Eachan Khan y de Melissa. Eachan entró primero, solo. Se sentó rígidamente en la silla que había al lado de la cama de Cletus. Cletus, reclinado contra el respaldo de la cama, miró al hombre mayor con intensidad.

—Tengo entendido que intentarán algo que pueda curar su rodilla —le comentó Eachan.

—He pulsado algunos resortes —respondió Cletus con una sonrisa.

—Sí. De todas formas, buena suerte —Eachan apartó la vista y miró durante un momento por la ventana de la habitación, luego volvió a contemplar a Cletus—. Pensé en traerle los buenos deseos de nuestros soldados y oficiales —comentó—. Les prometió una victoria y casi sin ninguna baja..., y eso es lo que les dio.

—Prometí una batalla —corrigió Cletus con delicadeza—. Y tenía la esperanza de que no sufriéramos muchas bajas. Además, ellos merecen casi todo el mérito por el modo en que ejecutaron las órdenes de batalla.

—¡Tonterías! —exclamó Eachan con brusquedad. Carraspeó—. Todos saben que usted va a emigrar con los Dorsais. Están muy contentos por ello. Al margen, parece que su petición ha provocado una pequeña avalancha de emigrantes. Ese joven teniente que tiene por ayudante también lo ha solicitado y piensa incorporarse apenas se cure su hombro.

—Lo aceptó, ¿verdad? —inquirió Cletus.

—Oh, claro —repuso Eachan—. Los Dorsais aceptan a cualquier militar con buen expediente. No obstante, tendrá que pasar por nuestra escuela de oficiales si quiere mantener la misma graduación con nosotros. Marc Dodds le advirtió que no existía ninguna garantía de que lo lograra.

—Lo hará —afirmó Cletus—. Ah, me gustaría saber su opinión sobre algo..., ahora que yo mismo ya soy un Dorsai. Si suministro los fondos para la subsistencia, el equipo y el campo para el entrenamiento, ¿cree que sería capaz de reunir a un cuerpo de oficiales y hombres en número suficiente para formar un regimiento que deseen invertir un tiempo de seis meses en un programa totalmente nuevo de entrenamiento..., si les garantizo que al final de ese período podrán encontrar empleo con un incremento del cincuenta por ciento de su paga actual?

Eachan se le quedó mirando.

—Seis meses es mucho tiempo para que un soldado profesional viva en un nivel de subsistencia —contestó pasado un momento—. Sin embargo, después de lo de Dos Ríos, creo que se puede hacer. No es sólo la esperanza de una mejor paga, con lo que ello significa para muchos de estos hombres que tienen sus familias en el planeta Dorsai, lo que les puede decidir, sino la mayor posibilidad de sobrevivir y regresar con sus seres queridos que usted les proporcionará. ¿Quiere que lo averigüe?

—Se lo agradecería —dijo Cletus.

—De acuerdo —repuso Eachan—. ¿De dónde sacará el dinero para todo ello?

Cletus sonrió.

—Tengo a algunas personas en mente —comentó—. Se lo explicaré más adelante. Por supuesto, comuníqueles a los oficiales y a los hombres con los que hable que todo está condicionado a que encuentre la financiación.

—Claro —Eachan se acarició el bigote—. Melly espera fuera.

—¿Sí? —preguntó Cletus.

—Sí. Le pedí que esperara mientras yo hablaba primero con usted sobre unos

asuntos privados...

Eachan vaciló. Cletus aguardó.

La espalda de Eachan estaba tan recta como la vara de un agrimensor. Su mandíbula se hallaba firmemente cerrada y la piel de su rostro era como metal labrado.

—¿Por qué no se casa con ella? —inquirió bruscamente.

—Hachan... —Cletus se contuvo, deteniéndose—. De todas formas, ¿qué le hace pensar que Melissa querría casarse conmigo?

—Usted le gusta —dijo Eachan—. A usted le gusta ella. Harían una buena pareja. Toda ella es casi corazón y usted casi todo cerebro. Les conozco a los dos mejor de lo que se conocen mutuamente.

Cletus sacudió la cabeza despacio, por primera vez sin encontrar palabras para una réplica rápida.

—Oh, ya sé que ella actúa como si conociera todas las respuestas, y también se comporta como si quisiera manejar mi vida, y la suya y la de todo el mundo —continuó Hachan—. Mas no puede evitarlo. ¿Sabe?, se preocupa por la gente..., quiero decir que la siente tal como realmente es en su interior, más allá de las apariencias. Es como su madre en eso. Y es joven. Siente que algo le ocurre a una persona y no ve por qué no obra exactamente como ella cree que debería hacerlo. Pero aprenderá con el tiempo.

Cletus sacudió la cabeza de nuevo.

—¿Y yo? —preguntó—. ¿Qué le hace pensar que aprenderé?

—Inténtelo. Averígüelo —replicó Eachan.

—¿Y si lo estropeo todo? —Cletus le miró con un aire bastante sombrío.

—En ese caso, por lo menos la habría salvado de deCastries —repuso Eachan con franqueza—. Ella se dejará atrapar por él para hacer que yo la siga... a la Tierra. Y lo haré, para recoger sus trozos. Ya que eso es lo único que quedará de ella después...: trozos. Con algunas mujeres no ocurriría esto, pero yo conozco a mi Melly. ¿Quiere que la tenga deCastries?

—No —contestó Cletus con repentina tranquilidad—. Y no la tendrá. Eso sí se lo puedo prometer.

—Quizás —dijo Eachan y se puso de pie. Giró sobre sus tacones a la vez que le comunicaba antes de salir—: Le diré que pase.

Un momento después, Melissa apareció en el umbral de la puerta. Le sonrió abierta y sinceramente a Cletus, entró y fue a sentarse en la misma silla que había dejado vacante Eachan.

—Van a curarle la rodilla —comentó—. Me alegro.

Él la miró sonreír. Y durante un segundo sintió una sensación física real en su pecho, como si su corazón se hubiera conmovido al verla. Por un momento lo que acababa de exponer Eachan resonó en sus oídos, y la distancia que la vida y la gente le habían enseñado a mantener a su alrededor amenazó con evaporarse.

—Yo también —se escuchó responder.

—Hoy he estado hablando con Arvid... —La voz de ella se apagó. Vio sus ojos azules fijos en los suyos, como si estuviera hipnotizada, instante en el que se dio cuenta de que la había atrapado con su propia mirada implacable.

—Melissa —comenzó él con lentitud—, ¿que me dirías si te pidiera que te casaras conmigo?

—Por favor... —Su voz apenas llegó en un susurro. Él bajó los ojos, liberándola; ella giró la cabeza a un lado y le dijo—: Sabes que debo pensar en papá, Cletus.

—Sí —repuso él—. Por supuesto.

Ella volvió a mirarle dirigiéndole repentinamente su luminosa sonrisa y puso su mano en una de las de él, que reposaba sobre la cama.

—He venido a verte porque deseaba hablar muchas cosas contigo —comentó—. Sabes que de verdad eres un hombre notable.

—Lo soy, ¿no es cierto? —repuso él y logró esbozar una sonrisa.

—Sabes que sí —afirmó ella—. Has hecho todo de la forma que dijiste que lo harías. Le has ganado la guerra a Bakhalla y tan sólo en unas pocas semanas con la única ayuda de las tropas Dorsai. Y resulta que ahora tú mismo te trasladarás a su planeta. Ya no hay nada que te impida escribir tus libros. Todo ha acabado.

El dolor se asentó en su interior..., y esa distancia que siempre mantuvo se cerró a su alrededor. De nuevo se encontraba solo entre gente que no le comprendía.

—Me temo que no —dijo—. No ha acabado. Únicamente ha finalizado el primer acto. En realidad, ahora es cuando todo comienza.

Ella le observó.

—¿Comienza? —repitió—. Si Dow se marcha de regreso esta noche a la Tierra. Ya no volverá por aquí.

—Creo que sí lo hará —comentó Cletus.

—¿Que va a retornar? ¿Por qué debería hacerlo?

—Porque es un hombre ambicioso —respondió Cletus—, y porque yo le indicaré el camino para incrementar esa ambición.

—¿Ambición! —La voz de ella tuvo un eco de incredulidad—. Es uno de los cinco hombres que ostentan el rango de Primer Secretario del Consejo Supremo de la Coalición. En sólo uno o dos años conseguirá, de manera inevitable, un sillón en el mismo Consejo. ¿Qué más podría desear? ¡Mira todo lo que ya tiene!

—No apagas la ambición alimentándola, del mismo modo que no apagarías un incendio con más fuego —repuso Cletus—. Para un hombre ambicioso, lo que posee no es nada. Lo que cuenta es lo que no tiene.

—¿Y qué es lo que no tiene? —Ella estaba sinceramente perpleja.

—Todo —contestó Cletus—. Una Tierra unificada, bajo su mando, y que controle todos los mundos exteriores, de nuevo, bajo su mando.

Ella le miró.

—¿La Alianza y la Coalición combinadas? —inquirió—. Eso es imposible. Nadie

está al tanto de ello mejor que Dow.

—Planeo enseñarle que sí es posible —dijo Cletus.

Un ligero toque de enfado enrojeció sus mejillas.

—Planeas... —Se detuvo—. ¡Debes pensar que soy una especie de tonta cuando permanezco aquí sentada y te escucho hablar así!

—No —replicó él con cierta tristeza—, no más que el resto de la gente. Tenía la esperanza de que por primera vez creyeras en mis palabras.

—¡Creer en tus palabras! —Súbitamente, y para su propia sorpresa, la poseía una furia ciega—. Tuve razón cuando te conocí y comenté que eras como papá. Todo el mundo cree que él es sólo su uniforme y nada más, y lo verdadero del asunto es que eso apenas le importa. Casi todo el mundo piensa que tú eres todo metal frío, calculador e implacable. Bueno, pues deja que te diga algo..., no engañas a todo el mundo. No logras engañar a papá ni tampoco a Arvid. ¡Y, lo que es más importante, no me engañas a mí! A ti te importa la gente, al igual que a papá le importa la tradición..., la tradición del honor, el coraje y la verdad y todas esas cosas en las que nadie piensa ya. Eso es lo que le arrebataron en la Tierra, y es lo que yo pienso conseguirle otra vez cuando consiga que vuelva, aunque tenga que llevarlo a la fuerza..., porque él es como tú. Hay que obligarle a que se preocupe por sí mismo y consiga lo que de verdad quiere.

—¿Te has detenido alguna vez a pensar —preguntó Cletus con calma cuando ella terminó— que quizás haya vuelto a encontrar la tradición con los Dorsai?

—¿Tradición? ¿Con los Dorsai? —el desprecio le dio un tono cortante a su voz—. ¡Un mundo lleno de una colección de exsoldados que se juegan la vida en las mezquinas guerras de otra gente por una paga apenas superior a la de un programador de herramientas! ¿Tú puedes encontrar tradición en eso?

—Una tradición futura —comentó Cletus—. Creo que Eachan ve el futuro mucho mejor que tú, Melissa.

—¿Y a mí qué me importa el futuro? —Ella se había puesto de pie y bajó la vista para mirarlo—. Quiero que él sea feliz. Puede ocuparse de todos menos de sí mismo. Yo tengo que preocuparme por él. Cuando era una niña mi madre me pidió —a mí— que le cuidara. Y lo haré.

Giró en redondo y se encaminó a la puerta.

—Y él es la única persona de la que cuidaré —gritó, deteniéndose y girando para encararse con Cletus de nuevo—. Si piensas que también me ocuparé de ti, ¡será mejor que cambies de idea! Así que continúa, juégate la vida dos veces por algún elevado principio..., ¡cuando podrías establecerte y realizar contactos humanos y escribir buenos libros, que es para lo que has nacido!

Salió de la habitación. La puerta estaba demasiado bien diseñada como para que tronara detrás de ella al cerrarse, mas eso fue lo único que lo impidió.

Cletus se recostó contra las almohadas y contempló la desierta, blanca e indiferente pared que tenía enfrente. La habitación del hospital parecía más vacía que

nunca.

Sin embargo, aún tuvo otro visitante antes de acabar el día. Fue Dow deCastries, precedido por Wefer Linet.

—¡Mire a quién tengo conmigo, Cletus! —exclamó Wefer alegremente—. Me encontré con el Secretario en el Club de Oficiales, donde estaba almorzando con algunos Exóticos, cuando me dijo que le felicitara en su nombre por la excelencia de sus pensamientos militares abstractos..., en oposición a todo lo que afectaba la situación de Bakhalla y los neolandeses. Le sugerí que viniera conmigo y lo hiciera personalmente. ¡Y aquí está!

Se hizo a un lado y retrocedió, dejando que Dow se adelantara. Por la espalda del hombre más alto, Wefer le guiñó un ojo ostensiblemente a Cletus y añadió:

—Debo hacer unos trámites aquí en el hospital. Vuelvo en un minuto.

Salió de la habitación y cerró la puerta detrás suyo. Dow observó a Cletus.

—¿Tenía que usar a Wefer como una excusa? —le preguntó Cletus.

—Fue conveniente —Dow se encogió de hombros y dio por zanjado el tema—. Por supuesto, mis felicitaciones.

—Claro —repuso Cletus—. Gracias. ¿Por qué no se sienta?

—Prefiero seguir de pie —declinó Dow—. Me han dicho que se traslada a enterrarse en el planeta Dorsai. ¿Se dedicará a escribir sus libros?

—Todavía no —contestó Cletus.

Dow enarcó las cejas.

—¿Le queda algo más por hacer aún?

—Primero hay que liberar a media docena de mundos y a unos pocos miles de millones de personas.

—¿Liberarlos? —Dow sonrió—. ¿De la Coalición?

—De la Tierra.

Dow sacudió la cabeza. Su sonrisa se hizo irónica.

—Le deseo buena suerte —dijo—. ¿Y todo ello con el fin de escribir unos cuantos volúmenes?

Cletus permaneció en silencio. Se irguió en la cama como si esperara. La sonrisa de Dow se desvaneció.

—Tiene razón —reconoció Dow con un tono de voz diferente, aunque Cletus aún no había hablado—. Queda poco tiempo, y yo regreso a la Tierra esta tarde. Quizás le vea allí..., ¿en seis meses?

—Me temo que no —respondió Cletus—. Sin embargo, espero verle fuera de ella..., entre los nuevos mundos. ¿Digamos en el plazo de dos años?

Los ojos negros de Dow se tornaron fríos.

—Cletus, usted me subestima demasiado —repuso—. No he nacido para ser un segundón.

—Yo tampoco —explicó Cletus.

—Sí —dijo Dow despacio—, ya veo. Creo que después de todo nos

encontraremos... —Su sonrisa retornó súbitamente a su rostro, era un fina línea—..., en Phillippi.

—Nunca existió otro lugar para nuestro encuentro —afirmó Cletus.

—Creo que tiene razón. Muy bien —comentó Dow. Retrocedió y abrió la puerta—. Deseo que tenga una buena recuperación de la pierna.

—Y usted un viaje seguro a la Tierra —observó Cletus.

Dow dio media vuelta y se marchó. Varios minutos después la puerta se abrió de nuevo y la cabeza de Wefer se asomó por el marco.

—¿Ya se ha ido deCastries? —preguntó Wefer—. No se quedó mucho tiempo.

—Nos dijimos lo que teníamos que decirnos —respondió Cletus—. No tenía mucho sentido que permaneciera más tiempo.

Tres días más tarde, Mondar se presentó en la habitación de Cletus.

—Bien, Cletus —comentó mientras se sentaba en la silla al lado de su cama—, he pasado la mayor parte del tiempo desde la última vez que nos vimos, estudiando su situación con otros miembros de nuestro grupo más experimentados que yo con algunos aspectos de lo que usted me sugirió. Juntos hemos trazado un esquema de comportamiento que parece que podría dar las mayores posibilidades para el milagro que usted busca. La cuestión principal radicaba en si sería mejor para usted estar profundamente al tanto de la fisiología de sus rodillas, y el proceso de crecimiento del tejido, o si sería mejor que tuviera el menor conocimiento posible.

—¿Cuál fue la decisión? —inquirió Cletus.

—Que supiera lo menos posible —repuso Mondar—. Y ello se debe a que el estímulo para lo que, esencialmente, va a ser una reacción corporal anormal, debe provenir de un nivel muy primitivo del organismo..., y es usted ese organismo.

—¿Entonces no desea que yo visualice lo que ocurra?

—Todo lo contrario —contestó Mondar—. Debe alejar todo lo que pueda el proceso de crecimiento de cualquier zona simbólica. Su determinación para lograr dicho crecimiento tiene que ser canalizada hacia un nivel instintivo. Para conseguirlo necesitará práctica, por lo que hemos creado una serie de ejercicios que yo le enseñaré y que quiero que realice durante las siguientes dos semanas. Yo vendré aquí y trabajaremos juntos diariamente hasta que usted pueda hacerlos solo. Luego observaré hasta que piense que ha conseguido un control absoluto en las zonas necesarias. Entonces procederemos con la operación simbólica, en la cual el esquema genético de su rodilla derecha será transferido en forma de células nuevas de tejido de carne y hueso a la parte de la rodilla izquierda donde queremos que se produzca el nuevo crecimiento.

—Perfecto —dijo Cletus—. ¿Cuándo quiere que comencemos los ejercicios?

—Ahora mismo, si lo desea —repuso Mondar—. Y lo haremos olvidándonos por completo de la cuestión de sus rodillas. ¿Se le ocurre algún tema?

—El mejor del universo —asintió Cletus—. De todas formas, pensaba hablarlo con usted. Desearía pedirle prestados dos millones de UMI.

Mondar le miró durante un segundo y luego sonrió.

—Me temo que no tengo tanto conmigo —comentó—. Después de todo, en los planetas, lejos de la Tierra, dos millones de Unidades Monetarias Internacionales son bastante más escasas que en la Tierra. ¿Las necesita con urgencia?

—Con urgencia y absolutamente en serio —replicó Cletus—. Me gustaría que hablara con sus camaradas Exóticos de Bakhalla..., y de cualquier otro lugar si fuera necesario. ¿Me equivoco si creo que su organización podría prestarme esa cantidad de dinero si creyera que vale la pena?

—No, no se equivoca —repuso Mondar con lentitud—. No obstante, tiene que

admitir que se trata de un pedido inusual por parte de un excoronel de la Alianza que no posee ninguna propiedad y que ahora emigra al planeta Dorsai. ¿Qué piensa hacer con una suma de dinero como ésa?

—Crear una unidad de tipo militar totalmente nueva —contestó Cletus—. Una nueva organización, entrenamiento, equipo y emplazamientos tácticos.

—Supongo que utilizando a los mercenarios Dorsai, ¿verdad? —inquirió Mondar.

—Correcto —respondió Cletus—. Produciré una fuerza de combate que, como mínimo, será cinco veces más efectiva que cualquier unidad militar que se le pueda comparar y que exista en la actualidad. Tal fuerza será capaz de cobrar no sólo menos que la Alianza, sino incluso menos que la Coalición, cuando se trate de suministrarle una fuerza militar a las colonias distantes de la Tierra, tal como la suya. Podré incrementar la paga de los oficiales y los hombres que la compongan y todavía ofrecer una unidad efectiva por menos de lo que los mercenarios Dorsai cobraban en el pasado..., y todo porque necesitaremos menos hombres para realizar el mismo trabajo.

—¿Y usted sugiere —comentó Mondar pensativo— que semejante fuerza mercenaria podrá devolver pronto un préstamo de dos millones?

—No me cabe la menor duda al respecto —contestó Cletus.

—Posiblemente sea así —dijo Mondar—, siempre y cuando estos mercenarios de los que me habla hagan lo que usted expone que harán. ¿Mas cómo puede alguien saber eso de antemano? Cletus, me temo que nuestra organización necesitará una especie de certificado de seguridad antes de prestarle una cantidad tan grande de dinero.

—La seguridad —repuso Cletus— a veces es innecesaria cuando la reputación del que pide el préstamo es buena.

—¿No me diga que en ocasiones anteriores ya había solicitado una cantidad de dos millones de UMI? —Mondar enarcó las cejas interrogativamente.

—Me refería a una reputación militar, no financiera —explicó Cletus con calma—. Los Exóticos acaban de tener la mejor prueba posible de esa reputación militar en cuestión. Un pequeño grupo de mercenarios Dorsai, totalmente solos, tuvieron éxito en algo que una fuerza de la Alianza mucho mayor y mejor equipada no pudo hacer..., y que, esencialmente, se reduce a haber destruido a Neulandia como poder militar y ganar la guerra local para su colonia. La conclusión que se puede sacar de ello es que esta colonia suya no necesita a las fuerzas de la Alianza. Puede protegerse perfectamente a sí misma con sus mercenarios Dorsai. ¿No tengo razón?

—Ciertamente presenta un buen argumento —aceptó Mondar.

—Por lo tanto, la seguridad que ofrezco para el préstamo —expuso Cletus— es el mejor tipo de garantía en el mundo. Es la seguridad literal de esta colonia, garantizada por los mercenarios Dorsai hasta que el dinero haya sido devuelto.

—¿Qué ocurriría si... ah... —comenzó Mondar con tacto— ustedes, los Dorsai, negaran el trato? No pretendo insultarle, por supuesto, mas en asuntos como estos hay

que considerar todas las posibilidades. Si no planteo yo la cuestión, algún otro lo hará. ¿Qué ocurriría si, una vez que les prestáramos el dinero y usted hubiera reentrenado a sus tropas, se negara a pagar o a continuar garantizando la seguridad de esta colonia?

—En ese caso —contestó Cletus extendiendo las manos sobre las sábanas—, ¿qué otro nos contrataría? Los mercenarios prósperos, como los que ofrecen cualquier otro producto, cimentan su negocio sobre la base de unos clientes satisfechos. Si cogiéramos su dinero y luego no reconociéramos nuestro pacto, ¿qué otra colonia estaría dispuesta a arriesgarse a contratarnos?

Mondar asintió.

—Una buena razón —dijo.

Permaneció sentado durante un momento, su mirada perdida, como si estuviera dialogando consigo mismo en algún rincón secreto de su cerebro. Luego sus ojos se fijaron de nuevo en Cletus.

—De acuerdo —aceptó—. Transmitiré su petición de un préstamo a mis camaradas Exóticos. Espero que se dé cuenta de que eso es lo único que puedo hacer. Requerirá cierto tiempo considerar el asunto, y no le prometo muchas esperanzas de éxito. Como le he dicho, es una gran cantidad de UMI lo que está solicitando y, después de todo, no tenemos razones contundentes para prestarlas.

—Oh, sin embargo yo pienso que sí —dijo Cletus afablemente—. Si lo que creo sobre ustedes, los Exóticos, es correcto, una de sus metas es ser completamente independientes de los compromisos externos..., de manera que puedan proseguir sin interferencias el trabajo de su ideal. La ayuda militar de la Alianza ha sido positiva, aunque también les ha mantenido bajo su pulgar. Si pudieran comprar la seguridad a los soldados mercenarios sin ningún compromiso que les atara, habrían conseguido una libertad que pienso que anhelan intensamente. Un préstamo de dos millones basado en la seguridad es un riesgo pequeño ante la posibilidad de ganar esa libertad.

Miró expresivamente a Mondar. Mondar sacudió levemente la cabeza; había una expresión de admiración en ella.

—¡Cletus, Cletus —exclamó—, qué desperdicio que usted no sea un Exótico! —suspiró y se reclinó contra la silla—. Bien, transmitiré su pedido. Creo que ya es hora de que comencemos con sus ejercicios. Recuéstese e intente llegar hasta ese estado de sensación flotante que me describió. Como probablemente ya sepa, se llama «estado de regresión». Yo también me sumergiré en él. Y ahora, si ya está preparado, únase a mí en la concentración sobre ese ínfimo punto de vida, esa única célula de esperma que fue el primer centro y el comienzo de su consciencia. A esa temprana y primitiva consciencia tiene que tratar de regresar ahora.

Tres semanas más tarde, en pleno proceso de curación y con ambas piernas rígidas por una escayola alrededor de las rodillas, Cletus se balanceaba sobre unas muletas acompañado por Arvid en la terminal que había dentro de Bakhalla. Se dirigían hacia el aerobús que los conduciría a la misma zona de aterrizaje en la que

Cletus se posara cuando por primera vez llegó a Kultis un par de meses antes..., en ese momento, era imprescindible el aerobús debido a la nueva construcción del camino que conducía a la rampa una vez que la actividad de la guerrilla había cesado.

A medida que atravesaban la sala principal de la terminal, un oficial de la Alianza les interceptó el paso. Era el teniente primero Bill Athyer, y se encontraba borracho..., no lo suficiente como para no poder expresarse o caminar, pero sí para cortarles el paso con una desagradable mirada en sus ojos. Cletus se detuvo. Arvid dio medio paso adelante al tiempo que abría la boca, mas Cletus inmovilizó al joven con una mano sobre su potente brazo.

—Se marcha con los Dorsai, ¿verdad, coronel? —inquirió Athyer ignorando a Arvid—. Como todo ha quedado arreglado aquí, usted prosigue su camino, ¿verdad?

Cletus se apoyó en las muletas. Aún inclinado en esa posición, tuvo que bajar la vista para mirar los ojos inyectados en sangre de Athyer.

—Eso pensé —se rió Athyer—. Bien, señor, no quise dejar que se marchara, señor, sin darle las gracias. Podría haber tenido que enfrentarme a una comisión de investigación si no hubiera sido por usted, señor. Gracias, señor.

—No hay de qué, teniente —repuso Cletus.

—Sí, ¿verdad? Todo correcto —dijo Athyer—. Y ahora me encuentro recluido a salvo en una biblioteca en vez de enfrentarme a una sanción o a la pérdida de un galón. Ya no existe el peligro de que salga de nuevo al campo y lo estropee todo..., o, ¿quién sabe?, tal vez compensar el no haber sido tan inteligente como usted en el Paso Etter, señor.

—Teniente... —comenzó Arvid en un peligroso rugido.

—No —le detuvo Cletus aún apoyado en sus muletas—, deja que hable.

—Gracias, coronel. Gracias, señor... Maldito sea, coronel... —La voz de Athyer se quebró de súbito, con la garganta ronca—..., ¿tanto le importaba su preciosa reputación que tuvo que enterrarme vivo? ¡Al menos podría haber dejado que me enfrentara llanamente a mis errores sin una exhibicionista muestra de amabilidad por su parte! ¿No sabe que ya no tendré ninguna oportunidad de volver al campo de acción? ¿No sabe que ha acabado conmigo? ¿Qué se supone que tengo que hacer ahora, permanecer atrapado en una biblioteca el resto de mi vida militar con la única compañía de los libros?

—¡Intente leerlos! —Cletus no trató de mantener la voz baja. Le llegó con claridad a la multitud que por ese entonces estaba escuchando la conversación, y el desprecio que había en ella, por primera vez en su vida, era cruel e implacable—. De ese modo, quizás aprenda algo sobre cómo manejar a sus tropas en combate... Vámonos, Arvid.

Hizo a un lado sus muletas y rodeó a Athyer. Arvid le siguió. Detrás de ellos, a medida que la multitud se cerraba en derredor suyo otra vez, escucharon el ronco grito de Athyer:

—¡De acuerdo, los leeré! —resonó a sus espaldas—. ¡Y continuaré leyéndolos

hasta que le pille a usted... *coronel!*

Seis meses después, Cletus no sólo se había curado satisfactoriamente, sino que se hallaba dispuesto a comenzar el trabajo que había anticipado cuando emigró al planeta de los Dorsai.

Entrando en el tercer kilómetro de su recorrido diario de veinte, se inclinó para subir la larga pendiente de la colina que le haría regresar a la playa del Lago Athan, situada enfrente del hogar de Eachan Khan en las afueras del pueblo de Foralie, en aquel mundo conocido con el nombre de Dorsai. Su zancada se hizo más corta, su respiración más profunda, mas aparte de estos cambios no hubo ninguna diferencia. No disminuyó la velocidad.

Casi habían transcurrido cinco meses desde que le quitaran las escayolas de las piernas para descubrir una rodilla izquierda perfectamente sana y reconstruida. La fraternidad médica local pareció deseosa por mantenerlo internado para realizarle pruebas y estudios del milagro esencial que había ocurrido, sin embargo, Cletus tenía otras cosas que hacer. Pasada una semana, titubeando sobre piernas que apenas habían aprendido a caminar de nuevo, embarcó en una nave espacial junto a Eachan y Melissa con rumbo a Dorsai. Desde ese momento, siendo su compromiso con Melissa un hecho aceptado, había permanecido con Eachan como huésped de su residencia, y todo el tiempo desde su llegada hasta este momento lo había ocupado en un agotador autoentrenamiento físico.

Los métodos de ese entrenamiento eran sencillos y, salvo en un aspecto, ortodoxos. Básicamente, pasaba los días caminando, corriendo y ascendiendo. La ascensión era el elemento no ortodoxo de su rutina, ya que Cletus había hecho edificar, y continuamente le añadía modificaciones, una especie de gimnasio en un zona restringida de la jungla: un laberinto de tuberías de acero interconectadas a diferentes alturas y ángulos que ya tenían una altura de unos nueve metros, seis metros de ancho y más de quince de largo.

Ahora el día de Cletus, seis meses después de su partida del hospital de Kultis, comenzaba con una ascensión vertical en la que sólo utilizaba las manos sin detenerse en ningún momento, partiendo desde el suelo hasta el extremo superior de una cuerda que estaba suspendida de la rama de un árbol a unos veinticinco metros por encima del suelo. Cuando llegaba hasta la rama, avanzaba por ella unos cinco metros, descendía por una cuerda más corta, de unos quince metros de largo, y la hacía oscilar hasta que el arco que producían sus movimientos aéreos le acercaban lo suficiente a la barra superior del gimnasio de la selva como para que pudiera asirla. Los siguientes treinta minutos los ocupaba arrastrándose a través del laberinto, utilizando rutas que cada vez eran más complejas y sinuosas a medida que el gimnasio había crecido y la condición física de Cletus mejoraba.

En el extremo más alejado del gimnasio, comenzaba su carrera matinal de veinte

kilómetros. Era un recorrido que empezaba campo a través en un terreno bastante llano pero que después le llevaba por entre una serie de empinadas colinas y pendientes que había en este montañoso territorio. Aquí la altitud era de doscientos cincuenta metros por encima del nivel del mar, y su efecto sobre los glóbulos rojos de Cletus y su arteria coronaria había sido notable.

Acababa con esta larga y continua ascensión colina arriba de tres kilómetros de largo. Justo más allá del extremo superior de la pendiente, el terreno bajaba otra vez unos cincuenta metros abriéndose paso entre árboles parecidos a los pinos, que conducían a Cletus a la playa del Lago Athan.

Ni siquiera cuando se aproximaba al lago aminoraba su ritmo, sino que continuaba hasta zambullirse en las aguas. Emergía a la superficie y comenzaba a nadar los ochocientos metros de distancia que le separaban de la otra playa donde estaba situada la gran casa de techo bajo, y aspecto rústico, que pertenecía a Eachan y que se hallaba rodeada de pequeños árboles.

El agua de este lago de montaña era fría, mas a Cletus no le afectaba. Su cuerpo, caliente debido a la carrera realizada, la hallaba agradablemente fresca. Nadaba, de la misma forma que había hecho el resto de su ejercicio, vestido con zapatillas de correr, calcetines, pantalones cortos y camiseta; se encontraba ya tan acostumbrado al peso de su ropa mojada que ni la notaba.

Nadaba poderosamente, hundiendo los brazos al máximo en las aguas, girando la cabeza rítmicamente hacia su hombro derecho para respirar profundamente el aire de la montaña. Sus pies producían un regular oleaje detrás suyo. Casi antes de que se hubiera acostumbrado al suave ritmo de la natación, llegaba a las aguas poco profundas próximas a la otra orilla y se ponía de pie.

Miraba su reloj y subía al trote pausadamente por la pendiente hasta llegar a la puerta de cristal corredera que le llevaba directamente a su dormitorio. Diez minutos más tarde, duchado y con ropas secas, se unía a Eachan y a Melissa en el soleado comedor de la larga casa para tomar el almuerzo.

—¿Qué tal lo has hecho? —preguntó Melissa.

Le dirigió una sonrisa espontánea y cálida y una delicada corriente de sentimientos compartidos surgió una vez más entre ellos dos. Seis meses de proximidad habían destruido las barreras obvias que les separaban. Cletus era demasiado agradable y Melissa extrovertida como para que no se unieran bajo condiciones tan cercanas. Habían llegado a la etapa en la cual lo que no se decían casi era más importante que sus palabras.

—Seis minutos por debajo de la media en la carrera de los veinte kilómetros —respondió—. Un poco más de diez minutos al atravesar el lago. —Miró a Eachan—. Creo que ha llegado la hora de preparar la demostración que he planeado. Podemos usar la pista de carreras en el estadio de Foralie.

—Me ocuparé de ello —dijo Eachan.

Tres días más tarde se llevó a cabo la demostración. En el estadio de Foralie, bajo

el cálido sol de agosto, se hallaban presentes los ochenta oficiales Dorsai que Eachan había invitado. Se sentaron enfrente de una sección de la tribuna ante la cual había una gran pantalla que recibía la monitorización física a través de un equipo que estaba sintonizado a varios transmisores adheridos al cuerpo de Cletus.

Cletus vestía su acostumbrado traje de entrenamiento. No había ningún gimnasio con entorno selvático ni piscina, ya que ésta sólo iba a ser una demostración de resistencia. Tan pronto como todos los invitados estuvieron sentados, Eachan se incorporó para monitorizar los informes de varios instrumentos de la pantalla, de manera que todos pudieran contemplarlos; Cletus comenzó a correr.

La mayoría de los oficiales presentes habían sido informados de la historia de Cletus, particularmente de los acontecimientos en Kultis y de la casi milagrosa cura de su rodilla herida. Observaron con interés mientras Cletus imponía un ritmo de casi quince kilómetros por hora alrededor de la pista de ochocientos metros. Después de los primeros mil quinientos metros, bajó su ritmo a unos doce kilómetros a la hora; su pulso, que se había disparado a 170 pulsaciones, bajó a unas 140 y permaneció estacionario allí.

Corría con facilidad y su respiración era regular cuando se acercó a la marca de los seis kilómetros. Entonces, y aunque su velocidad no disminuyó, su pulso comenzó a subir lentamente una vez más, hasta que acabados los ocho kilómetros se hallaba en 180. Aquí volvió a aumentar, y a partir de ese momento comenzó a perder velocidad. Para cuando hubo completado los doce kilómetros, se encontraba por debajo de los diez kilómetros por hora, y cuando finalizó los catorce kilómetros apenas avanzaba a nueve por hora.

Estaba claro que se acercaba al punto del agotamiento. Se obligó aún por dos veces a recorrer la pista. Aproximándose al final de los dieciséis kilómetros, apenas trotaba. Obviamente, se había desfondado; sin embargo, este tipo de demostración, realizada por cualquiera, y más aún por un hombre que hacía medio año era un cojo con una rodilla protésica, parecía suficiente para despertar un murmullo de sorpresa y admiración por parte de los espectadores.

Algunos se pusieron de pie, dispuestos a bajar a la pista y a felicitar a Cletus a medida que éste acababa los dieciséis kilómetros, el punto final de la carrera.

—Por favor, caballeros, esperen un momento —intervino Hachan Khan—. Si pueden permanecer un segundo más en sus asientos...

Dio media vuelta y le hizo un gesto con la cabeza a Cletus, quien acababa de pasar la marca de los dieciséis kilómetros justo enfrente de los invitados. Cletus le devolvió el gesto y continuó corriendo.

Entonces, y ante la total perplejidad de los observadores, ocurrió algo notable. A medida que Cletus proseguía alrededor de una de las curvas de la pista, su paso se hizo firme y su respiración más pausada. No cogió velocidad de inmediato, pero el ritmo de sus pulsaciones, tal como se veía en la pantalla, comenzó lentamente a disminuir.

Al principio bajó poco a poco, descendiendo unas pocas pulsaciones, manteniéndose y luego bajando algunas más. Pero a medida que continuaba, empezaron a descender con regularidad. Para cuando volvió a pasar enfrente de los oficiales que le contemplaban, su pulso había vuelto a 150.

Y su velocidad comenzó a aumentar. No fue un aumento muy marcado; recuperó el paso de los nueve kilómetros a la hora. No obstante, lo mantuvo en ese ritmo constante mientras daba vueltas a la pista.

Cuando concluyó esos cinco kilómetros adicionales, dejó de correr, caminó una vuelta sin ningún signo de desfallecimiento y terminó enfrente del grupo de observadores con una respiración normal, pocas muestras de sudor en el cuerpo, y su pulso por debajo de los 70.

—Eso es todo, caballeros —dijo a los espectadores—. Ahora debo tomarme unos minutos para asearme; mientras tanto, todos ustedes pueden pasar a la casa de Eachan, donde podremos conversar más confortablemente y en privado. Me reuniré con ustedes en unos veinte minutos; les dejaré analizando lo que acaban de ver sin darles ninguna explicación, salvo que se trata de una utilización de mis reservas corporales mayor que la requerida en un esfuerzo normal. Sin embargo, como ven, fue posible y aceptable por el precio pagado.

Dio media vuelta y se dirigió a los vestuarios situados en un extremo del estadio. Los espectadores salieron hacia un aerobús alquilado por Eachan y volaron rumbo a su casa, donde el ventanal lateral del largo salón había sido abierto para conformar un gran espacio de reunión con el patio exterior.

Había comida y bebida, y en ese lugar, un poco más tarde, Cletus se unió a ellos.

—Como saben —empezó, de pie delante de los asistentes sentados en semicírculo a su alrededor—, todos ustedes son oficiales que invitamos porque yo tenía la esperanza de que estuvieran interesados en unirse a mí para formar una unidad militar totalmente nueva, una unidad que yo mandaré, y que le pagaré a sus oficiales y hombres una cantidad de subsistencia durante un período de entrenamiento de algunos meses, pero que posteriormente les permitirá cobrar el doble de lo que han recibido como mercenarios hasta este momento. No hace falta mencionar que quiero a los mejores, y que espero que esa élite no sólo dedique su tiempo sino también su absoluto entusiasmo a este nuevo tipo de organización que tengo en mente.

Se detuvo un momento y luego prosiguió:

—Ésa fue una de las razones para la exhibición que acaban de contemplar. Lo que han visto, y para expresarlo en los términos más crudos, no ha sido más que una demostración en la que rendí un cincuenta por ciento más de lo que mi nivel de energía corporal y mi condicionamiento físico me hubieran permitido. Para resumir, les acabo de mostrar con un ejemplo cómo un hombre puede obligarse a rendir por encima de sus posibilidades.

Se detuvo de nuevo, y esta vez paseó sus ojos por cada rostro de los invitados antes de continuar:

—Lo que espero —expuso pausada y enfáticamente— de cada hombre y oficial que se aliste en esta unidad militar que voy a formar, es que sea capaz de aumentar como mínimo en un cincuenta por ciento sus rendimientos personales para cuando haya acabado el entrenamiento. Caballeros, éste es un requisito previo para aquellos que deseen unirse a esta empresa. —Sonrió de manera inesperada—. Y ahora, relájense y disfruten de la reunión. Paseen por los alrededores, échenle un vistazo a mi equipo de entrenamiento casero, y formulen todas las preguntas que deseen ya sea a Eachan, a Melissa o a mí. Dentro de unos pocos días volveremos a encontrarnos de nuevo aquí con aquellos de ustedes que hayan decidido unirse a nosotros. Eso es todo.

Se apartó del centro de su atención y se dirigió a las mesas donde se había dispuesto una comida fría y Bebidas. La reunión se dividió en pequeños grupos y el murmullo de las voces creció en volumen. Al terminar la tarde, la mayoría de los visitantes se había marchado; unos veintiséis le aseguraron sus servicios a Cletus antes de irse. Un número levemente mayor prometió pensarlo y ponerse en contacto con él en unos dos días. Además otro grupo pequeño ya había dicho que se uniría a Cletus antes de la demostración; éstos se reunieron en la sala para una conferencia privada después de la cena.

Se hallaban presentes Arvid, que ya estaba recuperado de la herida de su hombro, el mayor Swahili y el mayor David Ap Morgan, cuya familia también era vecina de Foralie. Los demás oficiales de Eachan se encontraban en Bakhalla aún al mando de la fuerza Dorsai que todavía permanecía allí cobrando de los Exóticos por proteger la colonia ahora que la Alianza había retirado las tropas al mando de Bat Traynor. Los celos de Bat ante el hecho de abandonar la colonia no habían sido compartidos por el Cuartel General de la Alianza en la Tierra, que se alegraba de poder recuperar casi a media división de hombres para reforzar sus inmediatos compromisos militares en media docena de nuevos mundos. Además de la presencia de Arvid, Ap Morgan, Swahili y el propio Eachan, había dos viejos amigos de éste último..., un tal coronel Lederle Dark y un general de brigada de nombre Tosca Aras. Dark era un hombre delgado y calvo que parecía ser todo huesos y alargados músculos bajo la apariencia exterior de un *dandy*. Tosca Aras era un hombre pequeño, pulcro, perfectamente afeitado, con ojos de un azul desvaído y una mirada tan firme como un rifle sobre un trípode.

—Al acabar la semana —les comentó Cletus—, aquel que no haya tomado la decisión de unirse a nosotros, no nos interesará como candidato. De aquéllos con los que hablé hoy, creo que obtendremos cincuenta buenos oficiales, de los cuales posiblemente perdamos a diez durante el entrenamiento. De manera que no tiene ningún sentido que dejemos pasar el tiempo. Podemos comenzar ya a establecer un programa organizativo y de entrenamiento. Nosotros prepararemos a los oficiales y ellos podrán entrenar a sus hombres después.

—¿Quién estará a cargo del entrenamiento de energía adicional? —preguntó

Lederle Dark.

—Al comienzo, tendré que ser yo —le respondió Cletus—. Ahora mismo no hay nadie más que pueda hacerlo. Y todos ustedes deberán asistir con el resto de los oficiales a las clases que imparta. Todo lo demás lo podrán hacer ustedes solos..., pues se reducirá a una cuestión de practicar las pruebas físicas y de resolver los problemas normales de campo, aunque desde el punto de vista del nuevo esquema organizativo.

—Señor —intervino Arvid—, discúlpeme, pero todavía creo que no comprendo por qué debemos deshacernos de toda la vieja organización..., a menos que usted desee que sea diferente para que los hombres que la realicen se sientan también diferentes.

—No..., aunque la sensación de diferencia no nos hará ningún daño —repuso Cletus—. Debería haberles explicado este asunto antes. El hecho claro es que un cuerpo militar estructurado en escuadrones, pelotones, compañías, batallones y así sucesivamente, está diseñado para librar el tipo de guerra clásica habitual pero que nosotros no encontraremos aquí en los mundos nuevos. Nuestras unidades de combate se parecerán más a un grupo de atletas en un equipo deportivo que a las viejas unidades de combate. Las tácticas que van a usar —mis tácticas—, no están pensadas para ejércitos estructurados en una sólida confrontación con otros ejércitos. A cambio, están diseñadas para que resulten útiles a lo que parecerá un grupo abierto de unidades activas casi independientes, cuyos esfuerzos no serán coordinados por una jerarquía de mando sino por el hecho de que, como buenos miembros de un equipo, estarán familiarizados los unos con los otros y podrán anticipar lo que sus compañeros harán en respuesta a sus propias acciones y a la situación en general. —Cletus dejó de hablar y miró a su alrededor. Luego preguntó—: ¿Hay alguno más de ustedes que no entienda esto? Echan se aclaró la garganta.

—Todos comprendemos lo que dices, Cletus —intervino—. No obstante, el significado real de tus palabras cuando se conviertan en unidades de combate es algo que tendremos que ver primero antes de que tenga mucho sentido para nosotros. Reduces una escuadra a seis hombres..., y a su vez ésta la divides en dos equipos de tres soldados cada uno. Conformas cuatro escuadras en un grupo, con un jefe de grupo al mando, y dos grupos hacen una fuerza. Está lo suficientemente claro, sin embargo, ¿cómo sabrá todo el mundo cómo funciona hasta que no se vea en la práctica?

—No lo sabrán. No lo sabréis..., por supuesto —respondió Cletus—. Lo único que se puede hacer ahora es absorber la teoría y el razonamiento que hay detrás de ella. ¿Quieren que la repita otra vez?

Hubo un momento de silencio.

—Probablemente sea lo mejor —dijo Hachan.

—De acuerdo, entonces —aceptó Cletus—. Como creo que ya se los dije, el principio básico es que, comenzando desde el individuo hasta llegar a las

organizaciones más complejas dentro del mando militar Dorsai, cada unidad deberá ser capaz de reaccionar como un único miembro de un equipo compuesto por otros miembros del mismo tamaño e importancia que el suyo. Esto es, cualquiera de los tres soldados de una escuadra determinada, deberá ser capaz de operar en perfecta armonía con los otros dos miembros de su equipo sin más comunicación que unos pocos códigos de palabras o señales, que siempre indicarán a los otros acciones o respuestas estándar para cualquier situación dada. De la misma forma, los dos equipos de una escuadra podrán operar como pareja con los mismos códigos o señales. Y así, las cuatro escuadras deberán poder operar como un grupo con cada escuadra conociendo cuál es su papel en cualquiera de un centenar de acciones de grupo identificables por un código verbal o una señal. De este modo, dos grupos deberán ser capaces de reaccionar juntos casi instintivamente como un solo comando, y su comandante ha de ser entrenado de la misma manera para reaccionar al unísono con los comandantes de los comandos con los cuales está asociado.

Cletus se detuvo. Una vez más reinó el silencio.

—¿Dice que usted proporcionará los esquemas? —preguntó Tosca Aras—. ¿Lo que quiero saber es si usted desarrollará estas acciones de grupo que son detonadas por códigos verbales y señales y así sucesivamente?

—Ya las tengo creadas —repuso Cletus.

—¿De verdad? —La voz de Aras sonó al borde de la incredulidad—. Tiene que haber miles.

Cletus sacudió la cabeza.

—Para ser exacto, alguna más de veintitrés mil —comentó—. Pero creo que están pasando por alto lo más importante. Las acciones del equipo están incluidas en las de la escuadra, así como las acciones de la escuadra se incluyen dentro de las del grupo. Resumiendo, es como un idioma compuesto por veintitrés mil palabras. Existen combinaciones innumerables, mas hay una estructura lógica. Una vez que dominen la estructura, entonces la elección de las palabras en la oración se ve seriamente restringida. De hecho, sólo existe una elección ideal.

—¿Y por qué un sistema tan complicado? —inquirió David Ap Morgan.

Cletus se volvió para mirar al joven mayor.

—El valor del sistema —explicó— no proviene del hecho de que haya un gran número de combinaciones de acciones tácticas, desde el grupo al comando, sino del hecho de que cualquier elección importante de acción implica un cierto espectro de alternativas de acciones para los elementos más bajos del comando, de manera que el soldado individual, al escuchar el código verbal general del comando al que pertenece, sabe inmediatamente dentro de qué límites las acciones de todos los grupos, todas las escuadras y su propio equipo deben estar. —Se interrumpió y luego siguió—: Para ser breve, nadie, hasta llegar al operador de batalla y al comandante de la unidad militar total, simplemente cumple órdenes. En su lugar, todos —hasta el soldado de primera línea— reaccionan como miembros de un equipo en un esfuerzo

común. El resultado es que si se rompe la cadena de mando, o si se producen órdenes erróneas o que se han malentendido, o aparece alguna de las múltiples variables que pueden estropear un plan de batalla, sus efectos son evitados. Y no sólo eso, sino que desde los rangos más bajos hasta el escalafón más alto, cada subordinado está preparado para asumir la posición de su superior con el 90 por ciento del conocimiento necesario que poseía éste en el momento en que el superior quedó fuera de combate.

Arvid emitió un corto silbido de admiración. Los demás oficiales que había en el salón le miraron. Con la excepción de Cletus, él era el único entre todos ellos que nunca había sido un oficial Dorsai con práctica en el campo de batalla. Arvid se sintió avergonzado.

—Es un concepto revolucionario —admitió Tosca Aras—. Más que revolucionario si funciona en la práctica.

—Tendrá que funcionar —indicó Cletus—. Todos mis planes de estrategia y táctica están basados en tropas que puedan operar con esos esquemas.

—Bien, ya lo veremos —Aras cogió el grueso manual que Cletus les había dado a cada uno de ellos después de la cena y que desde entonces había permanecido en su regazo. Se puso de pie—. Un perro viejo aprendiendo nuevos trucos: incluso esta frase supone una exposición incompleta para mi caso. Si a ustedes caballeros no les importa, me marcharé a realizar mis deberes.

Deseó las buenas noches y se fue, produciendo con su partida un éxodo general. Hachan se quedó, y Arvid..., Arvid también para disculparse por el silbido.

—¿Sabe, señor? —le explicó ansiosamente a Cletus—, de repente lo vi todo claro. Antes no lo había entendido, pero ahora veo cómo todo encaja perfectamente.

—Bien —comentó Cletus—. Acabas de completar la mitad del proceso de aprendizaje.

Arvid siguió a los demás fuera del salón. Sólo quedaba Eachan. Cletus le miró.

—¿Ves tú cómo todo encaja? —le preguntó Cletus.

—Creo que sí —contestó Eachan—. Sin embargo, recuerda que he vivido contigo durante los últimos seis meses..., y ya me conozco la mayoría de los esquemas de tu manual.

Extendió la mano hacia la botella que había detrás de las copas en la mesa pequeña al lado de su silla y con gesto pensativo se sirvió una pequeña cantidad de *whisky*.

—No deberías esperar demasiado en poco tiempo —comentó bebiendo un sorbo de la copa—. Cualquier militar está condenado a ser, en determinada medida, conservador. Es nuestra naturaleza. Pero saldrán adelante, Cletus. Se está convirtiendo en algo más que un nombre el hecho de ser un Dorsai.

Se demostró que tenía razón. Para cuando el programa de entrenamiento de oficiales se puso en marcha, una semana más tarde, todos aquellos que estuvieron sentados en el salón con Cletus aquella noche, conocían sus manuales de memoria...,

aunque aún no por instinto. Cletus dividió a los oficiales para ser entrenados en grupos de unos diez cada uno, y el entrenamiento comenzó.

Cletus se encargó de la clase que simplemente llamaba «Relajación»; era el curso que haría que estos oficiales extrajeran esa energía adicional que él les había mostrado a todos en el estadio de Foralie después de haber corrido más allá del estado del agotamiento. Su primera clase estaba compuesta por los seis hombres de aquella noche. Eachan se hallaba entre ellos, aunque ya poseía bastante conocimiento de la técnica necesaria. En privado Cletus había estado preparándoles a él y a Melissa durante el último par de meses, y los dos se encontraban bastante avanzados en su práctica. Sin embargo, fue sugerencia de Eachan —y a Cletus le pareció buena—, su inclusión en la clase producía un buen ejemplo para que los demás se convencieran de que alguien, aparte de Cletus, podía adquirir resultados físicos inusuales.

Cletus comenzó la clase poco antes del almuerzo, una vez que todos habían completado el programa general de entrenamiento físico del día y que consistía en realizar ejercicios en el gimnasio de la selva, en correr y nadar. Se hallaban agotados por el ejercicio y bastante vacíos debido a las largas horas transcurridas desde el desayuno. En definitiva, se encontraban en una condición de máxima receptividad.

Cletus los alineó detrás de una larga barra de acero que estaba sujeta por dos postes a la altura de los hombros.

—Muy bien —les dijo—. Ahora quiero que todos se sostengan sobre la pierna derecha. Pueden alargar un brazo y tocar la barra que tienen enfrente con la punta de los dedos para mantener el equilibrio, pero levanten la pierna izquierda del suelo y no lo toquen hasta que yo les diga que pueden hacerlo.

Obedecieron. Su pose bordeaba el ridículo, y al principio surgieron algunas sonrisas, mas pronto desaparecieron cuando las piernas sobre las que se apoyaban comenzaron a cansarse. Cuando soportar su peso sobre los músculos de una pierna comenzaba a hacerse activamente doloroso, Cletus les ordenó que cambiaran la pierna de apoyo y les hizo permanecer con todo su peso sobre la izquierda hasta que los músculos de la pantorrilla y el muslo comenzaron a temblar bajo la presión de todo su cuerpo. Luego les hizo cambiar de nuevo a la derecha y otra vez a la izquierda, acortando en cada ocasión los intervalos de tiempo a medida que los músculos se agotaban más deprisa. En poco tiempo todos parecieron sostenerse ante él sobre piernas tan inseguras como si fueran hombres que hubieran estado postrados en cama durante semanas.

—De acuerdo —comentó Cletus alegremente—. Ahora quiero que todos se apoyen sobre las manos, con las palmas en el suelo, los brazos completamente extendidos. Esta vez pueden apoyar las piernas contra la barra para mantener el equilibrio.

Hicieron lo que él les ordenó. Una vez que todos estuvieron arriba, Cletus les dio otra orden.

—Y ahora —dijo—, quiten una mano del suelo. Sosténganse sobre una sola.

Cuando estuvieron en posición invertida, repitió el mismo proceso que antes. Aunque les llevó menos tiempo que con las piernas quedar agotados. Casi enseguida les relevó del ejercicio, y todos cayeron al suelo, virtualmente incapacitados en todas sus extremidades.

—De espaldas —ordenó Cletus—. Las piernas extendidas, los brazos a los lados..., pero no tienen que estar en posición de firmes. Simplemente estírense sobre su espalda de manera cómoda. Los ojos al cielo.

Obedecieron.

—Y ahora —repuso Cletus, caminando despacio a lo largo de donde estaban tendidos—, quiero que permanezcan en esa posición y se relajen mientras yo les hablo. Contemplan el cielo... —Era uno de esos enormes y brillantes cielos azules con unas pocas nubes que lo atravesaban perezosamente—. Concéntrense en la sensación de sus brazos y piernas ahora que han sido liberados de la carga de soportar sus cuerpos contra la fuerza de la gravedad. Sean conscientes del hecho de que ahora es el suelo el que los sostiene y agradézcanlo. Sientan lo pesados e inertes que se encuentran sus brazos y piernas una vez que han dejado de sostenerles, y cómo ellos mismos están recuperándose en el suelo. Díganse a sí mismos —no en voz alta—, con sus propias palabras, cuán pesados e inertes están. Continúen repitiendo eso y contemplando el cielo. Sientan lo pesado y relajado que se encuentra su cuerpo, con su carga aliviada por el suelo sobre el que descansan. Sientan la relajación en su cuello, en los músculos de la mandíbula, en su rostro, incluso en su cuero cabelludo. Díganse a sí mismos lo pesadas y relajadas que se encuentran todas esas partes de sus cuerpos y sigan contemplando el cielo. Yo continuaré hablando, pero no me presten atención. Céntrenla toda en lo que se están diciendo a sí mismos y en cómo se sienten y en el aspecto del cielo...

Siguió paseando arriba y abajo mientras hablaba. Después de un rato, los agotados hombres, aliviados por su postura relajada y el lento movimiento de las nubes, adormecidos por el regular, agradable y monótono sonido de su voz, dejaron de prestarle alguna atención al sentido de sus palabras. Sólo hablaba. Para Arvid, que se hallaba en uno de los extremos, la voz de Cletus parecía haber desaparecido y se había vuelto tan remota como todo lo que le rodeaba. Sobre su espalda, Arvid no veía nada más que el cielo. Era como si el planeta que había debajo suyo no existiera, salvo como una suave presión herbórea en su espalda que le inducía un sentimiento de elevación. Las nubes se movían lentamente en el azul infinito, y él parecía vagar a la deriva entre ellas.

Un leve golpe en sus pies le devolvió brusca y súbitamente la consciencia. Cletus le sonreía desde arriba.

—De acuerdo —le dijo Cletus con el mismo tono de voz monocorde—, incorpórate y ponte allí.

Arvid obedeció, poniéndose pesadamente de pie una vez más y apartándose unos tres metros como Cletus le indicara. Los demás aún seguían en el suelo y Cletus les

hablaba. Luego vio a Cletus, que todavía paseaba, detenerse ante los pies de David Ap Morgan y golpear suavemente el talón del pie derecho de David con la punta de las botas.

—Muy bien, David —comentó Cletus sin cambiar el ritmo de sus pasos ni el tono de su voz—, póngase de pie y únase a Arvid allí.

Los ojos de David, que habían estado cerrados, se abrieron de golpe. Se puso de pie y se acercó al lado de Arvid. Mientras los dos observaban, los otros miembros de la clase se quedaron dormidos y fueron despertados uno a uno hasta que sólo Eachan permaneció sobre la hierba, los ojos completamente abiertos.

Cletus dejó de hablar abruptamente y se rió entre dientes.

—Muy bien, Eachan —dijo—. No tiene sentido que intente hacerte dormir. Levántate y reúnete con los demás.

Eachan se incorporó. De pie y juntos una vez más, la clase miró a Cletus.

—La idea —comentó Cletus con una sonrisa— no es quedarse dormido. No obstante, de momento no nos preocuparemos por ello. ¿Cuántos de ustedes recuerdan una especie de sensación flotante antes de caer dormidos?

Arvid y otros tres alzaron las manos. Eachan era uno de ellos.

—Bueno, con esto acabamos por hoy —repuso Cletus—. Mañana lo intentaremos de nuevo, pero sin los ejercicios de relajación muscular. Sin embargo, quiero que se dirijan a sus casas y traten de hacerlo de nuevo solos, como mínimo tres veces antes de que acabe el día. Si lo desean, pueden tratar de quedarse dormidos con este ejercicio esta noche. Nos reuniremos de nuevo aquí mañana, en este mismo lugar y a la misma hora.

En las sesiones siguientes Cletus trabajó con la clase hasta que todos ellos pudieron conseguir esa sensación flotante sin quedarse dormidos. Una vez que lo consiguieron, les condujo a través de etapas fáciles hacia el autocontrol del dolor y las sensaciones corporales profundas. Cuando ya dominaban bastante bien este proceso, comenzó a llevarlos gradualmente de la posición inmóvil y relajada al movimiento..., primero haciendo que consiguieran esa sensación de flotar mientras se encontraban de pie, luego al caminar despacio y rítmicamente hacia adelante y, por último, en cualquier tipo de actividad, incluida la más violenta. Cuando lograron esto, lo único que les faltaba era conseguir la capacidad de usar el estado de trance en diversos tipos de autocontrol bajo todas las condiciones de actividad cotidiana; entonces los dejó para que se convirtieran en maestros de sus propios oficiales..., quienes a su vez pasarían a entrenar a los hombres alistados bajo su mando.

Ya habían transcurrido casi tres meses, y los oficiales que estaban entrenándose habían llegado al punto en que podían comenzar, como mínimo, a dirigir el entrenamiento físico de las tropas que servirían a sus órdenes. Se inició el reclutamiento de Dorsais para constituir los diferentes grupos..., y también se buscó a algunos oficiales que reemplazaran a los que habían dejado el programa de

entrenamiento.

Justo en esa época Cletus recibió un grueso sobre con recortes que le envió una agencia especializada de noticias de la Tierra con la que se había puesto en contacto antes de marcharse de Bakhalla. A solas en el estudio de Hachan, abrió el sobre y extendió los recortes por orden de fechas para examinarlos.

La historia que narraban era bastante sencilla. La Coalición, exaltada por unos pocos discursos clave del mismo Dow deCastries, intentaba crear una tormenta de protesta contra las tropas mercenarias de los nuevos mundos en general, y de los Dorsai en particular.

Cletus guardó los recortes en el sobre y los colocó en el gabinete donde archivaba su propia correspondencia. Salió a la terraza y allí encontró a Melissa que estaba leyendo.

En esta parte de las montañas Dorsai era pleno verano y el sol se hallaba en una posición baja por encima de los picos más alejados. Se detuvo un momento y la contempló sin que ella sospechara que era observada. En la clara luz diurna, su rostro irradiaba tranquilidad y, de alguna manera, parecía más maduro de lo que él lo recordaba en Bakhalla.

Salió directamente a la terraza y ella alzó la vista de la pantalla al escuchar sus pasos. La miró a los ojos, y su mirada se agrandó ante la seriedad con la que él permanecía a su lado contemplándola. Después de un minuto habló.

—¿Te casarías conmigo, Melissa? —le preguntó.

El azul de los ojos de ella era tan profundo como el del mismo universo. De nuevo, como ocurriera en el hospital de Bakhalla, la mirada de ella pareció evaporar la barrera protectora de soledad que su experiencia con la vida y la gente le habían hecho erigir en torno suyo. Ella alzó la vista hacia él durante un largo momento antes de responder.

—Si de verdad quieres que lo haga, Cletus... —replicó ella.

—Lo quiero —contestó él.

Y no mentía. Pero, a medida que la barrera protectora fluyó una vez más hasta ocupar su interior, incluso cuando continuó mirándola a los ojos, una fría parte interna de su mente le recordó la necesidad que tendría a partir de ese momento de mentir.

La boda fue fijada para celebrarse dos semanas más tarde. Mientras tanto, Cletus, viendo que la formación de la fuerza que había comenzado a crear en el planeta Dorsai operaba ya por su propia inercia, se tomó un descanso para realizar un viaje de regreso a Kultis y Bakhalla para conversar con Mondar y para un viaje posterior a Newton, donde buscaría empleo para los recién entrenados Dorsai que estaban a su mando.

En Bakhalla, él y Mondar degustaron una excelente cena en la residencia de este último. Durante la comida, Cletus puso al Exótico al tanto de los acontecimientos. Mondar escuchó con interés que se vio aumentado cuando Cletus le comentó el entrenamiento en autocontrol que había iniciado para los oficiales y los hombres que estarían a sus órdenes. Una vez finalizada la cena, salieron a una de las tantas terrazas del hogar de Mondar donde continuaron su charla bajo el cielo nocturno.

—Y allí —comentó Cletus en la cálida brisa de la noche mientras señalaba una estrella amarillenta que casi rozaba el horizonte—, debe estar su planeta hermano, Mará. Tengo entendido que ustedes, los Exóticos, también poseen una buena colonia en él.

—Oh, sí —respondió Mondar pensativo, mirando la estrella.

—Es una pena —le dijo Cletus volviéndose hacia él— que allí no sean tan libres de la influencia de la Alianza y de la Coalición como lo han sido ustedes aquí en Kultis desde que los neolandeses fueron neutralizados.

Mondar apartó los ojos de la estrella, giró para observar a Cletus y sonrió.

—¿Me está sugiriendo que contratemos su nueva unidad de batalla para expulsar a las tropas de la Alianza y la Coalición? —le preguntó con humor en la voz—. Cletus, ya hemos estirado demasiado nuestros recursos financieros para usted. Además, va contra nuestra filosofía general contemplar la conquista deliberada de otra gente o territorios. No debería insinuarlo.

—No lo hago —repuso Cletus—. Sólo le sugiero la construcción de una central eléctrica en el núcleo del Polo Norte maranita.

Mondar atravesó la oscuridad con los ojos hasta llegar a Cletus y permaneció durante un momento mudo.

—¿Una central eléctrica para explotar el núcleo del Polo Norte? —repitió finalmente con lentitud—. ¿Qué nueva sutileza está maquinando?

—Dudo que sea una sutileza —replicó Cletus—. Se trata más que nada de mirar directamente la situación en Mará, tanto económica como general. La Alianza, al igual que la Coalición, aún se encuentran al límite de su economía para poder mantener su influencia con las diversas colonias en todos los nuevos mundos. Tal vez hayan perdido terreno aquí, pero las dos son fuertes en Mará, Freilandia y Nueva Tierra, en el sistema de Sirio, en Newton y Cassida e incluso, hasta cierto punto, en los planetas viejos más jóvenes del sistema solar..., Marte y Venus. De hecho, podría

decir que se han excedido en su expansión. Están destinados, más tarde o temprano, a quebrarse..., y el que más posibilidades tiene de hacerlo primero, debido a que ha invertido más que la Coalición, económica y humanamente, para influir en las colonias de los nuevos mundos, es la Alianza. Ahora bien, si alguna de las dos se derrumba, la que quede se apoderará de toda la influencia que el otro pudiera haber tenido. Y en vez de dos enormes pulpos, con sus tentáculos abarcando todos los planetas nuevos, sólo habrá uno gigantesco. Usted no desea que eso ocurra.

—No —murmuró Mondar.

—Entonces le interesa claramente que ni la Alianza ni la Coalición obtengan ventaja en sitios como Mará —observó Cletus—. Después de que nos ocupáramos de Neulandia, y una vez que ustedes invitaron a la Alianza a marcharse, el personal que la Alianza mantenía aquí fue trasladado a diferentes destinos... donde ésta parecía en peligro de ceder en su confrontación con la Coalición. Por otro lado, la Coalición se llevó a la gente que tenía en Neulandia —aunque su número no era tan grande como el de la Alianza, sí era importante— y simplemente la envió a Mará. El resultado es que la Coalición conseguirá tener ventaja sobre la Alianza en Mará.

—¿Por lo que nos sugiere que contratemos a estos nuevos Dorsai entrenados por usted para que hagan en Mará lo que han hecho aquí? —Mondar le sonrió con cierta burla—. Acabo de decirle que nosotros, los Exóticos, no consideramos apropiado mejorar nuestra posición a través de la conquista... o de cualquier medio violento. Cletus, los imperios que se alzan por la fuerza de las armas están contruidos sobre arena.

—En ese caso —comentó Cletus—, la arena que había debajo del Imperio Romano debía ser bien compacta. No obstante, no le estoy sugiriendo algo así. Lo único que le aconsejo es que construya una planta eléctrica. La colonia Exótica de Mará ocupa el cinturón subtropical que atraviesa el único gran continente que allí existe. Con una central eléctrica que explote el Polo Norte, ustedes no sólo extienden su influencia hacia las regiones subárticas que están prácticamente sin reclamar, sino que serán capaces de venderle energía a todas las colonias pequeñas, independientes y de zonas templadas que haya entre Mará y la central. Su conquista de ese planeta, si es que puede llamarse así, se producirá por medios completamente pacíficos y económicos.

—Esas pequeñas colonias a las que se refiere —dijo Mondar con la cabeza ligeramente ladeada y observando a Cletus desde el rabllo de un ojo azul—, se encuentran todas bajo la influencia de la Coalición.

—Mejor aún —repuso Cletus—. La Coalición no podrá permitirse la construcción de una central que compita con la de ustedes.

—¿Y cómo nos la permitiremos nosotros? —inquirió Mondar. Sacudió la cabeza—. Cletus, Cletus, creo que usted piensa que nuestra gente está hecha de dinero.

—En absoluto —dijo Cletus—. No hay ninguna necesidad de que ustedes tengan que emplear más fondos salvo para la mano de obra básica que se necesite para

comenzar la construcción de la central. Pienso que será posible que lleguen a un acuerdo sobre la compra del equipo y la utilización de especialistas a través de un *leasing*.

—¿Dónde? —preguntó Mondar—. ¿Con la Alianza? ¿O con la Coalición?

—Con ninguno —contestó Cletus enseguida—. Parece olvidar que aquí entre los nuevos mundos existe un grupo colonial bastante próspero.

—¿Se refiere a las colonias científicas de Newton? —inquirió Mondar—. Se encuentran en el otro extremo del espectro filosófico nuestro. Están a favor de una sociedad cerrada que tenga el menor contacto posible con extranjeros. Nosotros valoramos el individualismo por encima de cualquier cosa, y nuestra meta en la existencia es la preocupación por toda la especie humana. Me temo que existe una antipatía natural entre los newtonianos y los Exóticos —Mondar suspiró suavemente—. Yo estoy de acuerdo en que deberíamos hallar un camino que atravesara las barreras emocionales entre nosotros y otros seres humanos. No obstante, la barrera está ahí..., y, de cualquier forma, los newtonianos no se encuentran mejor que nosotros financieramente. ¿Por qué habrían de concedernos un crédito, el equipo y los servicios de gente altamente especializada..., como si se tratara de la misma Alianza?

—Porque algún día esa central eléctrica podrá devolver la inversión que requiere más un excelente beneficio..., cuando el *leasing* expire y ustedes les compren de nuevo las acciones que ellos posean —explicó Cletus.

—Sin lugar a dudas —aceptó Mondar—. Mas aún la inversión es demasiado alta y de larga amortización para la posición en la que ellos se encuentran. Un hombre que tiene unos ingresos modestos no se pone a especular de repente en empresas a largo plazo y arriesgadas. Se lo deja a la gente más rica, que podría permitirse las pérdidas..., a menos que sea un tonto, claro está. Y los newtonianos, más allá de lo que puedan ser, no son tontos. Ni siquiera escucharían una proposición semejante.

—Quizás sí —comentó Cletus—, si la proposición les fuera planteada de la forma adecuada. He estado pensando que tal vez yo podría hablar con ellos sobre el tema..., siempre que ustedes quisieran autorizarme a hacerlo. Voy a dirigirme a su planeta para tratar de negociar con ellos la cesión de algunas de mis nuevas tropas Dorsai.

Mondar le contempló durante un segundo; los ojos del Exótico se entrecerraron.

—Yo mismo me encuentro plenamente convencido —planteó— de que no hay ninguna posibilidad en el universo de que pueda persuadirlos para que hagan algo semejante. No obstante, podemos ganar mucho con ello, y no veo qué podemos perder si usted lo intenta. Si lo desea, hablaré con mis cantaradas Exóticos..., tanto sobre el proyecto como que sea usted el que les plantee a los newtonianos el asunto del equipo y los expertos.

—Perfecto. Hágalo —aceptó Cletus. Se volvió hacia el interior de la casa—. Supongo que será mejor que me marche ya. Quiero inspeccionar las tropas del regimiento Dorsai que tiene ustedes aquí, y establecer una especie de sistema de

rotación para que podamos trasladarlos por grupos hacia el planeta Dorsai con el fin de que puedan incorporarse al nuevo entrenamiento. Desearía estar en camino hacia Newton antes de que acabe la semana.

—Para entonces ya tendré nuestra respuesta —le comunicó Mondar siguiéndole. Miró a Cletus con curiosidad a medida que avanzaban juntos por la casa—. Sin embargo, he de reconocerle que no veo lo que usted ganará con ello.

—Yo directamente, nada —respondió Cletus—. Tampoco... *nosotros* los Dorsai. He de acostumbrarme a incluirme. ¿No me dijo usted una vez algo acerca de que todo lo que hacía que la humanidad progresara como una unidad también hacía que usted y su gente progresaran hacia su meta final?

—¿Le interesa ahora nuestro objetivo último? —le preguntó Mondar.

—No. Me interesa el mío —contestó Cletus—. Pero, aquí y allí, es el mismo.

Pasó los siguientes cinco días en Bakhalla poniendo al día a sus oficiales sobre el nuevo programa de entrenamiento que había iniciado en el planeta Dorsai. Invitó a todos aquellos que lo desearan a retornar y seguir el curso, junto con todos los hombres que estuvieran bajo su mando y que también lo quisieran hacer. Los dejó con un plan para que, en caso de que fuera necesario, pudieran rotar a las tropas..., un plan en el que sus propios hombres ya entrenados cubrirían el hueco de los soldados destinados en Bakhalla que pensarán regresar a casa, cobrando la paga de aquéllos a los que fueran a reemplazar durante el período de entrenamiento.

La respuesta de los Dorsai destinados en Bakhalla fue entusiasta, ya que la mayoría de los hombres habían conocido a Cletus en la época de la victoria sobre Neulandia. Por lo tanto, Cletus pudo aumentar el valor del préstamo que le hicieran los Exóticos, debido a que no se vio obligado a encontrarles trabajo a los Dorsai que ya había entrenado; podría utilizarlos varias veces como sustitutos para los hombres que desearan seguir el curso de entrenamiento. Mientras tanto, no cesaba de aumentar el número de Dorsai que lo realizaba.

Al finalizar la semana, se embarcó camino de Newton con credenciales de los Exóticos que le autorizaban a discutir el asunto de la central eléctrica de Mará con la Junta de Gobierno de Newton; también tenía en mente plantear como segunda cuestión la búsqueda de empleo para los Dorsai.

Gracias a una carta que le envió a la junta había conseguido una cita con su presidente el mismo día de su llegada a Baille, la ciudad más grande y capital *de facto* de las Comunidades Asociadas Avanzadas..., como las diversas colonias científicas y técnicas de los emigrantes a Newton habían elegido llamarse. El presidente era un hombre que rondaría los cincuenta años, delgado, casi calvo y de rostro juvenil, cuyo nombre era Artur Walco. Se encontró con Cletus en un despacho grande y limpio, levemente aséptico, situado en un alto edificio tan moderno como cualquiera de la Tierra.

—No estoy muy seguro sobre qué debemos hablar, coronel —comentó Walco cuando los dos ya se habían sentado a ambos lados de un escritorio immaculado que

sólo tenía un panel de control en el centro—. Las CAÁ disfrutaban en este momento de buenas relaciones con las colonias más atrasadas de este planeta.

Era un locuaz gambito de apertura tan corriente como el de peón rey a peón rey cuatro en el ajedrez. Cletus sonrió.

—¿Mi información era incorrecta, entonces? —Comentó Cletus a la vez que empujaba hacia atrás la silla del escritorio y comenzaba a incorporarse—. Discúlpeme. Yo...

—No, no. Siéntese. ¡Por favor, siéntese! —exclamó Walco apresuradamente—. Después de que se ha tomado la molestia de realizar el viaje hasta aquí, lo menos que puedo hacer es escuchar lo que desea comunicarme.

—Sin embargo, si no tiene necesidad de oírlo... —Persistía Cletus cuando Walco una vez más le interrumpió con un gesto de la mano.

—Insisto. Siéntese, coronel. Cuéntemelo —dijo—. Como le he dicho, en este momento no tenemos ninguna necesidad de sus mercenarios aquí. Sin embargo, un hombre de mente abierta sabe que a la larga nada es imposible. Además, su carta nos intrigó. Asegura que ha convertido a sus mercenarios en soldados más eficientes. Para ser sincero, no entiendo cómo la eficiencia individual puede marcar una gran diferencia en una unidad militar bajo condiciones de guerra modernas. ¿Y qué si su soldado individual es más eficiente? Sigue siendo carne de cañón, ¿no es cierto?

—No siempre —repuso Cletus—. A veces se trata de un hombre que está detrás del cañón. En particular para los mercenarios, ésa es una diferencia crítica, y, por consiguiente, un aumento en la eficiencia se convierte en algo crítico también.

—¿Oh? ¿Cómo es eso? —Walco enarcó sus estrechas y negras cejas.

—Porque los mercenarios no se dedican a su trabajo para ser aniquilados —comentó Cletus—. Se dedican a ello para ganar objetivos militares *sin* que los maten. Cuantas menos bajas haya, mayor será el beneficio..., tanto para el soldado mercenario como para quien lo contrate.

—¿Para su contratante? ¿Cómo? —Los ojos de Walco se hicieron penetrantes.

—La persona que contrata a mercenarios —explicó Cletus—, se halla en la posición de cualquier hombre de negocios que tiene un trabajo que ha de ser realizado. Si el coste de contratar a profesionales para que se lo hagan iguala o sobrepasa el posible beneficio que se obtendrá de él, al hombre de negocios más le vale abandonar ese trabajo. Por otro lado, si el coste de que lo resuelvan es menor que el beneficio a obtener, entonces contratar a alguien para que lo haga es una decisión práctica. Lo que quiero establecer es que, con tropas mercenarias más eficientes, las acciones militares que no eran rentables para aquellos que querían emprenderlas ahora se convierten en algo práctico. Suponga, por ejemplo, que hay un territorio sobre el que existe una disputa y que posee recursos naturales tan valiosos como minas de estibina...

—Como las minas de estibina de la Colonia Broza que los brózanos nos robaron —soltó Walco.

Cletus asintió.

—Es el tipo de situación que iba a mencionarle —repuso Cletus—. Aquí nos encontramos con el caso de algunas minas muy valiosas en mitad de un pantano o un bosque que se extienden varios cientos de kilómetros en todas direcciones sin que exista ninguna ciudad decente en sus proximidades, y que son explotadas y mantenidas por una colonia atrasada de cazadores, tramperos y granjeros. Sin embargo, es una colonia que conserva las minas gracias a las fuerzas militares suministradas por la Coalición..., la misma Coalición que recibe su porcentaje de los altos precios que ustedes pagan a los brózanos por el antimonio que se extrae de la estibina Cletus dejó de hablar y miró significativamente a Walco. El rostro de éste se había ensombrecido.

—Esas minas fueron descubiertas y habilitadas por nosotros en tierras que compramos a la Colonia Broza —dijo—. La Coalición ni siquiera ocultó el hecho de que fueron ellos los que instigaron la expropiación de los brózanos. Fue piratería, literalmente piratería. —Los músculos alrededor de la boca de Walco se tensaron. A través de la superficie del escritorio sus ojos se posaron en los de Cletus—. Ha escogido un ejemplo interesante —afirmó—. Como una simple cuestión de interés teórico, suponga que entramos en el tema de los gastos y los ahorros que se podrían obtener por la eficiencia de sus Dorsai en este caso.

Una semana más tarde, Cletus regresaba al planeta Dorsai con un contrato de tres meses de duración para dos mil hombres y oficiales. Se detuvo en Bakhalla de camino para informarles a los Exóticos que su préstamo ya presentaba buenas perspectivas de ser pagado.

—Le felicito —dijo Mondar—. Walco posee la reputación de ser uno de los hombres más duros para negociar de cualquier planeta. ¿Tuvo muchos problemas para convencerle?

—No tuve que utilizar ningún tipo especial de persuasión —contestó Cletus—. Estudié la situación de Newton para buscar algún motivo de agravio que pudieran tener antes de enviarle la carta. Las minas de estibina, que en esencia son las únicas fuentes nativas con que cuenta Newton para la obtención del antimonio, parecieron lo más ideal. De modo que en la correspondencia que mantuve después, recalqué esos aspectos y las ventajas que nuestras tropas, bajo el nuevo entrenamiento, podían aportar a tal situación..., mas nunca mencioné las minas de estibina brozanas. Obviamente, él no pudo evitar aplicar la información que le suministré a su propio problema. Creo que había tomado la determinación de contratarnos para que se las recuperáramos incluso antes de nuestra entrevista. Si yo no hubiera sacado el tema, lo habría hecho él.

Mondar sacudió la cabeza con una leve sonrisa de admiración.

—¿Aprovechó su buen humor para pedirle que considerara el plan de extracción en el Polo Norte de Mará?

—Sí —repuso Cletus—. Tiene que enviar a un representante para que firme los

contratos, pero creo que lo hallará rebosante de ansiedad por rubricar el acuerdo.

La sonrisa desapareció del rostro de Mondar.

—¿Quiere decir que de verdad está interesado? —demandó Mondar—. ¿Se encuentra interesado en una situación en la que ellos pondrán todo el equipo y los servicios profesionales sólo a cambio de una ganancia financiera a largo plazo?

—No es que únicamente esté interesado —comentó Cletus—. Verá que tiene la determinación de no dejar pasar esta oportunidad, sin importar lo que le cueste. Creo que ustedes podrán estipular sus propias condiciones.

—¡No puedo creerlo! —Mondar le miró asombrado—. ¿Cómo, en nombre de la eternidad, consiguió que estuviera en un estado de ánimo tan favorable?

—No hubo ningún problema —dijo Cletus—. Como usted ha comentado, el hombre es un negociador duro..., pero sólo cuando el se halla en una posición fuerte. Una vez que concluimos nuestra conversación acerca de los Dorsai, le dejé entrever que me dirigía hacia la Tierra, donde tenía contactos familiares que me ayudarían a obtenerlos fondos de la Alianza para que ustedes pudieran instalar la planta en Mará. Mostró interés, por supuesto..., aunque creo que en un principio con la idea de conseguir por parte de la Alianza una ayuda así para Newton. Sin embargo, por casualidad expuse algunos de los beneficios financieros que la Alianza obtendría a largo plazo a cambio de dicha ayuda, y eso fue lo que hizo que él comenzara a analizarlo.

—Sí —murmuró Mondar—, el apetito de los newtonianos por el crédito es real.

—Exacto —acordó Cletus—. Una vez que dejó al descubierto ese apetito, supe que lo tenía atrapado. Continué incitándolo hasta que él mismo sugirió que las Comunidades Asociadas Avanzadas podrían estar interesadas en participar con una pequeña cantidad..., quizás con un 20 por ciento del equipo, o la cantidad equivalente en personal especializado, a cambio de una hipoteca de sólo cinco años en propiedades aquí en Bakhalla.

—¿De verdad? —El rostro de Mondar se mostró pensativo—. Es un precio alto, claro, pero teniendo en cuenta que nuestras posibilidades reales de conseguir el dinero de la Alianza son casi inexistentes...

—Es lo mismo que le dije yo —interrumpió Cletus—. El precio era tan alto que se acercaba a lo ridículo. De hecho, me reí en su cara.

—¿Hizo eso? —La mirada de Mondar se endureció—. Cletus, no fue un acto inteligente. Una oferta así del presidente de la Junta de Newton...

—Es muy poco realista, como le espeté con franqueza —repuso Cletus—. Era imposible que yo aceptara transmitirles a ustedes una oferta que parecía abusiva hasta rayar en el insulto. Le dije que después de todo yo tenía una obligación hacia mis Dorsai para mantener buenas relaciones con el gobierno de *todas* las colonias independientes de los Mundos Nuevos.

—¿Y lo aceptó? —Mondar miró con fijeza a Cletus.

—No sólo lo aceptó —explicó Cletus—, sino que no perdió ni un segundo en

disculparse y trasladar su oferta a un nivel más realista. No obstante, le expuse que ya comenzaba a sentirme un poco inseguro en lo referente a todo el asunto que a ellos concernía. Pero él prosiguió elevando su oferta hasta el punto en que estuvo dispuesto a suministrar toda la cantidad necesaria de equipo, más la gente especializada que fuera necesaria, para realizar las excavaciones y conseguir que la central fuera operativa como fuente de energía. Finalmente acepté, a regañadientes, traerles su oferta antes de emprender viaje a la Tierra.

—¡Cletus! —Los ojos de Mondar brillaban—. ¡Lo consiguió!

—En realidad, no —dijo Cletus—. Todavía quedaba pendiente el asunto de la petición de propiedad newtoniana en Bakhalla como cláusula de seguridad hipotecaria con respecto a la central. Mi partida era al día siguiente, de manera que temprano por la mañana, antes de marcharme, le envié un mensaje a Walco en el que le comunicaba que lo había estado pensando durante la noche y, ya que no había ninguna duda de que la Alianza gustosa financiaría el proyecto con una hipoteca basada solamente en la misma planta, que había decidido descartar su oferta y seguir viaje directamente a la Tierra.

Mondar soltó el aire que había retenido despacio.

—Con una oferta semejante ya en sus manos —dijo; esas palabras, si hubieran provenido de cualquiera menos de un Exótico, habrían parecido amargas—... ¡tuvo que jugársela con un farol semejante!

—No existió ningún riesgo —comentó Cletus—. Para ese entonces el hombre había demostrado que compraría una parte del proyecto a cualquier precio. Creo que incluso podría haber conseguido bastante más de él si yo mismo ya no hubiera marcado los límites de la Alianza. Así que, sólo resta que ustedes envíen a alguien para firmar los contratos.

—Puede contar con ello. No perderemos tiempo —respondió Mondar. Sacudió la cabeza—. Cletus, supongo que sabe que por esto le debemos un favor.

—No creo que sea un pensamiento que se pueda pasar por alto —confirmó Cletus sobriamente—. Sin embargo, espero que los Exóticos y los Dorsai cuenten, a la larga, con bases más fuertes para la ayuda mutua que una serie de favores recíprocos.

Ocho días más tarde, según el tiempo de la nave, regresó al mundo Dorsai donde encontró que los tres mil hombres sobre los que había enviado un mensaje desde Newton, ya se hallaban movilizados y dispuestos a embarcar. De ellos, únicamente quinientos habían recibido el nuevo entrenamiento. Los otros dos mil quinientos eran buenos mercenarios experimentados, pero aún carecían del entrenamiento especializado de Cletus. Sin embargo, eso no importaba; ya que los dos mil quinientos soldados que no habían entrenado viajaban esencialmente, de acuerdo con los planes de Cletus, como elemento de exhibición.

Mientras tanto, y antes de que viajara con ellos hacia Newton en un plazo de tres días, Cletus debía celebrar su boda con Melissa. Las negociaciones en Bakhalla y en Newton le habían hecho demorarse. Como resultado de ello, llegó —había enviado

un mensaje en el que decía que llegaría a tiempo para la ceremonia aunque tuviera que secuestrar una nave atmosférica— a menos de cuarenta y cinco minutos de la hora fijada..., y todo para ver que las primeras noticias que recibía indicaban que tal vez toda la prisa que se había dado resultaba inútil.

—Dice que ha cambiado de idea, eso es todo —le explicó Eachan Khan en voz baja en la privacidad del comedor bañado por las sombras.

Por encima de los rígidos hombros de Eachan, Cletus podía ver, a unos diez metros de distancia, al capellán de su regimiento de Dorsais recién entrenados en compañía de otros invitados que comían y bebían ajenos al repentino y drástico cambio de planes: se trataba de viejos y buenos amigos de Eachan y nuevos, pero igualmente buenos, amigos y oficiales de Cletus. Entre los mercenarios, las lealtades se ganaban difícilmente, sin embargo, una vez conseguidas se convertían en inamovibles. Aquellos que eran amigos de Cletus superaban en un número de dos a uno a los de Eachan. Cletus había organizado la lista de invitados de esa manera.

—Dice que hay algo que no está bien —continuó Eachan indeciso— y que tiene que verte. No la comprendo. Solía entenderla, antes que deCastries... —se calló. Sus hombros se hundieron bajo la chaqueta de su uniforme—. Pero ya no.

—¿Dónde se encuentra? —inquirió Cletus.

—En el jardín. Al final, más allá de los arbustos que rodean la casa de verano —contestó Eachan.

Cletus dio media vuelta y salió por las puertas francesas del comedor en dirección al jardín. Una vez que quedó fuera de la vista de Eachan, dio un rodeo hasta llegar a la zona de aparcamiento y al coche alquilado con el que había volado desde Foralie.

Entró en el coche, cogió su maletín y lo abrió. Dentro se hallaban su cinturón y su pistola. Se colocó el cinturón alrededor de la cintura y descartó la solapa protectora que normalmente cubría la lustrosa culata del arma. Luego regresó al jardín.

La encontró donde Eachan había dicho. Se hallaba de pie en el interior de la casa de verano de espaldas a él, con las manos sobre la barandilla blanca, mirando más allá de la pantalla que formaban los arbustos de las lejanas montañas que les rodeaban. Al escuchar el sonido de sus botas en el suelo de madera, dio media vuelta y le miró.

—¡Cletus! —exclamó. Su rostro tenía un color y una expresión normales, aunque sus labios estaban tensos.

—¿Te lo contó papá?

—Sí —respondió él y se detuvo enfrente de ella—. Deberías estar dentro arreglándote. Hemos de continuar con nuestros planes tal como los pensamos.

Los ojos de ella se abrieron levemente. Mostraban una mirada incierta.

—¿Continuar? —repitió—. Cletus, ¿no has ido a casa? Pensé que me dijiste que habías hablado con papá.

—Lo he hecho —confirmó.

—Entonces... —le observó—. Cletus, ¿no comprendiste lo que te explicó? Le

comuniqué... que había algo que no estaba bien. No sé lo que es, pero hay algo. ¡No me casaré contigo!

Cletus la miró. Y cuando ella le devolvió la mirada, el rostro de Melissa cambió. En él surgió aquella expresión que Cletus había visto sólo una vez antes. Era aquel gesto que él descubriera cuando emergió con vida de la zanja en la que había fingido estar muerto con el fin de destruir el rifle múltiple con el que la guerrilla neolandesa había atacado su vehículo blindado cuando iban camino de Bakhalla.

—Tú no... No pensarás... —comenzó con la voz levemente más alta que un susurro. Luego su voz se hizo firme—. ¿No me *forzarás* a casarme contigo?

—Llevaremos a cabo la ceremonia —dijo él.

Ella sacudió la cabeza incrédula.

—¡Ningún capellán Dorsai me casará contra mi voluntad!

—Mi capellán de regimiento lo hará..., si se lo ordeno —expuso Cletus.

—¿Casar a la hija de Eachan Khan? —repuso ella con furia repentina—. ¿Y he de suponer que mi padre permanecerá inmóvil y contemplará la escena sin hacer nada?

—Espero que así sea..., de verdad —respondió Cletus con un énfasis tan lento y significativo en las palabras que pronunció, que el color inundó la cara de ella para desaparecer un segundo después dejando su rostro con la palidez de un mujer que se encontrara en *shock*.

—Tú... —Su voz no le respondió y decidió guardar unos instantes de silencio.

Siendo la hija de un oficial mercenario, no pudo evitar darse cuenta de que entre los invitados presentes a la boda, aquellos que estaban unidos a Cletus por lazos emocionales o de otro tipo, sobrepasaban en un número de dos a uno a los que eran leales a su padre. Sin embargo, los ojos que posaba sobre él aún seguían incrédulos. Escrutaron su rostro en busca de algún indicio que le mostrara que lo que veía en él no era el Cletus real.

—Tú no eres así. Tú no harías... —La voz le falló de nuevo—. ¡Papá es tu amigo!

—Y tú vas a ser mi esposa —repuso Cletus.

Sus ojos bajaron por primera vez a la pistola que llevaba a la cintura.

—¡Oh, Dios! —Colocó unas delgadas manos a ambos lados de su rostro—. Y yo pensaba que Dow era cruel..., no responderé. ¡Cuando el capellán me pregunte si te acepto por esposo contestaré que no!

—Por el bien de Eachan —dijo Cletus—, espero que no sea así.

Las manos de ella cayeron de su cara. Permaneció de pie como una sonámbula con los brazos colgando a los costados.

Cletus se le aproximó, cogió un brazo y la condujo —ella no opuso resistencia— fuera de la casa de verano, a través del jardín, donde cruzaron un seto y entraron por las puertas francesas al comedor. Eachan aún seguía allí; cuando entraron se volvió rápidamente para mirarlos, dejó la copa sobre la mesa y se dirigió hacia ellos.

—¡Por fin habéis llegado! —exclamó. Su mirada se hizo penetrante al mirar a su

hija—. ¡Melly! ¿Qué ocurre?

—Nada —contestó Cletus—. No hay ningún problema. Vamos a casarnos.

La mirada de Eachan se posó sobre Cletus.

—¿Lo haréis? —Sus ojos se fijaron en los de Cletus durante un segundo y luego retornaron a Melissa—. ¿Es cierto, Melly? ¿Está todo bien?

—Todo perfecto —repuso Cletus—. Será mejor que le comuniqués al capellán que ya estamos listos.

Eachan no se movió. Sus ojos bajaron lentamente y con deliberación observó la pistola en la cartuchera ajustada al cinturón de Cletus. Miró de nuevo a Cletus a los ojos y después a Melissa.

—Estoy esperando a oírlo de tus labios, Melly —comentó Eachan despacio. Sus ojos eran tan grises como el granito desgastado—. Tú no me has dicho que todo está bien.

—No hay ningún problema —musitó ella por entre sus labios rígidos y sin color—. Además, fue idea tuya que me casara con Cletus, ¿no es cierto, papá?

—Sí —aceptó Eachan. No hubo cambio perceptible en su expresión, mas de súbito pareció que algo se transformaba en él, llevándose toda emoción y dejándole tranquilo, preparado y resuelto. Dio un paso hacia adelante, de manera que ahora se hallaba casi entre ellos dos y miró la cara de Cletus directamente desde una distancia de apenas unos pocos centímetros—. Quizás me equivocara.

Dejó caer su mano derecha en un movimiento aparentemente casual y la depositó sobre la mano de Cletus que sujetaba la muñeca de Melissa. Sus dedos se cerraron levemente alrededor del pulgar de Cletus en una presa que podía utilizarse para romperlo si Cletus no soltaba el brazo de ella.

Cletus apoyó suavemente su otra mano sobre el cinturón del arma.

—Suéltame —le dijo con voz pausada a Eachan.

La misma tranquilidad mortal se había apoderado de los dos. Durante un segundo no hubo ningún movimiento en la habitación, y entonces Melissa jadeó.

—¡No! —A la fuerza se interpuso entre ambos y se encaró con su padre, dándole la espalda a Cletus, que aún tenía la mano en su muñeca, pero ahora a su espalda—. ¡Papá! ¿Qué te pasa? ¡Pensé que, después de todo, serías feliz con la decisión de casarnos!

Detrás suyo, Cletus le soltó la muñeca y ella estiró su brazo libre hacia delante. Sus hombros se irguieron cuando respiró profundamente. Por un momento, Eachan la miró sin comprender, y luego un cierto desconcierto y consternación apareció en sus ojos.

—Melly, pensé... —Su voz se quebró y permaneció en silencio.

—¿Pensaste? —gritó Melissa—. ¿Qué, papá?

Él la miró con aire distraído.

—¡No lo sé! —explotó de repente—. ¡No te entiendo, muchacha! No os entiendo a ninguno de los dos.

Dio media vuelta y se dirigió hacia la mesa donde había dejado su copa. La recogió y la vació de un trago.

Melissa se le acercó y le pasó el brazo un momento por los hombros, apoyando su cabeza contra la suya. Luego se volvió hacia Cletus y colocó una fría mano sobre su muñeca. Le miró con ojos que eran de una extraña profundidad, libres de ira o resentimiento.

—Vamos, Cletus —dijo con tranquilidad—. Será mejor que comencemos la ceremonia.

Transcurrieron varias horas antes de que pudieran estar solos. Los invitados a la boda les habían escoltado hasta la puerta del dormitorio principal de la nueva Casa Grahame, y sólo cuando la puerta se cerró ante sus caras abandonaron el edificio dejando detrás el eco de sus risas y alegres voces.

Cansada, Melissa se sentó en el borde de la gran cama. Alzó la vista a Cletus, que aún permanecía de pie.

—¿Me dirás ahora qué es lo que ocurre? —le preguntó.

Él la contempló. El momento que había previsto cuando le pidió que se casara con él había llegado. Reunió valor para hacerle frente.

—Sólo será un matrimonio de nombre —le comunicó—. En un par de años podrás conseguir la anulación.

—¿Entonces por qué te casaste conmigo? —le preguntó ella con la voz todavía carente de culpa o rencor.

—DeCastries volverá a los nuevos mundos en los próximos doce meses —le explicó—. Antes de regresar, te iba a pedir que fueras con él a la Tierra. Con nuestro casamiento, tú perdiste la nacionalidad terrestre. Ahora eres una Dorsai. No podrás ir..., hasta que tengas la anulación del matrimonio y solicites recuperar la ciudadanía de la Tierra. Pero no podrás anularlo de inmediato a menos que le hagas saber a Eachan que yo te obligué a casarte..., lo cual produciría los resultados que ya conoces, los mismos que deseabas evitar cuando aceptaste seguir con la ceremonia hace un momento.

—Nunca permitiría que vosotros dos os matarais —dijo ella. Su voz sonaba extraña.

—No —corroboró él—. Así que esperarás los dos años. Después, serás libre.

—¿Pero por qué? —insistió ella—. ¿Por qué lo hiciste?

—Eachan te hubiera seguido a la Tierra —repuso Cletus—. Y con eso contaba Dow. Yo no podía permitirlo. Necesito a Eachan Khan para lo que tengo que hacer.

Mientras hablaba la había estado observando, mas ahora sus ojos se apartaron de ella. Miró por encima de la alta y acortinada ventana que había en un extremo del dormitorio, a las cimas de las montañas que ya comenzaban a ser cubiertas por las lluvias de la tarde que en unos pocos meses se convertirían en las primeras nieves del otoño.

Ella no habló durante un largo rato.

—Entonces —pronunció al fin—, ¿nunca me amaste?

Él abrió la boca para responder, el momento había llegado. No obstante, en el último instante, y a pesar de su determinación, las palabras se transformaron en su boca.

—¿Alguna vez te lo manifesté? —contestó y, dando media vuelta, se marchó de la habitación antes de que ella pudiera decir algo.

Detrás suyo, mientras cerraba la puerta, sólo hubo silencio.

A la mañana siguiente, Cletus se ocupó de preparar el contingente expedicionario de los recién entrenados Dorsai y de los hombres que no habían seguido sus clases pero que también se llevaría a Newton. Varios días después, mientras estaba sentado en su despacho en los terrenos de entrenamiento de Foralie, Arvid entró para comunicarle que había llegado un nuevo emigrante al planeta Dorsai, un oficial que deseaba hablar con él.

—Creo que usted lo recordará, señor —comentó Arvid mirando a Cletus de forma sombría—. Es el teniente William Athyer..., antiguo miembro de la Fuerza Expedicionaria de la Alianza en Bakhalla.

—¿Athyer? —dijo Cletus. Hizo a un lado los papeles que tenía sobre el escritorio flotante—. Hazle pasar, Arv.

Arvid se retiró de la oficina. Unos pocos segundos después, Bill Athyer, a quien Cletus había visto por última vez borracho mientras le impedía el paso en la terminal de la ciudad de Bakhalla, apareció vacilante en el umbral de la puerta. Vestía el uniforme marrón del recluta Dorsai, con una insignia de oficial a prueba donde antes había llevado sus barras plateadas de teniente primero.

—Entre —invitó Cletus—, y cierre la puerta detrás suyo.

Athyer obedeció y pasó a la habitación.

—Es muy amable por su parte recibirme, señor —dijo despacio—. Supongo que nunca esperó que me presentara de esta manera...

—Por el contrario —repuso Cletus—. Le esperaba. Siéntese.

Le indicó la silla que había enfrente del escritorio. Athyer lo hizo casi con timidez.

—No sé cómo disculparme... —comenzó.

—Entonces no lo haga —interrumpió Cletus— ¿Doy por hecho que la vida ha cambiado para usted?

—¡Cambiado! —El rostro de Athyer se iluminó—. Señor, ¿recuerda la última vez en la terminal de Bakhalla...? Me marché de allí con una idea concreta en mi mente. Iba a leer todo lo que usted había escrito —todo— con la intención de analizar hasta el último detalle que me ayudara a encontrar algo erróneo, algo falso, que pudiera utilizar en contra de usted. Me acaba de decir que no me disculpe, pero...

—Y lo sostengo —cortó Cletus—. Continúe con lo que fuera a explicarme.

—Bien, yo... de repente comencé a comprenderlo, eso es todo —dijo Athyer—. ¡Súbitamente cobró sentido y no podía creerlo! Acabé sus libros y empecé a investigar con todos los textos que pude encontrar sobre arte militar en la biblioteca Exótica. Pero resultaron ser lo mismo que yo siempre había leído. Su escritura es lo que marcaba la diferencia... ¡Señor, no sabe qué diferencia!

Cletus sonrió.

—¡Claro, claro que la conoce! —Se interrumpió Athyer—. No he querido decir

eso. Lo que quiero decir es, por ejemplo, que yo siempre tuve problemas con las matemáticas. Ya sabe que yo no salí de la Academia de la Alianza. Ingresé a través de un programa de oficiales de reserva y, de alguna manera, logré ir tirando con ellas, Y eso es lo que hice hasta que descubrí la geometría. De inmediato las figuras y las formas fueron comprensibles..., y fue hermoso. Bueno, es lo mismo que me ocurrió con sus textos, señor. De repente, el arte y la mecánica de la estrategia militar cobraron sentido. Todos los sueños que tuve de niño de realizar grandes cosas..., me vi leyendo cómo podían ser hechas. No me refiero únicamente a temas militares..., sino a todo tipo de cosas.

—¿Y lo descubrió en lo que yo había escrito? —preguntó Cletus.

—¡Descubrirlo! —Athyer alzó una mano y cerró los dedos en el aire vacío—. Lo vi como si estuviera *ahí*, tridimensional, enfrente mío. Señor, nadie sabe lo que usted ha hecho con esos volúmenes que escribió. Nadie aprecia..., y no se trata sólo de lo que su trabajo ofrece en este momento, ¡es lo que le ofrece al futuro!

—Bien —dijo Cletus—. Me alegra oír que piensa así. ¿Y ahora qué puedo hacer por usted?

—Creo que lo sabe, señor, ¿verdad? —repuso Athyer—. Se debe a lo que usted escribió que yo venga aquí, al planeta Dorsai. Sin embargo, no deseo ser sólo uno de sus comandos. Quiero estar cerca de usted, donde pueda seguir aprendiendo. Oh, sé que no tendrá un puesto para mí de inmediato entre su personal, mas si puede tenerme en cuenta...

—Creo que se le podrá encontrar un sitio —dijo Cletus—. Como le he dicho, le esperaba. Vaya a ver al comandante Arvid Johnson y comuníquese que yo he dicho que le tome como su asistente. Nos saltaremos el requisito del entrenamiento completo de manera que usted pueda venir con el grupo que enviaremos a Newton.

—Señor... —Athyer no encontró palabras.

—Eso es todo, entonces —comentó Cletus acercando los papeles que antes había apartado—. Hallará a Arvid en el despacho exterior.

Volvió a su trabajo. Dos semanas más tarde el contingente Dorsai con destino a Newton aterrizó en el planeta, dispuesto a trabajar..., y el recién nombrado Jefe de Unidad Bill Athyer se encontraba entre ellos.

—Espero —expuso Arthur Walco varios días después mientras contemplaba junto a Cletus el desfile nocturno de los soldados— que la confianza que tiene en sí mismo no haya sido exagerada, mariscal.

Casi se percibía un deje de burla en su voz cuando el presidente de la junta de las Comunidades Asociadas Avanzadas de Newton utilizó el título que había adoptado Cletus como parte de su revisión general de los nombres de las unidades y los oficiales entre los Dorsai que habían pasado el entrenamiento. Estaban al borde del terreno por el que transcurría el desfile, y el sol rojo en el cielo gris de Newton se hundía en el horizonte por detrás del mástil de la bandera, que ya se hallaba a media asta, cuando el mayor Swahili detuvo al regimiento en el punto de despedida. Cletus

se volvió y miró al delgado newtoniano que ya empezaba a mostrar signos de calvicie.

—La exageración de la confianza —repuso Cletus— es una falta en la gente que no conoce su trabajo.

—¿Y usted conoce el suyo? —soltó Walco.

—Sí —respondió Cletus.

Walco rió amargamente, hundiendo sus delgados hombros embutidos en una chaqueta negra que le protegía contra el viento del norte, que provenía desde el lindero del bosque que crecía justo en los límites del pueblo newtoniano de Debroy, del mismo bosque que se extendía hacia el norte por más de trescientos kilómetros, hasta llegar a las minas de estibina y a la ciudad brozana de Watershed.

—Tal vez dos mil hombres sean suficientes para apoderarse de esas minas —comentó—, pero el contrato que tiene con nosotros le obliga a mantener el control sobre las minas durante tres días o hasta que logremos enviar tropas newtonianas que los releven. Sin embargo, en menos de veinticuatro horas después de que ustedes hayan tomado Watershed, los brózanos pueden rodearles con diez mil soldados regulares. De qué manera va usted a manejar una proporción de cinco a uno en su contra, es algo que desconozco.

—Por supuesto —repuso Cletus. La bandera ya había sido arriada y el mayor Swahili traspasó el mando del desfile a su ayudante para que despidiera a los hombres—. No es asunto suyo saberlo. Su cometido consiste únicamente en redactar un contrato conmigo en el que se estipule que nosotros recibiremos el dinero pactado una vez que le entreguemos el control de las minas a sus soldados. Y eso ya lo ha hecho. Nuestro fracaso no le causará a sus Comunidades Asociadas Avanzadas ninguna pérdida financiera.

—Quizás no —aceptó Walco desagradablemente—, pero mí reputación está en juego.

—La mía también —le contestó Cletus alegremente.

Walco bufó y se marchó. Cletus le contempló partir durante un segundo, luego dio media vuelta y se encaminó hacia el edificio del Cuartel General del campamento temporal que había sido preparado para los Dorsai en la entrada de Debroy, bajo la sombra del bosque. Una vez allí, en la sala de mapas, encontró a Swahili y a Arvid que le aguardaban.

—Miren esto —dijo, haciéndoles una seña para que se acercaran a la mesa principal de mapas, que mostraba en relieve la ancha banda del bosque, con Debroy en un extremo de la mesa y las minas de estibina que rodeaban a Watershed en el otro. Los dos hombres se le unieron en el extremo donde estaba situado Debroy—. Walco y su gente esperan que perdamos el tiempo durante una semana o dos, preparándonos aquí antes de que actuemos. Al margen de lo que los espías brózanos puedan averiguar, seguro que tendrán la misma idea. Sin embargo, no vamos a perder tiempo. Mayor...

Miró a Swahili, cuyo negro rostro lleno de cicatrices estaba inclinado sobre la mesa, el interés se reflejaba en él. Swahili alzó los ojos para posarlos en los de Cletus.

—Mañana a primera hora comenzaremos el entrenamiento de aclimatación de los hombres en el límite del bosque —comentó Cletus—. Dicho entrenamiento se realizará sin adentrarnos más de ocho kilómetros en él, justo hasta un poco antes de la frontera newtoniana-brozana... —señaló una línea roja que atravesaba la zona boscosa a unos treinta kilómetros por encima de Debroy—. Los hombres se entrenarán por unidades y grupos, y no lo harán bien. De hecho, lo harán bastante mal. Será necesario mantenerlos practicando durante la noche y que continúen sin parar hasta que sus oficiales queden satisfechos. Entonces podrán ser relevados grupo por grupo a medida que los oficiales al mando piensen que se hallan preparados, momento en el que se les autorizará a regresar al campamento. Quiero que el último grupo salga del bosque dentro de dos días y medio a partir de mañana. Déjele las órdenes necesarias a su oficial al mando para que se ocupe de ello.

—¿Yo no estaré allí? —preguntó Swahili.

—Usted se encontrará conmigo —respondió Cletus. Miró al joven y alto capitán situado a su derecha—. Igual que Arvid y doscientos de nuestros mejores hombres. Nos separaremos del resto de los soldados apenas nos internemos en el bosque y nos dispersaremos en grupos de dos y tres hombres, dirigiéndonos al norte para encontrarnos a ocho kilómetros al sur de Watershed dentro de cuatro días.

—¿Cuatro días? —repitió Swahili—. Eso significa que deberemos recorrer más de setenta y cinco kilómetros por día, a pie y a través de territorio desconocido.

—Exacto —reconoció Cletus—. Ésa es la razón por la que nadie, newtonianos o brózanos, sospechará que intentemos algo semejante. Pero usted y yo sabemos, ¿verdad, mayor? Que nuestros mejores hombres pueden lograrlo.

Sus ojos buscaron los de Swahili en su rostro oscuro e inmóvil.

—Sí —respondió Swahili.

—Bien —repuso Cletus y se apartó de la mesa—. Ahora comeremos y por la noche perfilaremos todos los detalles. Mayor, quiero que usted viaje con Arvid, aquí presente. Yo llevaré al jefe de unidad Athyer conmigo.

—¿Athyer? —inquirió Swahili.

—Así es —replicó Cletus secamente—. ¿No fue usted quien me dijo que vendría con nosotros?

—Sí —respondió Swahili.

Lo cual, aunque extraño, era verdad. Swahili parecía haberse interesado en el recién reclutado Athyer, que aún no había seguido siquiera el nuevo entrenamiento. En apariencia se trataba de un interés basado más en la curiosidad que en el sentimiento..., ya que si alguna vez dos hombres se hallaron en polos opuestos, éstos eran el mayor y el jefe de unidad. Swahili había demostrado una gran superioridad sobre todos los Dorsai que siguieron el entrenamiento de Cletus, ya fueran oficiales o soldados, con la excepción de éste último en la cuestión del autocontrol. No obstante,

Swahili no parecía alguien que permitiera que el interés afectara su juicio. Miró a Cletus con una especie de diversión sombría.

—Y, claro está, ya que él irá con usted, señor... —repuso.

—Todo el trayecto —corroboró Cletus llanamente—. ¿Supongo que no tendrá inconveniente en que Arvid viaje con usted?

—No, señor —los ojos de Swahili miraron al joven y alto comandante con una expresión muy próxima, la más aproximada de toda su vida, a la aprobación.

—Bien —comentó Cletus—. Pueden retirarse, entonces. Me reuniré con los dos aquí una hora después de la comida.

—Sí.

Swahili se marchó. Cletus se volvió hacia la puerta y vio que Arvid aún seguía allí, casi cortándole el paso. Cletus se detuvo.

—¿Ocurre algo, Arv? —inquirió.

—Señor... —comenzó Arvid, no pareció que pudiera continuar.

Cletus no hizo ningún gesto para facilitar la conversación. Simplemente continuó allí de pie.

—Señor —repitió Arvid—, sigo siendo su ayudante, ¿verdad?

—Lo eres —afirmó Cletus.

—Entonces... —El rostro de Arvid estaba rígido y pálido—..., ¿puedo preguntarle por qué Athyer irá con usted en una acción como ésta en vez de ser yo quien lo haga?

Cletus le miró con frialdad. Arvid se mantuvo erguido, su hombro derecho seguía un poco encorvado bajo su abrigo militar debido al estiramiento del tejido cicatrizado producido por la quemadura que había recibido en el edificio de alojamientos en Bakhalla, cuando protegió a Cletus de los francotiradores neerlandeses.

—No, comandante —contestó Cletus con lentitud—. No puede preguntarme el motivo de mis decisiones..., ni ahora ni nunca.

Siguieron de pie mirándose el uno al otro.

—¿Está claro? —inquirió Cletus después de un momento.

Arvid se irguió aún más. Sus ojos parecieron haber perdido la visión de Cletus, y su mirada fue más allá de él hacia algún punto en la pared más lejana.

—Sí, señor —repuso.

—Probablemente lo mejor será que se dirija a cenar, ¿no cree? —dijo Cletus.

—Sí, señor.

Arvid dio media vuelta y salió de la sala. Después de un segundo, Cletus suspiró y también se marchó camino de sus propios cuarteles, donde le esperaba una cena solitaria servida por su ordenanza.

Sobre las nueve de la mañana siguiente, se hallaba junto al jefe de unidad Bill Athyer a unos ocho kilómetros en el interior del bosque, cuando Swahili se le acercó y le entregó una caja de metal del tamaño de una caja de cerillas; era un visor de mapas. Cletus lo guardó en un bolsillo de la chaqueta de su uniforme de campaña de

color gris verdoso.

—¿Está orientado? —le preguntó a Swahili. El mayor asintió.

—Con el campamento como base —contestó Swahili—. El resto de los hombres seleccionados para la expedición ya se han marchado..., en grupos de dos y tres hombres, tal como usted ordenara. El capitán y yo estamos preparados.

—Bien —comentó Cletus—. Bill y yo también emprenderemos la marcha. Nos veremos en el punto de encuentro, a ocho kilómetros al sur de Watershed, en unas noventa y una horas.

—Allí estaremos, señor —con una rápida y levemente cómica mirada a Athyer, Swahili dio la vuelta y se marchó.

Cletus extrajo el visor de mapas y lo colocó en la palma de su mano, observando la aguja del compás de orientación bajo su tapa transparente. Presiono el botón que había a un lado de la caja y la aguja giró en el sentido de las del reloj unos cuarenta grados hasta que señaló casi al norte, en el corazón del bosque. Cletus se acercó al tronco de un árbol y desde allí intentó penetrar todo lo que pudo con la mirada en la penumbra del bosque que señalaba la aguja. Luego se acercó el agujero que había en un extremo del instrumento al ojo y miró por él. En su interior vio la imagen de lo que parecía un mapa en relieve, de tres por cuatro metros, del territorio que los separaba de Watershed. Una línea roja marcaba la ruta que había sido programada en el mapa. Presionando otro botón de la caja, se amplió la imagen para estudiar en detalle los primeros nueve kilómetros. Era todo bosque, sin ningún indicio de pantanos que hubiera que cruzar o vadear.

—Vamos —ordenó por encima de su hombro a Athyer.

Guardó el visor en el bolsillo y emprendió la marcha al trote.

Athyer le siguió. Durante las primeras horas trotaron uno al lado del otro sin hablar, envueltos en la penumbra y el silencio de la parte norte del bosque newtoniano. No lo habitaba ninguna criatura voladora, ni pájaros ni insectos, sólo la vida anfibia de sus lagos, ciénagas y pantanos. Bajo la espesa protección de las hojas finas como agujas que crecían sólo en las ramas más altas de los árboles, el suelo aparecía limpio salvo por los troncos de los árboles sin hojas y las ramas más bajas, aunque cubierto por una densa capa de ennegrecidas agujas muertas que habían caído de los árboles en estaciones pasadas. No obstante, aquí y allí, sorprendente e inesperadamente, surgían densos matorrales de grandes hojas del color de la carne y que tenían más de un metro y medio de largo; florecían directamente del lecho de agujas y señalaban la presencia de alguna fuente u otra zona húmeda debajo del terreno selvático.

Pasadas las dos primeras horas, impusieron un ritmo alternativo que consistía en cinco minutos de trote seguido de una marcha rápida de otros cinco minutos. Cada hora se detenían también cinco minutos y descansaban, tumbándose cuan largos eran sobre la alfombra suave y gruesa de las agujas, sin molestarse siquiera en quitarse las ligeras mochilas de supervivencia que llevaban a la espalda.

Durante la primera media hora la marcha fue fácil. Pasado ese tiempo, sus cuerpos se aclimataron al movimiento físico, el ritmo de sus corazones descendió, su respiración se tranquilizó..., y les pareció como si pudieran continuar de esa manera casi indefinidamente. Cletus corría o caminaba con la mayor parte de su cerebro desligado de la situación, demasiado concentrado en otros problemas. Incluso la cuestión de comprobar periódicamente su progreso con el compás direccional del visor casi parecía un acto automático en él, sólo realizado por reflejo.

Al fin su atención fue requerida por la desaparición de la ya difusa luz del bosque que les rodeaba. El sol de Newton, oculto entre su doble pantalla del follaje de las copas de los árboles y la alta y casi constante capa de nubes que le daba al cielo ese color gris metálico inusual, comenzaba a ponerse.

—Es tiempo de que comamos —indicó Cletus.

Se dirigió a una zona llana al lado del tronco de un árbol y se sentó en el suelo, con las piernas cruzadas y la espalda contra el tronco, quitándose la mochila a medida que lo hacía. Athyer se le unió en el suelo.

—¿Cómo se encuentra?

—Bien, señor —gruñó Athyer.

De hecho, el otro tenía un aspecto tan bueno como declaraba, y esto le agradó a Cletus. Sólo había un ligero brillo de transpiración en el rostro de Athyer, y su respiración era profunda y pausada.

Cada uno abrió un termo con comida y agujerearon el sello para que el alimento comenzara a calentarse. Cuando estuvo lo suficientemente caliente como para comerlo, la oscuridad se había hecho absoluta. Era tan negra como el interior de alguna hermética habitación subterránea.

—Las lunas saldrán en media hora —comentó Cletus en la oscuridad dirigiéndose a donde viera por última vez sentado a Athyer—. Si puede, intente dormir algo.

Cletus se recostó sobre las agujas e hizo que sus extremidades y su cuerpo quedaran completamente flácidos. En unos pocos segundos experimentó la familiar sensación flotante. Luego sintió como si hubiera unos treinta segundos de distracción cuando abrió los ojos y vio una nueva luz y pálida filtrándose a través de las hojas que cubrían el bosque.

Todavía era sólo un ligero fulgor comparada con la luz del día, sin embargo, ya era lo suficientemente clara como para que pudieran viajar; y ese resplandor tal vez se duplicaría, ya que al menos cuatro de las cinco lunas de Newton estarían esa noche en el cielo.

—Prosigamos —dijo Cletus.

Un par de minutos más tarde, él y Athyer, las mochilas a sus espaldas, se hallaban una vez más trotando por la ruta que se habían trazado.

Cuando Cletus consultó el visor iluminado internamente, éste le mostró una línea negra que corría paralela a la línea roja que les señalaba su trayecto a unos cuarenta y cinco kilómetros desde su punto de partida. En las siguientes nueve horas de viaje

nocturno, sólo interrumpido cada hora para descansar un poco y por la comida que tomaron a medianoche, recorrieron otros cuarenta kilómetros antes de que la puesta de la mayoría de las lunas disminuyera de nuevo la luz por debajo del nivel de iluminación en el cual era seguro viajar. Comieron una última y ligera comida y cayeron en un profundo sueño de cinco horas sobre el lecho de agujas del suelo del bosque.

Cuando la alarma del reloj de pulsera de Cletus les despertó, el cronómetro indicaba que ya habían perdido más de dos horas de luz diurna. Se incorporaron, comieron y se pusieron en marcha tan pronto como les fue posible.

Durante las primeras cuatro horas realizaron un buen avance..., incluso viajaban casi más rápido que el día anterior. Pero al atardecer penetraron en una zona pantanosa atestada de plantas con hojas grandes y del color de la carne; también se encontraron con algo nuevo llamado «parra parasitaria», que eran grandes cuerdas de vegetación que colgaban de las ramas bajas de los árboles y se extendían a veces durante kilómetros.

Se vieron obligados a ir más lentamente y a veces a dar rodeos.

Cuando cayó la noche, únicamente habían avanzado treinta kilómetros más. Apenas llevaban recorrido un tercio de la distancia hasta el punto de encuentro en los límites de Watershed, pero casi un tercio de su tiempo ya había pasado, y a partir de ahora la fatiga les haría avanzar progresivamente más despacio. Cletus había supuesto que para entonces tuvieran recorrido casi la mitad del trayecto.

No obstante, el visor le informó que sólo les restaban otros treinta kilómetros para salir de esta zona pantanosa hacia campo abierto de nuevo. Tomaron su breve cena en la primera media hora de oscuridad y luego continuaron la marcha por la noche. Llegaron hasta el final de la ciénaga justo antes de que se ocultara la luz lunar; se derrumbaron como hombres muertos sobre la alfombra que formaban las agujas y se quedaron dormidos.

Al día siguiente la marcha fue más fácil, pero la fatiga comenzaba a frenar su ritmo. Cletus viajaba como un hombre en trance o muy afiebrado: apenas era consciente de los esfuerzos o el cansancio de su cuerpo, salvo como algo que se percibe difusamente, a distancia. Sin embargo, Athyer se acercaba al final de sus fuerzas. Su cara estaba gris y demacrada, de manera que el agudo pico que tenía por nariz ahora parecía dominar todas sus facciones, como el ariete de algún barco antiguo. Mientras trotaron logró mantener el paso, mas cuando comenzaron a andar sus pies en ocasiones se torcían y se tambaleaba. Aquella noche Cletus permitió que durmieran seis horas antes de la cena.

En las horas que les quedaban de luz lunar recorrieron menos de veinticuatro kilómetros antes de detenerse de nuevo y dormir otras seis horas.

Se despertaron con la ilusión de hallarse descansados y con todas las energías. No obstante, durante las siguientes dos horas de viaje bajo la luz del día se dieron cuenta de que no se hallaban mejor que veinticuatro horas antes, a pesar de que ahora

viajaban más despacio y regularmente, dosificando sus fuerzas de la misma forma que un avaro lo hace con el dinero necesario para sus gastos. Una vez más Cletus regresó a su estado de separación; el sufrimiento corporal parecía remoto y poco importante. Su mente tuvo la sensación de que si le hacía falta podría continuar así para siempre, sin parar para alimentarse o dormir.

De hecho, ahora el alimento era el menor de sus problemas. Se detuvieron para la comida y el reposo del mediodía y se obligaron a tragar algunas de las raciones que llevaban, aunque no tenían apetito ni sentido del gusto. La comida que ingerían resultaba pesada para sus estómagos, y cuando cayó la noche ninguno de los dos pudo comer. Con las manos excavaron por debajo de las plantas utilizando hojas de color carne en busca de la fuente que borboteaba allí, luego bebieron profusamente antes de derrumbarse en lo que ya era casi un sueño automático. Después de un par de horas de dormitar, se incorporaron y continuaron su viaje bajo la iluminación que les brindaba la luna.

El amanecer del cuarto día los encontró a menos de diez kilómetros del punto de encuentro. Pero cuando intentaron ponerse de pie con las mochilas, sus rodillas temblaron y cedieron como si fueran bisagras sueltas. Sin embargo, Cletus siguió luchando y, después de varios intentos, por fin se pudo apoyar sobre los pies y permanecer así. Miró a su alrededor y vio a Athyer, que aún estaba en el suelo, inmóvil.

—Es inútil —gruñó Athyer—. Continúe usted.

—No —repuso Cletus.

Se hallaba a cierta distancia, con las piernas rígidas y separadas. Se balanceó ligeramente y miró a Athyer.

—Tiene que proseguir —insistió Athyer pasado un momento.

Era la forma a la que se habían habituado a hablarse durante el último día..., con largas pausas entre las palabras de uno y la réplica del otro.

—¿Por qué se unió a los Dorsai? —inquirió Cletus después de una de esas pausas.

Athyer le miró.

—Por usted —dijo Athyer—. Usted realizó lo que yo siempre quise hacer. Usted era lo que yo siempre quise ser. Sabía que jamás obtendría los logros de la misma forma que usted. Sin embargo, pensé que podría aprender al estar cerca.

—Entonces aprenda —repuso Cletus balanceándose—. Camine.

—No puedo —afirmó Athyer.

—No existe el no puedo..., para usted —insistió Cletus—. Camine.

Cletus siguió allí de pie. Athyer permaneció donde estaba tumbado durante unos minutos. Entonces sus piernas comenzaron a moverse. Se esforzó por sentarse y luego por poner sus piernas debajo de su cuerpo, pero no le respondían. Se detuvo, jadeando.

—Usted es lo que siempre ha querido ser —expuso Cletus despacio, oscilando

encima de él—. Olvídese de su cuerpo. Ponga de pie a Athyer. El cuerpo le seguirá de forma natural.

Esperó. Athyer se sacudió de nuevo. Con un esfuerzo convulsivo se puso de rodillas, vaciló aún arrodillado a medias, y entonces, con repentina fuerza se incorporó y se tambaleó hacia adelante tres pasos hasta que se aferró al tronco de un árbol para evitar caerse otra vez. Miró por encima del hombro a Cletus, jadeante pero con aire triunfal.

—Cuando esté preparado continuaremos —le dijo Cletus.

Cinco minutos más tarde, aunque Athyer todavía se tambaleaba como un borracho, habían emprendido la marcha. Cuatro horas después llegaron al punto de encuentro, donde hallaron a Swahili y a Arvid; aún faltaba por arribar una quinta parte de los hombres. Cletus y Athyer se derrumbaron sin molestarse en quitarse las mochilas de la espalda, y ya estaban dormidos antes de tocar el terreno alfombrado por las hojas como agujas.

Cletus despertó a media tarde. Se sintió tranquilo y un poco mareado, aunque descansado y terriblemente hambriento. Athyer aún dormía profundamente, como un hombre bajo los efectos de la anestesia.

Cletus comió y se reunió con Swahili y Arvid.

—¿Cuántos hombres han llegado? —le preguntó a Swahili.

—Hay veintiséis que todavía no lo han hecho —respondió Swahili—. Los demás fueron llegando a la hora siguiente de que lo hiciera usted.

Cletus asintió.

—Bien —comentó—. Estarán lo suficientemente descansados como para operar apenas anochezca. Comenzaremos de inmediato con los que ya han dormido. Lo primero que necesitamos es un vehículo.

Así ocurrió que un camionero brozano que se deslizaba sobre el colchón de aire por una carretera de tierra apisonada, que conducía al pequeño pueblo minero de Watershed, de forma inesperada encontró que su camino era bloqueado por media docena de hombres armados y que vestían uniformes de un gris azulado, cada uno con una pequeña bandera azul y blanca de las Comunidades Asociadas Avanzadas sobre el bolsillo izquierdo de la pechera. Uno de ellos, un oficial alto que llevaba un círculo de estrellas en las charreteras de los hombros, se adelantó hacia la cabina y abrió la puerta.

—Fuera —ordenó, era Cletus—, necesitamos su camión. Dos horas más tarde, justo antes de la puesta del sol, ese mismo camión entraba en Watershed por una carretera que, de forma extraña, no había tenido tráfico durante los últimos 120 minutos. En la cabina había dos hombres que no llevaban gorras y que condujeron el camión directamente al cuartel general del pequeño destacamento de policía, que tenía el deber de mantener la ley y el orden en el pueblo minero.

El camión se detuvo en el aparcamiento detrás del cuartel general de la policía, y unos momentos después se escuchó el sonido de cierto jaleo en el interior del cuartel mismo. Mas pronto retornó la tranquilidad y poco después la sirena de los bomberos, situada sobre el cuartel de la policía, cobró vida de forma estentórea, como si fuera una gigantesca y enloquecida criatura. Continuó sonando a medida que los habitantes del pueblo salían de sus casas y otros edificios para encontrarse con que el pueblo se hallaba rodeado y sus calles patrulladas por soldados armados, con una bandera azul y blanca sobre el bolsillo izquierdo de la chaqueta de su uniforme. Cuando el sol ya se había ocultado, Watershed se despertó para descubrir que era una comunidad capturada.

—¡Deben estar locos! ¡Nunca se saldrán con la suya! —rugió el *manager* de las minas de estibina cuando, junto con el alcalde del pueblo y jefe del contingente de la policía local, fue llevado ante la presencia de Cletus en el cuartel general de la policía—. El ejército brozano tiene su sede en la ciudad de Broza..., y sólo se encuentra a

dos horas de aquí, incluso si vinieran por tierra. En pocas horas descubrirán que ustedes han tomado el pueblo, y entonces...

—Ya lo saben —le interrumpió Cletus con sequedad—. Una de las primeras cosas que hice fue utilizar el sistema de comunicación de la policía y anunciarles el hecho de que nos habíamos apoderado de Watershed y de las minas.

El *manager* de las minas le contempló. —¡Tiene que estar loco! —exclamó al fin—. ¿Cree que sus quinientos hombres podrán resistir a un par de divisiones?

—Tal vez no sea necesario —comentó Cletus—. De todas formas, no es su problema. Todo lo que quiero de usted y de estos dos caballeros es que le den la seguridad a los habitantes del pueblo de que, mientras se mantengan fuera de las calles y no intenten salir del pueblo, no corren ningún peligro.

Había un tono en su voz que no invitaba a continuar la discusión. Con unos pocos intentos de protesta carentes de convicción, los tres mandatarios de Watershed acordaron hacer un llamamiento a la comunidad por medio del sistema telefónico, comunicándoles la advertencia que él les había pedido que anunciaran...; una vez hecho esto ordenó que los mantuvieran bajo custodia en el cuartel de la policía.

En realidad, pasaron menos de dos horas antes de que los primeros elementos del ejército brozano comenzaran a llegar. Eran transportes aéreos cargados con tropas que pronto rodearon la villa a una distancia de unos doscientos metros en el interior del bosque que delimitaba el pueblo. Durante el resto de la noche, se pudo escuchar la llegada de más tropas, armas pesadas y vehículos acorazados. Al amanecer, Swahili y Cletus llegaron a la conclusión de que una división de soldados brózanos, armados en un espectro que abarcaba desde cuchillos hasta armas de energía, tenían rodeada Watershed y a sus doscientos ocupantes Dorsai.

Swahili estaba de buen humor cuando le pasó a Cletus los prismáticos después de escrutar personalmente la zona boscosa que los circundaba. Los dos se hallaban en la cima de la torre de comunicaciones, que era la estructura más alta del pueblo.

—No creo que deseen utilizar esas armas pesadas de manera indiscriminada arriesgándose a herir a la gente del pueblo —comentó Swahili—. Lo cual les obligará a avanzar sobre el pueblo a pie..., probablemente por todo el perímetro a la vez. Estimo que atacarán en una hora.

—No lo creo —repuso Cletus—. Pienso que primero enviarán a alguien para parlamentar.

Se demostró que tenía razón. Las tropas brozanas que les rodeaban no hicieron nada durante las tres primeras horas de la mañana. Luego, hacia el mediodía, mientras que el sol velado por las nubes de Newton comenzaba a calentar el paisaje del norte, un vehículo militar con una bandera blanca emergió despacio de entre las sombras del bosque y entró en el pueblo desde la carretera. Le salieron a su encuentro en el perímetro de Watershed soldados instruidos para esta contingencia, que lo escoltaron hasta el cuartel de la policía. Allí, un general delgado y pequeño, que apenas sobrepasaba los sesenta años, flanqueado por un hombre *rollizo*, que quizás

fuera unos diez años más joven y que llevaba la insignia de coronel, bajaron del coche y entraron en el edificio del cuartel general. Cletus les recibió en el despacho del comandante del destacamento de policía.

—Me encuentro aquí para ofrecerle los términos de la rendición... —El general se detuvo y miró las insignias en los hombros de Cletus—. No reconozco su rango. ¿Cuál es?

—Mariscal —respondió Cletus—. Hace poco tiempo que en los Dorsai hemos modificado nuestra organización y nuestros títulos. Soy el mariscal Cletus Grahame.

—¿Oh? Yo soy el general James Van Dassel. Y éste es el coronel Morton Offer. Como le estaba diciendo, nos encontramos aquí para ofrecerle los términos de la rendición...

—Si se tratara de enviar los términos de la rendición, no creo que hubiera sido necesario que viniera usted, ¿verdad, general? —le interrumpió Cletus—. Creo que usted sabe bien que nuestra rendición está totalmente fuera de discusión.

—¿Sí? —las cejas de Van Dassel se enarcaron educadamente—. Quizás debiera informarle que tenemos más de una división completa, apoyada con armas pesadas, rodeándoles en este mismo momento.

—Estoy al tanto de ello —dijo Cletus—. De la misma forma que usted sabe que tenemos a más de cinco mil civiles dentro de nuestras líneas.

—Sí, y le haremos responsable de ellos —expuso Van Dassel—. Debo advertirle que si les ocurre algo, los términos de rendición tan abiertos que le vamos a ofrecer...

—No tiene mi paciencia, general —interrumpió Cletus—. Retenemos a esos civiles como precaución contra cualquier acción hostil de sus fuerzas. De manera que no perdamos más tiempo hablando de esa tontería de nuestra rendición. Le he estado esperando para poder comunicarle los pasos inmediatos que darán las Comunidades Asociadas Avanzadas en lo referente a Watershed y las minas. Como indudablemente usted sabe, dichas minas fueron habilitadas en tierras que las CAÁ les compraron a Broza, y la posterior expropiación por parte de Broza ha sido declarada ilegal por la Corte Internacional con sede en Newton..., aunque Broza, hasta ahora, no ha creído conveniente obedecer la orden de la Corte de que le devolviera las minas a las Comunidades Asociadas Avanzadas. Nuestra fuerza expedicionaria ya le ha notificado a las CAÁ que las minas de nuevo se encuentran bajo su propiedad, y se me ha comunicado que los primeros contingentes de tropas regulares de las CAÁ comenzarán a llegar aquí a partir de las 18:00 horas, momento en el que relevarán a mis tropas y empezarán a funcionar como fuerza de ocupación... —Cletus se detuvo.

—Ciertamente no permitiré que ninguna fuerza de ocupación entre en el pueblo —intervino Van Dassel casi con timidez.

—Entonces le sugiero que consulte con sus autoridades políticas antes de iniciar cualquier acción que lo evite —comentó Cletus—. Se lo repito: mantenemos a la gente del pueblo como rehenes para que garanticen el buen comportamiento de sus soldados.

—Ni estoy dispuesto a tolerar un chantaje —expuso Van Dassel—. Esperaré la notificación de su rendición antes de que transcurran dos horas.

—Y yo, como ya le he dicho —respondió Cletus—, le hago responsable de cualquier acción hostil por parte de sus tropas durante el período de relevo por los soldados del ejército de las Comunidades Asociadas Avanzadas.

Con esa declaración mutua, se despidieron respetuosamente. Van Dassel y su coronel retornaron con las tropas brozanas que rodeaban a la villa. Cletus llamó a Swahili y a Arvid para que almorzaran con él.

—¿Y qué pasará si decide atacarnos antes de que lleguen las tropas de relevo? —inquirió Swahili.

—No lo hará —contestó Cletus—. Su posición ya es lo suficientemente mala. Los políticos brózanos le pedirán en primer lugar cuentas de cómo permitió que nos apoderáramos de Watershed y las minas. Quizás sobreviva a esa pregunta en lo que concierne a su carrera..., siempre que no se pierda ninguna vida brozana. Él sabe que yo estoy al corriente de ello también, de modo que Van Dassel no correrá ningún riesgo.

De hecho, Van Dassel no hizo ningún movimiento. Su división, que tenía rodeada Watershed, permaneció inmóvil mientras la hora que había estipulado para la rendición pasó, y las tropas aerotransportadas de las CAA comenzaron a llegar. Durante la noche, retiró pacíficamente a sus tropas. Al amanecer siguiente, cuando los recién llegados soldados de las CAA comenzaron a limpiar una zona del bosque para construir un campamento semipermanente para ellos, no se vio a ningún soldado brozano en trescientos kilómetros a la redonda.

—¡Muy bien hecho! —exclamó Walco con entusiasmo cuando llegó a Watershed con el último envío de sus fuerzas y fue conducido a la oficina que Cletus había tomado en el edificio del cuartel general de la policía—. Usted y sus Dorsai han realizado un trabajo maravilloso. Puede marcharse cuando lo desee.

—Tan pronto como nos pague —le dijo Cletus. Walco sonrió astutamente.

—Pensé que estaría ansioso por cobrar —comentó—, de manera que he traído el dinero conmigo.

Alzó un estrecho maletín y lo puso en el escritorio entre ellos dos, extrajo un recibo que le pasó a Cletus y luego comenzó a reunir certificados de oro, que apiló en la mesa delante de Cletus.

Cletus ignoró el impreso y observó con frialdad a medida que el montón de certificados crecía. Cuando Walco se detuvo por fin y alzó la vista con una amplia sonrisa en la cara, Cletus no le devolvió el gesto. Sacudió la cabeza.

—Eso es menos de la mitad de lo que habíamos acordado en nuestro contrato —afirmó Cletus. Walco mantuvo la sonrisa.

—Cierto —confirmó—. Mas en el contrato original teníamos previsto que ustedes permanecieran entre nosotros tres meses. Y en realidad, ha tenido la suficiente suerte como para conseguir su objetivo en menos de una semana y con sólo un cuarto de sus

fuerzas expedicionarias. No obstante, hemos calculado una paga de pleno combate para toda la semana y para los quinientos hombres que usted usó; además le pagamos un precio de mantenimiento de barracones, y no sólo para el resto de sus hombres por estos siete días, sino para todas sus tropas durante un mes..., es una especie de bonificación.

Cletus le miró. La sonrisa de Walco desapareció de su rostro.

—Estoy seguro de que recuerda tan bien como yo —repuso Cletus fríamente—, que el acuerdo era para dos mil hombres durante tres meses, con una paga de pleno combate para todos durante ese período..., sin cobrar un centavo si no éramos capaces de entregarle las minas de estibina. Cuántos hombres usaba para recuperarlas, y cuánto tiempo me tomaba, era mi problema. Espero la paga de pleno combate por tres meses para mi comando completo inmediatamente.

—Por supuesto que eso queda descartado —contestó Walco con cierta sequedad.

—No lo creo —dijo Cletus—. Tal vez debería recordarle que le comuniqué al general Van Dassel, el comandante brozano que nos tuvo cercados aquí, que mantenía a la población civil de Watershed como rehenes que me garantizaran su buen comportamiento. Tal vez debería recordarle que yo y los hombres que he traído conmigo todavía mantenemos a esa gente en nuestro poder..., en esta oportunidad como garantía de *su* buen comportamiento.

La cara de Walco adoptó un gesto extraño.

—¡Usted no le haría daño a los civiles! —exclamó después de un momento.

—El general Van Dassel cree que sí —replicó Cletus—. Ahora bien, personalmente le doy mi palabra como Dorsai, y con el tiempo es una palabra que se convertirá en algo más sólido que un contrato firmado, de que ni un sólo civil será herido. ¿Pero posee usted el valor de creerme? Si le estoy mintiendo, y si la toma de sus minas incluye un baño de sangre de la población residente, las posibilidades que tendrá de llegar a un posible acuerdo con Broza sobre las minas se evaporarán. En vez de poder negociar sobre la base de contar con el pájaro en la mano, se tendrá que enfrentar a una colonia que únicamente estará deseosa de venganza..., venganza por una acción de la que las comunidades civilizadas le culparán a usted.

Walco permaneció inmóvil mirándole.

—No dispongo de más certificados conmigo —declaró al fin con voz ronca.

—Esperaremos —respondió Cletus—. Puede volar de regreso para conseguirlos y retornar aquí como mucho al atardecer.

Con los hombros hundidos, Walco se marchó. Sin embargo, cuando subía los escalones del vehículo aéreo que le había traído a Watershed, se detuvo y dio media vuelta para mirar por última vez a Cletus.

—Usted cree que se abrirá camino entre los nuevos mundos —le dijo con rencor—, y quizás lo haga durante un tiempo. Mas uno de estos días todo lo que ha construido se desmoronará sobre su cabeza.

—Ya lo veremos —comentó Cletus.

Contempló cómo la puerta se cerraba detrás de Walco y la nave se alzaba en el cielo de Newton. Luego se volvió hacia Arvid, que permanecía a su espalda.

—De paso, Arv —le dijo—, Bill Athyer quiere tener la oportunidad de estudiar mis métodos sobre táctica y estrategia de cerca, de manera que él ocupará el puesto de ayudante mío apenas lleguemos a Dorsai. Te encontraremos un mando para ti con práctica de campo. De todos modos, ya es hora de que utilices tu experiencia en combate.

Sin aguardar la respuesta de Arvid, le dio la espalda al hombre más joven y se marchó, con la mente concentrada en otros problemas.

—Sus precios —expuso James Brazo-del-Señor, Eclesiarca de la Primera Iglesia Militante de los dos planetas vecinos de Armonía y Asociación: esos dos mundos llamados «Amistosos»—, son escandalosos.

James Brazo-del-Señor era un hombre de mediana edad, pequeño y frágil y de escaso pelo gris..., de apariencia incluso más pequeña y delicada de la normal en sus ajustados suéter y pantalones negros que constituían la vestimenta común de los que pertenecían a las sectas fanáticas que habían colonizado, y más tarde dividido y multiplicado, la superficie de Armonía y Asociación. A primera vista, parecía un hombrecito inofensivo, mas una mirada de sus oscuros ojos o incluso unas pocas palabras dichas en voz alta por él eran suficientes para destruir tal ilusión. Estaba claro que era una de esas raras personas que ardían con un fuego interior..., sin embargo, el fuego interior que nunca le fallaba a James Brazo-del-Señor suponía un toque de dolor y una antorcha de terror para los Descarriados. Tampoco se veía mitigado por el hecho de que las filas de los Descarriados, según el cálculo de James, incluyeran a aquéllos cuya opinión difería en algún aspecto de la suya. Ahora estaba sentado en su despacho en el Centro de Gobierno de Armonía y miraba a través de la desnuda superficie de su escritorio a Cletus, que se sentaba en el otro lado.

—Sé que nuestros precios están más allá de sus posibilidades —repuso Cletus—. No he venido para sugerirle que contratara a algunos de nuestros Dorsai. Lo que quería plantearle era la idea de que nosotros quisiéramos contratar a algunos de sus hombres.

—¿Contratar a nuestros miembros de la Iglesia para derramar su sangre y sus vidas en las heréticas guerras de los pecadores e incrédulos? —preguntó James—. Impensable.

—Ninguna de sus colonias de Armonía o Asociación poseen la menor tecnología —expuso Cletus—. Su Iglesia Militante tal vez contenga la población más grande de cualquiera de las iglesias de los dos planetas, pero aún así necesitan desesperadamente crédito real..., de la clase que se requiere para el comercio interplanetario que pueda poner en marcha la maquinaria de producción que su gente necesita. Podría obtener ese crédito de nosotros, como ya le expliqué, permitiéndonos contratar a algunos de sus jóvenes.

Los ojos de James resplandecieron como los ojos de una serpiente enroscada en los que se reflejara la luz.

—¿Cuánto? —demandó.

—El salario estándar convenido para los soldados mercenarios convencionales —replicó Cletus.

—¡Cómo, eso es apenas un tercio de lo que usted pedía por sus Dorsai! —La voz de James se elevó—. ¿Nos vende a un precio y nos compra a otro?

—Es una cuestión de vender y comprar dos productos diferentes —respondió

Cletus imperturbable—. Los Dorsai valen lo que yo pido por ellos debido a su entrenamiento y porque ya han establecido una reputación por el dinero que ganan. Sus hombres no poseen dicho entrenamiento, y ninguna reputación. Sólo valen lo que yo estoy dispuesto a pagar por ellos. Por otro lado, no se les exigirá mucho. Principalmente se les utilizará como fuerzas de distracción, de la misma forma que usamos a nuestras tropas de salto en la reciente captura de Margaretha, en Freilandia.

La toma de Margaretha, en Freilandia, había sido el último de una serie de compromisos culminados por el éxito que lograron los nuevos mercenarios Dorsai bajo el mando de Cletus. Más de un año había transcurrido desde la captura de las minas de estibina en Newton, y durante ese tiempo habían hecho campañas que acabaron en victorias limpias y casi sin verter ni una gota de sangre en los planetas que incluían al mundo hermano de Newton, Cassida, en St. Marie, un planeta más pequeño que orbitaba alrededor del sol de Procyón junto con Mará y Kultis y, más recientemente, en Freilandia, que, al igual que Nueva Tierra, eran los mundos habitados bajo la estrella de Sirio.

Margaretha era una gran isla situada a unos cuatrocientos cincuenta kilómetros al noreste de la playa de la principal masa continental de Freilandia. Había sido invadida y tomada por la colonia más próxima a ella en el continente. El gobierno en el exilio de la isla había reunido los fondos necesarios para contratar a los Dorsai con el fin de que recuperaran su hogar de los invasores.

Cletus les había engañado con un aparente ataque, por medio de tropas de salto Dorsais no entrenadas, sobre la ciudad más importante de Margaretha. Pero, mientras tanto, había enviado a varios miles de tropas entrenadas en su método a la isla, haciendo que nadaran durante la noche y ocuparan a innumerables puntos alrededor de la línea costera. Los hombres infiltrados por él se hicieron cargo y coordinaron los alzamientos espontáneos de la población, que había sido incitada por los soldados que habían saltado sobre la isla.

Enfrentados a levantamientos internos y a un evidente ataque exterior, las tropas continentales que se habían apoderado de la isla decidieron que la discreción constituía la mejor parte del valor y la abandonaron con rumbo a su colonia. Cuando llegaron a casa descubrieron que las tropas que los habían expulsado eran muy escasas, y decidieron rápidamente volver a Margaretha.

Sin embargo, cuando por segunda vez alcanzaron la isla, hallaron que había fuegos de vigilancia en todas las playas y que la población estaba armada en esta oportunidad y dispuesta a morir entre las marcas de la marea en vez de dejar que uno sólo de los invasores penetrara en su isla.

Al igual que con los otros éxitos militares de Cletus, ésta había sido una victoria lograda a través de una cuidadosa utilización de la imaginación y la psicología: lo que ahora comenzaba a llamarse, en los demás mundos coloniales, las habilidades casi sobrehumanas de los soldados Dorsai entrenados. Estaba claro que, a pesar de su aparente desgana para oír la oferta de Cletus, James era consciente de los hechos

objetivos y de las ventajas de la proposición. Era típico de los eclesiarcas como James el que siempre estuvieran a favor o en contra, mas nunca admitían la indecisión.

Cletus, de acuerdo con lo que se había planteado, se marchó sabiendo que la semilla ya se hallaba en la mente amistosa, por lo que quedó satisfecho con tomarse su tiempo y dejar que creciera.

Abordó una nave espacial con destino a Nueva Tierra, el planeta hermano de Freilandia, donde su comando de Dorsais y una nueva campaña militar le aguardaban. Marcus Dodds, el antiguo segundo de Eachan, le salió al encuentro en el campamento Dorsai justo en las afueras de Adonyer, la principal ciudad de la Colonia Breatha y donde residían sus empleadores de Nueva Tierra. A pesar de las dos nuevas estrellas en las charreteras de sus hombros, que le señalaban como comandante de campo con mando sobre una división completa de mercenarios, el rostro de Marcus parecía solemne por la preocupación.

—Villaespaña ha formado una alianza con cuatro de las cinco ciudades-estado de las llanuras interiores —le informó a Cletus tan pronto como estuvieron solos en el despacho de Marcus—. La llaman la Asociación Central, y han reunido un ejército conjunto de más de veinte mil soldados regulares. No sólo eso, sino que ya están preparados y nos esperan. No podremos usar el factor sorpresa de la misma forma que lo hemos hecho en otras campañas; esta pequeña división que me ha asignado tiene menos de cinco mil hombres.

—Es verdad —aceptó Cletus pensativo—. ¿Qué me sugiere que haga?

—Anular el contrato con Breatha —contestó Marcus con énfasis—. Está claro que no podremos luchar ahora contra esta Asociación Central si no disponemos de más hombres. ¿Y con cuántos nuevos Dorsais entrenados podemos contar? Ciertamente con no más de un par de cientos. No nos queda otra alternativa que romper el contrato. Puede excusarse basándose en el hecho de que la situación ha cambiado drásticamente desde que nos contrataron. Breatha quizás ponga el grito en el cielo, mas la gente sensata en otras colonias, y que deseen contratarnos, lo comprenderán. Hay algo irrefutable, si no disponemos de las tropas..., no podemos sacarlas del aire.

—No —repuso Cletus. Se incorporó de la silla al lado del escritorio de Marcus y atravesó la estancia hasta acercarse a un mapa que mostraba la zona de las llanuras del interior continental y que Breatha compartía con sus rivales, otras cinco colonias, cada una de las cuales, esencialmente, era una comunidad granjera emplazada alrededor de una gran ciudad..., de ahí su nombre de ciudad-estado—. No quiero empezar a anular contratos, no importa que tengamos una justificación.

Estudió el mapa durante un minuto. Breatha, con un estrecho pasillo que llegaba hasta la costa, se hallaba rodeada por las ciudades-estado del interior en cuatro de sus cinco fronteras. En un principio había sido el centro de manufacturación que proveía a las ciudades-estado de la mayor parte del equipo que ellos fabricaban y, a cambio, les compraba a las ciudades-estado sus productos agrícolas. Pero, entonces,

Villaespaña, la más grande de las cinco ciudades, se había arriesgado con su propia industria, creando una reacción similar en las otras ciudades-estado..., una de las cuales, que se llamaba Armoy, había elegido construir un puerto espacial que compitiera con el ya existente en la Colonia Breatha.

Y ahora, con la ambición económica enraizada en las antiguas colonias agrícolas de la llanura central, Villaespaña, que tenía frontera con Breatha en el pasillo hacia el mar, había reclamado ese corredor y amenazado con tomarlo por la fuerza si Breatha no lo entregaba pacíficamente. Ésa era la razón de la presencia Dorsai en la nómina de Breatha.

—Por otro lado —replicó Cletus volviéndose hacia Marcus—, si creyeran que hemos recibido refuerzos, resultaría tan efectivo como si en realidad tuviéramos esas tropas aquí.

—¿Y cómo conseguirá que crean eso? —demandó Marcus.

—Habrà que pensarlo —le despistó Cletus—. De cualquier modo, haré un viaje rápido de regreso a Dorsai ahora, como si me dirigiera a buscar más hombres, y veré si puedo desarrollar un plan en el camino.

Una vez que anunció sus intenciones, Cletus no perdió tiempo. Ya tarde, pero aquella misma noche, después de un difícil trayecto de medio recorrido alrededor de la circunferencia de Nueva Tierra en una nave atmosférica, embarcó en una nave de espacio profundo que tenía como siguiente parada el planeta Dorsai. Tres días más tarde, se hallaba de regreso en Foralie. Melissa le salió al encuentro en la puerta de Casa Grahame con una calidez que le sorprendió. Desde la boda, poco a poco, su actitud se había ido suavizando con respecto a él; y con el nacimiento de su hijo tres meses atrás, ese proceso se había acelerado, incluso cuando parecía que todos aquellos que una vez estuvieran cerca de Cletus se distanciaban cada vez más de él.

El caso más sobresaliente era Eachan, que saludó a Cletus con una distancia y una cautela que podía ser atribuida a un extraño. En la primera oportunidad que tuvo, apartó a Cletus de Melissa y el niño para hablarle sin ningún eufemismo a su yerno.

—¿Has visto esto? —le preguntó al mismo tiempo que extendía una serie de recortes sobre el escritorio de Cletus. Se hallaban de pie en el estudio de Cletus, en el ala norte de Casa Grahame—. Todos son de la agencia de noticias de la Tierra..., e incluyen por igual a la Alianza y a la Coalición.

Cletus observó los recortes. Sin ninguna excepción todos hablaban de los Dorsais y de él. Y no paraban ahí las similitudes, pues su tono injurioso era tan parecido que bien podían provenir de una sola fuente.

—¿Ves? —desafió Eachan cuando Cletus finalmente alzó la vista—. Fue el servicio de noticias de la Coalición el que primero comenzó a llamarte pirata poco después de lo ocurrido en Bakhalla. Pero ahora también se le ha unido la Alianza. Estas ciudades-estado contra las que vas a actuar en Nueva Tierra están apoyadas tanto por la Alianza como por la Coalición. Si no andas con cuidado, también tendrás a la Alianza en tu contra. Mira... —Su moreno dedo índice derecho martilleó uno de

los recortes—..., lee lo que Dow deCastries pronunció en su conferencia en Delhi: «*Aunque no sea por otra cosa, la gente de la Coalición y de la Alianza se unen en condenar las actividades brutales y sangrientas de Grahame, exrenegado de la Alianza...*» Cletus se rió.

—¿Crees que es gracioso? —inquirió sombríamente Eachan.

—Sólo en lo predecible que es —repuso Cletus— y en lo obvias que resultan las intenciones de Dow.

—¿Quieres decir que esperabas esto..., que deCastries pronunciara discursos semejantes? —demandó Eachan.

—Sí —respondió Cletus y cambió de tema—. Olvídalo. He regresado para concretar los movimientos del traslado imaginario de una división adicional de tropas con destino a la Colonia Breatha. Como mínimo necesitaré dos transportes de espacio profundo. Tal vez podamos arreglar el alquiler de dos naves de carga para un viaje de distracción...

—Será mejor que primero escuches algo más —le interrumpió Eachan—. ¿Sabías que estás perdiendo a Swahili?

Cletus enarcó las cejas.

—No —murmuró—. Aunque no me sorprende.

Eachan abrió un cajón del escritorio de Cletus y extrajo una carta de dimisión que puso encima de los recortes. Cletus la miró. No había duda de que la había redactado y firmado Swahili, que ya era un comandante general de campo de una estrella. Los ascensos habían sido rápidos entre aquellos hombres que permanecieron con Cletus desde el principio. Sólo Arvid, ahora destinado al campo de acción, aún seguía siendo comandante —el grado equivalente de su antiguo rango de capitán—, junto con Eachan, que había rechazado el ascenso que se le ofreciera. En contraste, el anteriormente ineficaz Bill Athyer ahora ostentaba un rango por encima de Arvid como comandante senior, a menos de dos rangos del puesto de comandante de campo, con el mando de un regimiento.

—Supongo que será mejor que hable con él —dijo Cletus.

—No creo que te sirva de mucho —replicó Eachan.

Cletus concertó una entrevista con Swahili desde su puesto en el nuevo centro de entrenamiento, que ahora se hallaba en el extremo más alejado de Foralie. Al día siguiente se reunieron brevemente en el mismo estudio donde Eachan le mostrara a Cletus los recortes.

—Claro que siento perderle —comentó Cletus cuando estuvo delante del otro hombre. Swahili, con una sola estrella brillando dorada en cada una de sus charreteras, parecía más grande que nunca en su uniforme azul de gala—. Aunque supongo que ya lo tiene decidido.

—Sí —confirmó Swahili—. Lo entiende, ¿verdad?

—Creo que sí.

—Me parece que sí lo comprende —repitió suavemente Swahili—, aun cuando

ésta es la manera opuesta en que a usted le gusta hacer las cosas. Le ha quitado toda la vida a la guerra..., ¿lo sabe?

—Es la forma en que me gusta a mí —afirmó Cletus.

Los ojos de Swahili resplandecieron un poco en la tenue luz de la tranquila biblioteca.

—No es la forma en que me gusta a mí —dijo—. Lo que a mí me agrada es lo que la mayoría odia..., odia o teme. Y eso es lo que usted ha eliminado de nuestro trabajo para todos aquellos que sirven a sus órdenes.

—El combate en sí mismo —comentó Cletus.

—Así es —la voz de Swahili era suave—. No me gusta que me hieran ni pasar semanas en un hospital, creo que a nadie le gusta eso. No quiero morir. Pero he soportado todo: el entrenamiento agotador, las prisas y las esperas, todos los intervalos entre las distintas misiones, he aguantado lo que acabo de decirle únicamente por las pocas horas en que nuestro trabajo se vuelve real.

—Lo que a usted le gusta es la matanza. ¿O no lo quiere admitir? —preguntó Cletus.

—No —respondió Swahili—. Soy un combatiente especial, eso es todo. Me gusta luchar. Matar en sí mismo no me motiva. Le dije que no me gusta la posibilidad de resultar herido, o muerto, como a la mayoría de la gente. En mi interior me siento igual de vacío que cualquiera cuando siento las armas de energía quemando el aire sobre mi cabeza. Al mismo tiempo, no lo perdería por nada del mundo. Éste es un maldito y sucio universo, y de vez en cuando tengo la oportunidad de devolverle los golpes. Eso es todo. Si la mañana en la que me dirigiera al combate supiera que iba a morir, iría del mismo modo..., ya que no podría morir más feliz que devolviendo el golpe.

Súbitamente dejó de hablar. Durante un momento sólo miró a Cletus en el silencio que reinó en la habitación.

—Y eso es lo que usted eliminó del trabajo de mercenario —concluyó—. De manera que me voy a otra parte donde aún lo tengan.

Cletus extendió la mano.

—Buena suerte —le deseó.

Se estrecharon las manos.

—Para usted también —dijo Swahili—. La necesitará. Al final, el hombre que lleva guantes pierde con el luchador de manos desnudas.

—Por lo menos, tendrá su oportunidad de comprobar esa creencia —repuso Cletus.

Una semana después Cletus regresó a Nueva Tierra con dos naves de carga alquiladas; la tripulación y los oficiales habían aceptado ser encerrados en un compartimento durante el embarque y desembarque de las tropas que supuestamente transportaban. Lo único que pudieron testificar después es que oyeron el sonido de botas entrando en la nave durante dos horas y media en el planeta Dorsai, y unas cuatro horas de ruidos similares cuando permanecieron en órbita sobre Nueva Tierra, mientras las naves atmosféricas se separaban de ellos con rumbo a un punto no anunciado de la superficie del planeta. Sin embargo, agentes de la Asociación Central de las ciudades-estado observaron que estas naves aterrizaban en una zona boscosa en el interior de la frontera de Colonia Breatha con Villaespaña. Cuando intentaron proseguir su investigación, los agentes fueron detenidos por un cordón de Dorsais armados y se les ordenó que regresaran por donde habían venido, aunque la estimación que hicieron de las tropas que habían aterrizado, considerando el número de viajes desde la nave espacial en órbita, fue de unos cinco mil hombres.

El general Lu May, comandante de las Fuerzas Unidas de las ciudades-estado, gruñó cuando se le dio esta información.

—Es el tipo de truco que le gusta sacarse de la manga a este Grahame —observó Lu May. El general tenía unos setenta y cinco años y había permanecido retirado de la vida militar activa hasta que las nuevas ambiciones y el fervor combativo de las ciudades-estado lo reclamaron de vuelta para que se hiciera cargo del nuevo ejército—. Le gustaría asustarnos con la idea de que tendremos que vigilar dos fuerzas invasoras separadas. Pero les apuesto lo que quieran que las va a reunir a la primera oportunidad; tan pronto como crea que nos tiene en campo abierto, donde podrá plantear todo tipo de maniobras extravagantes. Mas no vamos a caer en esa trampa. Permaneceremos aquí en Villaespaña sin movernos, y haremos que él venga a nosotros.

Se rió entre dientes. Era tan gordo como viejo, y el pensamiento de que pudiera frustrar a este advenedizo joven de ideas tan poco ortodoxas mientras él descansaba confortablemente en su propio hogar de Villastanley le divertía. Ordenó que se emplazaran pesadas armas de energía en derredor del perímetro de la ciudad y que todos los puntos de aproximación fueran minados. Haría falta mucho más que unos mercenarios Dorsai con armaduras y armas ligeras para atravesar las defensas que había establecido, aunque su número fuera igual al de los hombres en el interior de la ciudad.

Mientras tanto, las fuerzas de Cletus se pusieron en movimiento. Una abigarrada horda de camiones civiles y deslizadores de colchón de aire para carga pesada había arribado antes a la zona donde las lanzaderas aterrizaran procedentes de las naves orbitales. Avanzaban ahora como un convoy de transporte y suministro, con un Dorsai armado conduciendo cada camión. Esa fuerza cruzó la frontera hacia Armoy,

y giró tierra adentro en dirección a la ciudad de Armoy y su nuevo espaciopuerto, gesto que despertó todo tipo de alarma en los ciudadanos de la comunidad.

—¡Permanezcan en sus puestos! —Gruñó Lu May a los desesperados mensajes que le llegaban desde la ciudad de Armoy pidiéndole una fuerza expedicionaria que les defendiera de los Dorsai que se aproximaban.

No envió el contingente, sino que siguió su propio consejo, y permaneció en su puesto vigilando al otro comando de Cletus, que también se había puesto ya en marcha y había cruzado la frontera de Villaespaña, en dirección aparente a una de las fronterizas ciudades-estado. Pero Lu May todavía no se movió, pues, tal como dijera, una vez que dejó atrás la ciudad de Villaespaña, el primer comando de Cletus giró en redondo y se encaminó a la retaguardia de la ciudad. Al mismo tiempo, el comando que había estado amenazando la ciudad de Armoy se marchó y con un rodeo se aproximó a la entrada de Villaespaña, de forma que en unos pocos días la ciudad se vio cercada por las tropas Dorsai.

Lu May se rió satisfecho y se dio palmadas en las rodillas. Curiosamente, en el cuartel general de Cletus fuera de la ciudad, había la misma satisfacción en la persona del Canciller Ad Reyes, representante del gobierno de Colonia Breatha que acompañaba a Cletus de manera ostensible como «observador».

—Excelente, mariscal. ¡Excelente! —exclamó Reyes, un hombre delgado y ansioso, con aspecto de erudito y una frente ancha, que vestía con la larga y negra túnica oficial de la cancillería, frotándose sus flacas manos con placer—. Ha logrado atrapar a su ejército aquí. Y ya no queda ninguna fuerza que pueda venir a rescatarlos. ¡Magníficamente hecho!

—Debería agradecerse al general Lu May y no a mí —respondió Cletus secamente—. Tiene mucho menos que temer de nosotros, allí sentado detrás de sus campos de minas y sus defensas de perímetro, que si se hallara en campo abierto, donde los Dorsai son mucho más móviles que sus propias tropas. Tiene más hombres que nosotros y se halla en una posición atrincherada.

—¡Pero usted no tiene porqué intentar tomar la ciudad al asalto! —protestó Reyes—. Pueden vivir de los productos del campo o recibir suministros de Breatha, como lo desee. Lu May se encuentra aislado del suministro exterior. ¡Es sólo una cuestión de tiempo que se agoten sus reservas!

—Quizás no resulte tan fácil —comentó Cletus—, a menos que haya sido inusitadamente descuidado; si se ha preparado para cualquier contingencia, no veo porqué no ha debido almacenar suficientes provisiones para que la ciudad y sus tropas aguanten más del tiempo que nosotros nos podemos permitir en el asedio.

Reyes frunció el ceño. Era obvio que a él le parecía que este mariscal Dorsai veía la situación desde una perspectiva demasiado pesimista.

—¿Tiene alguna objeción para sitiar la ciudad? —inquirió Reyes—. Si fuera así, seguramente le mencionaría que el gobierno de Breatha consideró esa acción como el curso óptimo —en realidad, el único— que se debía seguir, si tenía la suerte

suficiente como para atrapar a Lu May en una posición fija.

—No pongo objeción alguna..., de momento —respondió Cletus tranquilo—. Mas sólo debido a que hay razones militares para ello, bastante distintas de la opinión de su gobierno. Le podría recordar, canciller, que una de mis estipulaciones al aceptar el empleo de la Colonia Breatha, al igual que con cualquier gobierno con el que firmo un contrato, es que sólo yo estoy al mando de la campaña.

Dio media vuelta y se sentó detrás del escritorio de la oficina de campaña en la que habían estado hablando.

—Y ahora, si me disculpa, tengo trabajo.

Reyes dudó, luego giró en redondo y se marchó.

Cletus continuó el sitio durante tres semanas, parapetando su terreno y cavando trincheras que rodeaban a la ciudad, como si tuviera la intención de permanecer allí indefinidamente. Mientras tanto, fuera de un intercambio ocasional de disparos de armas ligeras, apenas hubo algún conflicto abierto entre los defensores de la ciudad y los atacantes Dorsais.

En el aire también se había producido una tregua no hablada. Las naves aéreas Dorsais patrullaban la atmósfera alrededor y encima de la ciudad para evitar que los transportes de las otras ciudades-estado pudieran entrar o salir en su espacio. Sin embargo, más allá de esto, no se produjo ningún enfrentamiento aéreo. Como en la mayoría de los conflictos entre las colonias de los nuevos mundos, la guerra aérea se evitaba por un acuerdo tácito igual que el que había prohibido la utilización de gas venenoso durante la Segunda Guerra Mundial en el siglo veinte en la Tierra. El objeto de la lucha armada entre comunidades tecnológicamente pobres, tal como ocurría con las colonias jóvenes, no radicaba tanto en destruir la capacidad de producción del enemigo como en arrebatársela. Uno no destruía aquello por lo que había comenzado la lucha y quería obtener. Y si las fábricas y otras instalaciones de la industria de la civilización eran valiosas, los hombres que poseían la preparación adecuada para operarlas eran casi igual de valiosos.

Por lo tanto, se evitaba el bombardeo e incluso el uso indiscriminado de armas pesadas en las cercanías de zonas industriales, y —siendo las naves atmosféricas casi tan caras como las espaciales— tampoco se usaban los cielos más que para misiones de reconocimiento o transporte de tropas.

Sin embargo, al finalizar la tercera semana, Cletus aparentemente había perdido la paciencia con estas *tablas* y comenzó a dar órdenes..., órdenes que hicieron que el canciller Ad Reyes viniera literalmente corriendo al despacho de Cletus en su cuartel general, con su túnica negra arremangada para permitirle mover las piernas con libertad.

—¡Está retirando a la mitad de sus tropas y enviándolas a tomar la ciudad de Armoy y su espaciopuerto! —le espetó Reyes al entrar abruptamente en su despacho.

Cletus alzó la vista del escritorio en el que trabajaba.

—Ha oído eso, ¿verdad? —le preguntó.

—¡Oírlo! —Reyes se dirigió al borde del escritorio y se apoyó como si hubiera deseado poner su rostro en contacto con el de Cletus—. ¡Lo he visto! ¡Todos los camiones civiles que usted requisó para movilizar a su segundo comando van camino de Armoy! ¡No se le ocurra decirme que no se dirigen hacia allí!

—Hacia allí se encaminan —dijo Cletus de buen talante—. Nosotros les seguiremos en veinticuatro horas. Está claro que ya no tiene sentido que continuemos el sitio. Voy a recoger a mis tropas, ir a la ciudad de Armoy y apoderarme de su espaciopuerto.

—¿Dará orden de levantar el asedio?... ¿Qué clase de truco es éste? Si las ciudades-estado le han pagado para que nos traicionara, no podría haber elegido una mejor... —De súbito se interrumpió, encogiéndose un poco ante el abrupto sonido de sus propias palabras en sus oídos. Cletus se había incorporado detrás del escritorio.

—Espero no estar oyéndole correctamente, canciller —los ojos y el rostro de Cletus habían cambiado—. ¿Acusa a los Dorsai de no respetar un contrato con su gobierno?

—No..., esto es, quiero decir... —Reyes tartamudeó.

—Le advierto que vaya con cuidado con lo que quiera decir —repuso Cletus—. Los Dorsai no rompen contratos, y no toleramos comentarios al respecto. Y ahora, por última vez, permita que le recuerde que yo —sólo yo— estoy al mando de esta campaña. Quizás fuera mejor que regresara a sus propios cuarteles.

—Sí, yo... —Reyes huyó.

Poco antes del amanecer del siguiente día, el resto de los Dorsai que asediaban Villaespaña montaron en sus vehículos militares y se retiraron con sus escudos y armas. Lo único que permaneció fue su flota aérea para desalentar que los persiguieran en un intento de reconocimiento.

El amanecer iluminó las vacías trincheras parapetadas que los mercenarios habían cavado; había caído casi la tarde cuando el silencio y la apariencia de abandono tentó a las patrullas de Villaespaña a investigar. No obstante, cuando las antiguas posiciones Dorsai fueron inspeccionadas y descubrieron que habían sido abandonadas, las patrullas se percataron de la dirección de los signos de partida visibles en la hierba y en los pastos del verano y que conducían al sur de la ciudad, momento en el que con rapidez le transmitieron las noticias al general Lu May.

Lu May fue despertado con estas noticias al anochecer, y en ese instante comenzó a maldecir de una forma que había pasado de moda hacía cuarenta años.

—¡Lo tenemos! —explotó el hombre mayor saliendo de la cama y vistiéndose de prisa—. ¡No pudo resistir la espera..., y ahora se ha cortado su propio cuello!

—¿Señor? —protestó el coronel que le había traído las noticias—. ¿Se cortó su propio cuello? No entiendo...

—¡Eso es porque vosotros, los jóvenes, no entendéis cómo se libra realmente una guerra! —exclamó Lu May mientras se ponía los pantalones—. ¡Idiota, Grahame se ha dirigido a la ciudad de Armoy!

—Sí, señor —aceptó el coronel—. Pero aún no veo...

—¡Se dio cuenta de que no tenía ninguna posibilidad de apoderarse de la ciudad! —espetó Lu May—. Por lo que se retiró con la decisión de tomar a cambio la ciudad de Armoy. De ese modo podrá esgrimir que ha hecho todo lo que pudo, ¡y así entregarle a Colonia Breatha el espaciopuerto que les hacía la competencia! ¡Con él en su poder, podrán llegar a un acuerdo para proteger el corredor que les conduce al mar! ¿No lo ve? Grahame por fin se percató de que había firmado un mal contrato. Quiere acabarlo de la manera que le sea posible..., mas no podrá hacerlo a menos que consiga algo que ofrecerles a los de Breatha. ¡Y será la ciudad de Armoy y su espaciopuerto!

—Sí, señor —repuso el coronel ansiosamente—. Comprendo todo eso. Lo que no entiendo es porqué dice que se ha cortado su propio cuello. Después de todo, si es capaz de darle a la Colonia Breatha el espaciopuerto y la ciudad de Armoy, con los que puedan negociar...

—¡Idiota! ¡Dos veces idiota! —rugió Lu May—. Primero tendrá que apoderarse de la ciudad de Armoy, ¿no es cierto, tonto?

—Sí, señor...

—Entonces tendrá que ocupar la ciudad con sus tropas, ¿verdad?

Cuando por fin se vistió, Lu May se dirigió velozmente hacia la puerta. Por encima de su hombro, prosiguió con su perorata:

—Si vamos rápidamente tras él, lo cogeremos dentro de la ciudad de Armoy, ¡y podremos rodearle! No tiene suministros para poder resistir demasiado tiempo en el interior de la ciudad..., y si nos hiciera falta, ¡incluso poseemos las armas y los hombres para entrar en la ciudad por la fuerza! ¡De cualquiera de las maneras, rodearemos a sus Dorsais y los aprisionaremos para hacer con ellos lo que nos venga en gana!

Lu May no perdió tiempo en hacer que su ejército se pusiera en marcha para perseguir a Cletus y a sus Dorsais. Mas a pesar de su prisa, lo hizo en formación ordenada, con las armas pesadas de energía que había emplazado en el perímetro de la ciudad y que ahora llevaba con él, aunque de este modo su progreso iba a ser más lento. Pesado pero mortífero, avanzó a través de la llanura tras las huellas que los dos comandos de Cletus habían dejado en su marcha a través de la hierba y el grano.

La dirección de las huellas señalaban directamente hacia la ciudad de Armoy, que se hallaba a unos tres días de distancia de los ligeramente equipados Dorsais. Lu May tendría suerte si conseguía recorrer la distancia en cuatro días con su pesado comando, aunque el día adicional haría que el general de Villaespaña llegara a la ciudad de Armoy según sus cálculos, justo para aprovechar la ventaja del momento en el que las tropas de Cletus estuvieran asentándose después de haber conquistado la ciudad y el espaciopuerto.

Aún así, sería inteligente, pensó Lu May, darse todo el margen de tiempo que le fuera posible. Si veía que llegaba antes de lo previsto, siempre podría perder un poco

de tiempo en entrar a la ciudad. Por lo tanto, dio las órdenes pertinentes para que su comando continuara avanzando después de la cena bajo el cielo sin luna, aunque bien iluminado por las estrellas, de Nueva Tierra. Empujó a su ejército por la oscuridad hasta que los hombres comenzaron a caer dormidos sobre los controles de sus vehículos. Finalmente, y a regañadientes, ordenó el alto unas tres horas después de la medianoche.

Su ejército apenas había conseguido quedarse dormido cuando una serie de agudas y resplandecientes explosiones lo despertó con violencia; los hombres se sentaron para ver cómo las pesadas armas de energía que transportaban consigo ardían con centelleantes llamas de color rojo-blanco a medida que sus unidades de energía se derretían bajo el intenso calor como si fueran mantequilla en un horno. En el mismo instante, Dorsais vestidos de negro rodearon a los efectivos de Lu May quitándoles todas sus armas y conduciéndolos en grupos, estrechamente vigilados, tras despojar de sus armas a los mercenarios que hacían guardia.

El mismo general Lu May, que había despertado de un sueño profundo, se sentó en su cama de campaña para encontrar a Cletus que se hallaba de pie contemplándole, tenía la cartuchera de la pistola abierta a su costado. Lu May le miró con aire aturdido.

—Pero usted... está delante de mí... —tartamudeó después de un momento.

—Lo que envié delante suyo fue un destacamento de camiones civiles vacíos —respondió Cletus—. Camiones que nunca llevaron hombres en su interior a excepción de los conductores. Mis soldados se encuentran conmigo aquí y ahora..., y su ejército ha sido apresado, general. Simplificará mucho las cosas si acepta la rendición de inmediato.

Lu May salió de la cama como atontado. De repente, se sintió muy viejo y con frío, tan desvalido, allí de pie con su pijama. Casi con humildad, realizó todos los gestos de la rendición.

Cletus se dirigió a su unidad de campo que ya había sido erigida como cuartel general. En su interior le esperaba el canciller Ad Reyes.

—Puede informar a su gobierno que las fuerzas militares efectivas de las ciudades estado unidas son ahora nuestras prisioneras, canciller... —comenzó, y se detuvo cuando Arvid entró con un sobre amarillo en la mano.

—Mensaje del coronel Khan desde Dorsai —le dijo Arvid—, que nos ha sido remitido por nuestro campamento base en Adonyer, en la Colonia Breatha.

Cletus cogió el mensaje y lo abrió. Leyó:

Se ha repelido un ataque a través del Paso Etter realizado por Neulandia a territorio de Bakhalla. Las fuerzas de la Alianza y de la Coalición se han unido en un cuerpo conjunto de «Fuerza de Paz» para los nuevos mundos. Dow deCastries ostenta el mando supremo de esta fuerza.

Cletus dobló el mensaje y lo guardó en el bolsillo de su túnica de combate. Se volvió hacia Reyes.

—Dispone de veinticuatro horas —expuso— para relevarnos con tropas de Breatha que se hagan cargo de estos prisioneros que acabamos de capturar. Yo y mis tropas debemos retornar de inmediato a Dorsai.

Reyes le miró con una mezcla de terror y sorpresa.

—Pero habíamos planeado un desfile triunfal en caso de una victoria... —comenzó de manera incierta.

—Veinticuatro horas —repitió Cletus con brusquedad.

Giró en redondo y se marchó dejando al canciller allí de pie.

Cuando aterrizó de nuevo en el planeta Dorsai, Cletus telefoneó de inmediato ordenando que el mayor Arvid Johnson, en calidad de comandante de campo suplente, se reuniera con él en Casa Grábame. Luego, con Bill Athyer actuando como una sombra más pequeña y de nariz ganchuda a su lado, subió a una nave atmosférica alquilada y enfiló hacia Foralie y Casa Grahame; aún vestía su uniforme de batalla.

Melissa, junto con Arvid y Eachan, le recibió justo en la puerta principal. Athyer, todavía tímido a pesar de su presente rango, permaneció en el extremo más apartado del pasillo de entrada mientras Cletus saludaba a Melissa y a Eachan brevemente antes de dirigirse con largas zancadas hacia la puerta de su estudio, haciéndole un gesto a Eachan y a Arvid para que le siguieran.

—Tú también, Bill —le dijo a Athyer. Cerró la puerta del despacho detrás de ellos.

—¿Qué es lo último que se sabe? —le exigió Cletus a su suegro mientras daba la vuelta al escritorio y se detenía detrás de un montón de mensajes y los contemplaba.

—Parece que deCastries fue nombrado Comandante en Jefe de las Fuerzas Unidas de la Alianza y la Coalición para los nuevos mundos hace varios meses —respondió Eachan—. La Coalición y la Alianza lo mantuvieron en secreto mientras sus dos altos mandos ideaban una campaña publicitaria con el fin de preparar a los ciudadanos de la Tierra de ambos bandos a esta idea. También se encuentra aquí Arthur Walco y quiere verte. Al parecer deCastries ya le está causando problemas en Newton en relación con esas minas de estibina.

—Sí, habrá guerras controladas a lo largo de los nuevos mundos... Veré a Walco por la mañana —repuso Cletus. Se volvió hacia Arvid y le dijo—: Bien, Arv, si los Dorsais tuvieran medallas para conceder, te colgaría un puñado de ellas ahora mismo. Espero que algún día puedas perdonarme. Tuve buenas razones para hacerte ver que te apartaba de mi lado.

—¿Y no lo hizo, señor? —inquirió Arvid pausadamente.

—No —replicó Cletus—. Quería que te desarrollaras. Y ya lo has hecho.

El hombre que había ante él y que respondía al nombre de Arvid Johnson parecía en efecto alguien distinto. Y el menor de los cambios no era que aparentara ser cinco años más viejo. Su cabello rubio blanquecino se había oscurecido, y su piel estaba mucho más bronceada que antes. Tenía el aspecto de haber perdido peso, y, sin embargo, parecía más grande que nunca, un hombre de huesos sólidos y músculos tensos, sobresaliendo como una torre por encima de todos ellos.

Al mismo tiempo algo había desaparecido en él, y este cambio era bueno. Una cierta juventud, una suavidad amistosa que formara parte básica de él antes, ahora se había desvanecido. En su lugar había algo sombrío y aislado, como si por fin hubiera cobrado una fría consciencia de la fuerza y habilidad que se desarrollaban en su interior y que le separaban del resto de los hombres. Una cualidad de absoluto

poderío físico como la de Swahili se había adueñado de él.

Estaba de pie inmóvil. Cuando antes avanzó, casi no produjo ningún sonido. Parecía demostrar un exquisito cuidado en todos sus actos, quizá nacido de la consciencia que tenía de que el resto de la gente era más pequeña y débil que él, como si así se recordara que no debía hacerles daño sin proponérselo. Como alguien más guerrero que hombre, prototipo de una línea futura de gigantes invencibles, permaneció al lado del escritorio de Cletus.

—Me alegra oírlo —le comunicó suavemente a Cletus—. ¿Qué quiere que haga?

—Luchar en una campaña..., si llega a ser necesario —le contestó Cletus—. Te daré un mundo para defender. Te asciendo dos niveles en el escalafón hasta un nuevo rango: Vicemariscal. Trabajarás en equipo con otro oficial que también ostentará un rango nuevo..., el rango de Operador de Batalla. —Se volvió ligeramente y contempló a Bill Athyer—. Y esa otra persona será Bill, aquí presente. Como operador de batalla, Bill quedará justo por debajo de ti en rango y por encima de cualquier otro oficial de campo, excepto yo.

Arvid y Bill se observaron mutuamente.

—¿Operador de Batalla? —repitió Echan.

—Así es —le respondió Cletus—. No me mires tan sorprendido, Echan. Nos encaminábamos a ello desde el principio, cuando cambiamos la organización y entrenamos con el nuevo método a los hombres. —Miró una vez más a Arvid y a Bill, y continuó—: El mariscal, o el vicemariscal, y el operador de batalla formarán un equipo general de comando. El operador es el estratega teórico del grupo y el vicemariscal es el estratega de campo. Los dos mantendrán, aproximadamente, la misma relación que tienen un arquitecto y el contratista en la construcción de un edificio. El operador de batalla considerará primero la situación estratégica y el problema, luego desarrollará un plan de acción. Durante este proceso tendrá una autoridad y libertad absolutas. —Cletus había estado observando a Bill en particular mientras hablaba. Ahora se detuvo y le preguntó—: ¿Lo comprendes, Bill?

—Sí, señor —replicó.

—No obstante —los ojos de Cletus se posaron en Arvid—, el operador le entregará su plan estratégico al vicemariscal, y a partir de ahí será éste quien ostente la máxima autoridad. Su trabajo consistirá en recibir el plan que se le dé, realizar todas las modificaciones que considere necesarias para los propósitos prácticos, y luego ejecutarlo como crea conveniente. ¿Lo comprendes tú, Arv?

—Sí, señor —repuso Arvid despacio.

—Bien —dijo Cletus—. Entonces Bill y tú quedáis libres de vuestras obligaciones actuales y de inmediato comenzaréis con vuestro nuevo cometido. El mundo que os doy para empezar es el nuestro, el de los Dorsai, y la primera fuerza con la que trabajaréis estará compuesta por mujeres y niños, los enfermos, los heridos y los hombres normales. —Les sonrió brevemente a los dos—. Poneos a trabajar, los dos. No tenemos tiempo que perder.

Cuando la puerta del despacho se cerró detrás de los dos hombres, la ola de fatiga que había mantenido a raya durante varios días cayó de repente sobre él. Se balanceó un poco sobre sus pies y sintió que Eachan le cogía por el codo.

—No..., estoy bien —murmuró. Su vista se aclaró y miró el preocupado rostro de Eachan—. Sólo estoy cansado, eso es todo. Dormiré una siesta y después de la cena discutiremos los problemas.

Con Eachan caminando cautelosamente a su lado, salió del estudio y sintió como si estuviera andando sobre almohadas..., se encaminó hacia su dormitorio. Tenía la cama ante él; se derrumbó sobre su blanda superficie sin siquiera tomarse la molestia de quitarse las botas... Eso fue lo último que recordó.

Despertó antes del crepúsculo, comió una cena ligera y pasó media hora jugando con su hijo. Luego se encerró en su despacho con Eachan y atacaron el montón de papeles que tenían pendientes. Clasificaron la correspondencia en dos grupos, uno que Cletus tenía que contestar personalmente y otro que podía contestar Eachan con unas pocas palabras en nombre suyo. Los dos hombres estuvieron dictando casi hasta el amanecer antes de que la mesa quedara limpia y las órdenes necesarias fueran emitidas para todas las tropas Dorsai que se hallaban en misiones planetarias.

La entrevista que mantuvo al día siguiente en su despacho con el presidente newtoniano, Walco, fue breve y amarga. La amargura pudo tornarse en aspereza y la entrevista alargarse inútilmente si Cletus no hubiera cortado las acusaciones apenas veladas de Walco.

—El contrato que firmé con usted —le explicó—, prometía capturar Watershed y las minas de estibina para entregárselas a sus propias tropas. No garantizamos que ustedes mantendrían el control sobre ellas. El hacerlo dependía de ustedes y del acuerdo al que pudieran llegar con los brózanos.

—¡Llegamos a un acuerdo! —exclamó Walco—. Pero ahora que ellos se han visto reforzados por quince mil soldados de la Alianza y la Coalición, gracias a ese deCastries, se niegan a respetarlo. ¡Objetan que lo hicieron obligados!

—¿Y no fue así? —inquirió Cletus.

—¡Ésa no es la cuestión! La cuestión es que le necesitamos a usted y a sus tropas Dorsai de inmediato para poder contrarrestar los quince mil soldados de la Tierra que los brózanos mantienen sobre nosotros como si fuera un mazo.

Cletus sacudió la cabeza.

—Lo siento —repuso—. Me encuentro ante demandas inusuales de mis mercenarios disponibles en este momento. Además, me resulta imposible ir personalmente a Newton.

El rostro de Walco cobró una expresión incómoda y dura.

—Nos ayuda a conseguir algo —repuso— y cuando surgen los problemas nos abandona para que los resolvamos por nuestra cuenta. ¿Eso es lo que usted llama justicia?

—¿Acaso se mencionó esa palabra cuando firmamos nuestro contrato original?

—preguntó Cletus severamente—. No lo recuerdo. Si la justicia hubiera sido el tema tratado, me hubiera visto obligado a señalarle que, aunque fueron sus fondos y expertos los que habilitaron las minas de estibina, ustedes se hallaban en una posición en la que podían sacar provecho de la pobreza brozana, que a su vez les impedía a ellos mismos trabajar las minas. Tal vez usted tenga un interés financiero en ellas, pero los brózanos tienen el derecho de posesión moral de las minas..., son una fuente natural de recursos brózanos. Si hubiera notado ese hecho, habría reparado en su derecho moral, que, eventualmente, incluso usted tendría que haber reconocido... — se interrumpió. Enseguida añadió—: Perdóneme. Me encuentro un poco sobrecargado de trabajo estos días. Hace mucho tiempo que desistí de pensar por otra gente. Ya le he dicho que ni yo ni una fuerza expedicionaria del tamaño que usted pide está disponible para usted en este momento.

—¿Entonces qué hará por nosotros? —murmuró Walco.

—Puedo enviarle a algunos hombres que dirijan y comanden a su ejército, siempre que en el contrato se estipule que ellos son los que tomarán todas las decisiones militares.

—¿Qué? —gritó Walco—. ¡Eso es peor que nada!

—Me sentiré plenamente feliz dándole nada, si eso es lo que usted prefiere — comentó Cletus—. Si ése es el caso, hágamelo saber ahora. En este momento mi tiempo es escaso.

Se produjo una pausa de un segundo. Poco a poco la severidad en las facciones de Walco se suavizaron hasta que se convirtieron en una expresión desesperada.

—Aceptamos a sus oficiales —dijo con un largo suspiro.

—Bien. El coronel Khan tendrá listo el contrato en dos días. Puede discutir los términos con él —confirmó Cletus—. Y ahora, si me disculpa...

Walco se marchó. Cletus llamó a David Ap Morgan, uno de los viejos oficiales de Eachan y que ahora era un comandante de campo sénior, y le encargó el trabajo de conducir a los oficiales que enviaría con las tropas de las Comunidades Asociadas Avanzadas de Newton.

—Claro que puede rechazar el trabajo —concluyó Cletus.

—Sabe que no lo haré —repuso David Ap Morgan—. ¿Qué quiere que haga?

—Gracias —dijo Cletus—. Bien, le daré unos mil doscientos hombres, y cada uno ascenderá como mínimo un rango por encima del que ostenta ahora mismo. Todos sus jefes de unidad serán exsuboficiales. Con ellos reemplace a todos los oficiales locales comisionados... y quiero decir a *todos*. El contrato será redactado de manera tal que usted tendrá el mando absoluto en cuestiones militares. Asegúrese de mantener ése mando. No acepte ningún consejo de Walco y de su gobierno bajo ninguna circunstancia. Acláreles que si no le dejan en paz, se retirará y regresará aquí.

David asintió.

—Sí, señor —repuso—. ¿Algún plan para la campaña?

—No libre ninguna batalla abierta —respondió Cletus—. Con toda probabilidad no necesito comentárselo. Además, dudo que sus tropas de las CAÁ sirvan para una lucha abierta. Y aunque así fuera, no quiero que lo haga. Tiente a las fuerzas de la Alianza y la Coalición para que lo persigan..., y continúe haciéndolo. Hágales recorrer todo el mapa. Golpéeles lo suficiente como para que no cesen en su persecución y divida sus efectivos en grupos de guerrilla si se acercan demasiado. Haga lo necesario para que no se relajen y que sus propias bajas sean las menores posibles.

David asintió de nuevo.

—Creo... —Cletus le miró con seriedad—... que va a perder un 70 u 80 por ciento de sus tropas de las CAÁ por deserción durante las primeras cuatro o seis semanas. Los que permanezcan serán aquellos que empezarán a tener fe en usted. Quizás pueda entrenarlos a medida que pasa el tiempo y convertirlos en unos soldados bastante efectivos.

—Eso haré —replicó David—. ¿Alguna otra cosa?

—No. Simplemente asegúrese de que la campaña resulte lo más cara posible para el enemigo —contestó Cletus—. No les ataque cuando pueda evitarlo. Haga que sus bajas no sean muchas, pero que les resulte demasiado caro en material bélico. Cuantos más soldados en activo tengan, más notarán a faltar el alimento, el equipo y otros suministros que quiero que destruya cada vez que pueda.

—Entendido —confirmó David, y se marchó silbando hacia su cercano hogar de Fal Morgan, donde recogería todo lo necesario para la campaña.

Como toda su familia, tenía una fina voz y a menudo silbaba con dulzura y de manera elaborada. Inesperadamente, al escuchar cómo esa melodía se desvanecía por el pasillo y más allá de la puerta principal de Casa Grahame, le recordó a Cletus la canción que Melissa tocó y cantó para él una vez. Era una breve, triste y hermosa melodía compuesta por un joven miembro de la familia de Ap Morgan, que había muerto en alguna campaña cuando Melissa era muy joven, mucho antes de que Cletus llegara a Dorsai.

No pudo recordarla por completo, pero hablaba de los fuertes recuerdos que el joven soldado guardaba de la casa donde había crecido..., lo recordaba mientras aguardaba algún contrato que le llevara a otro planeta.

... Fal Morgan, Fal Morgan, cuando la mañana es gris, tus muros de piedra y tu techo arbolado hoy están a mi lado...

Cletus se sacudió el último coletazo emocional de los recuerdos. Se dedicó a la tarea de seleccionar a los hombres que ascendería y que enviaría con David.

Durante las semanas que siguieron, la demanda de los soldados profesionales Dorsai fue incesante. En los lugares donde Cletus había ganado una campaña militar, las fuerzas unidas de la Alianza y la Coalición actuaban tratando de invertir la situación que sus exitosas acciones habían creado.

Los esfuerzos de los ejércitos de la Tierra eran imponentes y masivos. Juntas, la Alianza y la Coalición, tenían a más de medio millón de soldados dispersos entre los nuevos mundos. Si ese medio millón pudiera haber sido reunido en las campañas que Dow deCastries intentaba conducir, cualquier oposición presentada por los Dorsai o las colonias invadidas no habría durado más que unos pocos días en cada caso.

Sin embargo, la realidad era que ese medio millón de tropas se hallaba ocupado en situaciones militares diferentes a las inherentes a un oficial o soldado. Y de los más de doscientos cincuenta mil hombres que técnicamente estaban libres para el servicio activo, más de ciento cincuenta mil se encontraban maniatados por diversos medios y causas.

Entre estas últimas, una importante la constituían las viejas sospechas y rivalidades entre antiguos oficiales de la Alianza y sus nuevos compañeros de la Coalición; también influía la pereza y la ineficacia de los mandos de cualquier rango y creencia política, y la absoluta torpeza que inevitablemente surgía de la falta de organización que acarrea una asociación de unidades militares tan grandes y formadas con tal apresuramiento.

A pesar de ello, y al margen de lo antes expuesto, quedaba un duro núcleo de unos ochenta mil soldados de la Tierra, bien entrenados y equipados, que debían enfrentarse a un par de miles de tropas coloniales locales, casi inútiles y con poco o ningún equipo, a los cuales se podía añadir un puñado relativo de Dorsais. Cletus a duras penas podría haber reunido a veinte mil soldados Dorsais de campo, ni aunque hubiera buscado y reclutado a cada hombre de su pequeño mundo, incluidos a los lisiados entre edades de doce y ochenta años.

Una solución era enviar contingentes reducidos de Dorsais que se hicieran cargo de las tropas coloniales; mas siempre que dichas colonias tuvieran un mínimo de tropas entrenadas y efectivas. Donde no se daba este caso —como en Cassida—, o donde simplemente las tropas nativas eran inexistentes —como en Santa María—, tenía que mandar contingentes reales de sus mercenarios.

—¿Por qué no nos detenemos, así de sencillo? —preguntó Melissa un día que había regresado angustiada de visitar una casa vecina que había perdido a otro de sus hombres—. ¿Por qué no podemos dejar de enviar soldados?

—Por el mismo motivo que la Coalición y la Alianza se han unido para enviar tropas que inviertan todo lo que hemos conseguido —le respondió Cletus—. Si nos vencen en todos los frentes, destruirán nuestro valor como soldados que otras colonias puedan contratar. Eso es lo que en realidad persigue Dow. Y entonces vendrán a Dorsai y nos aniquilarán.

—¡No puedes estar seguro... de que su objetivo sea nuestra destrucción!

—Estoy más que seguro. Y cualquiera que hubiera analizado la situación lo estaría también —repuso Cletus—. Ganábamos todas las campañas que emprendíamos y demostrábamos que éramos superiores a sus propias tropas. Si ello hubiera continuado un poco más, nadie en los nuevos mundos habría necesitado a

ningún soldado de la Alianza o la Coalición. Y si hubiera desaparecido la necesidad del apoyo militar de la Tierra, habría desaparecido la influencia que ésta ejercía entre las colonias. De esta manera, si ellos ganan, protegen su posición y poder sobre los nuevos planetas. Mientras que si nosotros ganamos...

—¡Ganar! —bufó Eachan, que por ese entonces se hallaba en la habitación.

—Si nosotros ganamos —repitió Cletus mirando fijamente al hombre mayor—, destruimos su poder para siempre. Ahora mismo os dos estamos librando una batalla por la supervivencia..., y cuando finalice, la Tierra o Dorsai desaparecerán de los planetas nuevos.

Ella le contempló con ojos antinaturalmente abiertos durante un largo momento de silencio.

—¡No puedo creerlo! —exclamó por fin. Se volvió hacia su padre—. Papá...

—Oh, sí que es verdad —respondió Eachan con franqueza desde el otro extremo del cuarto—. *Tuvimos* demasiados éxitos..., con las primeras campañas de Cletus en Newton y mundos parecidos. Asustamos tanto a la Alianza como a la Coalición. Y ahora lo que desean es garantizarse su seguridad. Y ellos son muy grandes, y nosotros muy pequeños... Y ya hemos enviado fuera a los últimos hombres que nos quedaban.

—A ellos tampoco les queda ninguna reserva de tropas —expuso Cletus.

Eachan no dijo nada. Melissa se encaró de nuevo con Cletus.

—No —repuso Cletus, aunque ella no había hablado—, no pienso perder.

Eachan persistió en su mutismo. En el silencio imperante, sonó lejano el anunciador de la cancela principal. Un segundo más tarde, un ordenanza abrió la puerta.

—Rebon, Unificador Exótico para los Dorsai, señor —comunicó.

—Hágale pasar —replicó Cletus.

El ordenanza se apartó y un hombre delgado en una túnica azul entró.

Su rostro mostraba la eterna calma Exótica, mas su expresión era de seriedad. Se aproximó a Cletus cuando éste y Eachan se ponían de pie.

—Me temo que traigo malas noticias, Cletus —expuso—. Una fuerza militar de la Fuerza de Paz de la Alianza y la Coalición se ha apoderado del emplazamiento de la central de energía en Mará, requisando todo el equipo y reteniendo a todos los técnicos presentes.

—¿Por qué motivo? —espetó Eachan.

—La Coalición ha cursado reclamaciones contra las Comunidades Asociadas Avanzadas de Newton —repuso Rebon volviéndose ligeramente hacia Eachan—. Han tomado la central como una posesión de las CAÁ pendiente de resolución ante la demanda planteada por ellos. Mondar... —Miró a Cletus—..., pide su ayuda.

—¿Cuándo ocurrió esto? —preguntó Cletus.

—Hace ocho horas —respondió Rebon.

—¡Ocho horas! —explotó Eachan.

La nave espacial más veloz —y no se conocía un medio más rápido de transmitir

mensajes a través del espacio interestelar— necesitaba como mínimo tres días para cubrir los años luz que separaban a Mará de Dorsai. Los ojos de Rebon se velaron levemente.

—Les aseguro que es verdad —murmuró.

—¿Y de dónde vinieron las tropas? —demandó Eachan. Miró a Cletus—. ¡Se suponía que ya no les quedaban más reservas!

—No cabe duda que de los Amistosos —replicó Cletus.

Rebon volvió a mirar a Cletus despacio.

—Así es —dijo con un deje de sorpresa—. ¿Esperaba que ocurriera?

—Esperaba que deCastries en algún momento contratara ayuda de Armonía y Asociación —contestó Cletus bruscamente—. Me marchó de inmediato.

—¿Hacia la planta de energía de Mará? —El alivio sonó en la voz de Rebon—. ¿Entonces *puede* conseguir hombres que nos ayuden?

—No. Voy yo solo..., a Kultis —observó Cletus que ya salía de la habitación—, para hablar con Mondar.

Subiendo a la nave espacial que lo llevaría a Kultis, al pie de la escalera se encontró con el vicemariscal Arvid Johnson y el operador de batalla William Athyer, a los que les ordenó que se reunieran con él allí. Cletus se detuvo un momento para hablarles.

—Bien —empezó Cletus—, ¿tenéis todavía la idea de que os encargué un trabajo ínfimo cuando os hice responsables de la defensa de Dorsai?

—No, señor —Arvid le miró con calma.

—Perfecto. Queda en vuestras manos —repuso Cletus—. Conocéis los principios que hay detrás de cualquier acción que os veáis obligados a emprender. Buena suerte.

—Gracias —dijo Bill—. Buena suerte para usted también, señor.

—Mi objetivo es no depender nunca de esa dama —comentó Cletus—. No puedo permitirme el lujo de contar con ella.

Subió por la escalera y la escotilla de entrada de la nave se cerró detrás suyo.

Cinco minutos después saltó hacia el cielo envuelta en truenos y se perdió en el espacio.

Mondar había cambiado de alguna manera indefinida desde la última vez que Cletus le viera cuando se reunieron de nuevo en el jardín cerrado de la residencia que tenía en Bakhalla. No apareció ninguna arruga nueva en el tranquilo rostro, ningún toque gris en su cabello, no obstante, los ojos azules, como los de Melissa, estaban adquiriendo de forma extraña más profundidad en su color, como si el tiempo transcurrido hubiera dragado nuevos niveles de comprensión en la mente que se ocultaba detrás de ellos.

—¿No podrás ayudarnos en Mará, Cletus? —Fueron las palabras con las que saludó a Cletus cuando éste llegó.

—No me quedan más tropas que enviar —respondió Cletus—. Y si las tuviera, seriamente sugeriría que no las mandáramos.

Uno al lado del otro atravesaron los pasillos de la casa de Mondar y emergieron a un espacio que era mitad salón y mitad cenador, donde Mondar con un gesto le indicó a Cletus que se sentara en un amplio sillón de mimbre; él se sentó en otro igual. Durante todo ese tiempo Mondar no había hablado, mas ahora lo hizo:

—Si perdemos nuestra inversión actual en la central de energía, vamos a perder más de lo que nos podemos permitir —comentó Mondar—. Todavía tenemos un contingente de tus Dorsais estacionados aquí en Bakhalla. ¿Podemos enviar a algunos para recuperar la central energética?

—No, a menos que desees que las fuerzas adicionales de la Alianza y la Coalición que se encuentran en Neulandia atraviesen de inmediato la frontera y caigan sobre tu colonia —repuso Cletus—. Y no quieres que eso ocurra, ¿verdad?

—No —concedió Mondar—. No lo deseamos. ¿Pero qué haremos con los mercenarios Amistosos que han ocupado el emplazamiento de la central?

—Deja que permanezcan allí —replicó Cletus.

Mondar le miró.

—Cletus —dijo con voz suave después de un segundo—. ¿Intentas justificar la situación que tú mismo has creado?

—¿Confías en mi juicio? —contrarrestó Cletus.

—Lo tengo en alta estima —contestó Mondar despacio—, personalmente. Pero me temo que la mayoría de los Unificadores que hay aquí y en las colonias maranitas en este momento no comparten tan alta estima.

—Sin embargo, aún confían en ti en lo que atañe a las decisiones que me incluyen, ¿verdad? —le preguntó Cletus.

Mondar le observó con curiosidad.

—¿Qué te hace estar tan seguro al respecto? —preguntó a su vez Mondar.

—El hecho de que he conseguido todo lo que siempre le he pedido a los Exóticos a través tuyo..., hasta ahora —explicó Cletus—. Y sigues siendo el hombre que ha de recomendarme como una buena o mala apuesta, ¿cierto?

—Sí —aceptó Mondar con una especie de suspiro—. Y es lo que hace que tal vez no me encuentres personalmente parcial hacia ti como en otras ocasiones, Cletus. Tengo una responsabilidad con mis camaradas Exóticos que me induce a que vea la situación de manera más seria a como la vería si sólo estuviera involucrado yo en ella. También tengo la responsabilidad de llegar a una especie de decisión entre ti y la unión de la Alianza y la Coalición.

—¿Cuál sería el procedimiento si te volcaras a favor de ellos... y en contra nuestra? —inquirió Cletus.

—Me temo que deberíamos llegar a los mejores términos que pudiéramos conseguir —respondió Mondar—. Sin lugar a dudas, ellos querrían que hiciéramos más que despedir a las tropas que te hemos contratado a ti..., y seguro querrían que te obligáramos a devolvernos el préstamo..., y que, de forma activa, apoyáramos a su bando, contratáramos a sus tropas y les ayudáramos contra los Dorsais.

Cletus asintió.

—Sí, eso es lo que pedirían —comentó—. Muy bien, ¿qué es lo que necesitas para permanecer con los Dorsai?

—Alguna señal de que los Dorsai tienen alguna posibilidad de sobrevivir a esta situación —expuso Mondar—. Para empezar, te he dicho que nos enfrentaríamos a una severa pérdida en el caso de la central de Mará, y tú mismo acabas de aseverar que, incluso si tuvieras las tropas necesarias, nos sugerirías que no hiciéramos nada contra la ocupación del emplazamiento por parte de la Alianza y la Coalición. Debes tener razones para apoyar esa sugerencia, ¿no es así?

—Por supuesto —confirmó Cletus—. Si te detienes un momento a pensar, te darás cuenta de que el proyecto de la central en sí mismo está perfectamente a salvo. Es una estructura que tiene potencial y valor real..., para la Alianza y la Coalición al igual que para cualquiera. Tal vez hayan ocupado el emplazamiento, mas puedes estar seguro de que no van a dañar el trabajo hecho hasta ahora por los hombres o las máquinas que pueden terminarlo.

—¿Y de qué nos serviría si sigue en su poder?

—No será por mucho tiempo —aseguró Cletus—. Las tropas de ocupación son Amistosos y su disciplina religiosa y cultural les convierte en excelentes soldados de ocupación..., no obstante, ahí se acaba su valor. Miran despectivamente a la misma gente que los contrata, y en el momento que no reciban su paga, recogerán sus cosas y volverán a casa. De manera que aguarda una semana. Al final de ese tiempo, Dow o yo habremos vencido. Si es él, todavía podrás llegar a un acuerdo. Y si gano yo, los Amistosos se marcharán apenas hable con ellos.

Mondar le miró fijamente.

—¿Por qué estipulas una semana? —preguntó.

—Porque no tardará más —respondió Cletus—. El hecho de que Dow haya contratado a soldados Amistosos indica que ya está dispuesto para un enfrentamiento directo.

—¿Sí? —Los ojos de Mondar aún observaban a Cletus con atención. Cletus le devolvió la mirada.

—Así es —dijo—. Conocemos el número de tropas disponibles que la Alianza y la Coalición tienen en la fuerza que comanda Dow. Se puede calcular por el número de tropas que ya conocíamos y que la Alianza y la Coalición, por separado, tenían distribuidas entre los nuevos mundos. Dow tuvo que usarlas a todas para comenzar sus guerras contenidas de manera que pudiera maniatar a todos mis Dorsais. No le quedaba ningún soldado de reserva. Pero, al relevar a sus soldados por hombres de los Amistosos, de manera temporal puede juntar una fuerza lo suficientemente grande, en teoría, como para aniquilarme. Por lo tanto, la aparición de Amistosos bajo el mando de Dow sólo puede indicar que su intención es la de reunir esa fuerza.

—No puedes estar seguro de que por haber contratado a los Amistosos como mercenarios lo que se propone es eso y no algo distinto.

—Por supuesto que sí —repuso Cletus—. Después de todo, yo le sugerí la utilización de tropas Amistosas con ese fin.

—¿Tú lo insinuaste? —Mondar se le quedó mirando.

—En efecto —contestó Cletus—. Hice una parada en Armonía hace un tiempo con el propósito de hablar con James Brazo-del-Señor y proponerle la idea de contratar a miembros de la Iglesia Militante como carne con la que llenar uniformes y aumentar el número de mis Dorsais. Le ofrecí un precio bastante bajo por sus hombres. No hacía falta mucha imaginación para prever que una vez que la idea hubiera calado en su mente, se los ofrecería a Dow por un precio más elevado y para que los usara de la misma forma.

—Y Dow, obviamente, y con dinero de la Alianza y la Coalición, podría pagar un precio más alto —observó Mondar pensativo—. Si eso es verdad, ¿por qué Dow no los contrató antes?

—Por el hecho de que al exponerlos a conflictos con mis Dorsais rápidamente hubiera delatado las pocas habilidades militares que tienen los Amistosos —replicó Cletus—. El mejor uso que podía hacer Dow de ellos era vestirlos durante un corto período de tiempo de uniforme y que reemplazaran a las tropas de élite de la Alianza y la Coalición, que él deseaba retirar en secreto, para una confrontación final que definiera la situación.

—Pareces —comentó Mondar lentamente— muy seguro de ello, Cletus.

—Es natural —dijo Cletus—. Es lo que constantemente he estado señalando desde la primera vez que me senté a la mesa con Dow y todos vosotros a bordo de la nave que nos llevaba a Kultis.

Mondar enarcó las cejas.

—¿Tantos planes a largo plazo? —inquirió—. Aún así, no puedes estar tan seguro de que Dow hará lo que tú piensas que va a hacer.

—Nada es seguro del todo, por supuesto —reconoció Cletus—. Sin embargo, y por motivos prácticos, estoy lo suficientemente seguro. ¿Puedes pedirles a tus

compañeros Exóticos que se abstengan de iniciar cualquier acción acerca de la ocupación de la central de Mará durante siete días?

Mondar vaciló.

—Creo que sí —confirmó—. No obstante, no más de siete días. Mientras tanto, ¿qué harás tú?

—Esperar —dijo Cletus.

—¿Aquí? —preguntó Mondar—. ¿Cuando Dow, de acuerdo con tus cálculos, está reuniendo a sus mejores hombres para un ataque? Ya de por sí me sorprende que hayas dejado Dorsai para venir hasta aquí.

—No tienes que sorprenderte —observó Cletus—. Sabes que yo estoy al corriente de que los Exóticos, al parecer de alguna manera, obtienen información de los acontecimientos que ocurren en otros mundos mucho más rápido que lo que puede transmitirla la más veloz de las naves espaciales. Me pareció que aquí recibiría las últimas noticias tan rápidamente como en cualquier otro lugar. ¿Dirías que estoy equivocado? Mondar sonrió levemente.

—No —contestó—. Tendría que decir que no estabas equivocado. Mientras aguardas, sé mi huésped.

—Gracias —aceptó Cletus.

Permaneció como el invitado de Mondar durante tres días, y en ese tiempo pasó revista a sus tropas Dorsai estacionadas en Bakhalla, visitó la biblioteca local, que había sido testigo del descubrimiento de Bill Athyer de una nueva ocupación vital, y reanudó su viaja amistad con Wefer Linet.

A la mañana del cuarto día, un joven Exótico enfundado en una túnica verde trajo una nota que le pasó a Mondar sin pronunciar palabra. Mondar la leyó y se la dio a Cletus.

—Dow y quince naves cargadas con tropas de élite de la Coalición —le dijo Mondar— han aterrizado en Dorsai hace dos días. Ocuparon el planeta.

Cletus se puso de pie.

—¿Y ahora qué? —Mondar alzó la vista para mirarlo desde la mesa—. No hay nada que tú puedas hacer. Sin los Dorsai, ¿qué te queda?

—¿Qué tenía antes de los Dorsai? —Devolvió Cletus—. No son los Dorsai lo que quiere Dow, Mondar, me quiere a mí. Y mientras sea capaz de funcionar, todavía no ha ganado. Me marcharé de inmediato a Dorsai.

Mondar se incorporó.

—Iré contigo —le dijo.

La lanzadera, con el emblema Exótico de un sol en su costado de metal, recibió permiso para aterrizar sin ninguna objeción en la terminal de Foralie del planeta Dorsai. Mas apenas salió con Mondar, Cletus fue inmediatamente desarmado por hombres de aspecto competente y que obviamente eran veteranos de la Coalición; llevaban las bandas blancas de la Fuerza Unida de la Alianza y Coalición en sus mangas derechas. Los mismos soldados escoltaron a los dos hombres a través de la ciudad de Foralie, donde no se veía a ningún habitante local —sólo los soldados de ocupación—, hasta una nave atmosférica militar que les llevó hasta Casa Grahame.

Estaba claro que se había comunicado la noticia de su llegada. Fueron conducidos hasta la puerta del salón principal de la casa, los introdujeron en él y cerraron la puerta firmemente detrás de ellos. Dentro, sentados con unas copas a las que no prestaban atención, estaban Melissa y Echan, rodeado por su rigidez y tensión, como piezas puestas para resaltar la presencia de Dow deCastries, delgado en su uniforme blanco de la Coalición, de pie al lado del bar en el extremo más apartado de la habitación, que también sostenía una copa en la mano.

En el otro costado se hallaba Swahili, que vestía uniforme de la Coalición, y que sostenía una pistola de energía en la mano.

—Hola, Cletus —saludó Dow—. Tenía la esperanza de encontrarle aquí cuando aterrizara. Me sorprende que haya venido al ver a mis naves en órbita. ¿Pensó que aún no habíamos ocupado todo el planeta?

—Sabía que lo habían hecho —repuso Cletus.

—¿Y aún así vino? Yo no lo hubiera hecho —dijo Dow. Alzó su copa y bebió un sorbo—. ¿O regresó con la idea de ofrecerse a cambio de que deje libres a los Dorsais? Si es así, fue una tontería. Los voy a soltar de todas formas. Todo lo que ha conseguido ha sido ahorrarme las molestias de perseguirlo en algún otro planeta. Ya sabe que tengo que llevarlo conmigo a la Tierra.

—Para estar seguro —afirmó Cletus—. Así podrán juzgarme..., juicio que acabará con una sentencia de muerte. Y que usted podrá conmutar por una cadena perpetua..., momento en el que se me encerrará en algún lugar secreto y, llegado el momento, me harán desaparecer.

—Exactamente —confirmó Dow.

Cletus miró su reloj de pulsera.

—¿Hace cuánto tiempo que sus pantallas de observación captaron la llegada de mi nave? —preguntó.

—Unas seis horas —Dow dejó su copa sobre la barra y se irguió—. ¿No me diga que vino con la idea de que le rescatarían? Quizás el puñado de oficiales que dejó aquí tenga una pantalla de rastreo, tal vez también captaron su nave y sepan que usted estaba a bordo. Pero, Cletus, durante veinticuatro horas al día les hemos perseguido, sin darles ni un respiro. Están demasiado ocupados esquivándonos como para

preocuparse por usted, aunque tuvieran hombres y armas suficientes como para hacer algo al respecto. Miró a Cletus durante un segundo.

—No importa —se volvió a Swahili y comentó—, no correremos ningún riesgo. Vaya y transmita al comandante local mis órdenes de que establezca un cordón de seguridad en la terminal de Foralie. Llevaremos a Grahame a bordo tan pronto como nos sea posible —Miró de nuevo a Cletus—. No empezaré ahora a subestimarle.

Swahili salió de la estancia, dándole a Dow su arma y cerrando con cuidado la puerta a su espalda.

—Nunca dejó de subestimarme —dijo Cletus—. Eso es lo que le trajo hasta aquí. Dow sonrió.

—No. Lo que le digo es verdad —comentó Cletus—. Necesitaba una palanca con la que cambiar la historia y le elegí a usted. Desde el momento en que me senté a su mesa en la nave con rumbo a Kultis estuve ocupado planeando esta situación.

Dow apoyó el codo con el que sostenía la pistola sobre la barra que había a su lado, manteniendo su cañón en la dirección de Cletus.

—Apártese unos metros de él, Mondar —le ordenó Dow al Exótico, que había permanecido todo el tiempo de pie al lado de Cletus—. No me lo imagino sacrificándose para darle una oportunidad de escapar. Mas no tiene sentido que me arriesgue.

Mondar se movió.

—Continúe, Cletus —pidió Dow—. Todavía nos quedan unos minutos de espera. No creo nada de lo que dice, sin embargo, si existe la más leve posibilidad de que me haya manipulado, me gustaría saberla.

—No hay mucho que contar —observó Cletus—. Comencé por hacer que su atención se fijara en mí. Luego le mostré que poseía genio militar. Y después procedí a cimentar mi reputación en todos los nuevos mundos, sabiendo que esto le sugeriría una idea..., la idea de que podría usar lo que yo hacía como una excusa para conseguir lo que usted deseaba.

—¿Y qué era? —La pistola en la mano de Dow seguía firme.

—Un control personal tanto de la Alianza como de la Coalición..., y, a través de ellas, de los planetas nuevos —contestó Cletus—. Convenció a todos de que mis éxitos en los nuevos mundos eran una amenaza para la Alianza y la Coalición, hasta que estuvieron de acuerdo en unir sus fuerzas en los planetas exteriores y ponerle a usted al mando de ellas. Una vez que lo nombraron, pensó que lo único que le haría falta sería hacer que los Dorsais se extendieran hasta debilitarse y los pudiera destruir. Luego me capturaría y usaría su popularidad y poder militar para imponer juntas de militares en lugar de los líderes políticos a la cabeza de la Alianza y la Coalición en la Tierra. Naturalmente, los generales que usted elegiría para estas juntas serían hombres suyos..., y, con el tiempo, le cederían a usted el gobierno de la Tierra.

Swahili regresó al salón. Dow le entregó la pistola y, cubriendo con cuidado a Cletus todo el tiempo, atravesó una vez más la estancia hasta ocupar su posición

anterior.

—¿Cuánto tenemos que esperar? —le preguntó Dow.

—Veinte minutos —respondió Swahili.

Dow observó pensativo a Cletus.

—Quizás un juicio sería demasiado arriesgado... —se interrumpió.

Se escucharon gritos y una aguda ráfaga de rifles de agujas fuera de la casa, seguido por el pesado crepitar de un arma de energía. Swahili corrió a la puerta del cuarto.

—¡No! —gritó Dow. Swahili se frenó en seco y dio media vuelta. Dow le señaló a Cletus—. ¡Dispárele!

Swahili alzó la pistola de energía y en ese momento se escuchó un ruido parecido a una rama que se quiebra. Swahili se paró abruptamente y se volvió a Eachan, que aún seguía sentado en su silla, aunque ahora sostenía la misma pistola pequeña —sin el largo tambor— que utilizara hacía mucho tiempo desde el vehículo militar, en el cual él, acompañado de Melissa, Mondar y Cletus, se habían visto atrapados en la carretera hacia Bakhalla.

De repente, Swahili cayó pesadamente de rodillas sobre la alfombra. La pistola de energía se escapó de su mano. Se derrumbó sobre su costado y yació inmóvil. Dow se dirigió con velocidad hacia el arma caída.

—¡No lo haga! —exclamó Eachan.

Dow se detuvo súbitamente. Se escucharon más voces que gritaban fuera de la casa.

Eachan se puso de pie y se dirigió hacia el arma que había en el suelo, todavía sostenía su pistola en la mano. La recogió y se inclinó sobre Swahili, que respiraba de forma irregular.

—Lo siento, Raoul —le dijo con voz suave. Swahili le miró y casi logró emitir una sonrisa, que permaneció en su rostro. Eachan, con un gesto pasado de moda, extendió una mano y con gentileza le cerró los párpados sobre los ojos quietos. Se irguió cuando la puerta se abrió de golpe y Arvid, con un rifle de agujas en una de sus grandes manos, penetró en la habitación seguido de cerca por Bill Athyer.

—¿Están todos bien? —preguntó mirando a Cletus.

—Todo en orden, Arv —contestó Cletus—. ¿Qué ocurre fuera?

—Los tenemos a todos —replicó Arvid.

—Será mejor que salgan corriendo —repuso Dow con sequedad—. Todas mis unidades están en constante comunicación por medio de canales abiertos. En pocos minutos llegarán más unidades. ¿Y a dónde irán entonces?

—No iremos a ninguna parte —Arvid le miró—. Todas sus tropas en Dorsai han sido capturadas.

Dow le contempló. Ojos negros fijos en otros ojos azules.

—No lo creo —expuso llanamente—. No había más que mujeres viejas, niños y ancianos en este planeta.

—¿Y? —preguntó Cletus. Dow se volvió y lo miró. Cletus continuó—: ¿No cree que yo pueda derrotar a unos miles de soldados de élite de la Coalición con la ayuda de un puñado de mujeres viejas, ancianos y niños?

Dow lo escrutó durante varios segundos sin hablar. —Sí —afirmó al fin—. Usted, Cletus..., creo que sí podría hacerlo. Pero no estaba aquí. —Alzó el dedo índice de la mano derecha y señaló a Cletus—. Lo que olvida...

De la manga de su chaqueta surgió un pequeño, momentáneo e insonoro vapor blanco. Lo que pareció un mazo golpeó en la parte superior derecha del pecho de Cletus. Se tambaleó hacia atrás y el borde de una mesa le impidió caer.

Arvid dio un largo y veloz paso hacia Dow, con su mano más próxima alzada con la intención de golpearle con el canto.

—¡No le mates! —espetó Cletus con el poco aire que aún le quedaba.

La mano de Arvid cambió de dirección en mitad de su vuelo. Se cerró sobre el brazo extendido de Dow. Le subió la manga y todos vieron allí, sujeto a su muñeca, un tubo de la muerte: un lanzador por reflejo de un solo dardo. Arvid rompió la correa que lo sujetaba y arrojó el tubo a una esquina de la habitación. Cogió el otro brazo de Dow y le subió la manga, mas esa muñeca estaba desnuda.

—No se mueva —le ordenó Arvid a Dow y se apartó de él.

Melissa ya se encontraba al lado de Cletus.

—Tienes que acostarte —le pidió.

—No —sacudió la cabeza, resistiéndose a las manos de ella. No percibía el alcance del daño que le produjo el dardo, sin embargo, la parte superior derecha de su cuerpo estaba entumecida y el mareo le amenazaba con apoderarse de él. Luchó con toda la fuerza y disciplina física que poseía para mantenerlo a raya.

—Debo decirle algo.

Se apoyó agradecido en el borde de la mesa que tenía detrás y que le ayudaba a mantenerse de pie.

—Escúcheme, Dow —comenzó—. Voy a enviarle de vuelta a la Tierra. No le mataremos.

Dow le miró sin rastro de miedo y casi con curiosidad.

—Si es así, lo siento —dijo—. Pensé que mi tiempo se había acabado y que era mejor si me lo llevaba conmigo. ¿Pero por qué enviarme de regreso a la Tierra? Sabe que reclutaré otro ejército y volveré. Y la próxima vez le derrotaré.

—No —Cletus negó con la cabeza—. La Tierra ha perdido la influencia que ejercía sobre los nuevos mundos. Cuando vuelva les comunicará eso. A partir de ahora cualquier colonia podrá contratar a la mitad de Dorsais que las tropas que suministra la Alianza o la Coalición a sus enemigos..., y derrotarán fácilmente a los soldados de la Tierra. Los Dorsais siempre vencerán, y cualquier colonia puede contratarlos.

Dow frunció el ceño.

—Es usted el que hace que los Dorsais sean poderosos —observó—. Y usted no

vivirá siempre.

—Sí lo haré —Cletus tuvo que detenerse para luchar contra el mareo creciente. Una vez más, y a duras penas, ganó la batalla y prosiguió—: Es como usted dijo..., yo no estaba aquí cuando invadió el planeta. Le vencieron un puñado de mujeres, niños y ancianos. Y ello porque era como si yo mismo hubiera estado presente. ¿Ve a esos dos? —Débilmente señaló con la cabeza a Arvid y a Bill.

—Ellos son dos partes de mí —continuó casi en un susurro—. El teórico y el general de campo. Las únicas órdenes que les dejé fue que defendieran Dorsai. Y ellos lo hicieron del mismo modo que yo lo habría hecho..., hasta que llegaron a esta casa, como yo sabía que vendrían, a rescatarme de usted. Los Dorsais ya no morirán. La Tierra nunca tendrá tropas con los que poder derrotarlos.

El mareo surgió de nuevo en su interior y le obligó a retroceder.

—¿... Por qué? —Escuchó que preguntaba Dow. Miró en derredor suyo buscándolo y vio el delgado rostro enmarcado por el negro cabello y sus sienes levemente grises flotando como en un campo de niebla.

—Ya es hora de que los nuevos mundos sean libres —respondió Cletus—. Tenían que apartarse de la Alianza, la Coalición... de toda la Tierra, y convertirse en lo que deben ser. Ya era hora. Y yo lo conseguí.

—... Dijo que debido a los libros que quería escribir —la voz de Dow se desvaneció casi en la nada y luego rugió como el sonido de las olas en sus oídos.

—Eso... también... —Cletus se aferró con fuerza al borde de la mesa con ambas manos, ya que el suelo amenazaba con desaparecer bajo sus pies—. Los últimos dieciséis volúmenes tratarán acerca de tácticas que sólo los Dorsais futuros podrán utilizar... no tendrán ningún valor para los militares corrientes de la Tierra. Son únicamente para un nuevo tipo de soldado..., contenido..., obligación..., mente y cuerpo —Todo acabó.

Después de lo que le pareció muchos siglos de vacío, vagó de regreso a una borrosa consciencia y se encontró tumbado sobre una cama. Un joven comandante que llevaba la insignia médica estaba acabando de colocarle un amplio vendaje en la parte superior del pecho; detrás del comandante se encontraban Melissa y Mondar.

—¿No estoy muerto... entonces? —preguntó, escuchando cómo las palabras surgían en un susurro tan débil que casi parecía ridículo.

—Dow utilizó el arma equivocada en usted, Cletus —repuso Mondar—. Los dardos que provocan un colapso y un *shock* físico sirven para matar a gente normal, pero no a alguien como usted, que ha entrenado sus procesos físicos para obedecer su voluntad de forma automática. Vivirá..., ¿no es verdad, doctor?

—Sí —el comandante médico se incorporó y retrocedió un paso de la cama—. Debería haber muerto en el primer minuto y medio después de recibir el dardo. Cuando resistió ese tiempo, el único camino que le quedaba a su sistema era la recuperación. —Le dio a Melisa una banda atomizadora—. Asegúrese que duerma mucho. Vámonos, Unificador.

Las figuras de los dos hombres salieron del campo de visión de Cletus. Escuchó una puerta al cerrarse a poca distancia. Melissa se sentó en la silla que había ocupado el doctor y comenzó a colocar la correa del atomizador alrededor del brazo desnudo de Cletus.

—No tienes porqué hacerlo —le susurró—. Ya puedes irte ahora, regresar a la Tierra o a donde quieras. Todo ha acabado.

—No hables —dijo ella—. De todas formas, eso son tonterías. Si me hubiera querido marchar, lo habría hecho justo después de que me obligaras a casarme contigo. Se me hubiera ocurrido alguna excusa... con la que poder explicárselo a Papá. Sabes que él creería cualquier cosa que yo le dijera.

La miró incrédulo.

—¿Entonces por qué...?

—Porque me dijiste que me amabas —comentó ella—. Eso era todo lo que quería saber.

Él movió la cabeza débilmente sobre la almohada en un gesto de negación.

—Te dije...

Ella acabó de sujetarle el atomizador en la muñeca y se inclinó sobre él y le besó, deteniendo las palabras en sus labios.

—¡Idiota! —exclamó con furia y ternura—. ¡Magnífico y genial idiota! ¿Crees que le presté alguna atención a lo que *dijiste*?

FIN



Gordon Rupert Dickson nace en Edmonton, Alberta (Canadá) el 1 de noviembre de 1923 y a la edad de 13 años se muda a Estados Unidos. Durante la Segunda Guerra Mundial sirve tres años en el ejército, a la vuelta de los cuales retoma sus estudios en la Universidad de Minnesota y comienza a escribir. Fue director de la SFWA desde 1969 a 1971. Muere el 31 de enero de 2001. Poco antes de su muerte había sido incluido en el Salón de la Fama de la ciencia ficción.

Escribió numerosas historias que fueron publicadas en diferentes revistas y por las que ganó tres veces el premio Hugo.

Su principal aportación fue el ciclo childe o ciclo de dorsai, iniciado con *El general genético* (1960) (reeditada en 1976 como *Dorsai!*) y que trata sobre la carrera militar de un joven soldado en una civilización alienígena y que se extiende a lo largo de sus principales obras hasta su novela póstuma, *Antagonist*.

Colaboró con autores como Poul Anderson, Keith Laumer y Harry Harrison.